This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

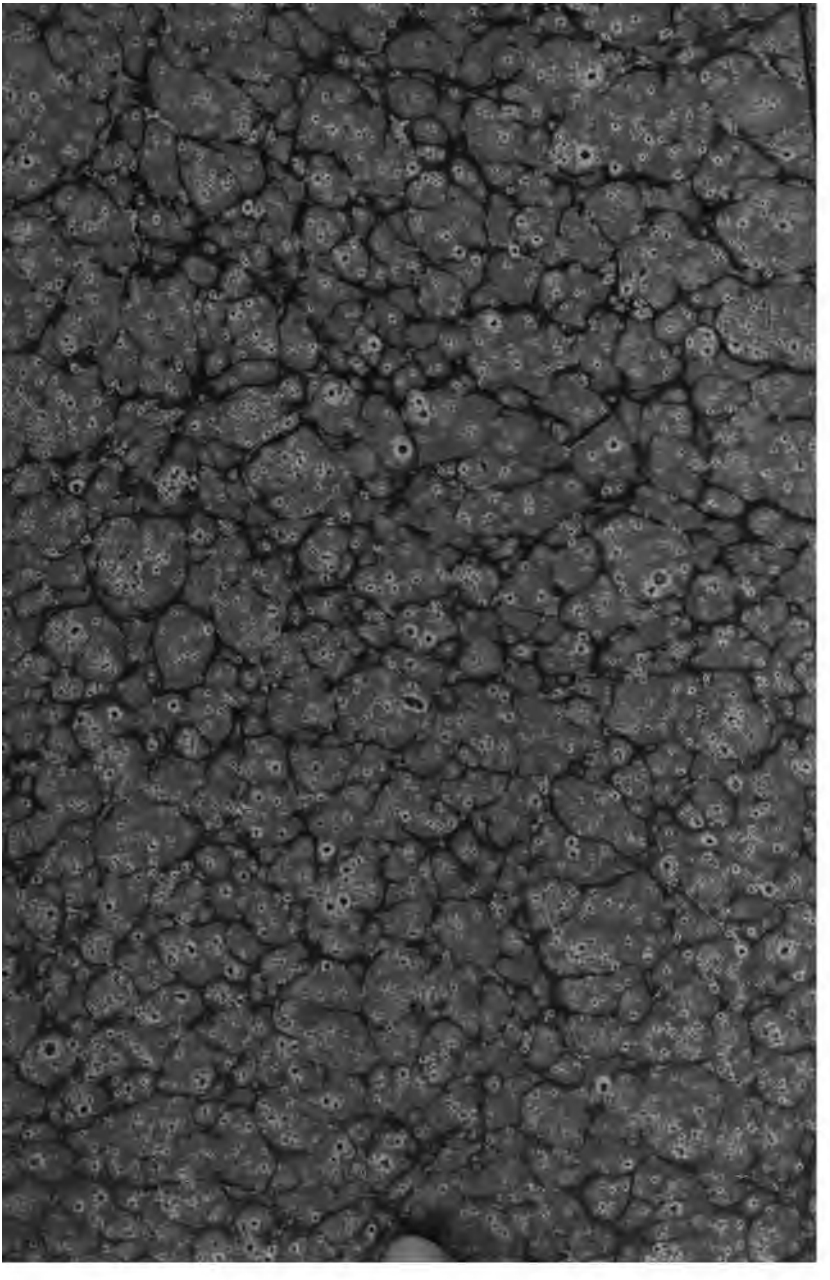
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

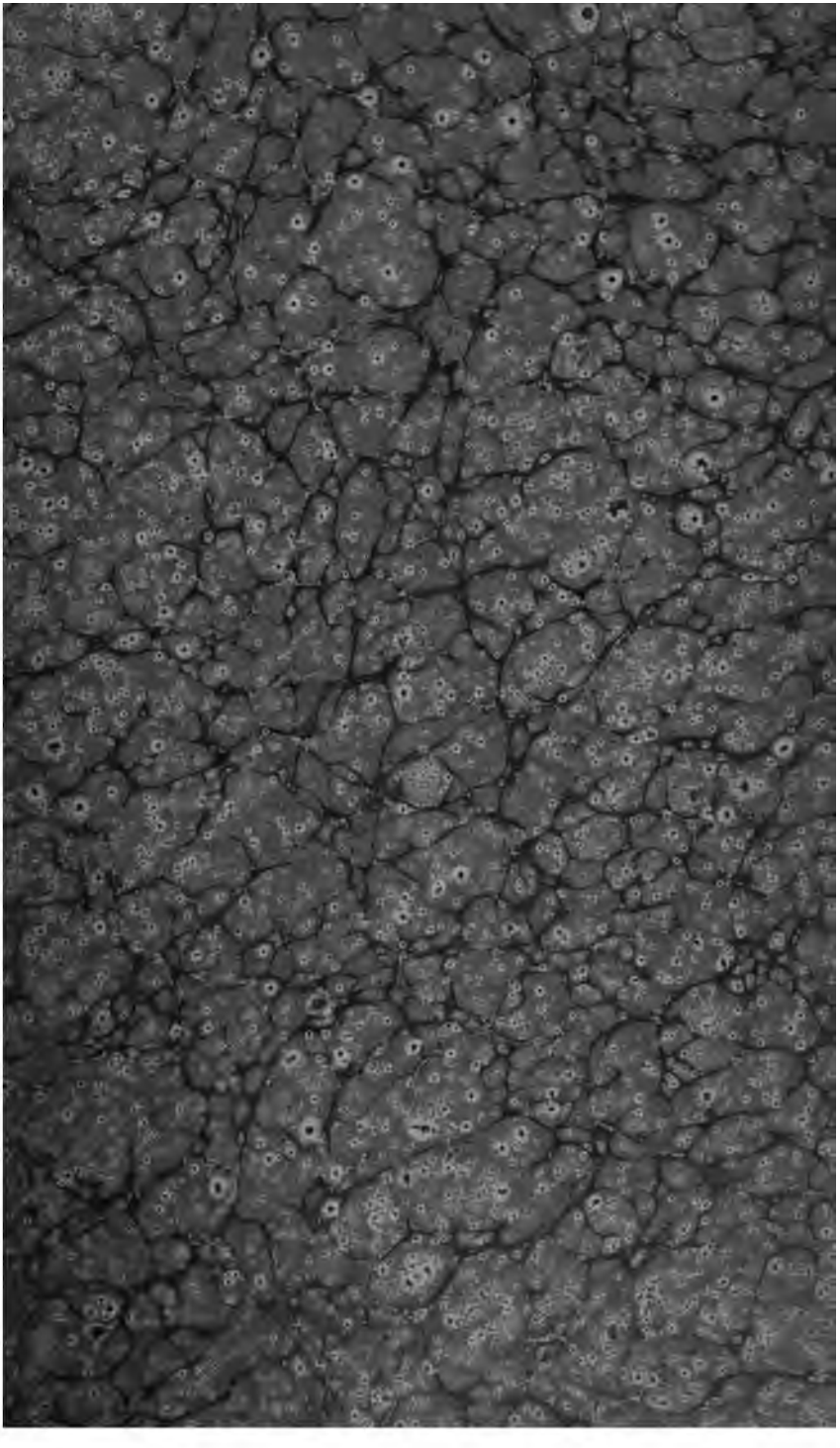
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 465426 DUPL





PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

VENTURAS Y DESVENTURAS.

VENTURAS

Y

DESVENTURAS.

COLECCION DE NOVELAS

DEL CAPITAN DE NAVÍO

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVIII.

868
F36265ve

Es propiedad.

MADRID, 1878.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de cámara de S. M.

63-17194

10-23-56

EL NÚMERO 224.

EL NÚMERO 224.

Hubo un tiempo en que, por causas que no son de este lugar, fuí presa de la más negra melancolía. Huyendo de mis amigos, de la sociedad, de la conversacion, alquilé una casita en el barrio de Chamberí, y hecho un misántropo, me encerré con mis pensamientos y algunos libros por toda compañía en la habitacion, que por tener una ventana que daba vista al cementerio, me fué predilecta. Despedí á la asistenta que en un principio habia tomado, porque se permitió cantar unas seguidillas; busqué camorra á un industrial frances, á quien oí tocar el acordeon en domingo; en fin, me compuse tan bien en el recibimiento que hice al primero que se determinó á llamar á mi puerta, embajador de la curiosidad de los vecinos, y me favoreció tanto el no emplear peine en mi cabeza ni navaja en mi cara, que á poco me señalaban con el dedo para amedrentar á los muchachos, cuando asomaba la nariz por la ventana, y me hacian paso ancho en la calle si me ocurria salir de mi retiro.

Solo, completamente solo, la vista fija en el cielo aplomado de invierno ó en las peladas ramas de un olmo de tronco roido y viejo, única señal de vegetacion de las inmediaciones, me recreaba en la aridez del terreno, que comparaba con la de mi corazon. El azotar del granizo en los cristales de la ventana, el chillido de la lechuza, el paso acompasado del cortejo de un féretro que se dirigia al contiguo cementerio, eran los ruidos que percibia con más complacencia. Otro que no padecerá más... en este mundo, pensaba, cada vez que el murmullo de los responsos llegaba hasta mí.

¿Pensaba? No estoy seguro de ello. A veces las ideas, sin enlace ni objeto, se sucedian en la imaginacion con la rapidez vertiginosa del torbellino. A veces una especie de atonía paraba la máquina de la inteligencia y de la memoria, como reloj sin cuerda. Miraba largos ratos sin ver nada, pasaba las hojas de un libro sin poder darme cuenta de su contenido, y las noches sin sueño y los dias sin calma se sucedian con una lentitud desesperante.

Todas las tardes á la hora del crepúsculo, cuando ningun importuno habia de penetrar en el recinto, bajaba al cementerio á pasear sus silenciosas galerías. El custodio, que me tenía por loco ó poco ménos, ningun inconveniente puso á mi permanencia allí hasta muy entrada la noche, desde que se persuadió de que podia guardar sin escrúpulo mis gratificaciones, pues en pasear y sólo en pasear, ora con la violencia de un andarin, ora con la pausa y la indiferencia de un ciego, se entretenia *el pobre maniático.* Así me llegaron á ser fa-

miliares todos los rincones; tenía contados los nichos vacíos y la extension de la fosa comun, y saludaba cada dia á los nuevos huéspedes de la necrópolis.

Muchas veces, sentado sobre una fosa al lado de la cruz apolillada y rota, observando el musgo alojado entre las juntas de las piedras, frente á frente con la ruina y la muerte, pensaba, como Gustavo Becquer, en mi sepultura propia, con ansioso deseo de ocuparla, aunque en distinta, muy distinta forma. Yo no queria, no, figurar algun dia en esa repugnante anaquelería, á modo de redoma rotulada de botica; yo no queria yacer enladrillado con un grotesco epitafio, ni tampoco sentir el peso de una losa ó la presion de la tierra endurecida por las heladas y las raíces. La huesa que yo soñaba era sin límite ni medida, sin señal ni fecha, sin material y sin trabajo... la incomensurable tumba del marino.

Un dia, la monotonía del paseo y del pensamiento se vió interrumpida por novedad inesperada. A pesar de lo avanzado de la hora, el custodio del cementerio no estaba, como de ordinario, en su casilla de la puerta. Dirigiendo á una media docena de trabajadores, se ocupaba con mucha actividad en despejar una de las galerías, obstruida con fragmentos de ataudes, lápidas rotas, huesos envueltos en polvo animal, restos de trajes, ladrillos y coronas; un mundo, en fin, de despojos. ¡Cuánto gozó mi espíritu atribulado en la contemplacion de la miseria humana! ¡Qué contraste el del oro de los mármoles, el de la vanidad de sus conceptos, con la podredumbre que ahora descubrian!

Algunos chistes de los trabajadores me pusieron al

corriente de la razon de su faena. Habia cumplido el plazo de alquiler de los nichos—¡que tambien se alquila la última morada!—no habia sido renovado el pago, á pesar de los anuncios oportunos, y se verificaba el *desahucio*, arrojando en el osario todos aquellos restos confundidos, y enluciendo y encalando los huecos que dejaron, para más exactos inquilinos.

¡Ah! por fin hay algo en que el pobre aventaja al rico de inteligencia ó de dinero en este planeta. El hombre ilustre arriesga el paseo más ó ménos largo y frecuente de sus cenizas; las contingencias del *embalaje* y situacion en los sótanos de San Francisco el Grande; el posible *quid pro quo* del *guarda-almacen* que coloque en las de un arzobispo la etiqueta correspondiente á un conquistador; las caricias de los ratones y el amor de los frenólogos y de los coleccionistas anticuarios.

El banquero y el acaudalado propietario no están garantidos contra la ingratitud, el olvido ó la negligencia en suscribirse al *Diario de Avisos*, de sus parientes, y el mejor dia desalojan el adornado cenotafio, para pasar con sus siemprevivas á la fosa grande.

Vanitas vanitatum... murmuré entre dientes, dirigiéndome á otra galería.

La disminucion de la luz empezaba á hacer inciertos los objetos; se acercaba la noche, una de esas eternas noches de Diciembre, azote y pesadilla del necesitado que carece de ropas con que cambiar las que trae, empapadas durante el trabajo del dia, y de lumbre y de hogar reparadores de sus fuerzas agotadas.

Hacía largo rato que el eco de las bóvedas habia repe-

tido la voz de los enterradores al marcharse. El zumbar del viento en las aristas de las columnas, el chocar de la menuda llovizna en el pavimento, era el único ruido que se oia acompañando al de mis rápidas pisadas: no podia haber otros, y, sin embargo, por dos veces me habia parecido percibir un golpe seco. Acaso un ladrillo desprendido por el agua en la cornisa exterior: tal vez un ave nocturna que salia de su escondrijo, ó ilusion de mis sentidos perturbados. Por vez primera me sentí impresionado en aquel sitio: un frio glacial penetraba mis huesos; un instinto invencible me impulsaba á salir; el pavor ¿por qué no he de decirlo? vencia á la reflexion é iba insensiblemente precipitando el paso, cuando un nuevo golpe, claro, distinto, me dejó inmóvil en el lugar á que llegaba. Esta vez no habia lugar á duda: el golpe habia sonado en la pared, á mi lado, en uno de los nichos de la fila que corria á la altura de mi cabeza.

¡Dios mio! pensé: ¿será este uno de esos casos raros, pero posibles, en que la muerte aparente ha llevado al ataud á personas llenas de vida? No es ilusion; el ruido procede de alguno de estos nichos; pero ¿de cuál?

Aunque en el patio reinaba todavía un resto de la luz crepuscular, las sombras de la galería no me dejaban distinguir nada. Por el tacto inspeccioné hasta dónde llegaban los nichos vacíos de la fila, y me cercioré que despues de aquéllos habia tres que debian estar recientemente tapiados, porque la aspereza del ladrillo y los rebordes del yeso indicaban claramente no haber extendido plano sobre su superficie. Tres habian sido cerrados durante el dia, tal vez en la tarde; pero ¿cuál de ellos

guardaba á un emparedado, y qué hacer para sacarlo de la espantosa prision? Llamar al portero, discutir probablemente con él, vencer su inercia y los escrúpulos de la responsabilidad, era cuestion de un cuarto de hora lo ménos, y un minuto, un instante, es la muerte ó la vida en la asfixia. Por otro lado, yo solo, sin certeza, sin herramientas, sin luz, ¿qué hacer?

Estas reflexiones fueron rapídísimas, en tanto que mis manos reconocian los ladrillos, y áun no habian acabado el exámen, cuando, no ya un golpe, seis ó siete seguidos como los del herrero en el yunque, como el repique en un tambor, se repitieron multiplicados por el eco. ¡En el de la izquierda, en el de la izquierda de aquellos tres nichos estaba el desdichado!

Al cesar los golpes oí indistintamente latir mi corazon; sentí que mi cabello se erizaba; sin embargo, arrojé la capa y corrí con toda violencia hácia la galería en que habian estado los enterradores. El tiempo que tardé en tropezar á tientas con el rincon en que les habia visto depositar los útiles de su trabajo me pareció un siglo; mas dí con él, tiré de un pico, y un momento despues volaban en fragmentos los ladrillos á los golpes vigorosos con que hacía mi brazo retumbar las bóvedas.

Cuando la boca estuvo practicable, tiré con ambas manos de la caja hasta sacar un tercio de ella; puse entónces la espalda debajo, y seguí tirando con su apoyo poco á poco, á fin de que al salir el otro extremo escurriera por la pared, y así sucedió, aunque venciéndome el peso y haciéndome caer. Mis fuerzas no alcanzaban á más.

Quise encender un fósforo; vana empresa contra la corriente del aire que penetraba en la galería; al fin, un arbitrio de fumador, el de torcer juntas todas las cerillas que quedaban en la caja y ponerlas dentro de la copa del sombrero, me permitió ver un momento, suficiente para hacer saltar la débil cerradura del ataud y desubrir su contenido. Era una mujer, ó más bien parecia el cadáver de una mujer.

¿Habria equivocado el nicho? ¿Serian estériles los gigantescos esfuerzos empleados para abrir aquella tumba? Así lo creí al encontrar yertas, sin pulso, las manos que tocaba; pero aquellas manos crispadas asian un jiron arrancado del vestido; el fondo de la caja, ademas, habia cedido á la presion nerviosa de los piés; esos eran los golpes que habia oido.

Sin conciencia de lo que iba á hacer; sin comprender todavía hoy cómo pude practicarlo, levanté de la caja á la mujer, la envolví en mi capa, y á los pocos minutos la tendia en el cuarto del misántropo, cubriéndola con cuanto pudiera servir de abrigo en las existencias de mi guardaropa, en tanto que la estufa, cargada hasta la boca, elevaba la temperatura de la estancia. Una botella de ron que providencialmente hallé entre mis provisiones, me sirvió para estimular la piel. Tambien conseguí que penetráran algunas gotas del licor en la boca, y el movimiento del seno, imperceptible en un principio, pronunciado y regular despues, vino á persuadirme de no estar acompañado de un cadáver.

Dolores, melancolía, todo lo habia olvidado con las emociones de la noche, compensadas ahora con una sa-

tisfaccion que nunca habia experimentado, con la dicha incomparable del que libra de la muerte á su semejante.

La que acababa yo de sacar de su dominio era una jóven hermosísima. Su tez mate aterciopelada presentaba en aquel instante la palidez del mármol. Pálidos tambien los labios, abiertos para dar paso á mayor cantidad de aire, dejaban entrever una dentadura blanquísima. El pelo era negro, tejido en dos trenzas con hilos de perlas de cristal, y negras tambien las pestañas muy largàs que velaban sus ojos. ¡Qué hermosos, que expresivos debian ser para armonizar con tanta belleza!

El traje, de raso blanco y tul; las rosas, blancas tambien, de que estaba adornada la cabeza, daban á la jóven una apariencia fantástica, una forma ideal, como aquellas de que estaba lleno mi cerebro. Parecíame contemplar uno de esos monumentos que los artistas de la Edad Media nos han legado en las capillas de las catedrales, dando vida al alabastro para representar la muerte. Una de las estatuas yacentes de las ricas hembras cuyo acabado contorno adquiere movimiento entre el calado de los rosetones y de la bizarra composicion de grifos, endriagos, genios, pájaros y flores, que sostienen el lecho mortuorio, cuando el colorido cristal de la ojiva cambia y descompone los últimos rayos de la luz del dia y oscila la de la gótica lámpara de la capilla.

Fascinado por completo, no sé hasta cuándo hubiera durado la contemplacion de la hermosa jóven, á no haberse abierto aquellos ojos que habia adivinado. ¡Qué brillo, qué expresion, qué poder magnético habia en las

pupilas, negras cual las pestañas y el cabello! Un grito de admiracion se escapó de mi boca, que atrajo en el acto mismo la mirada sorprendida de la jóven, y otro grito que traducia la repulsion, el terror, respondió al mio, volviendo á cerrarse y á descender el color de sus mejillas.

Hube de sujetar las sienes con las manos temiendo que estallára mi cabeza. ¡Qué situacion la mia! Aquella niña debia tener familia que la lloraba perdida; pero ¿cómo dar con ella á tales horas? La violenta fiebre que habia sucedido al paroxismo reclamaba un remedio inmediato: ¿dónde hallarlo? ¿A quién pediria auxilio? ¿Cómo justificar la presencia de la doliente en casa del misántropo? Si hubiera conservado la sirvienta... ¡maldita idea la de mi aislamiento, que habia cerrado todas las puertas de la simpatía de los vecinos! Un médico, ante todo un médico que la salve; al fin he tenido una idea, pensaba, saltando los escalones cuatro á cuatro.

El frio de la noche y la llovizna que caia sobre mi frente descubierta, me hicieron mucho bien; poco á poco amenguó la excitacion de mis nervios, próximos á saltar; volvió á funcionar el pensamiento, renació la serenidad.

La casita de Chamberí habia cambiado de aspecto. Dos hermanas de la Caridad atendian con su angélica abnegacion á la jóven, que entraba en el tercer setenario de una terrible fiebre tifoidea, sin que el delirio la dejára

desde la noche de su resurreccion incompleta. El médico seguia con desconfianza el curso grave de la enfermedad, aunque la juventud de la paciente le hiciera esperar todavía una reaccion favorable. Era el doctor discreto y no se habia permitido ninguna observacion acerca de la presencia de mi huéspeda. Las hermanas de San Vicente tampoco son curiosas; en averiguando dónde hay enfermos ó afligidos, no quieren saber más. Para la nueva criada, para la vecindad, inventé una historia verosímil.

Pero todavía mayor que el cambio de la casa era el de mi persona; yo mismo no podia reconocerme. Alejados como por encanto los negros pensamientos que me hacian ántes aborrecible la existencia, se fijaban en absoluto en aquella jóven, que por un bizarro capricho de la fortuna se encontraba, sin saberlo, sin más apoyo en el mundo que el de un sér extravagante como yo. ¿Diré que hasta mi melenuda cabellera y salvaje barba habian tenido ventajosa modificacion? En los dias del padecer habia desplegado una actividad y un interes que no suponia en mis condiciones, hasta descubrir lo bastante para preocuparme con el porvenir de mi protegida, si venciera en la lucha con la muerte.

El custodio del cementerio, á quien acudí primeramente, se mostró brusco y reservado, expresando que habian acabado los paseos, que pudieron costarle *el pan de sus hijos*. Dios sabe si me sospechó vampiro. El muy zorro habia tapiado de nuevo el nicho sin decir á nadie una palabra de lo ocurrido, segun pude percibir de sus groseras evasivas, pero el nicho tenía el número 224,

dato importantísimo para las sucesivas investigaciones que hice en la Patriarcal, en la Agencia Funeraria, en la casa mortuoria, que hallé por este hilo, desplegando la habilidad de un inspector de policía, para conocerla sin infundir sospechas de mi curiosidad, y la portera, tipo genérico del gremio, habladora y maldiciente, me dió el ovillo.

La señorita doña Carolina de Almazan habia fallecido el 19 de Diciembre, de congestion cerebral, á consecuencia de un disgusto grave que, segun decia la doncella de la casa, habia tenido el dia anterior con su tio y tutor don Simeon Ajofrin. Debia ser esta cuestion de amores, porque frecuentaba la casa un jóven elegante, don Arturo Leal, que pretendia su mano, contrariando la voluntad del tio. Y fué desgracia inmensa, porque la señorita Carolina era muy buena y dueña de gran caudal. Don Simeon, diciéndose traspasado de dolor, marchó á los tres dias al extranjero, y á poco se hizo pública una declaracion de quiebra fraudulenta, por la que le emplazaban los tribunales.

Vi despues á Arturo Leal: diciéndome acreedor de Ajofrin me fué muy fácil introducirme en su casa y penetrar que, si la pérdida de un dote le habia sido sensible, la muerte de la jóven no habia alterado en nada el programa de sus elegantes distracciones.

¡Pobre Carolina!

Venció la juventud: la vida y la salud arrojaron de la casita de Chamberí los siniestros temores de una desdi-

cha. Todos allí amaban á Carolina. Todos... La enfermedad habia dejado profundas huellas en su fisonomía; pero habia en sus ojos una expresion tan dulce y atractiva, un timbre tan simpático en su voz, una bondad en su carácter... ¿cómo no amarla?

Despues que el buen doctor se despidió de nosotros dando plazo semanal á sus visitas, lució por vez primera la alegría dentro de la vivienda; pero ¡cuán brevemente!

Yo, que gozaba de su novedad y que hubiera querido eternizarla en Carolina, tuve que acometer la obra de su destruccion, alzando lentamente el velo del inmenso infortunio.

No me siento con fuerza para recordar el sufrimiento de la pobre jóven al conocer la tristísima verdad de su situacion. ¡Riquezas, posicion, familia, ilusiones, todo, todo perdido! A pesar de mi prudencia y parsimonia, el golpe fué tan rudo que temí una recaida, que necesariamente hubiera sido fatal. Pero bien dicen que el dolor no mata. El llanto, rocío benéfico del corazon, vino en su ayuda: la soledad y la fe cristiana fortalecieron el temple probado del alma.

Dos cartas, que voy á copiar, abrevian mucho la relacion de los sucesos.

«Amigo mio:

»Hoy me han comunicado las hermanas su determinacion de volverse al convento. Como ya no sufro, dicen, el deber las llama hácia otros necesitados de su

asistencia. Yo no podia permanecer sin ellas en esa casa, y las he acompañado.

»Muy pronto espero vestir su mismo traje y dedicar al servicio de Dios y de los que padecen la vida que á usted debo. ¿No es éste el modo mejor de merecerla?

»No he tenido valor para decir á V. adios, estrechando su mano : perdone V. esta debilidad á

CAROLINA.»

»Madrid, 16 de Febrero de 186...»

«Carolina:

»¿Ha meditado V. lo que me ha escrito? Si esa resolucion es irrevocable, sea pronto, muy pronto, para que alcance á ver á V. en la hora de la muerte un desdichado.

»Chamberí, 16 de Febrero de 186...»

Carolina ha vestido otra vez el traje de raso blanco, sustituyendo á la corona de rosas otra de azahar, y ha cambiado de nombre. Si al pasar por lo que fué puerta de Bilbao observan ustedes en una casa nueva el estudio de un pintor en cuarto piso, con un terrado en que lucen macetas de geranios y reseda, allí está la habitacion que ocupamos y que me complazco en poner á la disposicion de ustedes. No estamos solos Carolina y yo; la felicidad habita con nosotros en aquellas alturas. Mi estudio es ámplio, y no faltan en su adorno algunas curiosidades

artísticas y arqueológicas para solaz de los que me visitan; pero el lugar preferente del salon está exclusivamente ocupado por un cuadrito envuelto en crespon negro que guarda esta invitacion:

LA SEÑORITA

DOÑA CAROLINA DE ALMAZAN.

HA FALLECIDO EN LA NOCHE DEL 19 DE DICIEMBRE DE 186...

Su desconsolado tio, sus amigos, suplican á V. se sirva encomendarla á Dios y asistir á la conduccion del cadáver, que saldrá de la casa mortuoria á las cuatro de la tarde del dia 20.

El duelo se despide en el cementerio.
Se suplica el coche.

Dicen mis amigos que es un género nuevo el que cultivo, porque no pinto más que esqueletos en fantásticas combinaciones. Ello es que un negociante de Francfort tiene adquirida la propiedad anticipada de todos los que haga, dejándome la designacion del precio, y por esta razon no he presentado ninguno en las exposiciones de Madrid.

Todos estos cuadros llevan por firma una lápida de nicho con el número 224. Más caprichosa es la que usó David Teniers.

El dia 1.º de Noviembre de cada año paseo con mi Carolina por las galerías del patio de San Timoteo, en el cementerio de Chamberí: muchos de los curiosos que lo llenan se paran sorprendidos delante de un nicho en que, bajo el número 224, esculpido en caractéres rojos sobre mármol blanco, leen por inscripcion, entre guirnaldas de azahar y capullos de rosa:

«Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...
Que pensé un momento:
¡Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!»

«¡Vaya un capricho! ¡Qué extravagancia!», oimos decir.

Ya se ve, no hay más que tres personas que sepan que el nicho está vacío.

Al regresar del paseo pasamos indefectiblemente por delante de la casita de Chamberí, que áun está desalquilada. Es posible que encierre todavía las *Noches lúgubres* del coronel Cadalso, que allí dejé exprofeso, no pensando volver á leerlas.

Celebramos, como la gran solemnidad doméstica, el aniversario de la segunda venida al mundo de mi mujer, que es durante todo este dia una verdadera hermana de la caridad.

No hace mucho que, al dar las últimas pinceladas á una galop desenfrenada de esqueletos, á que servian de antorchas dos momias de Egipto encendidas, cuando Carolina, dejando la costura en la butaca, reia como una loquilla observando la apariencia de las damas del baile en doble esqueleto, es decir, llevando sobre el natural armazon de miriñaque, armazon de *coraza*, armazon de peinado, interrumpió nuestra hilaridad el cartero entregándonos una del tenor siguiente:

«Nueva-York, 23 de Diciembre.

»Querido amigo: he cumplido tu encargo al pié de la letra. Ninguna dificultad he tenido para encontrar á Mr. R. Hauking: todo el mundo lo conoce en esta gran ciudad, y su palacio en Broadway, su esplendidez de Nabab, se citan como ejemplar de lo que alcanzan juntas la laboriosidad y la honradez. El dia 19, segun tus instrucciones, fuí á su casa vestido de riguroso duelo, y con la mayor gravedad alargué la caja que me habias confiado, diciéndole por todo saludo: — Traigo á usted este presente del otro mundo. — ¡Ah! viene V. de Europa, me contestó, visiblemente conmovido, miéntras rompia el lacre y abria la cubierta. Nada repuse, limitándome á observar la lividez creciente de su rostro, la extraña fijeza de su mirada, la expresion de horror, que duró un instante, pues cayó desplomado en el sofá, rodando el cuadro por el suelo. Lo recogí al momento y no adivino lo que haya podido impresionarle de aquel modo. Es una fantasía de las tuyas que nada tiene de particu-

lar : una caja de caudales con cerraduras de combinacion en que se destacan las letras S. A.; sobre ella una redoma de cloroformo, una corona de rosas blancas marchitas, una palma y otros objetos fúnebres que Lucifer va colocando *en bodegon*, y por último, un asqueroso sapo que anda en dos piés y rie á carcajadas, llevando en la cabeza á modo de tablero tu firma, esto es, una lápida con el número 224.

»He creido atento mandar recado al dia siguiente para saber de la salud del Sr. Hauking, y me han dicho que anoche ha desaparecido. Efectivamente, no se habla en Broadway de otra cosa.

»Aprovecho el vapor que marcha hoy, para darte esta noticia : otro dia te comunicaré mis impresiones de viaje por este país singular, y tal vez encuentres en ellas asunto para más de un cuadro de tu especialidad. Afectuosos recuerdos á Carolina, y no te olvides de tu buen amigo

LEANDRO.»

Acabada la lectura, noté que habia producido á mi mujer una fuerte emocion, que yo mismo sentia.

Posteriormente hemos visto en un periódico estos sueltos :

«Nos escriben de Roma que un suceso extraordinario está llamando la atencion general. El banquero de Nueva-York Mr. Hauking, conocido en todos los círculos financieros del mundo, ha entrado en el convento de la

Tanga, dejando dispuesta la distribucion de su fabulosa fortuna entre varios establecimientos de Beneficencia, se consigna mucho una de las cláusulas, segun la cual se remitirá á Madrid una suma considerable á nombre de un don Simeon Ajofrin.»

«Tomamos la pluma profundamente afectados por una desgracia que lamentará con nosotros la buena sociedad de Madrid. Don Arturo Leal, el tipo de la elegancia y de la distincion, ha puesto fin á sus dias disparándose un revólver en la sien. La maledicencia ó la envidia esparcieron la calumnia de suponerlo relacionado con un asunto de falsificacion de letras, de que entienden los tribunales, y el pundonoroso jóven no ha podido resistir á la idea de que ese falso rumor alimente las conversaciones.»

Se me olvidaba.

Estoy suscrito para todos los sorteos al billete de la lotería número 224.

FIN DE EL NÚMERO 224.

EL BRAZO DE VIRÍATO.

EL BRAZO DE VIRIATO.

Á mediados del siglo XVII, Zamora, la muy noble y muy leal ciudad del Duero, habia perdido la importancia que, como baluarte de la cruz contra la media luna, conquistó en aquellos heroicos tiempos en que era plaza predilecta de los reyes de Leon, codicia de los califas cordobeses y «radiante luz de nuestra historia» segun la expresion de un eminente literato. Distaba, sin embargo, mucho de la postracion á que ha venido en estos dias. Los bosques sombríos, la escasez de albergues y comodidades de la villa de Madrid, á donde no andaba todavía muy sólidamente asentada la córte de las Españas, no brindaban con atractivos, ni ménos ofrecian remotísimo indicio de convertirse en oásis de la ambicion y del placer y de sifon en la savia nacional.

La capital de Doña Urraca, con sus calles estrechas, sus casas adornadas de blasones, sus románicos templos, y el bien provisto mercado era por los años de 1600 á 1650 muy aceptable mansion para los señores de

linaje y capital que allí tenian el solar de sus mayores. Los oficios de Alférez Real ó Regidor perpétuo, el voto en el Concejo, la fundacion de obras pías y de suntuosos enterramientos de familia, daban ocupacion á la vanidad y al espíritu, como hoy pueda hacerlo la direccion de un tronco de yeguas inglesas en la castellana; soplaban entónces el cuerno de caza en las márgenes del Esla y del Aliste más á menudo que la trompa suena ahora en algun coto reservado; rompian lanzas en solemnidad de los sucesos prósperos, y andaban á estocadas, á falta de mejor entretenimiento, que en esta materia no estaban tan sobrados como en el siglo del *Kursaal* y de *Mabille*.

No quiero decir que los abuelos fueran mejores ni peores que los nietos, ni que unos tiempos merezcan sobre los otros preferencia; me limito á consignar que son distintos en lo que atañe á la vida de las poblaciones, tanto más lánguida, tanto más miserable, cuanto la costumbre y la corriente de las ideas y las aspiraciones la ha concentrado en el corazon pletórico de la córte, para irradiarla al extranjero. En la proporcion misma en que los mayorazgos han abandonado las ciudades, lo han hecho y lo hacen cuantos reunen un mediano capital, pasando de la aldea á la ciudad, sin que quede en los campos más que el mísero labrador arrendatario que, sin ese contacto, el más seguro conductor de la ilustracion y pulimento de las costumbres entre las clases distintas de la escala social, vegeta arañando la tierra, en tanto que alguno, que no la ha visto, se indigna leyendo las relaciones de Dumas y de Gautier y consigna *ex-cátedra* en algun acreditado periódico que España es el país más

fértil de la tierra, y tambien el más hidalgo, y el más cortés, y... muchas otras cosas que los viajeros, siempre prevenidos contra nosotros, tienen la desgracia de no ver, en mucha parte por culpa del Gobierno, que no es poco socorrido recurso el de echarle encima todas las que no reconocen excusa.

Digo, y basta de digresiones, que á mediados del siglo XVII era la muy noble y muy leal ciudad de Zamora mansion muy aceptable, y áun si se quiere, muy divertida para los Enriquez y Toledos, Guadalfajaras y Monsalves, Manriques y Sotelos, Escalantes y Valencias, y Fonsecas, y tantos otros troncos de la nobleza leonesa y castellana. Á su sombra labraba *el Sordo* aquellas lanzas, armaduras y ballestas tan celebradas por Martinez del Espinar en su *Arte de la Montería;* y otros artífices zamoranos, plateros, escultores, imageneros, daban vida á la materia, poblando con sus obras la catedral, los monasterios y los estrados, que rivalizaban en adquirirlas. No dejaba el señor de inaugurar con animada fiesta la trilla de sus mieses y la vendimia de sus cepas, admitiendo al villano y al pechero á la general participacion de la alégría que acompaña á la recoleccion de los frutos, con el sudor regados, ni carecia de una palabra agradable para cada uno, ó de atencion á las observaciones de los entendidos, como no dejaba tampoco de llevar el pendon en las procesiones del lugar de su señorío. La participacion que le correspondia en el gobierno y administracion del Comun, el interes que en la policía habia de tener, y el desprendimiento con que contribuia á emplear en obras de utilidad caudales á que

no encontraba otra aplicacion, beneficios eran para la ciudad, mirada con amor de hijo.

La feria de Botijero, rival entónces de la de Medina, llevaba de toda Castilla y Portugal las más ricas mercancías, platas, sedas y brocados; juglares, trovadores y danzantes, que durante un mes atraian inmensa concurrencia. La feria agrícola de San Pedro, en ganados y aperos de labranza, en arrendamientos y obligaciones, hacía subir tambien las transacciones á una cifra considerable, llamativo de transeuntes, trajineros y propietarios.

Tal fué Zamora en los tiempos en que servia de teatro al suceso que voy á relatar, como lo oí referir en mis primeros años al amor de la lumbre de una de las enormes chimeneas blasonadas que áun conserva.

Era precisamente la feria de San Pedro, dia de fiesta y gala para la ciudad. Desde el alba chirriaban las carretas en las calles, turbando al mismo tiempo el ordinario silencio el singular castañeteo de los zuecos y chapines de madera sobre las losas, y ese zumbido sordo de las muchedumbres que á nada se parece. Por todas partes desembocaba gente forastera, afanosa y ocupada, en direccion de la plaza Mayor, lugar de los ajustes y contratos de los criados de labranza, que sin más documentos ni escritura que la palabra y la buena fe comprometen su servicio por el año. Rebosaban los comercios de gentes que cambiaban por paños y lienzos los maravedises

poco ántes obtenidos por las maderas ó animales que trajeran; se atropellaban otras llevando al hombro los bieldos y otros instrumentos destinados á la recoleccion inmediata. Aquí un grupo de segadores regateaba el mísero jornal ofrecido; otro de soldados atacaba en brecha una canasta de la exquisita fruta toresana, como poco ántes habia escalado las plazas de Flándes, segun el testimonio de los coletos agujereados, aturdiendo con sus risotadas y cuchufletas á cuantos labradores pasaban á su alcance. Más allá, una estudiantina, venida de Salamanca, atraia con sus cantares y pendencias la atencion de los campesinos, miéntras en corro de muchachas desplegaba las vistosas cintas el mercader ambulante, poniéndolas por las nubes y determinando de contado qué color convenia más á cada cual. Un redimido de Argel relataba lastimeras malandanzas, mostrando el escapulario blanco de los trinitarios y alargando la mano al círculo de los oyentes. Repartian reliquias y *Agnus Dei* los frailes, en trueque de frioleras para las alforjas del convento; recitaban todo el romancero juglares grotescamente ataviados, sin perder por ello la ligereza de las manos; ofrecian maravillosas oraciones para tener sucesion, recetas contra el dolor de oidos y pronósticos de la cosecha charlatanes sabios, acompañando las campanas de San Juan, el tamboril y la gaita zamorana al desconcierto atronador de aquel cuadro tan animado por el movimiento, por la variedad y colorido de los trajes y por el calor de un sol canicular. Abajo, descendiendo por la calle de Balborraz, que asemejaba á un hormiguero, no era menor el bullicio en el mercado de las bestias que

algun travieso zagalon ponia en espanto, sacando disimuladamente un rabo de zorro preparado.

Al oscurecer fueron perdiéndose los ecos de la fiesta, reconcentrándose la vida de la ciudad en el paseo, donde mostraban damas é hidalgos el donaire de sus personas, ó en los arrabales, en que las rondas de los mozos prolongaban el placer del dia, buscando de buena gana los paradores de la *Cárcava* los cansados forasteros que no habian dado la vuelta á sus lugares.

El Brazo de Viriato, la mejor posada y botillería de Zamora, encerraba, como de costumbre, lo más granado de los negociantes de Medina, Valladolid y Salamanca, como que la honradez y buena cara del huésped, no tan buena esta última como la de su hija Constancica, y el vino de sus cubas tenian fama en veinte leguas, si no más, á la redonda. Habia en el zaguan una cámara grande con mesa de nogal reluciente de extremo á extremo, alumbrada por velones de metal fundido, obra cordobesa que recordaba á los creyentes de Mahomet. Diez ó doce personas en grupos cambiaban algunas palabras entre bostezos, signo del consancio y agetreo del dia.

—Las nueve, dijo en alta voz un ganadero, contando las campanadas del reloj de la plaza; ¿en qué estará pensando ese Barrabás de cocinera, que no nos trae la cena?

Pesada anduvo en servir al mediodía, pero ahora pasa de la cuenta, y el estómago no admite dilaciones. ¡Eh! Camacho, ¿se cena ó no se cena en esta casa?

—Un poco de paciencia, señor Felipe, respondió el interpelado posadero, asomando por la puerta su cara

risueña; todos piden al mismo tiempo, y es tanta la gente que tenemos en estos dias que es imposible atender cual corresponde. La tardanza es, sin embargo, de buen agüero; tengo en el horno, reservada para los buenos parroquianos, una empanada de liebre, que da un tufillo de gloria, y la color de la masa pide unos minutos más de cachaza.

—Bravo, bueno, venga la empanada y venga pronto, dijeron seis ó siete, mostrando excelentes disposiciones para acariciarla.

—Y venga miéntras tanto, añadió un pañero bejarano, un jarro de lo añejo para engañar la hambre.

Entró á la sazon en la cámara un nuevo comensal, de todos los otros conocido, bien que en toda la provincia lo era Alonso Fresneda, rico labrador de Bermillo de Sayago. Aunque villano, valia su palabra tanto como la del mejor hidalgo de solar conocido, y en ocasiones fué estimada en más, decia él, pues en una de las cacerías que el rey Felipe III con tanto placer repetia en estas tierras por los años de 1601, perdido en el monte, amenazando una tronada, siguió el parecer de Fresneda contra el de los caballeros que le acompañaban y se decian conocedores del terreno, con lo cual se libró de una noche á la intemperie. El Rey lo llevó en su compañía en toda la expedicion, regalándole un arcabuz de su uso en buena memoria del servicio.

Fresneda vestia el elegante traje sayagués que en nada ha variado despues de dos siglos; chaqueta, calzon y polaina ajustados de paño fino negro; chaleco de córte cuadrado, de pana negra tambien, con grandes botones

de plata en dos hileras, descubriendo la camisa plegada alrededor del ribete del cuello; ancho cinto de vaqueta lustrosa por encima; sombrero de luengas alas, buen defensor contra sol y agua, y capa larga hasta tocar la espuela, prenda de ceremonia lo mismo en el verano que en invierno. La abundosa cabellera blanca caia hácia atras, cortada en redondo, miéntras que por la frente presentaba un córte recto, semejante á la tonsura de algunas órdenes monásticas. Era una hermosa cabeza de estudio la del anciano, y al descubrirla con el acostumbrado saludo general de «Alabado sea Dios» todos en la cámara se inclinaron con respeto.

—Bien venido el conterráneo de Viriato, dijo Felipe alargándole con efusion la mano; ya extrañaba yo no veros por acá pasadas las nueve de la noche, que no es hora de negocios.

Nunca es tarde si la dicha es buena, contestó con agrado el sayagués, dejando la capa y limpiando el sudor que humedecia su frente, y por dicha tengo verme entre amigos, debajo cabalmente del *Brazo de Viriato*, de la seña de esta posada. Otros amigos me entretuvieron con agasajos más de lo que pensára, como siempre que vengo á esta noble ciudad me acontece, mas cumplidos y negocios, todo es acabado por hoy.

—Todo no, replicó el ganadero, que áun habeis de decirnos el *Benedicite*, y de honrar la cena con la cabecera que corresponde á vuestro valer y á vuestras canas.

—Pase por las canas: con mil amores, dijo, dirigiéndose al lugar señalado, viendo á Camacho que en persona traia la humeante sopa.

La diligencia que los comensales pusieron en despacharla silenciosamente, vino á confirmar la buena disposicion de sus estómagos hambrientos. Fué precisa la aparicion de la empanada consabida, y en pos el plato de las zamoranas magras con guindas para que la conversacion se reanudase, subiendo el diapason más y más, segun el líquido de la bodega de Camacho iba dando el asiento conveniente á las tajadas de liebre y de jamon. Negocios, diversiones, aspecto de la plaza, sermon de los Jerónimos, todo se pasó en revista. Fresneda colocó sobre la mesa una henchida piel de gato que le incomodaba en el cinto y que, á lo que dijo, contestando las pullas de los compañeros, no contenia más de trescientos ducados, producto de unos bueyes vendidos, que por estar en moneda de plata, hacian más bulto que esencia.

Al sonar la *Queda* concluyó la reunion, retirándose cada cual á su aposento; y en ocasion de quedar solos, Felipe dijo á su amigo, sin rodeos, que no habia obrado cuerdamente al mostrar los dineros y decir su cantidad en público. A la feria, decia, acudian portugueses, gitanos y otras gentes desconocidas, de que no habia por qué fiar. En la cámara misma habia fijado su atencion un hombre de mal aspecto que, sin acercarse á la mesa, habia pasado la noche con la cabeza entre ambas manos y los codos en las rodillas. Fresneda, agradeciendo el aviso, rió de buena gana de la suspicacia del ganadero, y más por tranquilizarlo que por confesar razonable su prudencia, interpeló á Camacho, que rió tambien, desvaneciendo al punto el mal pensamiento de Felipe. La persona en cuestion era un sastre, vecino y amigo del po-

sadero, hombre de bien á carta cabal, jovial y decidor de ordinario, atacado de un furioso dolor de muelas que le habia tenido en el rincon desde el anochecer sin determinarse á marchar á su casa por no molestar á su mujer, que con la llave se habia ido á la de cierta comadre. Camacho conocia por ende á todos los que dormian en la posada.

El anciano Alonso, que tanto se habia chanceado escuchando á Felipe, no reia al encontrarse á solas. Al buen humor sucedia un vago malestar que inútilmente procuraba explicarse. Él, siempre confiado, sentia nacer y acrecentarse la desconfianza, convertirse en sospecha, elevarse á terror, terror inconcebible, que se sobreponia á la reflexion perfectamente clara. ¿Qué podia temer allí? Admitiendo que un codicioso de sus ducados los llevase, la suma, aunque importante, no lo era tanto que en su hacienda causára descalabro, ni gran pesar en su desprendida condicion. Ademas, la hipótesis era absurda á todas luces. No tenía el aposento más de una puerta, provista de un buen cerrojo, y una ventana al patio de la posada donde distinguia más de cuatro bultos de otros tantos mozos ó arrieros que parecian perfectamente dormidos, sin contar con que la ventana, al borde de la tapia, tenía unos veinticinco piés de altura. Satisfecho del reconocimiento, y corrido el cerrojo por lo que exceso de precaucion consideraba, se tendió el sayagués en la cama, recitando sus oraciones; pero el pensamiento no seguia la indicacion de los labios, y el sudor inundaba su rostro, viendo, con los ojos cerrados, su bolsa de piel de gato volando en el espacio, adquiriendo

á cada instante formas fantásticas de monstruos ó vampiros, tan várias como repugnantes. Las vueltas en el lecho, con el esfuerzo para llamar al sueño rebelde, no hacian sino aumentar la penosa impresion de la atmósfera del aposento; las visiones se sucedian en vertiginosa rapidez.

Esto es insufrible, pensó Fresneda, arrojándose de la cama. Jamas me ha sucedido niñería semejante. Veamos si Camacho está despierto todavía y si un vaso de agua fria despeja mis sentidos. Y poniendo por obra el pensamiento, bajó á tientas hasta el zaguan, llevando en el cinto el gato malhadado.

Un silencio profundo, sólo interrumpido por los ronquidos de los arrieros, reinaba en la casa : todos sus habitantes de momento descansaban, segun podia verse á la mortecina claridad de la lamparilla que en el zaguan alumbraba constantemente la imágen de la Vírgen del Tránsito. Habia, sin embargo, otra luz en la cocina, y allí estaba Camacho todavía acabando de desollar un cabrito que habria menester para el almuerzo de sus alojados. Alonso, sin descubrir del todo su inquietud, pretextó no estar bueno, tomó un buen jarro de agua, y aunque no aceptó los ofrecimientos del complaciente posadero, de componerle una tisana, por si no pudiera levantarse al dia siguiente, le rogó guardase la bolsa del dinero, lo que sin dificultad hizo aquél, dándole una vela para volver al dormitorio. Sea que la tal determinacion calmára el desvarío, sea que á ello contribuyera el fresco del paseo, esta vez halló el reposo que anhelaba en el momento en que el lejano reloj de la catedral sonaba las dos de la madrugada.

Cuál sería el asombro de los madrugadores zamoranos hallando, al dirigirse á sus faenas, al romper el dia, cercada de alguaciles y corchetes la posada de *El Brazo de Viriato*, se deja penetrar conociendo la uniformidad monótona con que trascurren allí los dias y los años. Algo grave habia ocurrido cuando á horas semejantes se encontraban allí el señor Corregidor y el Alcalde de letras. El círculo de curiosos que, concéntrico al de alguaciles, se iba formando y creciendo á medida que la noticia cundia por los barrios de la ciudad, hubiera perdonado, seguramente, el desayuno, por conocer desde luégo ese algo. Sobre todos, las comadres de la vecindad, que muy pronto habian ganado la primera fila, se comian de impaciencia por saber ce por be lo que inútilmente inquirian de los subalternos funcionarios de la justicia que estorbaban su paso. Cuanto sabian éstos era que allí les habian mandado colocarse con órden de impedir que nadie entrára ni saliera del edificio cercado. Las conjeturas tenian que alimentar por de pronto la general ansiedad, comentándose en corrillo las que ocurrian á los más habladores; y como nunca faltan en las muchedumbres chuscos que se diviertan en extraviarlas, eran de oir las noticias que se forjaban por minutos. Quién decia, con referencia á un vecino cuyas ventanas daban al corral de la posada, que un perro rabioso habia mordido á una docena de personas y que lo acosaban en aquel momento para matarlo. Quién aseguraba que dos huéspedes, pretendientes al amor de Constancica, andaban á cuchilladas, y por este estilo circulaban versiones mil, que al correr, como acontece á la bola de nieve, se redon-

deaban y vestian con pormenores y minuciosidades tales, que llegaban como cosa nueva al punto de partida. A ninguno habia ocurrido, sin embargo, y esto hace por sí solo el elogio de las costumbres morigeradas de los zamoranos, que la presencia de la justicia indicase la perpetracion de crímenes que allí suelen hacer época, y desgraciadamente era uno de estos casos el ocurrido. El ganadero Felipe lo declaraba ante el Corregidor, por él mismo avisado, en estos ó parecidos términos:

Pensando regresar á su pueblo y aprovechar las primeras horas en que no molesta el calor, se habia levantado ántes del alba y hecho sus preparativos de marcha. Quiso dar un apreton de manos á su amigo Alonso Fresneda, que, segun conversacion de la noche anterior, partia igualmente de madrugada: la puerta del aposento estaba entreabierta, pero el anciano permanecia en la cama sin contestar á las chanzas con que le acusaba de pereza, por lo que juzgó que el cansancio del dia anterior le habia rendido y que le haria servicio despertándole. Con esta idea se acercó al lecho y observó con horror que se encontraba al lado de un cadáver: entónces, sin detenerse un instante, abriendo la puerta de la posada, habia corrido á participar el asesinato de su amigo.

Para calificar el hecho, refirió la confiada imprudencia del anciano en mostrar los dineros que llevaba, las reflexiones que sobre el particular se le ocurrieron y la risa de Camacho el posadero, que se esforzó por alejar toda sospecha en la víctima con razones largas. Felipe no se atrevia á decir, bajo la fe del juramento prestado,

que Camacho fuera el asesino, máxime habiéndole tenido siempre por hombre de bien é incapaz de felonía; con todo, en conciencia, debia consignar algunas observaciones, tales como la de constarle de una manera positiva que Fresneda cerró por dentro su aposento, que estaba abierto por la mañana, y que, al entrar con la justicia, Camacho habia palidecido, mostrando en el rostro una expresion de temor que no debe aparecer en un inocente.

Las deposiciones de los otros testigos citados, poca ó ninguna luz daban al juez: varios de ellos, que cenaron con Fresneda, le vieron sacar del cinto la piel de gato y oyeron de su boca la cantidad que contenia. Esto era todo. El reconocimiento del lugar, en cambio, ofrecia al criminalista esas huellas que con toda claridad muestran al entendimiento experimentado el camino del delincuente, como en las selvas americanas revelan al salvaje el paso de su enemigo. El desgraciado Fresneda tenía una sola herida, que habia partido el corazon. La muerte debió ser instantánea, pues nada indicaba en las ropas, ni en la postura, las convulsiones de la agonía, recibiendo el golpe dormido, que en caso contrario hubiera intentado defensa ó resistencia, de que tampoco habia señales. El arma debia ser de hoja aguzada, delgada y ancha. En el cerrojo de la puerta habia sangre. Se observó que la union de dicha puerta con su marco era imperfecta: existia, por merma de la madera, una ranura entre una y otro, y ensayando si con la hoja de un cuchillo se podria correr desde fuera el cerrojo, se consiguió abrir la puerta en repetidas experiencias. En el cofre del posadero se halló la bolsa de piel de gato, que al punto reconocieron

cuantos la habian visto, y dentro trescientos ducados justos en moneda de plata, y un relicario nuevo de este mismo metal, envuelto en papeles. Por último, apareció en la cocina, dentro de un dornajo con agua ensangrentada, un cuchillo de punta y de hoja ancha y afilada. Camacho estaba lívido, y sin preguntárselo ponia á los cielos por testigos de no saber nada de la ocurrencia....

—Hemos concluido por ahora, señor Corregidor, dijo á este punto el Alcalde: sólo falta hacer salir á cuantos están en la posada, para poner los sellos en las puertas; y alzándose con aire significativo y satisfecho, añadió por lo bajo:

—Hablando en puridad, se me figura que no se necesita ser un Ronquillo para ver claro en el asunto.

—En efecto, contestó el aludido, pero de todos modos, en buenas manos está la vara sin acudir á comparaciones. Ronquillo se dejó coger como raton con queso en el castillo de Fermoselle, lo que no es de olvidar, por más que tomára una buena revancha en el de Simáncas.

En tanto se ejecutaban las órdenes de desalojo, rota la incomunicacion, se trasmitia al exterior y corria instantáneamente por la poblacion entera la noticia exacta del horrible homicidio, consternándola. Los más ancianos no hacian memoria de otro caso, ni sabian que hubiera ocurrido en la ciudad desde el tiempo de las revueltas de las Comunidades de Castilla, circunstancia que acrecentaba la indignacion del pueblo, siempre dispuesto á dejarse llevar de las primeras impresiones. Al ver á Camacho sereno, aunque pálido, entre los corchetes que le conducian á la cárcel, hubo de temerse un desman; tal

era el aspecto amenazador de la turba y los denuestos y murmullos en que prorumpia; bien pronto, no obstante, la aparicion de Constancica, hermosa niña que se habia captado el respeto de todos por sus caritativos sentimientos, por su afabilidad y recato, tanto más de elogiar habiéndose criado sin madre, en una posada, dió nuevo rumbo á los sentimientos, arrancando el de la compasion. Aquella doncella inocente, á quien alguna de las curiosas comparó con la Vírgen de las Angustias, perdia en un instante, por culpas ajenas, cuanto en el mundo poseia; ¡qué mucho que los instintos generosos siguieran su direccion y que salieran no pocas lágrimas á vista de las que derramaba! ¡Pobrecilla, pobrecilla! Se oia repetir en todos los grupos.

—¡Pero ha visto V., vecina, decia á poco rato una mondonguera, ese condenado de Camacho!

—¡Quién lo habia de pensar, señá Juana, yo que hubiera puesto la mano en la lumbre por él!... como que parecia tan hombre de bien, vamos, y tan honradote...

—Sí, sí, bien dice el Padre Baudilio, que este mundo está perdido, y que no hay religion, y otras cosas que son el Evangelio.

—Como que no sabe ya una de quién fiarse.

—¡Entrañas de sierpe! Matar á un pobre viejo por cuatro reales.

—No tan cuatro reales, señá Juana; que buenos escudos dicen que tenía la bolsa que le quitó; por más señas, que hasta un relicario que habia mercado el sayagués, á la cuenta para feriar á alguna de la familia, le han hallado al asesino.

—¡Lo que es la codicia!

—Yo prometo que he de llevar á los mis tres nietos á que lo vean en la horca, y buena pescozada he de dar á cada uno para que se acuerden toda su vida de la fin que tienen los malos.

—Muy bien hecho, señá Tomasa, no hay mejor licion que el ejemplo, como dice el maestro Costales; así que yo tambien he de llevar al mi Celestino.

—¿Y dónde está esa buena alhaja, que no le he visto hoy?

—To, velay viene del rio que le mandé á que llevára la noticia al pariente.

Casi un año despues del suceso, en los primeros dias del mes de Julio, volvemos á encontrar á Zamora en gala y fiesta extraordinaria. Las campanas, la gaita y el tamboril, la desusada concurrencia de forasteros en las calles, las vistosas colgaduras de balcones y ventanas con otros adornos con que á porfía engalanaban sus casas los vecinos, la anunciaban alegremente. Tambien la mondonguera Juana, y Tomasa su vecina, habian sacado del cofre las colchas rameadas, formando pabellones en las puertas de sus botigas y dando pábulo á la charla sempiterna con que acompañaban y entretenian el ejercicio de la rueca y el huso, comentando cuanto ocurria en la ciudad.

Sin más que oirlas se hubiera puesto cualquiera al corriente del programa y motivo razonado de la solem-

nidad, con más pormenores que los de la relacion salida de las prensas de Vallecillo por encargo de los capitulares de la ciudad. Por ello, eliminando los giros singulares de la conversacion, las exclamaciones frecuentes, la invocacion al Santísimo Sacramento y á los santos, con que la sazonaban, amén de un sayo cortado á cada cual de las personas de que se hacía cuestion, prefiero esta pura fuente de la crónica zamorana á la del Padre Lector del Monasterio de los Bernardos, que, como interesado, pudo muy bien exagerar la magnificencia del aparato costeado por su convento de Moreruela para trasladar á él la reliquia del señor San Atilano, concedida por el cabildo y ciudad de Zamora, tras un siglo de peticion y empeños continuados.

Segun el análisis de nuestras comadres, los señores Justicia y Regimiento de la ciudad, que negaron al Cardenal Cisnéros, con todo su poder, el capricho de curiosear los cuerpos santos, aunque para ello hizo expreso viaje á Zamora y empleó las influencias de que disponia, habian andado ahora un tanto ligeros en otorgar á los monjes de Moreruela, de que San Atilano fué prior, nada ménos que una canilla suya. Cierto que los bernardos habian pagado los preparativos del tablado y funcion de iglesia y entregado al Concejo treinta mil reales para las de la ciudad, que durarian tres dias, pero más ofrecieron los de Toledo por las reliquias de San *Alifonso*, y hubo pleitos y no se salieron con la suya.

En cuanto á las fiestas, confesaban que eran buenas. Se *soltarian* el reloj y la Queda, habria fuegos artificiales, parejas con hachas en caballos enjaezados, con sus

volantes, llevando en medio el estandarte de San Atilano, cada uno muy bien adornado; toros en la plaza y mojiganzas á caballo. Pues ¡y los arcos y los retablos que los gremios ponian en las plazas, á cual mejor, compitiendo con los señores! En casa del Conde de Alba de Aliste habian sacado toda la armería y muchas enramadas con cabos de agua como jardines, con los escudos de los Enriques, y otras mil variaciones. El de Castro-Nuevo habia colgado los tapices, que parecian del cielo; el Bailío de Lora ponia ricas tablas del triunfo de David y de otras cosas de grande divertimiento, que las gentes, ni á palos, se podian echar de allí. Desde lo más arriba de la calle de la Rua, hasta la puerta de Santa Clara, era como ascua de oro. ¡Cómo estaria de tafetanes! Vamos, que hasta allí y no más. Y no digamos nada de la procesion, que la cera se habia llevado en carretas y habia de salir triunfando por las calles lo mismo que el dia del Córpus, y ademas los Partidos con sus insignias y el Concejo con la noble seña bermeja de Viriato. El auto que habian de representar en la iglesia los mozos de coro lo habia compuesto el dulce poeta toresano don Luis de Ulloa, y se decia que era cosa de mucho gusto.

Habia tarea para un año con la relacion de los trajes que iban á estrenar las damas y caballeros principales, que todo lo sabian al dedillo aquellas habladoras, sin excepcion de lo que habia costado el palmo de brocado, ni misterio de los empeños de algun hidalgo pobre para arreglar la capa de raso, que pareciera nueva.

—Con estas fiestas, decia la Tomasa, no puedo olvi-

dar á la infeliz Constancica. ¡Qué guapa estaria ella echando flores á la procesion como solia!

—Calle V., vecina, se me parte el corazon con esa idea. ¡Pensar que tan hermosa muchacha, la gloria de este barrio, está loca!

—¿Loca dice usted?

—Calla, ¡pues está bueno que la señá Tomasa no sepa lo que por todo el pueblo corre! Loca, loca rematada, sí señora. Desde que entró en el convento de las Descalzas, cuando se llevaron á su padre, no hacía más que llorar, y se pasaba los dias arrodillada delante de la Vírgen del Tránsito. Al fin ha dado en la manía de decir que le ha hablado Nuestra Señora, con ofrecimiento de que hará un milagro que pruebe la inocencia de Camacho.

—Pero, señá Juana, no siendo más que eso, bien puede no estar loca. Muchos milagros tiene hechos Nuestra Madre del Tránsito y hará cuantos le parezca...

—Eso mismo pensaba yo, mi amiga; pero el Padre Baudilio me ha desengañado. La Vírgen puede hacer muchos milagros, nadie lo duda, mas el mismo Dios no puede hacer que no suceda lo que ha sucedido. Librar á Camacho de la horca, volverle su hacienda, cabia en lo posible, pero no se trata de eso; lo que Constancica dice que la Vírgen ha ofrecido, y no se contenta ella con ménos, es que Camacho sea inocente, y ya se hará usted cargo que esto es un imposible, cuando está probado el asesinato de Fresneda.

—¿Está probado?

—El mismo Camacho lo confesó al fin, despues de

estarlo negando con una tenacidad de Satanas, por más de nueve meses. Yo lo sé todo por el hijo de la tia Grulla, que, como V. sabe, está de pasante en la escribanía. Casualmente le veo venir hácia acá, y ofreciéndole un trago, nos contará lo que haya de nuevo.

El pasante se avino, en efecto, á satisfacer la voraz curiosidad de las dos vecinas. La causa de Camacho era desesperada. Estaba dictada la sentencia, y el verdugo de Valladolid se encontraba secretamente en la ciudad. Se habia suspendido la notificacion por no turbar las fiestas; mas en cuanto pasaran algunos dias despues de ellas, dejaria de vivir el asesino de Fresneda, cuyos momentos estaban contados.

La sentencia de Camacho no era tan reservada que no hubiera trascendido á esos círculos que en toda poblacion se dicen bien informados. En el momento mismo en que el pasante daba un cuarto al pregonero comunicándola á las que podrian calificarse de gaceta de Zamora, que era el anochecer, se cuchicheaba en las mesas de la posada y botillería del *Brazo de Viriato*, engalanada como todas las casas de la poblacion, y que, á favor de unos trasparentes en que aparecia el héroe lusitano, un tanto desfigurado, destrozando él solo las legiones romanas, habia atraido una considerable concurrencia y mayor despacho de leche helada con suplicaciones.

Ninguna alteracion se habia hecho en el edificio; es-

tuvo cerrado en tanto las diligencias de la causa lo exigieron, arrendándose despues por justicia, para prevenir las costas, y entregándose por inventario el nuevo posadero con la condicion de no alterar en lo más mínimo lo existente. El comedor, la cocina, el zaguan, se conservaban, por lo tanto, en el mismo estado que los hemos conocido, y hasta algunas caras de entónces se veian al rededor de la gran mesa, alumbradas por los velones cordobeses.

Ya entrada la noche, un viajero de arrogante presencia, seguido de su criado, ambos en buenas mulas de andadura, despues de contemplar un momento con aire de buen humor la representacion de las glorias de Viriato que lucian los trasparentes, echó pié á tierra y demandó cena y cama como persona que ambas cosas necesitaba con urgencia.

—Yo me holgára de servir al señor caballero como se merece, dijo el posadero acercándose con la gorra en la mano, y lo haré en cuanto á la cena si le place. En punto á cama es distinto; no hay en la posada un rincon, incluso los corredores, que no esté acaparado, habiendo tenido que marcharse mucha gente por falta de sitio donde acomodarla.

—Véalo mejor, seor patron; he caminado de una asentada las cinco interminables leguas que hay desde Toro, con un sol de justicia, por no perder el comienzo de las fiestas; llego sin hueso sano, y no es cosa de que Santiago Villamor se eche á estas horas á la calle en busca de otro albergue.

—¡Santiago Villamor! ¿Por qué vuestra merced no

me ha enviado aviso? ¡Tener en mi casa al ilustre pintor y no poder alojarlo! Es para desesperarse. Y desgraciadamente no alcanza á nada mi buena voluntad. Como tengo dicho, no hay un solo rincon desocupado, salvo el aposento de la muerte, que no brindára yo á su merced por nada de este mundo.

—¿Qué aposento es ése?

—El mejor de la posada; pero en él se perpetró un asesinato habrá cosa de un año, y nadie ha puesto en él los piés desde entónces.

—Algo he oido de eso, y conocí al desdichado Alfonso Fresneda, que era sayagués, de un lugar no lejano de Almeyda, el mio. Me holgaré mucho de conocer los pormenores del horrible drama cuando lleguemos á la cena. No nos apartemos ahora de lo principal: ¿tiene lecho el aposento?

—Lecho y muebles, los mismos que tenía. Repito que nadie ha entrado allí.

—Haced, en ese caso, que lo aderecen presto. Yo estoy dispuesto á entrar, y por mi vida que he de aprovechar el escrúpulo de esas buenas gentes, que llegando el postrero me facilita el mejor lugar.

—Es que... no debo ocultar á su merced que en esa cámara pasan cosas extraordinarias. Algunas noches se han escuchado pisadas; hay quien asegura tambien que ha visto salir luz por las rendijas de la puerta...

—Id, amigo; nada de eso me impedirá dormir perfectamente. Los duendes jamas me han inquietado.

—Es que... volvió á insistir el posadero.

—Lo dicho, dicho; mio es por esta noche el aposento

de la muerte, y si vuestros criados tuvieran reparo en disponerlo, ahí está el mio que lo hará.

El pintor se hizo referir en la mesa la historia que ya conocemos, preguntando con interes por los antecedentes de Camacho y de su hija, é informándose de la marcha de los procedimientos judiciales, de lo que de las declaraciones resultaba hasta la sentencia extendida, pero no notificada todavía. Oyó con satisfaccion que el alcalde era criminalista consumado, de la escuela de Ronquillo, materia dispuesta para llevar una vara de Córte, y tal vez para sentarse en el Consejo de S. M. A su perspicacia no escapaba nada, probándolo esta causa, que habia de darle mucho crédito. Lo que más le habia embarazado, decian sus encomiadores, y esto indicaba desde luégo su discernimiento, era la aparente simplicidad del delincuente, que, dando muerte á un hombre en su propia casa, no habia sabido ocultar mejor á las pesquisas la bolsa del dinero, cuerpo del delito, ni borrar apénas las señales del crímen, cambiándose la ropa que tenía ensangrentada, y haciendo desaparecer el instrumento del homicidio; pero á todo habia encontrado en su reflexion explicaciones clarísimas, rindiendo culto á la Providencia, que rara vez deja completa la razon á los desdichados hijos de Caín.

Santiago Villamor tendria por entónces unos cuarenta años, hallándose en el apogeo de la reputacion que, más todavía que los excelentes cuadros que ha dejado en las iglesias y conventos de Castilla, le habia granjeado el famoso pleito seguido en la Real Chancillería de Valladolid hasta ganar ejecutoria en favor de las tres no-

bles artes. Amaba con extremo á su provincia de Zamora; enseñaba con preferencia á manejar los pinceles á muchos pobres lugareños, de los que sacó partido, notablemente en su sobrino Antonio, que tantos recuerdos ha legado á la ciudad de Salamanca; propagaba con ardor la aficion á las artes, principalmente al dibujo, que recomendaba como elemento indispensable á todos los artesanos, brindándoles á que acudieran á aprenderlo en su casa, y se esmeraba por dejar en los templos modelos que estimuláran esa aficion artística, cimiento de la ilustracion y la cultura. Por eso, sin considerar el precio, habia firmado escritura con el abad de Moreruela, comprometiéndose desde luego á pintar un tríptico que perpetuase en aquel antiquísimo monasterio la solemnidad de la traslacion de la reliquia de San Atilano.

Se estipulaba en el contrato que el exterior del tríptico representaria la vista del monasterio mismo y la procesion que en Zamora iba á verificarse conduciendo la santa reliquia, miéntras que el interior habia de ofrecer tres episodios de la vida del Santo: el acto de arrojar el anillo episcopal al Duero, el momento de recobrarlo en el buche del pez, ocupando el centro la entrada en la Gloria recibiendo el envidiado premio de sus virtudes.

La mente del artista habia combinado al instante una composicion bellísima cuyo efecto calculaba con fruicion: se prometia poner mano en su obra maestra, que quedaria en un monasterio zamorano, mostrando perpétuamente su nombre á las generaciones venideras é inclinándolas á procurar, como él, la gloria de aquella tier-

ra querida de Arias Gonzalo, de Florian Docampo y de Alfonso de Zamora. La expresion del Santo en las vicisitudes de su trabajosa vida; la majestad de los cielos; el contraste exterior de los hábitos monacales y los trajes de la época, caballeros, soldados, menestrales, que todo entraria en la procesion; ¡cuántos recursos para su brillante fantasía, para su fecunda paleta, cercándolos entre ojivas y rosetones del más puro ojival, cuyo diseño tendria cuidado de entregar al dorador! ¿Y qué razon impediria que entre esos mismos accesorios colocase figurones, endriagos y grifos, dejando al cuidado del investigador descubrir entre ellos su propio retrato?

Estos propósitos ocupaban la imaginacion del pintor en la cama del aposento de la muerte, sin que el sueño que el cansancio de la jornada reclamaba pesára sobre los párpados. Habia contado repetidamente á la incierta luz del cabo de vela de sebo las vigas de la habitacion; habia pasado revista al mobiliario, considerando con el ojo de artista la mesita de nogal con piés salomónicos y tirantes de hierro; el sitial con asiento y respaldo de cuero que sujetaban gruesos clavos dorados; las estampas de la pared representando los hechos de Bernardo del Carpio, con gran lujo de carmin y de azul, colores con que el autor habia querido distinguir á moros y cristianos, ya que no tuviera habilidad para diferenciarlos en otra cosa, si bien habia cuidado de poner en cada escena, á manera de texto, los conocidos romances

No cesando el Casto Alfonso
De con los moros lidiar,

Aqueste cercó á Zamora,
Mas, empero, por su daño, etc.

El pintor los repetia en su memoria sonriendo al contemplar cómo á los últimos destellos de la vela, que acababa vacilante, parecian animarse aquellos figurones esgrimiendo las lanzas y menudeando las cuchilladas.

De pronto, por uno de esos giros inexplicables del pensamiento, fijándose en la desesperacion del vencedor de Roldan al recibir el cadáver de su padre, creia ver al anciano Fresneda y al feroz Camacho descargando el golpe fatal.

El sueño, pensaba: ¿Qué es el sueño? ¿Quién podrá explicar este fenómeno de la muerte en la vida? ¿Por qué rebelde á la voluntad la sojuzga, huyendo del que lo llama, haciendo sucumbir al que lo evita, áun con riesgo inminente de la vida? ¡Cree el hombre en su orgullo penetrarlo todo y no acierta á investigar lo que en sí pasa! ¡Qué pequeñez, qué miseria, repetia, torturando el lecho con sus vueltas, recordando con disgusto la presuncion con que habia asegurado al posadero que dormiria como un patriarca!

Al fin, la fiebre del insomnio sostenida por el sofocante calor del aposento, le obligaron, como á su antecesor habia sucedido, á dejar la cama, buscando en la ventana aire con que ensanchar los pulmones. A ello convidaba la noche hermosa, serena, como lo son en el verano. Ni empañaba un celaje el puro azul del firmamento, ni la luna tenía velos que interceptasen su luz reflejada. Como en la otra vez, habia en el patio tran-

seuntes que habian medido á su placer la anchura de la cama, durmiendo con una tranquilidad envidiable, con un silencio tal que el pintor oia distintamente el ruido producido, en el dintel en que se apoyaba, por ese insecto microscópico que, á fuerza de girar sobre sí mismo, barrena la madera y la reduce á polvo, nuevo asunto para las reflexiones filosóficas del artista. La campana del reloj las modificaba de cuarto en cuarto de hora, sin fijar su vaguedad, mayor á medida que el ambiente de la madrugada influia benéficamente en el sistema nervioso. Villamor oyó sonar las dos en la catedral sin darse apénas cuenta de lo que pensaba en el momento, así que lo estimó muy oportuno para volver al lecho; mas en el momento en que se incorporaba para hacerlo, un ruido que partia de la ventana frontera á la suya, ruido distinto de los que habia estado examinando, le hizo llevar la vista hácia aquel sitio.

¿Sería ilusion? ¿Era otra vez juguete de alucinaciones? No; tenía los ojos bien abiertos, y aunque sin forma, distinguia un objeto que saltaba desde la ventana á la tapia, que se movia sobre ésta, que visiblemente adelantaba en direccion suya. Involuntariamente hizo memoria de las reticencias del patron, de los cuentos de aparecidos y de las pisadas y ruidos que habian dado renombre al aposento de la muerte; y como, en toda verdad, no era hombre que se preocupase de los huéspedes del otro mundo, concentró toda su atencion en aquel bulto sospechoso. Miéntras se mantuvo en la penumbra de la casa vecina no era posible discernir su figura; mas como no tardó en llegar al límite de la sombra, le

hirió la luna, mostrando ser un encamisado, un hombre ó cosa parecida que marchaba encima de la tapia con la misma seguridad que pudiera hacerlo por el suelo.

Villamor adquirió la seguridad de que no era cuestion de trasgos ni vestiglos; hubiera podido cerrar las maderas de la ventana é interceptar de un modo tan fácil el paso al que allí venía; la tapia no podia conducirle á otro sitio. Prefirió, no obstante, buscar su espada y colocarse en el rincon de la ventana misma. Un instante más tarde saltaba por ella con precaucion el visitante, provisto de una linterna sorda. El pintor era todo ojos.

Caminando sobre la punta de los piés, se dirigió el hombre al lado opuesto, descargó un tremendo golpe sobre el lecho vacío, registró despues con señalada agitacion las almohadas, los colchones, palpando por todos lados: y como si el exámen le causára una impresion de terror, volvióse hácia la mesa en que puso la linterna, dejándose caer en el sitial en ademan desesperado. El asombro embargaba al artista, único testigo de aquella escena que no podia comprender; daba entónces la luz de la linterna en el rostro del salteador, rostro en que á la vez se dibujaban el pánico y la ira, mezclados con una expresion de angustia que hacía extremecer, siendo lo más singular, lo que más fuertemente chocaba á Villamor, que aquel hombre repugnante era ciego ó tenía los ojos cerrados.

Sin tiempo para que saliera de su estupor, se alzó el aparecido cogiendo su linterna, se dirigió con las anteriores precauciones á la puerta, cuyo cerrojo descorrió, saltó por la ventana desandando el camino de la tapia, y desapareció en la sombra.

La espada se escapó de manos del artista, clavado en la ventana como estatua, buscando en el vacío aquella extraña figura que no se borraba de su mente, hasta que rendido el espíritu por las emociones, como rendida estaba la materia, ocupó el sitial, apoyando los codos sobre la mesa para meditar profundamente. Cuando la primera claridad del dia pareció en el aposento, cayendo de rodillas bendijo á Dios de todo corazon, admirando sus impenetrables designios, que enviándole el insomnio habia preservado su vida.

Aunque bullia en las calles la poblacion entera, ya para terminar los preparativos de las fiestas que empezaban en aquel dia, ya para no perder de ellas un ápice, las fiestas habian acabado para Santiago Villamor, que ni siquiera recordaba el tríptico en que debian figurar. Con paso grave, sin decir en la posada una sola palabra de las aventuras de la noche ni mostrar en el rostro señal de la emocion, se dirigió á la catedral y oyó misa rezada, de rodillas. Otras veces, siempre que entraba en el grandioso templo, recorria con placer sus naves, admiraba el pensamiento del arquitecto ignoto que en el siglo XII levantó tan elegante cúpula, aplaudia los retablos de Gallego y descubria alguna nueva caricatura entre el prodigioso número con que adornó la espléndida sillería del coro un escultor tambien desconocido. En esta ocasion, sin cuidarse de las bellezas artísticas, vol-

vió á la calle tan luégo terminó su oracion; dió su nombre en la morada del Corregidor, con el cual se encerró por largo rato para referir la ocurrencia del aposento de la muerte, comentándola con la madurez de sus largas reflexiones de la noche.

Fácil es ya concebir el desenlace de aquel drama. La autoridad dispuso con el mayor sigilo en la noche próxima, cuando todo el mundo dormia en la posada del *Brazo de Viriato*, que sus agentes se situasen en las proximidades de la Cámara, todavía ocupada por el pintor, para verificar si el sonámbulo repetia su expedicion nocturna, como así sucedió en el momento de sonar las dos. Se procedió entónces á la prision del verdadero homicida, que no era otro que el sastre amigo y vecino de Camacho, y la verdad apareció radiante en la confesion de aquel desdichado, presa del remordimiento.

En pocas palabras pueden condensarse sus explicaciones. Hombre honrado y trabajador, habiendo conseguido, por el esmero con que cumplia sus compromisos, la parroquia de lo más notable de la ciudad, pocos dias ántes de la feria de San Pedro habia recibido en depósito trescientos ducados de un mercader con quien sostenia buenas relaciones comerciales y que habia de volver á la referida feria. El sastre cogió el saco del dinero en ese dia, encaminándose á la plaza, donde esperaba encontrar al propietario, y donde por otros mercaderes supo que se habia detenido á negocio mejor en Medina del Campo. Quiso su mala estrella que al retirarse se fijára en la charla de forasteros que mostraban un juego

nuevo dando cuarenta por uno, y que cayera en la tentacion de arriesgar las monedas propias que llevaba en el bolsillo. ¡Ay! sin apercibirse de ello siguieron á las suyas las del saco del depósito, hasta encontrarlo vacío. Entónces, como Adan, temió y quiso esconderse de las miradas de su mujer, de las de sus conocidos que debian descubrir á la legua la maldad... Pretextó dolor de muelas para encubrir el rostro y ocultarse en el rincon de la posada, donde Satan sopló al oido las francas explicaciones de Fresneda, que fatalmente enseñaba trescientos ducados, ¡la misma cantidad del depósito distraido!

Pintaba despues la aterradora lucha del deber contra la idea de la deshonra y la ruina; la fiebre con que desde su aposento miraba la ventana del que ocupaba el sayagués; el vértigo que le arrojó á la tapia armado con el cuchillo de cocina; el horror de sí mismo al percibir la inutilidad del crímen...

Desde aquella noche, la ruina y la deshonra habitaban realmente en su compañía, y ni un instante se apartaba de su vista la cabeza blanca de Fresneda. Naturalmente, nada sabía de sus paseos nocturnos.

Reconocida al punto la inocencia del posadero, fué reintegrado en su finca, y en lo que vale más, en el aprecio público, recibiendo lisonjero testimonio de nobles y pecheros que acudian á felicitarle.

—Pero diga V., vecina, chillaba nuestra conocida Tomasa, ¿pues no habia confesado Camacho *la muerte?* O le plugo divertirse con nosotras al galopin del hijo de la tia Grulla, ó aquí hay gato encerrado.

—Velay, señá Tomasa ; anda uno agudo y no por eso llega más pronto. Camacho confesó, como estas son cruces, y... ahí verá usted.

—Pues no lo entiendo.

—En un principio se empeñó en negar, repitiendo que el muerto le habia dado el gato para que lo guardára, mas como todos los testigos vieron que el sayagués se encerró en su cuarto con el dinero, el juez no lo queria creer y aseguraba que el posadero era un truhan que pretendia burlarse de él, y que habia de cantar, porque el asunto estaba claro como el dia. Le pusieron á la rueda, y dicen que crujian los huesos de Camacho y daba unos gritos que hacian temblar ; con todo, cuando paraban para preguntarle, erre que erre en que él no habia sido. El cirujano certificó que no podian seguir porque se moria, y en poco estuvo, aunque le metieron en seguida en la cama, con la inflamacion y la calentura que tuvo, que no se le quitaba el delirio. A los ocho meses que le duraron las resultas, le volvieron á poner en la rueda, y á la segunda vez gritó que parasen, que iba á declarar á todo lo que le preguntasen, y ahí tiene usted.

—¡Válgame San Alifonso!

Nadie pudo persuadir á Constancica de que la inocencia de su padre no se habia exclarecido por un milagro de la Vírgen del Tránsito. Decidida á consagrarse á su

culto cumpliendo el voto que en su hermoso corazon habia formulado, á los pocos dias anunciaba el esquilon de las Descalzas la ceremonia de la toma de hábito.

Muy poco despues sonaban tambien las campanas de San Vicente en los funerales de Camacho.

FIN DE EL BRAZO DE VIRIATO.

NUESTRAMO TRISTAN.

NUESTRAMO TRISTAN.

Navegaba la corbeta *Esmeralda* con el impulso de su poderosa máquina en una de esas incomparables noches de los trópicos en que el cielo asemeja á los vestidos de tarlatana oscura con pintitas de plata, tan amados por las niñas. La brisa, saturada de vapores húmedos, habia templado la ardorosa temperatura del dia y levantaba juguetona la marejadilla cortada por la proa de la corbeta en fosforescente espuma. El ligero movimiento del buque, suave como el balance de una hamaca, no hubiera molestado á los más refractarios viajeros antineptunianos, que de cierto, olvidando momentáneamente su rencor á las olas, habrian de gozar del benéfico influjo de la frescura y pureza del ambiente, pensando acaso con el poeta catalan :

Nunca he podido encontrar
Sobre la tierra sombría
La dulce melancolía
Que hay en las noches del mar.

El acompasado choque de la hélice en el agua, y el alerta que á intervalos repetian los centinelas, era lo único que interrumpia el silencio del buque, perfectamente armónico con el de la naturaleza. Dormian los tripulantes tranquilos sin cuidarse para nada de belleza ni poesía, dormian en tanto que la campana y el pito no daban el aviso de ser llegado su turno de vigilancia.

En el puente paseaba con lentitud el oficial de guardia, deteniéndose á veces un instante hasta verificar si era luz ó estrella lo que aparecia en el horizonte por la proa. En este lugar paseaba tambien el contramaestre, atento á la voz de mando, miéntras los marineros de servicio, en grupos ocultos entre los cañones ó los *guindastes*, mataban el tiempo de la guardia conversando en voz baja:

—Cuenta algo nuevo, Joselillo, decia uno de ellos desde una butaca improvisada con dos espeques.

—¿Qué he de contar despues de veinte dias que llevamos de crucero? Lo nuevo há tiempo que se acabó y lo viejo tambien, porque maldito si me ocurre nada que decir, contestó el interpelado, apurando una colilla de cigarro.

—Pues si tú que estás en la cámara, no sabes novedades, mal estamos. Dinos lo que por allá pasa, y no te andes con repulgos.

—Vuelvo á decir que no sé nada. En la cámara, el médico, el capellan y el contador, están, como todas las noches, jugando al tresillo y no se les oye más que «paso y juego»; los oficiales duermen y rabian ó rabian y duermen: el uno dice que ya está cansado de marcar la

punta Maisy; otros echan venablos por la boca á la insurreccion que nos tiene arando estas aguas, y todos, todos, andan iguales en tener un humor de diablos. Ya ves que allí no hay nada que escuchar. Si fuéramos de viaje sería distinto; siquiera, al acabarse la singladura, sabe uno que está más cerca del puerto y hay interes en andar mucho y pronto y se desea *la meridiana* para echar el punto; pero en un crucero en que hoy y mañana y siempre es lo mismo, como no venga algun barco de apariencia sospechosa á entretener un poco con la caza, hay para acabar con la paciencia de San Lesmes, que dicen que tenía mucha.

—Al ménos nos comunicarás cuándo damos la vuelta hácia la Habana: el trasporte que nos trajo el carbon há cinco dias debió traer tambien oficios sobre el particular.

—Los trajo en efecto.

—¿Y qué decian? preguntaron todos á la vez.

—«Cruzar hasta nueva órden.»

—¡Buena está la salida! Quiere decir que cuando estén para acabarse los víveres vendrá otro barco á traerlos, como el carbon, y que la *Esmeralda* va á echar raíces á la vista de la sempiterna Punta Maisy como si fuera un cayo.

—Consuélate, dijo un marinero preferente, con que en ese caso tambien nos enviarán las licencias al cumplir.

—Vaya si me consuelo, como que ya no me faltan más que tres años de servicio.

La carcajada general con que el corrillo acogió esta

inesperada ocurrencia detuvo en su paseo al contramaestre, sorprendido de que álguien se permitiera semejante infraccion á las altas horas de la noche.

—¿Quién rebuzna por ahí? dijo con voz que parecia de una gruesa campana cascada.

Y como nadie chistase, continuó su marcha refunfuñando una letanía poco tranquilizadora para el alegre grupo de los marineros.

—De buena hemos escapado, repuso bajito el muchacho de cámara, pasados algunos momentos de silencio. Nuestramo Tris debe estar de buen humor esta noche, cuando no se le ha ocurrido mandarnos á coger moscas á la cruceta de velacho.

—Si está de buenas, nadie mejor que él podria entretenernos. A ese zorro viejo le han salido los dientes en la mar y sabe más que *Brijan*; pero el caso está en que quiera dar palique.

—Y en hacerle la proposicion: ¿quién es el guapo que le entra de guardia?

—Yo me encargo de eso, dijo el preferente dejando su asiento. Despues, marchando decidido hácia el contramaestre, preguntó echando mano al gorro:

—¿Llamaba V., nostramo?

—No.

—Me pareció que habia V. tosido.

—He dicho que no; largo.

—Es que tenía que decir á V. que al hacer la *descubierta* esta tarde, he encontrado *comido* el aforro del *obenquillo proel del juanete* por el *luchadero* de la *verga*.

—¿Y ahora te acuerdas de dar parte, socairero?

—No, señor, que en seguida le eché aforro nuevo y le puse un *pallete* encima.

—Será la primera vez de tu vida que haces una cosa buena sin que te la manden.

—Ya ve V., como la *Esmeralda* no es ninguna carraca del siglo pasado, la tiene uno cariño y...

—¿Qué es eso de carraca del siglo pasado? Pues qué te crees tú, animal de bellota, que estos barcos son mejores que los antiguos?

—No lo decia por tanto, nostramo; con todo, estos llevan el viento en la bodega.

—Tú si que tienes viento en la mollera, gaznápiro. ¡Y á esto llaman un marinero! añadió el contramaestre como para sí. Ya se ve, se pasan la guardia tumbados en una *chaza* sin que haya que llamarlos más que para izar la ceniza ó para *bracear al filo;* ¿qué ha de suceder? Esto nos ha traido la invencion del vapor; el arte se ha perdido, los equipajes de S. M. son ni más ni ménos que turcos ó que soldados del Papa!

—Me parece, nostramo, se atrevió á decir el juanetero, que no puede V. quejarse de la gente de la *Esmeralda...*

—Soldados del Papa, repito: ¡salirme con el viento en la bodega! Donde estaba un navío de mi tiempo con sus tres baterías y su maniobra como un telar, ¿qué importaban los vientos ni los enemigos? Aquéllos eran barcos de rey, limpios como una patena, fuertes como una roca, obedientes al timon como un caballo y aguantándose en la mar años y años sin averías ni necesidades. Ahora se pasa la vida en embarcar y quemar car-

bon; el hombre de mar ha tomado el aspecto del herrero; desde la cámara á la sentina se masca el polvo maldito; ni los ojos ni la ropa se libran de él; y con todo eso, un buque anda apurado para hacer viaje de Puerto-Rico á Cádiz, sin contar con que el tornillo se afloja, ó la válvula se descompone, ó la caldera se sale! ¡Vive Dios que son para alabados los tales barquitos!

Los marineros habian ganado la partida; herido en la cuerda sensible, el Contramaestre se animaba con los recuerdos de sus buenos tiempos, no habiendo que temer que se detuviera en este camino. Así lo comprendieron todos, desde que *soltó la ampolleta*, por lo que se fueron acercando suavemente hasta dejarle en el centro de un corro.

—Nostramo Tristan, decia el preferente encargado de darle cordelejo, es mucha verdad lo que V. expresa, aunque tambien los buques de vapor cuentan sus ventajas; aquí tiene V. un camarote mejor que el de un navío; todo el mundo está ancho; los víveres son frescos...

—Y bebes agua de hierro como las señoritas delicadas, ¿no es eso? ¡Las comodidades! esas son las que afeminan al hombre y le hacen antipática la mar. Las comodidades las busca, el que las quiere, en un palacio.

—Tambien hay que recordar, insistió el juanetero, que los barcos antiguos tenian cañones de muy poco calibre y ménos alcance, miéntras aquí disponemos de estas hermosas piezas rayadas de á ciento que envian un proyectil á tres millas.

—Si los cañones antiguos eran de poco calibre, en cambio eran en mayor número y se cargaban y dispara-

ban cinco veces más de prisa. En cuanto al alcance, se batia uno á tiro de pistola; y siempre es mejor verle la cara al enemigo que no apuntarle con anteojo. Hay que desengañarse, el inconveniente de los barcos antiguos consistia en que para conducirlos y manejarlos hacía falta un hombre, miéntras que los de hoy los lleva una dama, como lo hacen las *loras* inglesas. Para descubrir todas las tierras, islas, bajos y canales que tiene el mundo, no se esperó á la invencion del vapor, ni para atravesar vigías ó sortear arrecifes, sin cartas, se hacian tantos aspavientos como ahora. Ojo, corazon y entendimiento marinero, habia, sí; habia hombres, y yo me entiendo y basta. Si me pusiera á contar navegaciones, se veria si es verdad lo que digo.

—Cuente V., nostramo, exclamaron á la par diez ó doce.

—¿Qué es esto? gruñó el viejo, reparando entónces en el círculo de su auditorio. ¿Quién os ha dado vela en el entierro? En lugar de estar repasando el cabillero, cuando puede que haya alguno que no sepa distinguir el *chafaldete* del *amante de rizos*, ¿os venís á escuchar? ¿Cuentos, eh? ¡puede que á alguno le cuente las costillas con un *rebenque*, mamalones!

—Nosotros deseamos aprender, expuso uno, y no pedimos cuentos de muchachas, sino que nos refiera usted sus campañas.

—Pues de muchachas os voy á hablar por lo mismo; pero no es cuento, sino historia muy verídica.

Nuestramo Tristan habia rebasado el cabo de los sesenta, aunque aparentaba muchos ménos años. Curtido

por el aire del mar, enjuto de carnes y de pequeña estatura, conservaba una agilidad que correspondia con su fibra de hierro. En lo físico no era una belleza; las viruelas habian marcado en su rostro huellas profundísimas, desalojando en absoluto la barba, á lo que se agregaban no pocos costurones, efecto de una botella que en cierta aventura vino á estrellarse en la cara del contramaestre, llevándose de encuentro el ojo izquierdo. La voz tenía algo de huracan y de carraca, como si al resbalar por la laringe tropezára con desigualdades ó protuberancias semejantes á las de los carrillos. Era gruñon y exigente por hábito, difícil de contentar, incapaz de hallar disculpa ni disimulo á la más leve falta en el servicio, duro de palabra y más duro de mano. Sólo en los malos tiempos se mostraba complaciente y agradadable, cual si el *Sueste* y las grandes botas que en semejantes circunstancias exhibia, aumentando su fealdad, le prestáran una nueva naturaleza. Los marineros le llamaban, por abreviar, nostramo Tris, aunque teniendo muy buen cuidado de que la denominacion no llegára á sus oidos, en cuyo caso el imprudente podia estar seguro de recibir el *tan* complementario con lo que más cerca estuviera del alcance del viejo, chicote, cabilla ó espeque, que á él lo mismo le importaba una cosa que otra para el objeto. Era respetado y querido, sin embargo, en el buque, donde se consideraba parte tan integrante como una *cuaderna*.

Nostramo Tris se acomodó en el castillo de proa sobre las adujas de la maniobra; encendió un tabaco con gran calma, y dejando pasar las toses de atencion

de los oyentes, empezó su relacion de esta manera:

Tendria yo unos veinte años cuando llegué á las playas de Valencia de vuelta de un viaje á Calcuta con la fragata mercante *La Buena moza.* Ya entónces llevaba plaza de compañero y sabía mi obligacion, de manera que al hacer los ajustes, pues el barco tenía que carenar, me tocó una buena parte, con la que me dí vida de príncipe más de dos meses. Ello es que una tarde, paseando por la playa, me llamó la atencion un bergantin que estaba para botarse al agua, aparejado y casi listo. Era un barco extraño que de cierto no se habia construido para mercancías, indicando la finura de los delgados y la guinda de los palos, que lo primero que se procuraba era buena marcha. Le dí vuelta en redondo sin encontrarle ningun defecto, y estaba observándole de proa y reparando el esmero de la recorrida, cuando sentí que detras de mí decian:

—Parece que no te disgusta el barquito, ¿eh?

El que me dirigia la pregunta era un hombre que podria tener unos cuarenta y cinco á cincuenta años, bajo, fornido, de mirada penetrante, barba canosa y ese sello especial del hombre de mar que no se despinta. Tenía en aquel momento las manos en los bolsillos del pantalon, una pipa en la boca y los ojos clavados en mi persona, que examinaba de piés á cabeza.

—No te disgusta, ¿eh? repetia sin dejar su exámen.

—Segun para lo que sea, respondí; si se tratára de meter en la bodega cajas de azúcar, no subiria á mucho el flete. Ahora, si es cuestion de piés ó de aguantar un tiempo, entónces me gusta.

—No eres tonto, y tambien me gustan á mí los muchachos despabilados; por tanto, si te conviene, tienes una plaza para estrenar el bergatin *Tifon*, que es el que estás mirando; y para economizar cuestiones, has de saber que lo manda el capitan Torrellas, que soy yo, y que llevará cincuenta muchachones á prueba de agua.

—¿Quiere decir que se trata de ir á la Costa *por carbon?*

—Eso no es cuenta tuya. Si te conviene lo dicho, bueno; si no, bastante hemos hablado.

—Me conviene.

—Ya lo suponia yo. Trato hecho; mañana te presentas á bordo con tu saco, y no tendrás por qué arrepentirte.

—Ya comprenderéis, agregó á modo de paréntesis el Contramaestre, que el buque era negrero. Yo habia oido contar mil aventuras del capitan Torrellas, famoso por su osadía y por la buena estrella con que siempre habia escapado de los cruceros ingleses, jugándoles algunas pasadas que le habian valido el honor de que su retrato estuviera en todos los buques de guerra británicos, para el caso, poco probable, de echarle mano. Deseaba conocer á aquel hombre extraordinario, y confieso que tambien me tenía en curiosidad la vida del negrero, de que tanto habia oido.

Para no cansar, ántes de quince dias iba el *Tifon* navegando por las islas de Cabo Verde en el órden más perfecto. Aquello era un barco y un capitan: el primero con un soplo andaba siete millas, viraba en una palangana y ceñia como un falucho; el segundo, un dia que

el gaviero de proa tomó mal la *empuñidura de velacho*, cogió el fusil y de un tiro lo echó al agua como si fuera un alcatraz; así que todo andaba allí como un reloj, por más que hubiera cincuenta diablos, catalanes, valencianos, andaluces, portugueses, hijo cada cual de su madre, pero excelentes marineros todos.

Llevaba el bergatin cinco carronadas por banda y dos cañones largos de bronce de á 18, pero así como los buques de guerra ponen estas piezas en la proa, el *Tifon*, que no se proponia dar caza á nadie, las llevaba en la popa, en disposicion de saludar cortesmente al que intentára seguirle, eventualidad muy frecuente en aquellos tiempos en que áun no se habian puesto de acuerdo las naciones para extinguir la trata, y en que no sólo los ingleses procuraban impedirla de *motu propio*, sino que pululaban los buques negrero-piratas que se disputaban á cañonazos el cargamento.

Nosotros tuvimos la fortuna de no encontrar ninguno hasta la recalada al cabo de Palmas, que es el que da principio al golfo de Guinea; allí cruzaba una corbeta inglesa que tuvo la impertinencia de pedirnos bandera y de no satisfacerse con la sueca que mandó largar el capitan; pero por más que dió al viento cuanta lona tenía á bordo, se quedó por la popa al poco rato viéndonos escurrir bonitamente sin hacer caso de sus disparos.

Sin ninguna otra ocurrencia fondeamos ante la barra de Lagos, que está en el golfo de Benin, donde un mulato brasilero estaba en inteligencia con el capitan para proporcionar *el cargamento*, empezando desde el instante á desembarcar los efectos de cambio, aguardiente, ta-

baco, fusiles de chispa, abalorios y otras cosas por el estilo, aunque hubo que interrumpir las operaciones por una inoportuna sucesion de tornados y de nieblas espesísimas que no consintieron franquear la barra en tres ó cuatro dias. El último, en que debiamos terminar, tuvimos una sorpresa desagradable; al levantarse la niebla descubrimos á media milla de nosotros á la corbeta inglesa del cabo de Palmas, que por lo visto habia corrido la costa en nuestro alcance. Avistarla, picar el cable y poner el bergantin la proa al Sur con todo su aparejo, fué obra de segundos; jamas se ha hecho en buque alguno maniobra más rápida. Si el viento hubiera ayudado, contentárase el inglés con vernos la popa como la otra vez; desgraciadamente la brisa era calmosa y no era posible, estando tan cerca, aprovechar las ventajas de la superioridad de marcha. La corbeta, al punto que nos vió, empezó á jugar su artillería con excelente direccion, partiéndonos el *mastelero de gavia.* No habia remedio ya para el *Tifon*; ni siquiera embarrancarlo en la costa, como quiso el capitan, fué factible por haberse interpuesto la corbeta, que nos abordó resueltamente; mas en el momento en que los ingleses saltaban sobre el bergantin, se oyó una detonacion espantosa, y ambos buques fueron á buscar el fondo. El capitan Torrellas habia volado la Santa Bárbara, poniendo famoso fin á su vida.

—¿Y á V. no le pasó nada, nostramo?

—Yo me encontraba en aquel instante en el juanete de proa, remediando las averías del desarbolo, y probablemente, por hallarme á tanta altura, me libré del primer efecto de la explosion. El golpe que recibí al caer al

agua me aturdió, y esto fué todo; al recobrar el sentido, no vi ningun otro hombre que pudiera contar el suceso.

Aquí empiezan mis aventuras en África que, vuelvo á decir, no tienen nada de novela. Actualmente hay establecidas factorías en aquella costa, y algunos comerciantes y viajeros han visto y certificado en relaciones escritas lo mismo que yo presencié; con todo, es muy poco todavía lo que se sabe de aquel país mortífero para el europeo, y por tanto, mi narracion os servirá de enseñanza de algunas costumbres.

Dije que me vi solo en el agua al salir del aturdimiento del porrazo; el instinto de conservacion me mostró las ruinas flotantes de las arboladuras que me sostuvieron hasta ser *pescado* por una piragua de negros. Ninguno de ellos me entendia, ni yo pude comprender una palabra de las que me dirigian en una jerga extravagante. Largo rato reconocieron el lugar del siniestro, examinando los cuerpos que sobrenadaban, cuerpos muertos de mis compañeros y de los tripulantes de la corbeta hasta que vista la inutilidad de las pesquisas, penetraron en la costa atravesando la barra de un rio. Todo aquel dia y el siguiente emplearon en pasar un lago llamado *Cradu*, desembarcando en su extremo y obligándome á seguirlos por tierra con mil fatigas á través del país de los Egbas, primero cenagoso y sin vegetacion, elevándose más adelante con bosques de palmeras, haciéndose al fin de dificilísimo tránsito por las veredas ascendentes á la cordillera de Kong entre acacias y otros árboles cuyas púas destrozaban las ropas y las carnes. Diez dias

duró esta marcha, que terminaba en Katongkora, capital del reino de los kelebés.

Os diré, ántes de pasar adelante, lo que es esta poblacion, semejante á todas las que hay en la region del golfo de Benin, salvo el número de sus habitantes.

Katongkora, extendida en anfiteatro en la montaña, está rodeada por una muralla ó más bien tapia de tierra de unos veinte piés de altura con várias entradas que se cierran con gruesos maderos. En el espacio cercado, como islotes en un mar de verdura, están esparcidas en grupos las viviendas, chozas cilíndricas de tierra con techo de paja ó rama seca, y cada grupo está cercado por otra tapia igual á la exterior, indicio de la seguridad personal que allí se disfruta. Arboles enormes, sembrados de millo, barrancos con un laberinto de senderos y estacadas, llenan el intermedio de las ciudadelas perfectamente *abonado* con inmundicias de toda especie, entre las que se revuelven animales y muchachos. Las chozas, que se confunden á lo léjos con los montecillos que fabrican las hormigas del país, son pequeñas, tienen la entrada algo elevada sobre el suelo para preservarlas en los grandes aguaceros, y no tan grande que permita entrar sin agacharse mucho; guardan, por lo general, como mobiliario, esteras de palma, dos maderos dispuestos para moler el millo y calabazas huecas, que sirven de vasos para todos los usos. Es tambien parte integrante de tales viviendas un olor nauseabundo que con nada puede compararse.

El albergue real, cercado de su correspondiente tapia exterior y con otras muchas que lo dividen en cuarteles,

ocupa más de dos kilómetros cuadrados, como que contiene las mujeres, los cautivos y la guardia del rey, pozos, almacenes, y entre multitud de chozas como las anteriores, verdaderas casas cuadrangulares con paredes de caña y argamasa.

Del número de las mujeres de estos reyes de África basta que os diga que habiendo preguntado el capitan inglés Clapperton al rey de Yurriba cuántas esposas tenía, contestó que no lo sabía á punto cierto, pero que estaba seguro que si se enlazaban de las manos llegarian de tal á tal pueblo, y señalaba dos que distan 40 leguas.

En esta gran ciudad y palacio entré yo por término de viaje, atrayendo á todo el pueblo, que corria tras de mí, empujándose hasta llegar á tocarme, como á cosa nunca vista. Los latigazos que mis conductores repartian á diestro y á siniestro, sin reparar donde caian, lograron con dificultad abrir el paso hasta la tapia de la casa real, donde se detuvo la turba de curiosos, aunque no su gritería. Al llegar á la casa principal, la actitud de mis aprehensores, que se tendieron en el suelo llevando las manos á la cabeza, me hizo comprender que estaba en presencia del monarca, monarca-hembra, que se dignó dirigirme la palabra en su endiablada lengua, examinándome á la par con la misma curiosidad y extrañeza que sus súbditos. Debieron explicar *mi pesca* en la larga relacion que hicieron los conductores, interrumpida várias veces con preguntas de S. M. mandinga; despues vinieron por su órden distintos personajes que me hablaron, tanteando tal vez distintas lenguas, y por último, una negra jóven que lo hizo en portugues chapurrado. A mí, sin em-

bargo, me pareció su boca de ángel, pudiendo entenderla. Por su medio contesté el interrogatorio de la reina, que efectivamente lo era, enterándola de la catástrofe del *Tifon*, que me habia llevado á su dominios muerto de hambre y de cansancio.

La negrita intérprete fué desde entónces mi providencia, instruyéndome y aconsejándome en circunstancias que me hubieran sido fatales sin su simpatía.

Los kelebés, segun ella me dijó, forman una agrupacion de las infinitas en que se divide la raza negra, sin que estén todavía clasificadas ni se expliquen las diferencias del color de la piel ó la variacion de las facciones y del pelo. Aparecen y desaparecen estas agrupaciones como resultado de la guerra de exterminio que muchas se hacen; las hay nómades, que matan sus hijos para no tener impedimento en las marchas, conservando su número con los niños de doce años arriba que roban á las otras y educan á su modo; las hay comerciantes y agricultoras; haylas que buscan en el álveo de los rios y en los paquidermos de los bosques oro y marfil que atraigan á su territorio á las caravanas, miéntras otras encuentran más noble y provechoso emboscarse al paso de aquéllas y despojarlas de su carga.

Los kelebés, tribu guerrera establecida en las asperezas de la montaña, viven á expensas de todos sus vecinos, sin otra excepcion que el reino más fuerte de Dahomey, de que son tributarios, aunque independientes. Desde las cumbres del Kong descienden como avalancha á los valles para hacer presa en los ganados, en los frutos, en los hombres, sobre todo, que constituyen su

riqueza, empleándolos: primero, en proveer á los negreros á cambio de armas, pólvora y efectos del comercio europeo; en segundo lugar, en el cultivo de los granos y raíces que necesitan, ó en el servicio personal, en que los desdichados cautivos sufren horrible tratamiento; por último, en sacrificios al instinto sanguinario del pueblo, que no sabe celebrar de otra manera sus fiestas ni demostrar públicamente la expresion del pesar ó la alegría.

Los kelebés son guerreros; toda otra ocupacion es indigna de su prosapia, y de aquí la necesidad primera de tener esclavos, que siendo unidad de moneda elevan con su número el capital y la consideracion del posesor; pero la unidad es tan pequeña y tan fácil la adquisicion, que la vejez, las enfermedades, la falta de aptitud, son motivos bastantes para destruirla, ofreciendo el acto una distraccion al propietario.

Nada más sencillo que la Constitucion de la tribu: el rey es dueño absoluto de vidas y haciendas; su voluntad la única ley; sus súbditos gozan por gracia especial del terreno que pisan, y para casarse compran la mujer al soberano, que da la que le place, no la que elige el interesado.

—Pedir más sería gollería; ¡qué felices deben ser esos *kalabazos*, dijo aprovechando una pausa del Contramaestre el decidor del corrillo.

—Todo tiene en este mundo sus ventajas y sus inconvenientes, contestó filosóficamente aquél; pero dejémonos de observaciones. La soberanía de los kelebés es hereditaria, no habiendo ejemplo de haber recaido en hembra más que á la muerte del último rey, ocurrida tres

meses ántes sin dejar más que una hija. Ésta habia dado anteriormente muchas pruebas de feroz energía, y en la ocasion presente supo acallar las murmuraciones cortando un par de cientos de cabezas, con cuyo expediente quedó la tribu como balsa de aceite, no habiendo un solo kelebé que no reconociera de buen grado ser *Akanda primera* la más digna, la más dulce y tambien la más bella de todas las reinas.

En lo último tenian perfecta razon. La hermosura, accidente convencional, se estima en mucha parte del África por la gordura: ahora bien, Akanda era una especie de tonel que pesaria muy bien sus diez arrobas, de modo que difícilmente se hallaria ideal más distinguido. ¡Qué detalles tenía S. M. kelebiana!

Ya veis que os hablo de muchachas, como habia prometido.

—Lo que es las de ese tipo no son muy apetitosas, nostramo.

—¿Qué sabes tú, mastuerzo? Akanda no dejaba de tener atractivo, segun iréis conociendo.

Tenía treinta años á su advenimiento al trono; es decir, se hallaba en la plenitud de su vigorosa naturaleza, habiendo desechado hasta entónces toda insinuacion de matrimonio por temor á la maternidad, incompatible con los ejercicios de la guerra.

—¡De la guerra!

—De la guerra, sí; he dicho que los kelebés son una tribu guerrera, sin excepcion para el sexo que nosotros llamamos débil. La guardia de los reyes, lo mismo que en los de Dahomey, la tropa de más arranque y con-

fianza, que forma un cuerpo separado de tres á cuatro mil soldados, es precisamente de amazonas, ejercitadas desde la niñez en el manejo del fusil y en las fatigas de la marcha. Y es cosa de verlas maniobrar sueltas saltando como fieras, ya arrastrando por el suelo, ya ocultas entre las matas, ó bien oscureciéndose ante el enemigo, levantando polvo con los piés y las manos en tanto cargan á puñados sus largos fusiles ingleses de chispa. Dan la muerte ó la reciben como los hombres, con más osadía, con más ensañamiento que éstos si se quiere; con más sufrimiento y estoicismo tambien, teniendo cuenta que entre tal gente, un lamento, una arruga en la fisonomía que denote el dolor ó la debilidad, es la más grande de las ignominias. Cuando vuelven del combate aguijando á los prisioneros agarrotados, oscilando en triunfo las cabezas cortadas, con que van coronando la tapia de la vivienda real, sus demostraciones son tambien más ruidosas y repugnantes que las de los hombres.

Las amazonas son solteras. Suele premiar el rey largos y señalados servicios dándolas en matrimonio á alguno de los dignatarios del Estado, ó admitiéndolas en el número de sus propias mujeres; mas en este caso dejan de pertenecer desde luégo á la milicia.

Akanda habia sido, en vida de su padre, *cabocir*, ó sea generala de las amazonas, guiándolas siempre victoriosa en mil batallas, y de su fuerza se sirvió para hacer tabla rasa de las prácticas de sucesion del trono. Por esto se habia mantenido soltera. Una vez en aquél, la razon de Estado exigia, por el contrario, que diera sucesion á la dinastía kelebiana, á lo cual instaban los se-

ñores negros del Consejo, pensando cada cual ser el elegido; mimos é intriguillas no faltaban por parte de los aspirantes con más empeño que buen éxito, toda vez que S. M., reconociendo la conveniencia política del matrimonio, se mostraba tan descontentadiza y delicada de eleccion, demorándola de un dia para otro, que era cuestion de trastornar aquellas cabezas lanudas, objeto de diversion Real.

Akanda acariciaba proyectos ambiciosos que nadie por entónces conocia. Deseaba ver hombres blancos para saber si valian más que sus súbditos; y ántes de adoptar la resolucion trascendental de entregar su negra mano, habia ordenado secretamente que por distintos sitios de la costa se estacionáran leales servidores suyos á la pesca de europeos.

Hé aquí por qué me encontraba yo en las montañas de Kong.

Si la pesca hubiera sido más abundante, no sabemos cuál fuera el juicio de la mujer: limitada á un solo *escantillon*, el parecer se inclinó hácia la novedad, mostrándose Akanda encantada de su conquista. El exámen analítico de mi persona debió satisfacerla mucho, cuando sin preámbulos ni dilaciones declaró públicamente que se dignaba tomarme por esposo.

—¡Bravo!

—¡Hurra!

—¡Viva el rey!

—¡Viva el rey Tristan! gritaron, sin poderse contener, todos los marineros, entre aplausos y risotadas.

—Aquí donde me veis, prosiguió, imponiendo silen-

cio el Contramaestre, era yo entónces un muchachon colorado como un ruso; más de cuatro blancas me tenian por guapo, con que nada tiene de particular que lo pareciera á una negra.

—Es que de gustos no hay nada escrito, nostramo.

—Es verdad. Sea como quiera, la eleccion estaba hecha, con grande rabia de los pretendientes á la plaza, que procuráran estorbarla á no mostrarse Akanda dispuesta á ejercitar los medios suaves de costumbre.

Magníficas fueron las fiestas nupciales, al decir de aquellas gentes, y segun me comunicaba *Vasotakeb*, la negrita intérprete, nada satisfecha tampoco de mi elevacion. Os referiré la parte principal de las ceremonias, que no dejan de ser curiosas.

El gran dia fué convocado el pueblo á la plaza de palacio, inmenso cuadrado que guardaban las amazonas apoyadas en los fusiles. Hay en el centro de la plaza un *baobab*, rey de los árboles, que mide cuarenta metros de circunferencia en el tronco y más de doscientos en el círculo de su sombra; las raíces salen por algunos sitios fuera de la tierra, elevándose á cuatro metros y ofreciendo entre ellas espacio para cobijar miles de personas.

—Paréceme, nuestramo, que con ese árbol habia material para un palillo de dientes.

—Si leyeras lo que han escrito los naturalistas y viajeros por Africa, verias que el *baobab* de Katongkora no es de los mayores. Se han hallado canoas de una sola pieza, hechas de estos árboles, que podian llevar trescientos guerreros con sus armas; pero si se me interrumpe á cada paso, no acabaré en toda la noche. De una vez

para todas, repito que no hablo de oidas ni exagero en un ápice.

Bajo el dicho árbol, que es á la vez templo, teatro, sala de recepciones, se verifican todos los actos oficiales de la córte, y allí se hallaba en primer término, sentada en un canapé, Akanda primera, reina de los kelebés. Un paño lujoso de seda de todos colores la envolvia en parte; flotaba á su espalda un manto grana con galones y bordados de oro, y llevaba al cuello una gruesa cadena de este metal groseramente forjada, lo mismo que las ajorcas de los brazos y las piernas. Tal era el traje de ceremonia hecho para ocultar muy pocos de los encantos de la mujer.

Detras de ella, en semicírculo, se apiñaban las *damas* del servicio, las funcionarias del palacio, en cuyo interior no penetra ningun hombre que lo sea cabal. Entre las primeras figuran las *griots*, bufones hembras elegidas por su deformidad, que tañen calabazas con cuerdas de cerda (instrumento parecido á la *marimba* de los negros de Cuba), que cantan las hazañas del pueblo kelebé, conservando la tradicion de su historia, y que á fuerza de gestos, contorsiones y desvergüenzas, procuran excitar la risa.

La comitiva, que habia de desfilar ante la córte, dió vuelta por toda la plaza, rompiendo la marcha un grupo de amazonas en traje de gala, es decir, con un paño de algodon de colorines desde la cintura á la rodilla: seguia yo á caballo con gran camison de seda, enorme alfanje y birrete grana, rodeado por los *cabocires* ó jefes militares y dignatarios del reino; en pos venian esclavos

conduciendo en sendas calabazas los cráneos de los reyes vencidos, acabando el cortejo los cautivos, fuertemente amarrados en cuerda, maltratados por las amazonas para procurar inútilmente un gesto de dolor que aumentára la satisfaccion del pueblo apiñado en toda la plaza.

Al pasar ante la Reina cada uno de los que componian la comitiva se echaba en el suelo, cubriendo con tierra su cabeza en señal de ser equivalente al polvo que pisaba su soberana.

Yo fuí conducido al canapé de S. M., en que me sentaron, echándome sobre los hombros un manto de grana semejante al que ella tenía, y continuando el desfile con ruido atronador de los tambores, llegaron los cautivos frente á nosotros. Entónces se levantó la Reina con gran majestad, tomó un cuchillo del gran sacerdote y degolló por su real mano á la primera víctima, que fué arrojada al suelo y decapitada en seguida, con frenéticos aullidos de la multitud, aplausos, redobles de tambor y disparos de fusil. Yo debia degollar el segundo esclavo; yo, el Rey consorte, alargándome mi augusta esposa el cuchillo ensangrentado; así me lo indicaron y repitieron; pero tan formal fué mi negativa, poseido de horror, que por no aguar la fiesta y exasperar al pueblo, sediento de más sangre, me sustituyó un viejo marrullero que hacía veces de ministro universal, sucediéndose otros grandes personajes, que no podian explicarse más que por un capricho de bárbaro, cómo rehusaba yo el honor y el placer de segar un cuello.

—¡Qué honor!

—Eso no es nada; en esta fiesta no se sacrificaron

más que doce hombres, uno por cada mes del año, para alcanzar al matrimonio la proteccion de la divinidad. En otras solemnidades se hacen las cosas más en grande. En la *Hivae-nu-egua*, ó fiesta anual, se degüellan los cautivos viejos, cualquiera que sea su número; en los funerales de los reyes sube la cifra á miles, pues que se decapitan todos, y en esta ocasion las mujeres favoritas y los validos toman veneno para continuar sirviendo al rey, con el cual son enterrados, lo mismo que sus caballos. Las demas mujeres gritan y se hieren el pecho y los brazos con las uñas.

Volviendo á mi casamiento, á seguida del sacrificio dió comienzo el baile, muy parecido al de los cabildos de la Habana. Posturas increibles, sacudimientos nerviosos, gestos para pintor de caprichos, á compas del batir de los tambores y á la luz de las fogatas que duraron toda la noche, circulando de mano en mano las calabazas de aguardiente de palma, obsequio de la majestad. Las *damas* cambiaron de tocado á media noche segun costumbre...

—¿Qué tocado es ese, nostramo? ¿Tambien las negras tienen modas?

—Las negras son mujeres, y en las mujeres es innato el instinto de agradar. Las kelebés tienen, pues, sus modas, las tiene cada tribu, reconociendo el universal asiento de la coquetería.

Mis vasallas se liman los dientes dándoles forma triangular como los de los tiburones; sangran frecuentemente las encías hasta que adquieren un color azulado para que sobre él se destaque la blancura de los dientes;

se hacen tres córtes paralelos en cada mejilla; tiñen de rojo las uñas y las palmas de las manos con el jugo de una planta, y se afeitan la parte posterior de la cabeza, recogiendo el pelo restante por los lados en trenzas delgaditas y sobre la frente formando un gran pompon ó plumero que adornan con coral, plata, semillas, tiras de algodon, segun el gusto y riqueza de cada una. Los solteros de ambos sexos andan desnudos; los casados se tapan, como pueden, desde la cintura á la rodilla. No debe entenderse por esto, sin embargo, que las doncellas desconozcan completamente el recato, pues usan una sarta de avalorios en la cintura, adorno muy general y de aplicacion igual para collares y brazaletes. De los trajes de córte os he dado ya idea; no queda que hablar más que de los que llevan los ministros de la divinidad, que tampoco son muy complicados, reduciéndose á un camison blanco, ó que debiera ser blanco.

—¿Qué religion es la de esos negros elegantes?

—El Fetiquismo. Una choza como las demas abriga el tronco groseramente esculpido en que se ha pretendido imitar una cabeza humana, y por un pedacillo de espejo embutido en sitio correspondiente al pecho, ve el ídolo cuanto ocurre en el mundo. Próxima á esta choza hay otra mayor que encierra unas treintas culebras y serpientes inofensivas, constantemente custodiadas por un adivino que examina las entrañas de las aves llevadas para alimento de los reptiles (y para el suyo), comunicando al portador los vaticinios. Los agoreros venden *gris-gris*, ó sean idolillos y amuletos que todo kelebé lleva pendiente del cuello ó la cintura, con grandísi-

ma fe, habiéndolos que preservan de las fiebres, otros, de la mordedura de las serpientes, de las heridas ó de toda clase de accidentes, siendo muy afortunado el que posee uno de estos últimos.

Ciertamente no son todos iguales; cuernos, muelas, caracoles, trapos, son materiales distintos para los *sacerdotes* que les comunican la virtud por la palabra, segun revelacion de momento y circunstancia. Los kelebés dan tambien respeto religioso al caiman, al murciélago y la serpiente, comprendidos en el número de los *gris-gris*.

—Divertido estaria S. M. Tristan entre sus buenos vasallos.

—El rey Tristan se aburria *soberanamente*, pero tenía que considerar las cosas con filosofía.

—Con todo, nostramo, un reino, aunque sea de negros, no es de despreciar; algo más vale que andar pasando trabajos por ese mundo.

—No sabes lo que te dices, muchacho; el suelo africano es fatal para el europeo, y la corona no me preservaba de terribles y frecuentes ataques de fiebre; la ignorancia del idioma, que con el tiempo habria sin duda dominado, me ocasionaba por de pronto graves disgustos, y el despecho y resentimiento vengativo de los desairados aspirantes al trono me tenía en perpetuo peligro de perder el pescuezo, que me es mucho más querido que todas las coronas de la tierra. El gran adivino, cuya influencia en el ánimo de mi real esposa habia sufrido rudo golpe con el matrimonio, era mi mayor enemigo; como gota de agua labraba en el ánimo de la Rei-

na, pasado el efecto de la novedad, acriminando mi reprobacion de los sacrificios y el interes por los tristes cautivos. Un dia ú otro debia esperar que venciera una simpatía efímera ó que me propinasen un tósigo, atribuyendo á designios de la divinidad mi muerte. Ya veis que mi posicion no era de envidiar, no contando con otro auxiliar que la fiel Vasotakeb, que tenía por mí verdadero afecto.

¿Qué podia distraerme allí de mis pensamientos? ¿La guerra? En esta ocupacion favorita de mis súbditos no tomaba parte. Ya comprenderéis que no habia de contribuir á traer cautivos para verlos degollar! ¿La caza? Tampoco es muy divertida la que hacen los kelebés. Reservada para las ocasiones de escasez de carnes, salen en ejército y rodean los bosques, caminando hácia el centro en que se han refugiado las reses. Las hieren con flechas envenenadas con la semilla de *kongkonia*, ya porque manejan con más destreza el arco que el fusil, ya porque la pólvora, que es cara, se reserve para los hombres. Despues, sin más que cortar un poco de carne alrededor de la herida, comen la pieza, sea antílope, avestruz ó girafa. No persiguen al leon, que abunda mucho, como no venga á atacar los ganados; tampoco persiguen al hipopótamo, que se multiplica en los parajes cenagosos. La actividad del veneno es tal, que dicen que un elefante muere á los cinco minutos de ser herido; unos monos pequeños que consideran excelente bocado, mueren instantáneamente.

Cité las comidas: ved si éstas alcanzan á satisfacer el paladar de un blanco, por los platos de más aceptacion.

La base alimenticia del pueblo consiste en el *cuscús* y el *fú-fú*: el primero es un compuesto de harina de millo; el otro una pasta de ñame hecha pelotas. Con esto y leche que dejan agriar ántes de beberla se mantienen muchos. Los guerreros no prescinden de la carne, aunque no reparan mucho en el animal de que procede; el más exquisito es el perro. Hacen un hoyo en el suelo, llenándolo de brasas; meten la res con pellejo, sacados los intestinos; ponen fuego tambien por encima, y el olor les indica cuándo está el asado en punto.

—En cambio habrá frutas exquisitas.

—Está para rendirse la guardia, y si hubiera de hablar de frutas y de pájaros, ó siquiera de mosquitos, que bien merecen un capítulo, habria materia larga. Basta lo dicho para daros alguna idea de lo que son los negros de la costa occidental de África, cerca del Ecuador; voy á terminar mi historia.

Ideando constantemente con Vasotakeb el medio de evadirme sin encontrarlo, llegó un momento en que me fué preciso apelar al último recurso. El gran adivino habia convencido al fin á mi cariñosa mujer de que era conveniente cortarme la cabeza, exponiendo una razon por demas concluyente: la de que entre todos los cráneos que adornaban la tapia del palacio, no habia ninguno de blanco. Acordaron, pues, convocar el Consejo en la noche siguiente para notificar la plausible noticia, y ordenar los preparativos de la solemnidad, acuerdo que dichosamente escuchó mi negrita intérprete. Hice por consiguiente tambien mis preparativos utilizando los últimos momentos de la soberanía, y miéntras en el Con-

sejo gozaban de antemano con las muecas del Rey consorte, atrancada suavemente la puerta por fuera, puse fuego al palacio por varios puntos, solté en la confusion los dos ó tres mil cautivos que aguardaban la muerte, y en tanto que se acuchillaban con las amazonas en bataola infernal, escapé á uña de caballo con Vasotakeb y un guía seguro. Ocho dias despues alcanzamos sin ningun accidente el establecimiento militar danés de la costa, y á poco tiempo el Rey de los kelebés tomaba rizos en la gavia de un mercante que con cargamento de aceite de palma hacía camino para Marsella.

—¿Y qué fué de la negrita Vasokateb, nostramo?

—La curiosidad, contestó el contramaestre recobrando el tono habitual de campana cascada, es propia de mujercillas. Bastante hemos hablado. Alza, á tirar la ceniza.

FIN DE NUESTRAMO TRISTAN.

¡QUE SUERTE!

¡QUE SUERTE!

El café de San Luis es un antiguo y acreditado establecimiento. No tiene pinturas de Ferry y Bussato, ni arañas de Venecia, ni vajilla de Sevres; pero los mozos acuden pronto cuando se los llama y se contentan con dos cuartos de propina, si se la dan. La pocion caliente se sirve en vaso ó en taza, á eleccion, rebosando hasta llenar el plato; el azúcar es abundante; hay siempre surtido de tostadas *de abajo*, y no faltan nunca aficionados á las tostadas y al café que ocupen los asientos de terciopelo verde de algodon y las mesillas de mármol.

Una de ellas tiene reunion abonada. Ántes que se enciendan las luces toma posesion un caballero de leviton abrochado y cinta de color dudoso en el ojal, y sucesivamente van llegando otras personas que entablan conversacion animada hasta las diez y media, hora que parece convenida para la retirada en dispersion.

Don Genaro Corbejon, que así se llama el precursor de la tertulia, es teniente de infantería retirado el

servándose las confidencias de sus poderdantes, miéntras el segundo, antítesis perfecta, habla por los codos, refiere al pormenor todo lo ocurrido en la sesion del Congreso, á que concurre con la misma asiduidad que al café, aunque sólo toma en éste un terroncito de azúcar para beber agua, porque le ataca á los nervios cualquier otro líquido, y anuncia cada noche que está más cerca del gobierno de una provincia, que obtendrá con toda seguridad así que suban los suyos (que nunca suben). Lo que no ha dicho á nadie es á cuánto asciende la cesantía que cobra.

Completa este círculo amistoso de personas un matrimonio típico. José María Diosdado, el marido, es lo que se llama un bendito; chiquitillo y regordete, la sonrisa en los labios, servicial y afectuoso, llama querido á todo el que le dirige la palabra, y es generalmente apreciado por cuantos le conocen.

Hace treinta años que sirve en la seccion de Cuentas atrasadas del Ministerio de Hacienda, encontrándose en su bufete puestos los manguitos de percalina, calados los anteojos y cortada la pluma de pato segun las instrucciones y reglas de Iturzaeta, ántes que suene la hora prevenida; hace treinta años que suma millones, y su sueldo no ha pasado, sin embargo, de seis mil rs.

Pero eso sí, firme como las columnas del edificio, ha visto inmóvil las mudanzas de medio siglo; ha visto pasar el huracan revolucionario, que como aristas se llevaba de encuentro desde el ministro al portero, y sólo él ha quedado para contarlo. La explicacion de este fenómeno estriba en que Diosdado no sabe sólo sumar y res-

tar con perfeccion, sino que posee ademas una memoria privilegiada en que se encuentra la coleccion legislativa del ramo y el archivo completo del mismo. Mil veces, en apuros de exigencia inexcusable en que se apela á las *combinaciones*, la pluma del director ha pasado por encima del nombre de José María; han llegado á ponerse las órdenes de su defuncion oficial en la nómina, y se han roto sin firmar. Quitar de allí á Diosdado equivaldria á interrumpir el servicio del departamento; es el hombre preciso, el hombre necesario, y no obstante, llena fielmente su cometido y el de algun compañero improvisado que no logró aprender la tabla de Pitágoras.

En su casa no goza de tan buena opinion. Robustiana Picapica, su mujer, como le excede un palmo en estatura, le es superior en carácter, y muchas veces le tiene dicho que allí no hace falta para nada, echándole en cara la mezquindad de los veinticinco duros que obliga á una *señora* de su mérito á guisarle las patatas del almuerzo y el puchero de la comida. Ella, que soñó brillar en el mundo y oir frases galantes, ligada por la vida á un hombre vulgar, á un hombre-sumando.

Muchas tempestades se han originado por estas reflexiones en casa de Diosdado, que las sufre paciente como buque á la capa. Sólo una vez en el trascurso de los veinticinco años de su matrimonio se permitió recordar á su cara esposa que no estaba mucho más sobrada en el almacen de lienzos de su padre, donde debió esperar quedarse para vestir... No acabó la frase: la indignacion de la descendiente de los Picapica no tuvo límites, é irguiendo su estatura de granadero señaló con tal imperio

la puerta, que confundido el hombrecillo, salió maquinalmente y hubo de hacer funcion de desagravio y sólemne protesta de enmendarse, ántes de ser nuevamente admitido. Desde aquel dia Robustiana impera en absoluto en el domicilio y se lamenta de su suerte á todas horas sin temor de ser contrariada.

La compensacion de los sinsabores del dia está en el café de San Luis. Ya puede llover, ya pueden caer chuzos, dice á sus amigos, que no faltará ninguna noche á la agradable reunion que preside de hecho y de derecho. Ella arregla las diferencias entre Pulido y Corbejon y comenta las noticias de Pimienta; cuenta lo que ha ocurrido en la vecindad, y despues que se ha leido en alta voz *La Correspondencia de España*, examina los actos del Gobierno, truena contra el favoritismo y predice males sin cuento de la marcha política que sigue...

—Tiene razon mi mujer. ¿No les decia yo á ustedes que mi mujer habla como un libro?

—José María, ¿me haces el favor de no interrumpirme con tus necedades?

Durante la primavera última se observó en el café con general extrañeza la ausencia de los cónyuges.

—¿Está enfermo Diosdado? ¿Le han dejado cesante? ¿Sucede algo á doña Robustiana? Se oia preguntar en todas las mesas.

—Nada de eso, señores, respondia Pimienta desde la

suya: los esposos no tienen novedad; es un suceso próspero el que les aleja de nosotros.

—¿Qué es ello?

—Les han regalado un elefante blanco, decia Pulido, que acababa de leer el cuento persa.

La historia se referia entónces por el malicioso artista del modo siguiente:

Un dia que el buen José María, dispensado de la cotidiana asistencia á la oficina por causa de esterado, paseaba las calles para matar el tiempo, gozando en la contemplacion de los escaparates de las tiendas, se detuvo ante un cartel colocado en la Puerta del Sol que anunciaba, con la autorizacion competente, la rifa de una casa en Madrid, acabada de construir por la Sociedad La Borrascsoa. Allí estaba una fotografía que representaba el edificio lindamante revocado, y debajo el plano del solar ocupado, la tasacion oficial y renta calculada, con ámplias explicaciones. El precio del billete, dos pesetas cincuenta céntimos.

—Hé aquí lo que á mí me vendria de perilla, se decia Diosdado. Una renta de treinta mil reales seguritos, que yo administraria reservándome el piso tercero y teniendo buen cuidado de alquilar los demas. ¡Qué ganga eso de ser propietario y no pasar sustos con las crísis y con cada nuevo Director y nuevo Ministro! ¡Oh! y la casa es bonita. Algo extraviadilla, porque desde la calle de Don Pedro al café de San Luis hay un viaje; pero ¡bah! ya habria entónces una pesetilla para un *simon* las noches de agua. Decididamente me vendria bien esa finca.

Muchas veces habia hecho José María cálculos parecidos, pero no siempre habia tenido, como ahora, medio duro en el bolsillo, presupuesto del tabaco del mes adelantado por Robustiana. La tentacion era por lo mismo más fuerte, y los dedos daban vueltas á la moneda que de todos modos tenía que salir, pues que el humo del último cigarro se habia desvanecido rato ántes. Diosdado miró al reloj del Ministerio de la Gobernacion, por no mirar el cartel; se volvió hácia el estanco que hay entre la calle Mayor y del Arenal, y dió tres pasos hácia la nicotina; mas una fuerza mayor le obligó á entrar en la lotería, donde la moneda fué trocada por un papelito de color de rosa, impreso, sellado y reseñado.

De este color le iban pareciendo los objetos á su poseedor en toda la continuacion del paseo, á pesar de cierta angustia que notaba de vez en cuando en el paladar y que automáticamente le incitaba á buscar la petaca vacía. Aquella noche tuvo que despertarle tres veces su mujer para interrogarle acerca de la significacion de las voces de rentas, inquilinos y tantos por ciento que pronunciaba. No hay que decir que se guardó muy bien de explicarlo.

El dia del sorteo salia de la oficina José María en el momento en que una turba de chicos y mujeres bajaba como avalancha por la calle de Alcalá atropellando á los tranquilos transeuntes y gritando á voz en cuello: ¡*La lista grande!* ¡LA LISTA GRANDE!!

Un gobernador de los ominosos tiempos de la opresion tuvo la manía ridícula de pensar que no era propio de una capital civilizada esa gritería atronadora de los

vendedores de periódicos, que á pié firme en las aceras de la Puerta del Sol, en la calle de Sevilla, en las puertas de los cafés y de los teatros, daba testimonio del desarrollo de pulmones de las hijas de Lavapiés, y como entónces del pensamiento á la ejecucion no habia mucha distancia, una simple órden condenó á silencio á las mensajeras del gorro de dormir y ensordeció á los concurrentes á los sitios céntricos, que no podian comprender, las primeras noches, qué cosa rara pasaba en la villa y córte de Madrid. A durar aquellos dias de arbitrariedad y tiranía, hubiera llegado á su casa José María sin recordar la fecha solemne en que vivia, aunque en compensacion hubiera dispuesto de una noche más para la fábrica de castillos en el aire. Felizmente han venido otros tiempos de libertad y derechos : todo el mundo puede gritar lo que le plazca; buena prueba aquellas voces de *¡La lista grande!* que conmovian las fibras más delicadas del empleado y estimulaban su noble amor por las conquistas de la revolucion con tales reflexiones.

—Muchacho, la lista, dijo, colocando el paragüas en posicion horizontal para cortar la carrera del chicuelo.

—Señorito, ¡que me da V. aquí! son cuatro cuartos.

—¡Cuatro cuartos! ¡no tendrias tú la culpa! toma, toma tu lista, tunante.

—Otro la querrá ; vaya con el silbante... *¡La lista, la lista!* gritó el muchacho emprendiendo de nuevo la carrera.

Un mal espíritu reaccionario sopló entónces sobre

Diosdado, cuya indignacion era muy natural. Todo su capital consistia en aquellos momentos en una pieza de dos cuartos; se habia decidido á sacrificarlos, y hé aquí que un desvergonzado se propasaba á exigir un trescientos por ciento de ganancia en su mercancía.

—No sé cómo esto se permite, murmuraba, bajando hácia la Puerta del Sol. ¿En qué pensarán las autoridades? ¡Oh! si no viene un gobierno fuerte será cosa de tener que emigrar á Marruecos. ¡Qué país! ¡Qué anarquía! Lo bueno que tiene es que *La Correspondencia* traerá esta noche la lista y la veré en el café sin que me cueste un ochavo.

Y en efecto, despues de comer con impaciencia, apresurada la hora de acudir á la Red de San Luis, cogió disimuladamente el periódico y vió... que habia perdido sus diez reales. El número del premio *gordo* era el 8.941: la papeleta que tenía en el bolsillo, el 8.947.

—Por seis unidades, ¡voto va!...

Al dia siguiente, al marchar con la acostumbrada diligencia á la oficina, un grupo de interesados registraba la lista oficial fijada en las administraciones de loterías de la Puerta del Sol.

—Ya me cogerás otra vez; ¡hum! cualquier dia. Para el tonto que se gaste el dinero en papelitos... Y despues de todo, la casa le habrá tocado á la sociedad La Borrascosa.

Llegaba en su monólogo y en su camino á la puerta de la administracion á tiempo que con caras poco satisfechas se deshacia el grupo de los jugadores desengañados. Allí estaba la lista y *ainda* un cartelon con letras

como puños que decia: EL PREMIO DE LAS 300.000 PESETAS SE PAGA EN ESTA ADMINISTRACION AL NÚMERO 8.947.

—¡Cielo santo! ¿Será posible? *La Correspondencia* estaba equivocada...

Pálido, convulso, creyendo que le engañaban los sentidos, sacó del bolsillo el billete de color de rosa, que por amor y recuerdo del medio duro conservaba. ¡El 8.947!! José María cayó redondo en la acera de la calle. El desmayo duró poco; un compasivo fosforero le aplicó á la nariz el interior de su zapato, álcali que hubiera resucitado á un muerto.

—Robustiana, querida Robustiana, gritaba poco despues el hombrecillo saltando por la escalera de su casa; abre, dame un abrazo, diez, ciento; somos ricos, ¿oyes? ¡somos ricos!

—Tú has bebido, José María, contestó la mujer entre colérica y sorprendida. ¿Qué quiere decir esto? ¿Porqué no estás á estas horas en la oficina?

—¡Cuando te digo que somos ricos! Mira, mira, gesticulaba agitando el billete.

—Y bien, ¿qué papel es ése? ¿Te han ascendido?

—Buen ascenso te dé Dios: oye, querida, y punto por punto refirió la historia de su *corazonada*.

Entónces llegó la hora de la exaltacion para Robustiana: la dama-granadero saltaba, tiraba las sillas, magullaba á caricias á su esposo, que en aquel momento era á sus ojos un grande hombre.

—¡Vírgen de las Angustias! exclamaba. ¡Van á realizarse los sueños de toda mi vida! Tendré un abrigo de

terciopelo, lo tendré, y rabiarán de envidia la Valentina y la Juliana. ¿No me oyes, José María? Tendré un abrigo de terciopelo.

—Sí, querida, eso y todo lo que tú quieras... pero vamos á pensar un poco. ¿Te parece que festejemos el acontecimiento yéndonos á comer de fonda?

—Tienes razon; no se me habia ocurrido. ¡Magnífico, magnífico!

—Nos irémos al Colmao que tiene en la vidriera unos langostinos y unas costillas...

—¡Costillas! quita allá; donde irémos será á Lhardy. Yo quiero penetrar en lo desconocido: yo quiero comer faisan y aquellos quesitos que están envueltos en paja, y aquellos salchichones como cabezas, y...

—Bien ideado. Tambien yo tengo ganas de probar la cabeza de jabalí que ponen con unos colmillos tan grandes, y unas piñas de América.

—Delicioso: y despues irémos al Real.

—Por supuesto, y á butaca.

Así se explica cómo dejó de ir Diosdado á la oficina por primera vez en treinta años de servicio y cómo el matrimonio faltó tambien por vez primera á la sesion del café de San Luis. La paga de un mes, gala de las economías de Robustiana, fué sacrificada en aras del buen suceso.

—¿Qué te pareció el faisan, querida, preguntaba José María, un tanto alegre, al volver del teatro.

—Que no es para tanto como dicen: yo lo he encontrado muy parecido á la gallina. ¿Y á tí te gustó el jabalí?

—Si he de ser franco, más me gustan los callos que guisa la tia Cucaracha. ¿Te acuerdas cuando fuimos á la Puerta de Hierro?

—¡Calla, seductor!

—Tontuela...

No es cosa tan fácil como parece á primera vista el pasar de ganapan á propietario. De las oficinas de LA BORRASCOSA á la escribanía; de la escribanía al registro de la propiedad, al registro municipal, á qué se yo cuantas otras partes, anduvo como un azacan José María, oyendo un solemne «Vuelva V. mañana» en todas partes; diligencia oficinesca que, unida á las fiestas cívicas y religiosas y á las ausencias y enfermedades de los que habian de intervenir en el negocio, dieron fin al primer mes y á la paciencia de Robustiana. Diosdado tuvo que hacer renuncia de su destino, incompatible con las gestiones que absorbian todo su tiempo, y, la que es más negra, se encontró con que la toma de posesion, los asientos, los registros, seguro de incendios, contribucion del trimestre y las gratificaciones á todo el mundo, subian á una cifra que para él hubiera sido inconmensurable ántes de ser favorecido por la fortuna. Una usted á estos gastos prévios los de instalacion de portería y alumbrado en la escalera de la nueva casa, los de mudanza al piso tercero con una sillería, *portiers*, chimenea y otras frioleras á gusto de Robustiana, esto sin contar su abrigo de terciopelo, y se tendrá una suma de

32.000 reales hecha y repetida por ambos esposos sin lugar á deduccion de un céntimo.

Salvó este peligroso escollo la amistad del procurador Lúcas Gomez. Él se comprometió á buscar la cantidad, adelantándose á los deseos de los necesitados, y un su cliente, hombre de bien á carta cabal, desembolsó la suma mediante las formalidades de escritura de hipoteca sobre la casa misma y de un módico interes de 2 por 100 al mes.

—¡La renta de un año! suspiraba José María al firmar el contrato.

—Ya se irá desquitando, contestaba el procurador con su eterna sonrisa.

En efecto, todo iba saliendo á pedir de boca. No bien puestos los papeles, un diputado alquiló el pricipal, sin ocuparse del precio: tomaron los segundos el primer jardinero del Duque de Osuna y un tratante en lanas, y se instalaron en los sotabancos dos estudiantes de leyes y unas comerciantas de puesto de la plazuela de la Cebada. Todo marchó perfectamente, tanto, que Robustiana meditó sobre la manera de celebrar el estreno del abrigo de terciopelo y llegó á decidir que de ninguna manera mejor que dando una *soirée*, á que serian invitadas aquellas Valentina y Juliana que en otros tiempos la habian mirado por encima del hombro.

Los preparativos duraron algunos dias, porque habia que discutir muchas cosas. En primer lugar, los invitados. ¿Se contaria en el número á los antiguos comensales del café de San Luis? José María estimaba que debian ser los primeros; pero considerándolos Robustiana

desde la elevacion de su casa propia, encontraba que la charlatanería y mordacidad de Pimienta y las baladronadas de Corbejon podian molestar á la señora del diputado del principal, que esperaba se serviria honrar *sus salones*. Habia que pensar tambien muy seriamente en el *buffet*. Aseguraban los estudiantes del sotabanco ¡y qué chicos tan guapos y tan elegantes eran los tales estudiantes! que las reuniones sin este requisito eran *necesariamente* cursis. Ademas, de hacer las cosas, habian de hacerse bien.

Conocida la manera de argumentar de Robustiana, fácil es comprender que las dificultades se orillaron todas. José María extendió de su puño propio, con toda la gallardía de su letra, veinte y dos invitaciones que comprendian á los inquilinos de la casa, á los vecinos de la antigua y á los concurrentes de la mesa del café. El portero recibió órden de subir al tercero y de ponerse guantes blancos de algodon, comprados exprofeso; se alquiló un piano; se prepararon cuatro quinqués de cuerda; se dispuso el comedor; en una palabra, á la hora convenida todo estaba á punto, y doña Robustiana, con el abrigo de terciopelo y la más amable de las sonrisas, recibia á los convidados y los colocaba en semicírculo por sexos. Una vez reunidos, se les hizo visitar toda la casa en procesion, rompiendo la marcha José María con un quinqué. Despues hubo un poco de *Traviata* y de rigodon; fué aquella una verdadera fiesta en que los dos estudiantes de leyes no perdieron su tiempo ni en la sala ni en el comedor. En este último se cifraba el legítimo orgullo de Robustiatiana; ¡qué abundancia y qué delicadeza de eleccion. Así

llovian los cumplimientos; así se multiplicaba para atender á todos.

—Leonisa, ¿tomará V. un poco de tortilla?

—Gracias, señora... no tengo gana.

—Advierto á V. que es tortilla al ron, es decir, *metet soplé*, ya sabe V.

—Sí, señora; pero ron... Dios me libre... tomaré mejor un poco de arroz con leche.

—Pues yo voy á probarla, decia Pulido, el de los muertos; esa llama produce muy buen efecto; se me parece aquel manjar que sirven al Convidado de Piedra.

—¡Calle V., hombre! Estos artistas tienen unas cosas... Corbejon, y V. ¿no toma nada?

—Estoy gustando un aguardiente de lo más delicado que se ha hecho en este mundo, y cuando yo lo digo...

—De Chinchon, querido; legítimo de Chinchon; ya se conoce que es V. inteligente.

Los quinqués dieron punto á la reunion ántes de lo que se pensaba. Desde un principio habian alumbrado mal á pesar de todos los esfuerzos de José María, que pasó la noche acudiendo de uno al otro, dando cuerda á éste, sacando mecha á aquél, renegando de la maquinaria y del que la inventó, hasta que llegó un momento en que los cuatro á la vez se negaron á lucir ni bien ni mal, momento que sembró la confusion y que fué la señal de *sálvese el que pueda*. Esta oscuridad final no rebajó en un ápice la brillantez de la *soirée;* así se lo afirmaron á Robustiana al despedirse.

Pero no todos son goces en la vida del propietario. El oficio tiene sus quebrantos como cualquiera otro. Por de

pronto los estudiantes, que tenian siempre muy buenas palabras en punto á dinero, esperaban de contínuo libranza de sus respectivas familias.

Las comerciantas de la plazuela de la Cebada decian unas palabrotas cada vez que se les presentaba el recibo del mes, que por no oirlas se decidió siempre José María á esperar al próximo. En cuanto al Diputado, jamas estaba en casa cuando se trataba de cuentas. Nuestro hombre, que en cierta ocasion habia hecho la guardia en la portería y le habia salido al paso mostrando tres recibos vencidos, quedó petrificado ante la actitud de dignidad ofendida con que el representante del país le dijo:

—Señor Diosdado, no se vuelva V. á permitir molestarme con sus impertinencias.

Sin embargo, esta vez no subió con las manos enteramente vacías. En la portería recogió un pliego oficial del alcalde de barrio con que entretenerse.

«El Excmo. Sr. Presidente del Ayuntamiento me dice con esta fecha lo siguiente.—El Sr. Teniente Alcalde del distrito de las Vistillas me dice lo que sigue:—El Señor Arquitecto municipal me dice...

—¿Qué tendrán que decir todos estos señores?... ¡Santa Bárbara, pues es una fsiolera!

Las exclamaciones de José María eran justificadas. Los gestores de la administracion comunal le anunciaban sin ambajes ni rodeos que los cimientos de su casa, *por mala construccion*, habian tenido movimiento considerable, y que denunciado el edificio, procediera en el término de tercero dia á apuntalarlo, y al derribo en el

plazo de los quince siguientes, bajo apercibimento, etcétera, etc.

—Pero, Señor, ¿para cuándo se quedan los terremotos, el diluvio, la fin del mundo?

—¿Qué refunfuñas, José María?

—Nada; que... rida; ¡toma y lee!

¡Rigor de las desdichas! ¡El diputado, los estudiantes y las comerciantas de naranjas tomaron vuelo como bando de perdices espantadas, sin acordarse de liquidar sus cuentas! Decian que el alero del tejado saludaba al vecino de enfrente con inclinacion cada vez más profunda.

José María, el pobre José María, incapaz de hacer daño á nadie, fué á parar al Saladero, no pudiendo pagar las dos multas impuestas por el Ayuntamiento ni proceder al derribo, que al fin emprendieron los operarios de la Villa. La sociedad La Borrascosa entabló demanda de injuria y calumnia por un suelto publicado por Pimienta, y de que se hizo responsable á Diosdado. El prestamista le puso pleito por los maravedises y sus intereses... Afortunadamente Lúcas Gomez, el procurador, era la Providencia de la familia Diosdado Picapica. Él corrió al Ayuntamiento, á los juzgados, á las escribanías; aquí transigiendo; allá imponiéndose. ¡Dios sea loado! Gracias á su infatigable actividad, gracias á su amistad desinteresada, todo se allanó. José María salió de la cárcel; se transigieron las demandas, se remataron solar y

materiales; se pagaron las deudas, y todavía percibió líquidos 123 rs. 33 céntimos.

Post nubila Phœbus.

Al presentarse Diosdado en el Ministerio de Hacienda solicitando la plaza que habia renunciado *por motivos de salud y de delicadeza*, muy léjos de encontrar la acogida de un pretendiente vulgar, halló los brazos abiertos y el inmediato ingreso en la nómina. En los cuatro meses de su ausencia habia cambiado otras tantas veces todo el personal de la oficina, verdadera imágen del cáos. José María volvió á ocupar su mesa; acarició su querido tintero con algodones; sacó los manguitos de percalina, aceptando con efusion la órden de asistir horas extraordinarias, hasta tanto que aquello entrára en órden, sólo que su antigua plaza estaba cubierta y debia contentarse con otra de cinco mil reales.

Ninguna novedad ha vuelto á ocurrir á los tertulianos del café de San Luis. Caigan rayos ó caigan chuzos, Robustiana de Picapica (este *de* es todo lo que le queda de su pasado esplendor), comenta las noticias de *La Correspondencia* y dirige la discusion. Algunas veces, al encontrar la descripcion de las recepciones de la Condesa del Montijo, suele decir con un suspiro:

—¡Cuando yo *daba soirées!*

FIN DE ¡QUE SUERTE!

AVENTURAS DE UN CANTONAL.

AVENTURAS DE UN CANTONAL.

De qué modo llegaron á mi poder los papeles que tengo á la vista, cosa es que nada importa al lector. El interes se encierra en los papeles mismos, borradores más bien que copias de una correspondencia escrita con la espontaneidad, ligereza é incorreccion empleadas entre personas de afecto íntimo. Desde luégo se advierte que el autor no sospechó la contingencia de la publicidad que van á tener, sin que haya, por mi parte, abuso de confianza, toda vez que el autor me es perfectamente desconocido.

Habiendo caido en otras manos estas cartas acaso aparecieran revistiendo la forma de novela, á que grandemente se prestan los sucesos narrados. Alguna más amplitud en las descripciones, algunas pinceladas de efecto en ciertos momentos, digresiones abundantes, comentarios de vez en cuando, division en capítulos convenientemente encabezados, estilo más pulido, y cata una novela hecha y derecha. Pero ésta no es empresa para mí, ni

aunque pudiera acometerla me dejáran libre los escrúpulos de apropiarme pensamiento ajeno. Doy á luz los papeles como ellos son: si aparece el autor, ponga la firma que no tienen, y *Laus Deo.*

I.

Mogador, 18 *de Febrero de* 1874.

Querido Luis: Hé aquí muy cerca de nueve meses trascurridos desde que estreché tu mano por última vez en la Estacion del Mediodía de Madrid, sin que en este largo período que ha interrumpido nuestra constante union, haya sabido de tí ni te haya enviado mis noticias. Confío en que tú, al ménos, las has tenido frecuentes por los periódicos; la parte principal que me ha cabido en los sucesos políticos ha hecho harto conocido mi nombre para que deje de ser estampado en todos los diarios de esa capital anatematizada, centro de vagos, paraíso de necios y foco de sanguijuelas que desangran al pueblo español. Tal vez lo has visto seguido de juicios apasionados; acaso entre estúpidos comentarios; de cierto en medio de relaciones desfiguradas y calumniosas, estilo ordinario de la pandilla de gacetilleros ignorantes. Tu buen criterio habrá sabido, sin embargo, analizar el fárrago de artículos de sensacion, extrayendo en cortas dósis la verdad como del cuarzo se extrae el oro. ¡Cuán

otras fueran esas elucubraciones si el dios Éxito hubiera coronado mis esfuerzos! ¡Cuántos adjetivos, cuántos aplausos hubieran acompañado á ese mismo nombre!

De todos modos lo llevo con orgullo. A pesar de mis pocos años, de mi inexperiencia, de mis *absurdas teorías*, como tú solias repetirme á cada momento, ha resonado en el mundo entero, ha quitado el sueño á los secuaces ambiciosos de la tiranía, y quedará grabado para siempre en las páginas de la historia de la humanidad á la par de los Eudes, Bergeret, Duval, Félix Pyat, Flourens y demas héroes de la *Commune* de París, mártires de la emancipacion del hombre, heraldos de la idea moderna, que ha de germinar y producir hermoso fruto, mal que pese á los que pretenden ahogarla con el humo de la pólvora, cuando éste ha de servir al fin y al cabo para su mayor destello.

Ya viste como, lanzado en la senda revolucionaria que sin presumirlo abrieron los generales de Alcolea, dominó mi voz á las otras en los *clubs* y en los *meetings* de Madrid, cautivando á la multitud y abriendo á la luz sus ojos ántes velados. Lo mismo sucedió en Cartagena: conmovidas las masas por la persuasion de mi palabra, de nada sirvieron al Gobierno extraviado los poderosos elementos acumulados en la plaza y el arsenal. El 6 de Julio de 1873 entré en la ciudad: el 12, fecha memorable, era un hecho la proclamacion del Canton, concurriendo todos aquellos elementos á robustecerlo y á bambolear al mismo tiempo á los obstinados centralistas. Hé aquí la obra del que tantas veces has calificado de iluso; hé aquí el cimiento de la regeneracion española. Yo lo pu-

se, yo hubiera sabido consolidarlo si entre los obreros mismos que habian de trabajar en la fábrica no surgieran elèmentos imposibles para el objetivo de la empresa.

Debí sospecharlo: si tú, con privilegiada inteligencia, con juicio seguro, con perseverante anhelo de investigar la verdad, has adquirido superior ilustracion y no ha bastado para que reconozcas la caducidad del sistema escolástico funestamente ideado para encadenar á perpetuidad el pensamiento, ¿qué podria esperarse de espíritus mezquinos é ignorantes, trabajados por la preocupacion y los escrúpulos? Hasta en los presidiarios que el aura libertadora del Canton hizo ciudadanos y soldados, he observado la influencia de la vetusta semilla sembrada entre los hombres para poner frenos y más frenos á su albedrío. Veíanlos romper con pueril alegría; mas con temor de niños tambien, querian soldarlos despues á sus solas. ¡Tanto puede la tradicional escuela de la oscuridad!

Por esto no fueron rosas las que hollé en mi camino; ántes bien tropecé con el desengaño, con la ingratitud y con la envidia, que de consuno se juntaron contra mis queridas ilusiones. Ambiciones vulgares, pretensiones locas, presuncion hiperbólica é ineptitud supina, eran moneda mucho más corriente entre la hueste cantonal que el verdadero amor á la libertad y á la emancipacion del individuo. Y éstos, querido Luis, fueron los enemigos que me vencieron, que no los infatuados y débiles centralistas. Que me vencieron digo, entiéndelo bien, porque sin parodia, á pesar de lo que hayas oido de otros je-

fes, puedo asegurar que *el Canton fuí yo.* Yo, la inteligencia; yo, el resorte impulsivo; yo, la esencia vital y reguladora.

No es ésta ocasion ni oportunidad para pormenores, pero los sabrás á su tiempo. Me sobra ahora todo el mio; tengo que *matarlo* para alejar al aburrimiento y la nostalgia que me persiguen, y tú serás objeto de mi ocupacion y mi pensamiento. Escribiré para tí la historia del Canton de Cartagena, como la historia se escribe hoy, á la luz de la filosofía moderna, y de forma tal, que te haga conocer los hombres y los sucesos como si en mi lugar hubieras estado. Tengo para el caso reunidas apuntaciones y documentos preciosísimos.

Por de pronto, basta que sepas mi afortunada salida de Cartagena sin ningun accidente. A tiempo que los sicarios del centralismo penetraban en la plaza, la arrogante *Numancia* surcaba las aguas de Escombrera llevándome á traves de la escuadra bloqueadora á las hospitalarias playas de Mers-el-kebir, nombre que suena bien en oidos españoles.

Hospitalarias..... hasta cierto punto, pues las autoridades francesas, aturdidas con la llegada de tantos y tales emigrados, quisieron alojarlos en el castillo de San Felipe. En la confusion muchos lograron sustraerse á tan exquisita consideracion, yo entre ellos, que en una barquilla me trasladé á Orán, y de allí con poca dificultad á Tánger y á Mogador, tierra de moros donde, con vergüenza de Europa sea dicho, ni aduaneros registraron mi equipaje, ni polizontes exigieron mi nombre y pasaporte. Soy, por tanto, dueño de mi persona, dueño de mi

AVENTURAS DE UN CANTONAL.

dad, los cónsules, los negociantes europeos y algunos moros de distincion; en ella estoy alojado; la ciudad propiamente dicha, que cobija á la mayoría de los indígenas, y la *Judería*, que, como se deduce de su nombre, es la residencia de los hebreos. Esta última parte es lo más malo de la poblacion; las calles son más estrechas; las casas más pequeñas y más sucias, formando una especie de laberinto fangoso ó inmundo en que viven hacinados los que pertenecen á esa desgraciada raza que ha descendido hasta el último grado de abyeccion. La mar que rompe en los arrecifes vecinos y salva la muralla, cae constantemente sobre este barrio en forma de lluvia menuda, y combinándose con los desperdicios de toda especie que se arrojan en medio de las calles, se evapora produciendo un hedor insoportable. Cuesta trabajo concebir cómo existen en semejante muladar los tipos de arrogante belleza que son comunes en las jóvenes.

De ellas, de sus trajes, de sus costumbres, como de cuanto observé en Mogador, escribiré un estudio que hará oficio de entremés recreativo en mis trabajos históricos sobre el Canton; las cartas que te dedicaré por quincenas serán el complemento de mis tareas de bufete. Esto para la noche; el dia proporcionará las inspiraciones con el paseo y la meditacion.

No será ciertamente de los moros de los que ménos me ocupe; la gravedad de su porte, el orgullo de su pobreza, la indiferencia de su mirada, la sobriedad de su apetito, me tienen cautivado. He visto la infantil algazara con que disparan al aire las espingardas y las hacen girar sobre sus cabezas; la fiereza con que rigen los cor-

celes del desierto; la parsimonia con que oran en público haciendo genuflexiones al Oriente; el estoicismo con que reciben los palos decretados por el Bajá en cualquiera falta...

Hoy mismo he presenciado por largo rato una escena que no me atrevo á calificar de cómica. Figúrate un grupo numeroso de blancos y negros envueltos, como de ordinario, en sendas chilabas y con el tradicional turbante, pero desnudas las piernas y sumergidas en el arroyuelo que lame la muralla. Ni se hablaban, ni se miraban siquiera; serios, inalterables como siempre, alzaban ya un pié, ya el otro, golpeando alternativamente con ellos, á veces en compas pausado, otras, con vivaz repiqueteo y cual sosteniendo el ritmo con un solo pié. Dijérase que cada uno de los actores recitaba interiormenmente una melodía á que correspondian los tiempos del *andante*, del *maestoso* y del *allegreto* ostensiblemente señalados. ¿Qué hacian, pues, aquellos hombres? Lavaban su ropa blanca. Tal es el método local.

Comprendo que Fortuny buscára en Marruecos la inspiracion de los cuadros que admira el mundo artístico; á cada paso se tropieza con asuntos dignos de su pincel.

Otro de los que me han impresionado fuertemente ha sido un caso práctico del ejercicio de la justicia. A la hora del mercado, cuando la plaza estaba llena de compradores y vendedores de provisiones, se hacía paso un peloton de *moros de rey* (guardia negra), llevando á empellones á un desdichado que en la tarde anterior habia hecho un hurto. Sin otra forma de proceso que la deposicion oral de los testigos y la órden verbal tambien del

Bajá, fué conducido al centro de la plaza, y allí, de un sablazo, le cortaron la mano derecha, dejándole despues marchar en libertad. ¡Qué bárbaros! Pregunté si este repugnante espectáculo se repetia con frecuencia, y me dijeron que el robo era cosa rarísima en la ciudad por llevar aparejada inmediatamente la pena de mutilacion dicha. Así debe ser, en efecto, pues no he visto ningun otro manco.

Entremos en mi casa para acabar esta primera reseña á vuela pluma.

En Mogador no hay *hoteles*, fondas ó cosa parecida; el viajero ha de buscar albergue en los de la familia hebrea, para lo cual no hay dificultad ni exigencias exageradas. Verdad es que ni las habitaciones se distinguen por el *comfort* ni la cocina rivaliza con la de Lhardy. Mi suerte me ha traido á la casa de un traficante cobijado bajo la bandera inglesa, que hace buen negocio como extractor de frutos del país. Se hace llamar Samwell, y pretende no obstante ser oriundo de Cáceres, de donde salió su familia al tiempo de la expulsion, alegando como comprobante el castellano *sui generis* que destroza como los más de su raza aquí. Debe á sus condiciones de nacionalidad prestada y ejercicio comercial el privilegio de residir en la Alcazabá, como ántes dije, y es viejo, meloso, embustero, gran maestro de gramática parda, capaz de engañar al prójimo aunque no trate de darle más que los buenos dias. Dos hijas jóvenes y hermosísimas; dos yernos, dignos herederos de Samuel; media docena de chicos de ambos matrimonios y varios dependientes y criados, componen el personal con quien trato.

La posicion relativamente desahogada de la familia no es óbice para que las hijas y señoras de la casa, segun costumbre patriarcal, amasen por su mano y cuezan al horno, una vez por semana, el pan de la familia, no fiando tampoco á nadie el cuidado de las otras provisiones. El sábado es cuando lucen su posicion social vistiendo esmeradamente y ostentando en el cuello, orejas y brazos joyas antiquísimas de bastante valor, aparte del arqueológico, y es cuanto hacen en ese dia, como esclavos del precepto literal mosaico. En la tarde del anterior dejan las mujeres servida la comida, encendida la luz, apagado el hogar, hasta el domingo, que reanudan las ordinarias ocupaciones y labores.

Los aposentos están repartidos en dos pisos, rodeando al patio de que reciben ventilacion y luz. El mio es de los altos, constituyendo el mobiliario una inmensa cama de acceso difícil sin escalera, una mesilla que, por contraste, no levanta media vara del suelo, una lámpara monumental de laton, tres cojines de tafilete y una estera de junco. Me propongo investigar del patron si la mesa y la cama vinieron con sus antepasados, pues todo hace creer que han visto los tiempos de Felipe III, por más que la primera me obligue á escribirte en postura oriental.

Tal como es este cuartucho pienso guardarlo mucho tiempo, años tal vez. Servirá de laboratorio á mis ideas, supliendo la condicion de su aislamiento todas las otras que le faltan; desde él seguiré la marcha de los sucesos en nuestro pais, contando con que tus cartas vendrán ilustrándolos de la manera especial que tú sabes hacer-

lo. ¡Cuánto deseo recibir la primera! Si en nuestras controversias universitarias, como tésis y antítesis vivientes oia sempiternas homilías, ¿qué sermon de hora no te ocurrirá considerando las ocurrencias de Cartagena? Gozo anticipadamente con el pensamiento de la lectura; venga, venga pronto y no escatimes ninguna observacion crítica. Nuestra amistad, bien lo sabes, es como la barra imantada, una en esencia, áun cuando los polos sean opuestos en significacion y en virtud.

Te advierto que por medida prudente he ocultado mi nombre; la direccion de las cartas ha de ser: «Via Gibraltar. — By steam packet. — M. Samwel & C. — Para entregar á D. Juan Perez, Mogador.»

II.

Lisboa, 22 de Marzo de 1874.

Querido Luis: va á sorprenderte esta carta, mensajera de nuevas é inesperadas peripecias que me han ocurrido. Ayer he llegado portentosamente á esta capital, sin haber pensado nunca visitarla, y me apresuro á decírtelo desde el *Hotel de Europa* en que me hallo instalado. Salí de Mogador el 15 con direccion á Liverpool, desde donde me proponia pasar á los Estados-Unidos de América. La navegacion no ofreció ninguna particularidad hasta la noche del 20; todo iba bien, avanzando rápidamente

por la costa de Portugal; mas de pronto se descubrió en la proa un buque de vela que marchaba en direccion opuesta, y aunque se procuró en el momento variar la nuestra, ocurriendo las vacilaciones que frecuentemente se observan entre dos personas que tratan de ceder á la par el paso de la acera, sobrevino un choque horrible, espantoso, que conmovió los costados del vapor, hizo caer los palos y chimenas y ocasionó la salida de las llamas por la cubierta. Como una parte de la tripulacion y los pasajeros todos dormian abajo en el momento de la colision, fué mayor, si cabe, el terror con que subieron, sin vestidos, gritando, gimiendo, precipitándose sin saber á dónde. El pánico era general; nadie se entendia, intentando los más serenos echar al agua los botes, de que se habian apoderado en lucha desesperada, y sólo al cabo de buen rato, cuando se percibió que el buque no sumergia, consiguió el capitan dominar la confusion y que acudieran todos los hombres á combatir el peligro más inmediato, que era el del fuego. El que se sumergió fué el otro barco, sin que nadie se acordára de la gente de su bordo.

Momentos fueron de angustia aquellos que debian suponerse los últimos de la vida, y confiésote que perdí la sangre fria, que no me ha abandonado en las ocasiones, no pocas, de graves peligros en que me he visto anteriormente. En los combates estimula la vista de los hombres á quienes se guia; enardece la del enemigo que avanza; ciega el empeño de la distincion haciendo lo que otro no haga, y acaban por embriagar el estruendo de las armas y el olor de la pólvora y la sangre. ¿Quién se acuer-

da de la muerte cuando se ocupa en quitar la vida?

Aquí es distinto: no es el enemigo otro hombre; es un gigante invisible cuya fuerza inconmensurable se comprende despues de recibir golpes tremendos que no se descubren. Se lucha con lo desconocido en resistencia pasiva, y sabiendo de antemano que la probabilidad señala una derrota. Si ésta llega, se sucumbe en la oscuridad sin que nadie estime los esfuerzos, que quedan ignorados, perdiendo tal vez con la vida el concepto, abandonado á merced de las suposiciones. Si se vence, no hay coronas para una victoria sin testigos... Admiremos la abnegacion de los hombres que aceptan semejante vida.

Del reconocimiento practicado en el vapor despues de lo que llevo referido, resultó que los daños recibidos en la proa eran de tanta consideracion, que á duras penas se lograria sostenerlo á flote, miéntras se ganaba el puerto más inmediato. Hé aquí la razon de mi presencia en Lisboa, término de las angustias del viaje, pero no de las molestias, que por algo es esto parte de la Península ibérica. Los equipajes han tenido que quedar en la Aduana como parte de cargamento de una embarcacion que no venía destinada al puerto. Habrá registro; acaso fumigacion tambien, etc., etc., y en tanto los viajeros se compondrán con lo puesto.

Pero áun no he dicho por qué salí de Mogador olvidando mis propósitos de residencia. Da tregua á la curiosidad, porque la explicacion exige alguna latitud.

La vida monótona que hacía en casa de Samuel daba ocasion á frecuentes y largas conversaciones, conferen-

cias, si quieres, con sus hijas, manantial fecundo de noticias utilísimas para mi estudio de costumbres locales. Ellas me avisaban la boda ó el entierro que iba á verificarse, con explicacion de las ceremonias; satisfacian todas mis preguntas acerca de los edificios, de las creencias, de la legislacion de moros y judíos, y añadian, sin preguntarlo, pues que no me importaba, la vida y milagros de todos los vecinos de la ciudad, y muy particularmente de los del barrio y la calle. De esta manera llegué á saber que frente por frente vivia un moro anciano de los más ricos y considerados en la poblacion, que, con arreglo á su posicion, mantenia un número muy decente de mujeres legítimas, y una caterva de esclavas para servirlas. Esto nada de particular tiene en Marruecos, es cosa legal y arreglada; lo extraordinario en opinion de mis huéspedas era la belleza incomparable de una hija ó pupila del moro, que éste consideraba como á las niñas de sus ojos, pareciéndole que ni el Emperador ni el mismísimo gran Sultan la merecian. La descripcion y encomios de las hebreas, que como vecinas conocian y trataban á Frexa (así se llama la morita), eran para poner en curiosidad al más indiferente. Ni Rebeca, ni Ester, ni la mujer de Tobías, ni la casta Susana, valian para descalzar el zancajo de este portento de hermosura, admitiendo las calorosas afirmaciones de las patronas, que, por ser mujeres, daban fuerza mayor al testimonio.

Ahora bien, ¿qué viajero hubiera dejado de hacer diligencias para conocer el prodigio? En mi calidad de escritor verídico, sería indisculpable asentar en la proyec-

tada narracion de mi visita á estos lugares la existencia de una maravilla por simples referencias. Es cómodo y fácil decir, como Fernandez de Oviedo en la *Historia general y natural de Indias:* «en tal parte hay un cuadrúpedo que vuela y un pez que canta; me lo ha dicho un negociante de batatas que pasa por hombre formal y verídico»; más esta ingenuidad admitida en los tiempos del *invicto* Emperador, está muy léjos de satisfacer á los despreocupados lectores de nuestro siglo incrédulo. Hoy se escribe de otro modo cuando se acepta la responsabilidad de historiógrafo, y naturalmente debia considerar como cuestion de honra verificar por mí mismo la certeza del hecho, con tanta más razon cuanto que los obstáculos para conseguirlo se suponian insuperables. Las huéspedas así lo juzgaban, riendo á carcajadas al escuchar mis insistentes indicaciones para conseguir por su medio una entrevista. Las moras de distincion, me decian, no salen jamas á la calle; las casas tampoco son accesibles ni áun para los parientes y amigos del propietario, y en la de enfrente podia observarse que miéntras el viejo no salia se conservaba cerrada la puerta, y cuando la devocion ú otras exigencias lo llamaban al exterior, echaba la llave por sí mismo entregándola á un esclavo negro que se mantenia de centinela hasta el regreso.

Perfectamente, contestaba yo; pero esas mujeres no han de estar emparedadas en el dormitorio; dadas las facultades del vecino, tendrán á su disposicion un patio, un jardin, un terrado, un sitio agradable cualquiera donde recibir los rayos tibios del sol de invierno y aspirar

el ambiente en el verano, á lo que reponian que las moras contaban, en efecto, con jardin y terrado, mas estos lugares se cercaban cuidadosamente, elevando las paredes todo lo necesario para prevenir la indiscrecion de miradas profanas. No obstante, poco convencido y ménos satisfecho, dime á buscar, como el sitiador que pretende emplazamiento para sus baterías, un punto cualquiera dominante, favoreciendo la fortuna mi constancia. Desde un palomar recientemente levantado por Samuel se divisaba, y esto ni sus mismas hijas lo habian advertido, un pequeño espacio de la azotea frontera, un rincon de cuatro ó cinco piés cuadrados. No sería mayor el regocijo de Colon al avistar la tierra que buscaba, que el que experimenté con mi descubrimiento. La palabra *imposible* quedaba borrada desde aquel instante.

Dueño de la llave de la torre, prévia promesa formal que hice á mis amas de contentarme con mirar desde el interior sin mostrar en ningun caso la persona, establecí mi observatorio, esperando pacientemente la ocasion de asestar mis excelentes gemelos de teatro, ocasion que no se ofreció en muchos dias, ni se hubiese presentado tal vez dejada al azar, dada la escasa probabilidad de que ocurriera á Frexa pisar aquel rinconcillo, único en que podia verla. Lamenté, por tanto, con mis amigas la ineficacia de la vigía que estaba decidido á prolongar hasta el dia del juicio final, si ántes no lograba admirar á la perla de Mogador; renegué de la suerte que me negaba la inocente satisfaccion de admirarla y de encarecer en España los tesoros que encierra la ciudad que allá no conocen; hasta llegué á dudar que fuera tan hermosa

como se decia, admitiendo que el prurito de exagerarlo todo, por vanidad ó por lisonja, abultaba la fama y la pintaba como no era. En una palabra, ayudé un poco á la casualidad con la diplomacia, tentando todos los medios para herir el amor propio de las encomiadoras, guardándome muy bien, por supuesto, de asomar la idea de que ellas pudieran tomar cartas en el asunto.

A pocos dias de esto pasó Frexa, *casualmente*, por el consabido rinconcillo de su terrado. Hablaba con otras personas que no entraban en el límite descubierto, y de ella no veia más que el busto, sin alcanzar á la cintura. ¡Vision celestial! Cuanto dijeron de su hermosura era pálido; como que no hay palabras con que expresarla. No existe, no ha podido existir nunca mujer más bella en el universo. La aparicion fué muy breve; un momento examinó la pared, como si hubiera en aquel paraje algo que reclamára su atencion; despues se volvió hácia las que sin duda le acompañaban, y continuó hablando con indiferencia. Dos ó tres veces dirigió rápida y disimuladamente los ojos hácia el palomar; sabía ciertamente que yo estaba en él.

Aquel instante, querido Luis, decidió mi destino. No sabré decirte cómo á la curiosidad sucedieron la admiracion, el éxtasis y la locura; pero sí que el busto de Frexa se grabó en el alma produciendo una explosion de sensaciones desconocidas ántes. Temí haber jugado con la llama y perecer como las mariposas, habiendo sido vencido por una pasion tan violenta como insensata; por de pronto conseguí, sin embargo, dominarme, y repetí ante mis patronas, que esperarian otra cosa, las

frases epigramáticas, como si nada hubiera visto. Habia que conseguir á toda costa que la aparicion se repitiera, y se repitió acabando de trastornarme el juicio.

Esta vez apoyó Frexa la espalda en la pared, en el sitio preciso, como elegido para coloquio con sus acompañantas, permaneciendo mucho rato en la misma actitud, que como en la tarde anterior, me permitia contemplar su busto admirable. Tambien en ésta buscó al observador del palomar sin darlo á conocer á los testigos, y como éstos estuvieron ocultos por el muro, no siendo capaz de resistir la atraccion de la mirada, me descubrí haciendo con vehemencia signos que en todos los pueblos significan la adoracion, y que ella vió sin sorpresa ni rubor, como si recibiera homenaje debido, si bien la sonrisa y la expresion de aquellos ojos de cielo dieron á entender que no era mal acogido.

Breve: amor, que es de suyo ingenioso, me prestó recursos de comunicacion é inteligencia con Frexa, que aceptó sin vacilar la evasion y venida á Europa propuestas por mí. Ambos hicimos prodigios en cautela y habilidad, que te contaré en otra ocasion, para alejar toda sospecha, en tanto avanzaban los infinitos preparativos necesarios á la empresa. Por mi parte, el convencimiento adquirido del buen negocio comercial que brindaba Mogador, me llevaba á confiar á Samuel que mi venida no tuvo otro objeto real que buscar un corresponsal de toda confianza para la casa A. B. C., de Southampton, que pensaba hacer gran extraccion de cueros, cera y otros artículos que se le indicarian, porque el corresponsal elegido seria él desde el momento que hiciera la pro-

puesta fundada en los excelentes informes que iba á llevar por el primer vapor. Para esto, tomé con anticipacion, ademas del mio, otro camarote independiente, destinado á un enfermo, y como la marcha se verificaba al romper el dia, me despedí afectuosamente de mis huéspedes la tarde anterior, para dormir á bordo. Poco ántes de amanecer, cuando esperaba que Frexa se deslizaria por una cuerda desde la azotea, la vi salir sigilosamente por la puerta, que cerró por fuera. Envolverla en mi capa, saltar al bote que esperaba, subir al vapor en que no velaba más que un hombre que recibió sin ninguna objecion los billetes, é indicó los correspondientes alojamientos, fué ya cosa breve y sin dificultades. Sin el abordaje que nos puso en peligro, y ya sabes ahora por qué me atemorizó tanto, todo hubiera salido á pedir de boca.

Del abordaje no me acuerdo ya, ni estoy quejoso de la fortuna. Miéntras te escribo están fijos en mí los ojos de la hurí...; perdona, Luis, no tengo ánimo para continuar, ni me ocurre en conclusion otra frase que la de Fausto en el jardin de Margarita. *Felicitá....*

III.

Cárcel de Lisboa, 30 *de Abril de* 1874.

En lugar de esta carta, quisiera, Luis, enviarte una esquela mortuoria, última noticia de tu amigo. El des-

tino pretende humillar mi fortaleza enviándome una tras otra desdichas sobradas para una generacion, y dejándome por escarnio esta miserable vida, que maldigo sin medios ni posibilidad de anonadarla, cuando quisiera ahogar en mis manos la de la humanidad entera.

Estoy frenético, desesperado en esta inmunda prision poblada de criminales, en la miseria como ellos) sin honra como ellos, y como ellos tambien sediento de venganza contra la sociedad que me repudia con la farsa de su *Justicia.*

Consérvame el destino la razon para que rasgue y ahonde las heridas del alma; me hace gracia de la vida para más prolongar el infortunio; me humilla.... no me vence. ¡Guay de la sociedad el dia en que la vida y la potente razon recobren el ambiente de la libertad!

Atiende á la enumeracion de mis desgracias, si alcanza la paciencia á reseñarlas.

La Aduana de Lisboa detuvo complaciente las dos cajas de mis duros cantonales, á instancias del Cónsul de España, que pretende se decomisen y pongan á su disposicion, como *propiedad sustraida á su Gobierno.* Me han exigido documentos ó pruebas de la legitimidad de mi posesion; que declare cuándo y cómo hube esta moneda desconocida en los mercados, con otros absurdos que no hay para qué discutir, dejándome en tanto sin recursos, doblemente necesarios en una ciudad en que á nadie conozco.

Frexa fué el segundo escollo en que habia de estrellarme.

En el paseo, en el teatro, en las calles, aunque fuera

en carruaje, despertaba una curiosidad impertinente, atrayendo su traje vistoso una turba que nos seguia por do quiera dejando oir groseros comentarios. En el mismo hotel habia de sufrir una inspeccion continuada, que en el comedor tocaba los límites de la tolerancia, poniéndome más de una vez en el caso de provocar al que se permitia propósitos insolentes. Quise evitar lances desagradables cambiando los vestidos de la mora por otros á la moda europea y fué peor. Sus piés, acostumbrados á la holgada babucha de terciopelo bordado de oro, perdian el equilibrio oprimidos en botas de cabritilla con tacones de cuatro dedos de altura; las enaguas y faldas la embarazaban y enredaban más, y la cabellera, cortada para el tocado oriental, no sustentaba los crespos y armaduras fundamentales del peinado moderno, con todo lo cual resultaba un conjunto tan grotesco que presentado en público me hubiera puesto en espantoso ridículo. No me quedaba otro arbitrio que encerrarme en la habitacion, pasando dia tras otro discurriendo cómo salir de mi situacion crítica. Y en verdad que es divertido vivir de esta manera en union de persona que ni entiende una palabra ni puede hacer mejor uso de las suyas. Si entregado á la meditacion apoyaba en las manos la cabeza, Frexa me miraba; si rompiendo el silencio prorumpia en imprecaciones, Frexa me miraba; si paseaba el cuarto como pasea el leon en la jaula, Frexa me miraba; me miraba siempre, no hacía otra cosa que mirarme con ojos tristes, que hubiera arrancado de buena gana; tal aversion sentia por aquella mujer de Lucifer, causa de todos mis males.

A todo esto me habia hecho el fondista insinuaciones para el pago del hospedaje, manifestándose más y más exigente cada vez, obstinado en no acordarme esperar hasta el despacho de los efectos detenidos en la Aduana. Cuando cumplió el mes de alojamiento se presentó en mi cuarto pronunciando amenazas que exigian inmediato correctivo : cogí las tenazas de la chimenea, que estaban á mi alcance, y ciego por la ira, golpée hasta que los criados, atraidos por el ruido, me detuvieron. Poco despues llegó fuerza pública, que me condujo á la cárcel en que estoy, entre ladrones y asesinos. ¿Qué se hizo Frexa? No lo sé ni me importa : doy por buena la prision viéndome libre de su odiosa presencia.

Hoy, que se cumplen ocho dias de encierro, me han llamado á la declaracion indagatoria. El juez, que empezó por noticiarme el estado grave en que sigue el fondista, ha oido buenas cosas, y todavía me preguntaba si tenía algo que pedir; ¡imbécil! «que se hunda el firmamento y nos aplaste á todos», he contestado.

IV.

Cárcel de Lisboa, 7 *de Noviembre de* 1874.

Querido Luis : Tengo gran pena por no saber de tí. Estoy seguro de que me habrás escrito á Mogador y á Lisboa, pero las cartas no han llegado á mi poder, por

causa de las vicisitudes desgraciadas que se han sucedido, ni éstas me han dejado buscar consuelo en tu amistad, confiando al papel el encargo de anunciártelo. Una sola vez desde que estoy encarcelado, el dia de la declaracion indagatoria, tuve ocasion de escribirte pidiendo al escribano de la causa que me lo permitiese miéntras el juez despachaba otros asuntos; mas ocurriéndome que la carta sería interceptada, ó cuando ménos abierta, para investigar algo de mi persona, la guardé sin curso, celebrándolo ahora, porque redactada en un momento de exaltacion, te hubiera entristecido su lectura. Con muy pocas palabras condensaré aquí lo que decia.

Intervenidos mis fondos, que sabes consistian en moneda cantonal (no pensé en Mogador cuán oportuno hubiera sido fundirla); falto de recursos y de relaciones en una poblacion desconocida, y agobiado por la carga que irreflexivamente eché sobre mis hombros admitiendo la compañía de aquella mujer, de que no quiero acordarme, me vi en crísis desesperada. Una de sus consecuencias fué reyerta con el fondista, que creí haber muerto, prision despues y causa criminal que marcha con lentitud *judicial.* He sufrido horriblemente viviendo cuatro meses entre hombres soeces, espuma sacada por la policía de las encrucijadas para poblar los presidios del reino; he deseado la muerte, preferible mil veces á semejante vida; he estado á punto de volverme loco, y en ello paráran mis cavilaciones si impensadamente no hubiera sido trasladado á un cuarto de distincion; esto es, á una habitacion separada de las cuadras de los presos.

A qué es debida esta mudanza, no sé todavía. Presu-

mí en un principio que acaso las heridas del fondista no hacian ya temer por su vida, y que siendo menores las consecuencias de mi arrebato, se dulcificaba un tanto la mortificacion del encarcelamiento, pero no es esto. El fondista se halla, en efecto, en convalecencia, fuera de todo cuidado, mas el cambio de local nada tiene que ver con ello; es cuestion de pago de no sé qué miles de *reis* que corresponden á unos cinco reales diarios, mediante el cual es potestativo á todo preso, á no estar incomunicado, mejorar de sala y de alimento, con lo cual surge nuevo problema.

¿A quién debo este beneficio?

Discurriendo mucho, me parece que he logrado resolverlo con gran probabilidad de acierto. El Cónsul de España, que sigue la pista á los consabidos duros de CARTAGENA SITIADA; que ha de tener interes en descubrir si hay motivos para reclamar una extradicion que acredite su perspicacia y celo, y que es de los pocos que saben en Lisboa la existencia de un Juan Perez; el Cónsul de España, digo, ó un dependiente suyo, es el hombre que en la contraloría de la cárcel ha pagado las dietas señaladas en el reglamento á los cuartos de distincion, única especie que sabe el guardian, á quien he preguntado.

A él ó á quien sea el autor lo agradezco en el alma. Habiendo leido lo que de un tabique escribió Castro y Serrano, no pensé nunca en que pudiera ser tambien objeto de bendicion, y es que realmente, como afirma el adagio, no se aprecia el bienestar hasta que se ha perdido.

No darán al potentado los ricos salones colgados de

tapices flamencos la satisfaccion que á mí estas paredes desnudas, circuyendo un espacio que me pertenece, librándome del contacto con el cieno, dándome aire puro ó poco ménos. Aquí el ánimo se dilata como los pulmones, los sentidos todos se recrean con la operacion negativa del ejercicio á que se vieron anteriormente obligados... ¡Cuán poco se necesita para el contento del que no tuvo nada!

Entrando en el nuevo departamento, he venido á traer solaz á otro preso que lo ocupaba solo y que habia experimentado el tedio que acompaña al aislamiento absoluto, así que he sido recibido perfectamente, estableciéndose en el instante entre ambos una cordialidad á que predisponia por su lado la simpatía.

Mi compañero es un irlandes que ha viajado mucho, reuniendo á una educacion esmerada, ilustracion muy vasta. Vino á Portugal para dirigir la explotacion de una mina de cobre y llenar previamente las formalidades legales de concesion y expropiacion de terrenos, y como la marcha del asunto sufriera dilaciones infinitas, se creyó en el caso de representar é inculpar á los funcionarios morosos, los cuales han dado á las protestas del interesado la calificacion de *desacato á la autoridad* y lo han puesto en la cárcel. Su trato es agradable y su conversacion instructiva: ademas tiene un libro que ha puesto á mi disposicion.

¡Un libro! tú no sabes, Luis, lo que mi espíritu ha sentido al abrir el volúmen; la emocion con que he contemplado la letra y he pasado las hojas. La necesidad intelectual podrá no ser tan apremiante como la del es-

tómago, mas no hay duda de que siente tambien el imperio del hambre, de que se complace por tanto con la aproximacion y la vista de los *alimentos*, y de que los acepta, sea cualquiera su *condimento*, cuando no se le permite la eleccion.

El libro de O'Mudy, que siempre va en su compañía, segun dice, es el de *Los Evangelios*, libro que para mí tiene el interes de la más alta novedad, por no haber tropezado nunca con él ni ocurrídome pensar en su lectura. ¡Hay tantos que absorben la atencion del que desea estar al corriente del movimiento progresivo de la ciencia! ¡Hay tantísimos de agradable recreo!

Otro servicio que debo á mi compañero es el de la seguridad de esta carta, que será entregada á un agente de la legacion británica que ha de venir hoy á recoger ciertos datos para el asunto de su excarcelacion. Desde que sé que en los mios se mezcla el Cónsul de España, debo ser muy cauto y no me arriesgaré á que vaya á sus manos lo que para las tuyas solas destino.

V.

La Perla, 12 *de Mayo de* 1875.

Acabo de recibir tu estimable carta, fecha 3 del corriente; la primera, querido Luis, despues de nuestra larga separacion. Huiste de España, dices, aterrado por los excesos presenciados y por las nuevas de lo ocurrido

en Alcoy, Cartagena, Igualada y otras poblaciones, y emprendiste un viaje de instruccion por el Norte de Europa. Nada tiene de extraño que tu movilidad, combinada con mis azarosas ocurrencias, haya esterilizado los pasos que dí á intervalos para establecer nuestra correspondencia. Los tiempos han mejorado, añades; no seré yo quien lo niegue; tanto es así, que tus consejos, sanos, profundos, cariñosos como siempre, y que en esta ocasion me han arrancado lágrimas, son perfectamente inútiles.

Siempre lo fueron, parece que te oigo exclamar, en la suposicion de que ahora, como ántes, voy á discutirlos y á ridiculizarlos ahogando tu palabra con mi verbosidad y disparándote á quema ropa todas las teorías que hinchaban mi cerebro y eran blasones de mi orgullo. No se trata de eso; si afirmo que son inútiles es precisamente porque no pienso analizarlos con las luces de Kraus, Schopenhauer, Heine, Fechner, Haeckel, Darwin y de otros autores ingleses y alemanes cuyos libros devoré sin digerirlos; es porque responden al sentimiento propio; porque coinciden con la conviccion adquirida, y porque, en esencia, están encarnados en el ideal de mi futuro proceder.

Te asombrará una variacion tan radical, que hace de mí un hombre absolutamente distinto; vas á gritar milagro, considerando que sólo por impulso sobrenatural cabe mi conversion desde el racionalismo á la razon; pues bien, tampoco negaré la posibilidad de una intervencion providencial en las raras aventuras que me han traido al estado presente; es más, me siento inclinado á

admitirla más que á negarla ; ó mejor dicho, la admito. El azar no juega ya en mi discurso el importante papel que aprendí á concederle. Juzgo, pues, tan justificada la sorpresa que vas á recibir, cuanto que yo mismo la siento, pareciéndome á ratos que salgo de una pesadilla abrumadura.

Figúrate que, acabada el aria de tenor, ha hecho el director de escena la señal convenida, y, como por encanto, escurren los bastidores que fingian sillares sobrepuestos de negruzco granito ; desaparecen con el telon en que se apercibia la escalera adornada de argollas y cadenas, las bambalinas que semejaban pesadas bóvedas; se hunde por escotillon la piedra que servia de asiento y de cama al recluso, y que desvanecida la prision, se presenta repentinamente á tu vista un paisaje encantador inundado de luz y de fragancia. Una ladera cuya pendiente se empina en progresion hasta acabar en pico abrupto, con grupos de robledo y de pinar caprichosamente variados, se presenta á la izquierda cerrando el horizonte; por la derecha desciende la ladera á un vallecillo sembrado de naranjos, cuyo perfume sube á mezclarse con el del tomillo ; al frente la línea indefinida del Océano, por donde el sol se pone pintando el celaje con mágicos colores que se reflejan en el agua, miéntras por la espalda se extienden las tierras labradas del pueblo, que se descubre en lontananza. Una casita nueva, al estilo inglés, ocupa el centro del círculo visible ; las parras de la fachada principal, lo mismo que los árboles de fruta y sombra del jardinillo, *prometen* adorno y frescura dentro de algunos años, y en tanto disimulan su pequeñez los bancales de

hortensias, de geranios dobles, de heliotropos y de jazmines trepadores. ¿Ves entre éstos á una hermosísima jóven que los prende y dirige para que vistan el dintel de la ventana? ¿Observas la pureza de líneas de su fisonomía, la inteligencia de su mirada, la elegancia de sus movimientos? Sin ella no existieran árboles ni flores, jardin ni casa; sin ella ¿quién sabe si existiera yo? Ella, sí, animó los objetos que vivifica con su presencia y dió tambien nueva vida á mi sér, obrando como los rayos del astro del dia que cambian en brillante mariposa la crisálida oscura.

La maga benéfica autora de las mutaciones es María Das Fontiñas, amadísima esposa mia, y anticipándome á tus cuestiones, voy á explicar cómo llegaron á fundirse nuestras almas, aunque haya de volver la vista atras, reanudando la narracion de desdichas que abarcaba mi carta anterior.

Estaba en la cárcel disfrutando de la comodidad relativa de un cuarto de distincion y de la sociedad verdaderamente grata de mi compañero O'Mudy. Empezaba la lectura de los *Santos Evangelios* que el irlandes, fervoroso católico, estimulaba, provocando á la vez explicaciones y comentarios sobre muchos pasajes que yo encontraba de oscura interpretacion, y mi aficion á la controversia me engolfaba en las disertaciones que conoces de sobra; mas O'Mudy es un atleta temible, que no se contentaba con encoger los hombros, como tú hacías en casos análogos: oyéndome con profunda atencion, sin olvidar un instante las formas de la más exquisita cortesía, conservando el mismo tono mesurado sin apercibir-

se, al parecer, de mis frecuentes subidas en el diapason, trituraba todos mis argumentos hallando al propio tiempo términos por los que no quedára en evidencia mi derrota. «El hombre, decia, es el único de los seres vivientes que con el trascurso del tiempo varía de usos, costumbres, ideas y creencias.»

Vista la causa y absuelto libremente, como era de esperar, llegó el momento de la separacion con honda pena mia, pues que me privaba de sociedad y de enseñanza. Dejábame O'Mudy su amistad, su aforismo, y en prenda de la primera, el libro que tanto apreciaba; pero á pesar suyo, dejaba á la vez un vacío que la soledad habia de hacer muy sensible. A Dios gracias no fueron muchos los dias de angustiosa tristeza que siguieron á su marcha, pues la inesperada noticia de aproximarse al cabo las diligencias paradas de mi proceso, dió otro giro al pensamiento en alas de la esperanza.

Esta primera noticia llegó impensadamente, como digo, en una cartita que concisamente indicaba la influencia de una protectora en el buen éxito de mi causa, ofreciendo pormenores en la visita que para el dia siguiente tenía solicitada la que firmaba, diciéndose servidora, etc., María Das Fontiñas.

Aquí, á mi juicio, habia evidente error de persona, ya que no de nombre, toda vez que en la cubierta de la carta estaba estampado aquél que me da á conocer. Jamas habia oido nombrar á María Das Fontiñas; y si no era ella la protectora misma, con ésta serian dos las mujeres que aparecian interesadas en mi libertad de un modo inexplicable.

Te aseguro, Luis, que no pegué los ojos en toda la noche torturando mi memoria en busca de indicio presumible, y queriendo, sin embargo, desechar la perspectiva de un próximo desengaño. Las horas de la mañana siguiente se me hicieron siglos tambien hasta que sonó la llave en la cerradura, confirmando en cierto modo la realidad. El guardian anunció, en efecto, la visita de dos señoras.

Entrando en la sala de recibo, descubrí al primer golpe de vista que las dos mujeres me eran desconocidas. Una de ellas, de edad dudosa, tenía apariencia vulgar; la otra, hermosa jóven, vestida con tanta sencillez como elegancia, fué la que tomó la palabra, preguntando si conocia á la Condesa Das Fontiñas, y como contestára que habia visto por vez primera este nombre en la carta recibida el dia anterior, añadió que la Condesa era una dama de la córte de Portugal conocida de todo el mundo, no tanto por sus títulos é inmensas riquezas, como por el uso que hacía de éstas en beneficio de los desgraciados, que la apellidaban la segunda Providencia. Esta señora habia sabido que mi situacion era muy grave, áun despues de curar las heridas del fondista; y empezando por conseguir de éste que, como parte, retirase la demanda de agravio é indemnizacion, habia ejercitado despues su poderosa influencia para que se tuviera por suficiente correccion el tiempo de prision sufrida. En breve se pronunciaria el fallo en este sentido, siendo el objeto de la visita anticiparme tan satisfactoria nueva.

Aseguré entónces, con verdad, que jamas olvidaria el nombre de la ilustre dama cuyos beneficios quedaban

igualmente grabados en el alma, siendo el primer uso que haria de la libertad que iba á deberle, correr á su presencia, si ahora no estaba en ella, y desear ocasion para demostrarle mi reconocimiento. De cualquier modo, rogué á la amable interlocutora que ampliára sus noticias con la de los motivos del interes de la Condesa hácia mi insignificante persona, que de cierto desconocia, y conviniendo en lo último, prosiguió la explicacion diciendo que contaba con medios sobrados la señora para saber dónde se necesitaba de su auxilio, sin otro móvil que la satisfaccion de su conciencia, habiendo sido secundada en esta ocasion por la policía, que solicitó la admision, en alguno de los asilos benéficos que preside, de una jóven extranjera desamparada con motivo del drama que ocurrió en el hotel de Europa. Hizo más de lo que se pedia; vivamente excitados sus sentimientos generosos por la situacion é infortunio de la jóven, que quiso conocer con toda extension, la llevó á su casa con propósito de conservarla á su lado. Con esto fué aumentando la simpatía y convirtiéndose en afecto á medida que la educanda adquiria la facultad de expresarse y demostraba cuánto era su empeño de hacerse digna de la proteccion y cariño de su bienhechora, y la proteccion se extendió al preso, que la extranjera amaba ciegamente, haciendo cuanto entónces en su obsequio cabia, que era trasladarlo á un cuarto de distincion.

Todo lo comprendo, dije en este punto, Frexa... Frexa no existe, prosiguió la jóven, interrumpiéndome con acento triste; no hablemos de ella. Baste saber que al año, poco más ó ménos, de su llegada á Lisboa habia

progresado en educacion é instruccion lo suficiente para solicitar con instancia el agua purificadora del Bautismo; que la ceremonia se celebró con festejos y pompa dignos de la suntuosidad de la Condesa, y que deseando aquélla adoptar el nombre de la madre del Redentor del mundo, exigió la madrina que fuera unido al de su propio título, dón maternal que la interesada aceptó sólo por pocos dias, porque María Das Fontiñas habia formado el propósito firme de empezar seguidamente el noviciado en el monasterio de la Visitacion, donde acabaria sus dias siendo sor María.

Renuncio á pintarte, Luis, las encontradas emociones que experimenté hasta el final de la entrevista, ni lo que despues, á solas, me hizo sufrir el recuerdo de mi egoista pasado en parangon con generosidad y abnegacion tales! ¡Dios me otorgó todavía otra merced haciendo que brotáran lágrimas mis ojos!

Dije al empezar que María es mi esposa, siendo innecesario, por tanto, alargar esta carta en demostracion de que su amor y su bondad hicieron poco costosa mi rehabilitacion. Llegado el dia de la libertad, presidió otra vez la Condesa, como madrina, fiesta solemnísima, y mi mujer ha conservado el apelativo que me es doblemente amado. En cambio yo he relegado al olvido mi verdadero nombre, que me recordaria sin cesar la vida y el proceder que me avergüenzan.

Para colmo de ventura, O'Mudy, á quien la noticié, me llamó á su lado como inspector en la mina que organiza con el nombre de *La Perla* en la provincia de Alentejo y punto que ligeramente he descrito. Es de ver la

actividad que reina y el órden con que las cuadrillas de trabajadores se ocupan simultáneamente, aquí en profundizar los pozos de extraccion del mineral, allá en construir viviendas para los mismos obreros, más allá en explanar una vía hasta la costa, trasformándose el terreno por todos lados, principalmente en la parte que será pronto poblacion estable. Los domingos cesa todo el movimiento: el esquilon nos convoca temprano á la capilla, provisional todavía; pasamos agradablemente el resto del dia en sociedad con la familia de O'Mudy, y emprendemos con más vigor la faena del siguiente. Mi situacion es honrosa y desahogada por de pronto, y tiene en perspectiva un porvenir asegurado con la participacion progresiva en los rendimientos de la mina, que es remuneracion ofrecida á mi trabajo.

¿Quieres saber mi único deseo? Que elijas á Portugal para pasar este verano, y vengas á ser testigo de la felicidad de tu amigo.

FIN DE LAS AVENTURAS DE UN CANTONAL.

PARA VERDADES EL TIEMPO...

PARA VERDADES EL TIEMPO...

—Lo dicho, señores, hoy me despido del oficio: acaba mi compromiso con el impresor, y adios cíceros y regletas y galerines. No que me haya ido mal con ellos, la verdad sea dicha, sino que se me presenta otra cosa mejor, que me reservo comunicar á ustedes como excelentes compañeros que han sido para mí. Por eso cuento, aunque me aparte de las cajas, que seguirémos siendo buenos amigos, y que, mañana, domingo, me acompañarán todos á pasar el dia alegremente, como principio de mi nueva vida.

¿Qué miras, chaval? He dicho que todos; los tres cajistas, el prensista y tú tambien, siempre que te enredes ántes con la lejía para que conozcamos el verdadero color de tu cara.

—¡Que viva el señó Manuel!!

—Calla, que está hablando la gente. Como iba diciendo, si ustedes quieren acompañarme, irémos á comer á la Casería, llevarémos las guitarras, habrá ostiones en concha, unos alburillos como yo me sé, y manzanilla larga...

—¡Bueno!

—¡Bravo!

—¡Aprobado!

—Ademas será de la partida el señó Julian el salinero, que es *cantaor* de lo fino, y nos dará un paseo en el bote.

—¡Magnífico!

—No hay pero que poner.

—Entónces, es cosa convenida: mañana á las doce nos reunimos en la plaza de la iglesia. Hasta mañana, caballeros.

El diálogo que precede tenía lugar en la única imprenta de la Isla de Leon (hoy ciudad de San Fernando), reinando la católica majestad de Cárlos III; es decir, en los tiempos en que esta poblacion, cuyo destino va unido al de la Marina, alcanzaba su mayor prosperidad. Por todos lados se alzaban las casitas blancas de azotea que la forman, lindas por fuera, esmeradas por dentro, adornadas con objetos del Japon y de la India, del Brasil y del Perú, verdaderos museos resplandecientes con el sello del órden y el buen gusto unidos. Allí se aglomeraban oficiales, ingenieros, maestranza, toda esa familia embreada tan poco conocida en España y tan digna de ser estimada, concentrando las observaciones y las muestras palpables de la cultura de todos los pueblos de la tierra, que habian recogido á cambio de sus trabajos propios, dedicados á dar á conocer y respetar la gloriosa enseña de los castillos y leones en las más remotas playas.

Recientemente se habia esculpido en la Carraca la arrogante inscripcion

IN REGERE IMPERIO FLUCTUS
HISPANIÆ MEMENTO,

que parecia confirmar el bosque de arboladuras de los navíos y el ruido atronador del hacha y del martillo que fabricaban otros, miéntras las construcciones civiles necesarias al armamento y provisiones se alzaban á la par, para guardar, mejor que aquéllos, la memoria de la penetracion de Patiño y Ensenada.

La Isla, que seguia este crecimiento, amenazaba llevar por el arrecife su interminable calle Real hasta las puertas de Cádiz, miéntras en el lado opuesto levantaba los suntuosos edificios oficiales de San Cárlos ó los de la Casería, vasto laboratorio de alimentacion para las escuadras, cual si quisiera no dejar ocioso un solo palmo de la poca tierra con que cuenta.

Eran aquéllos hermosos tiempos para la marina. Hermosos tiempos para la Isla de Leon, su eco y su sombra.

Manuel Ubrique, el que invitaba á sus compañeros á una gira, era hijo de un veterano contramaestre muerto en el acto de abordar un pingue argelino al lado de Barceló. Su inclinacion, alimentada con las homéricas relaciones que habia oido al padre, lo llevaba tambien á la mar, que hubiera trillado á no acaecer tan pronto la desgracia de nuestramo Ubrique, dejándole en la infancia por único sosten de su madre. ¿Cómo resistir los ruegos de ésta? ¿Cómo dejarla sola, sin recursos para bus-

car, como habia pensado, la eventualidad de una fortuna en las aguas del Pacífico? Manuel era un buen hijo: abandonó con un suspiro sus propósitos y entró de aprendiz en la imprenta formulando otro nuevo: el de hacerse cajista ántes que concluyeran los cortos ahorros del contramaestre, para que de nada careciera su madre.

Habia heredado de aquél la severidad de principios, la energía de carácter y el hábito del trabajo que se adquieren en la escuela de á bordo y que excluyen la idea de la pobreza.

Con estas condiciones se puede bogar contra las corrientes de este mundo por fuertes y contrarias que sean.

Manuel comprobó semejante máxima alcanzando el primer puesto del establecimiento juntamente con la confianza de su dueño. Era el primero en acudir á la caja, el último en dejarla, el más rápido en componer y distribuir, y, circunstancia no comun, aunque andaluz, conocia perfectamente la ortografía y no se comia las letras; de modo que su jornal llegó á ser un tercio mayor que el de los otros oficiales, bastando á cubrir las necesidades de su casa y á depositar en alcancía un sobrante semanal que hacía las delicias de la madre.

Esta vida laboriosa habia alejado á Manuel de las *tiendas de montañes*, preservándole de los vicios que suelen ser la consecuencia de frecuentarlas. Su mayor gusto consistia en saborear las *capillas* que recogia en la imprenta, encuadernándolas por sí mismo y formando insensiblemente una pequeña librería instructiva, porque surtiendo el dicho establecimiento los pedidos de la Compañía de Guardias marinas, reproducia muchas obras de

interes y amenidad. Era, en una palabra, un excelente menestral, citado como modelo por todas las comadres del barrio y mirado con ojos dulces por las mocitas casaderas del mismo.

Aquíles tuvo su lado flaco: nuestro héroe no era más perfecto que el de Troya. Precisamente esos ojos, que en la Isla de Leon brillan tras las esteras de cada reja poniendo á prueba á los pedernales, fueron derechitos al talon vulnerable del cajista, que cándidamente habia creido no compartir el amor de su madre. Sucesivos *pelaeros de paxa*, sazonados con la salsa de los celos, desengaños y berrenchines, le fueron probando la sensibilidad del corazon, que se le iba detras de todas las hembras de buen palmito, y... ¡hay tantas en la Isla!... Tenía que suceder: Manuel rindió su albedrío á los piés de Rosario, la más salerosa de todas, segun el resultado de sus investigaciones.

Hay que establecer que no era el único en este juicio, que podia ser hijo de la pasion. La fama de la hermosura de Rosario pasaba á los pueblos del continente, tanto, que más de un *moso crúo* habia hecho el viaje sólo por verla ó por oirla cantar la *Soleá*. Yo no diré que tenía la boca así, y el pelo así, y la cintura así; solamente que era una andaluza de las pocas. Con saber que en aquella tierra la llamaban la *Flor de las salinas*, no hace falta más.

Los jóvenes se entendieron perfectamente: habian nacido el uno para el otro, segun suele decirse, coincidiendo sus inclinaciones, conformándose sus gustos y aspiraciones de forma, que no empañaba ningun celaje la

beatitud de la vida que viven todos los amantes. La reja de Rosario era discreta confidente de los castillos en el aire fabricados instantáneamente por los enamorados, repetidos cada noche hasta el infinitò y siempre nuevos y encantadores. El autor, que guarda el privilegio de saberlo todo, va á reducir á prosa los proyectos, con muy pocas palabras. Manuel aumentaria su tarea para engordar la alcancía, que no dejaba de tener ya su embuchado, y como quiera que Rosario, hija única, estaba en el caso de esperar un dote proporcionado, en dos años alcanzarian el suspirado dia del matrimonio.

Se ve que los planes eran razonables, revelándose en ellos la prevision y fundamento de Manuel. Nada pueden, sin embargo, contra el destino, los cálculos de los hombres. Los mejores concebidos se los lleva la trampa á lo mejor, como sucedió en este caso.

Mucho ántes del término fijado llamó á capítulo al cajista el *señó* Rosendo Matafion, padre de la *Flor de las salinas*, antiguo corsario, que habiendo sacado de la última guerra con el inglés cosa de seis mil pesos en parte de presas, y un chirlo de oreja á oreja, habia establecido una cordelería en el puente Zuazo, prosperando grandemente en el surtimiento del astillero del mismo puente, y sin preámbulos de ninguna especie, á modo de escopetazo, le dijo : « Que sabía perfectamente *que le hablaba* á su hija : que en otros tiempos habia tenido por camarada á nuestramo Ubrique : que él iba á cumplir los setenta años y no estaba ya para nada, y que, teniéndole por un buen muchacho, le daria desde luégo á Rosario, á condicion de dejar la imprenta y ponerse al

frente de la cordelería, que para ellos habia de ser.»

Faltó poco para que al final de la arenga, tan poco conforme con lo que Manuel creyó entender por su principio, por la boca torcida del viejo Matafion y por la inclinacion extraordinaria en que mantenia la pipa, no le trastornára el juicio. Quiso por contestacion abrazar á su futuro suegro, con tan buen impulso como poco tino: gracias al sacrificio de la pipa, no dió con él en el suelo. Por lo demas, ni una sola palabra; la sorpresa y la alegría habian puesto un nudo á su garganta. Ni áun á Rosario, que durante la explicacion parecia ocupada en absoluto en regar las macetas del patio, envió más de un beso con la punta de los dedos, saliendo precipitadamente como un loco á depositar en el corazon de su madre la emocion que le embargaba.

Y no obstante, tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no decir á todo el mundo, para reservar á sus mismos compañeros de imprenta, que era él más feliz de los mortales, hasta concluir con la semana el compromiso contraido con el propietario del establecimiento.

Al pié de las palmas reales de la Casería, que tal vez plantó el viento al llegar de la vecina costa de Africa, queria Manuel comunicar la dicha que rebosaba en su alma á los comensales invitados á celebrar la despedida al arte de Gutenberg. Nunca le habian parecido tan bellas las huertas de aquel sitio, tan puro el ambiente ni tan brillante el sol: en las frases de sus convidados encontraba una oportunidad, un gracejo, que no habia ob-

servado anteriormente; en la manzanilla, profusamente escanciada, un aroma celestial. Innecesaria en aquel punto la circunspeccion, habia dado expansion á las confidencias pintando con la pasion de enamorado la felicidad que iba á alcanzar en breves dias.

Tan fácil sería detener el proyectil lanzado, como la lengua suelta. Manuel, siempre prudente, dejóse llevar esta vez, bajo el influjo del licor jerezano, del irresistible deseo de desarrollar la perspectiva del porvenir que el cariño de Rosario, juntamente con la generosidad de Matafion, le presentaban. Olvidó que no todos los que le escuchaban eran dignos de semejante confidencia, y que si el señó Julian el salinero, que le habia visto nacer y que, como antiguo camarada de su padre, le queria entrañablemente, si dos de sus compañeros de imprenta habian de gozar en su alegría por la amistad que le tenian probada, estaba allí tambien Perico el Vizco, ente díscolo, reverso de sus cualidades, á quien más de una vez habia tenido que poner á raya.

Hay en el mundo ciertos hombres cuya mision, como la de determinados insectos, parece no ser otra que el tormento y la mortificacion de la humanidad. A esta especie desdichada pertenecia Perico. Vicioso, pendenciero, calumniador, alimentando en sus entrañas el cáncer roedor de la envidia, era una verdadera calamidad para el que lo encontraba de cualquier manera en su camino. Cajista chapucero, no paraba ocho dias en ningun establecimiento, si bien este período, que agotaba la paciencia de regentes y propietarios, le era suficiente para sembrar la cizaña en los talleres y promover desavenencias.

Correspondia su aspecto con la fealdad de sus inclinaciones, y la suciedad de la persona y del vestido con la de los pensamientos. Verdadera carne de presidio, nada puede compararse á la impresion que producian sus ojos atravesados. De aquí el sobrenombre con que era conocido.

No habia querido Manuel hacer una excepcion al convidar á todos sus compañeros; pudo más en él que la antipatía con que miraba á Perico la delicadeza de no herir á nadie con exclusiones. Si hubiera sido mayor el número de operarios, lo mismo hubiera procedido en lo que consideraba acto de cortesía debido á personas con quienes habia vivido en la hermandad del trabajo. Ignoraba, ademas, que Perico hubiera puesto en otros tiempos sus torcidos ojos en Rosario, de quien habia recibido la repulsa que debia esperarse, pero que guardaba en su rencoroso corazon.

El Vizco habia escuchado, en consecuencia, la espontánea declaracion del afortunado amante con doble rabia, que rebosaba por sus labios en maliciosas reticencias y comentarios de que nadie se apercibia. El manzanilla ejercia su bienhechora influencia, acrecentando la alegría de los comensales. ¿Quién habia de parar miéntes en el atrabiliario de siempre, entre el ruidoso acompañamiento de las palmas con que en aquel momento seguian el canto del salinero? Manuel echó tambien su copla improvisada, modulando con hermosa voz:

Tengo puesto mi querer
En un pedazo de cielo
Que Dios, para mi consuelo,
Ha vestido de mujer.

y pensando el Vizco que éste era buen medio para meter su baza, luégo que cesaron los *oles* y los aplausos, dijo á su vez :

«Las mujeres..... la mejor
Es una *lumia*, en el suelo
El diablo no tiene anzuelo
Más seguro ni mejor.»

El tiro fué derecho al blanco. Manuel, dejando de rasguear la guitarra, con entereza, aunque sin cólera, dijo á Perico:

—Podias haber recordado, si no sabes hacerla, una copla ménos impertinente. Estábamos tratando de Rosario, que en nada se parece á las mujeres que tú conoces.

—En cuanto á eso, replicó con insolencia el Vizco, tambien á ella la conozco y digo, que de las mujeres, la mejor es una...

No concluyó la frase. El amante indignado hizo astillas la guitarra sobre la cabeza del insolente, aturdiéndolo con el golpe; mas repuesto bien pronto, el Vizco se lanzó como un relámpago contra su rival, navaja en mano. Manuel se incorporó precipitadamente, tomando un cuchillo de la mesa, alargándolo con tan funesta direccion, que se vió á Perico en el momento llevar ambas manos á la region del corazon y caer desplomado.

Todo esto fué obra de un instante; no dió tiempo á que los espectadores, un tanto pesados por las libaciones, dejáran sus asientos y se interpusieran, como intentaban. Lo que pasó allí en mucho ménos espacio que

se cuenta, no fué lucha ni combate que pudiera valer al más diestro. El Vizco, ciego de cólera, se arrojó sobre el que miraba como enemigo, seguro de matarlo desprevenido, al paso que Manuel, sin conciencia de sus movimientos, obedeciendo al instinto de conservacion y al azar que colocaba un arma en su mano, la presentó de un modo fatal. Entónces, sin pronunciar una palabra, aquellos hombres, tan alegres poco ántes, tomaron con rapidez distintas direcciones, desapareciendo entre los accidentes de las canteras próximas, sin cuidarse del que quedaba en tierra al lado de los restos del festin.

Como los puntos marcados en las caras de un dado que rueda, así la felicidad y la desdicha, la indiferencia ó la desesperacion se suceden en la vida del hombre cuando ménos lo espera. Rosario y Manuel no hubieran cambiado su suerte por un trono la víspera; ¡la suerte que el dado iba á cambiar en un instante por la más miserable, á juicio de ambos, en el momento presente! Una nube sangrienta habia oscurecido el risueño horizonte de los amantes, derribando el edificio de sus ilusiones, conmoviendo sus cimientos que nunca más podrian asentarse.

El que á otro mate, muera por ende, se repetia el desgraciado cajista, presa de febril excitacion desde que la incomunicacion en un calabozo le habia dejado á solas con su pensamiento. Sí, era indigno de conservar la vida despues de haberla hecho infructuosa, olvidando la se-

veridad de sus principios, dejándose arrastrar al crímen, porque la provocacion, las condiciones de su adversario habian desaparecido de su memoria; sólo veia el homicidio, sin excusa ni atenuacion. La sangre habia manchado sus manos, debia morir, debia cumplirse en él la ley inexorable. Pero esta muerte llevaba la deshonra á la viuda de Ubrique, tan honrada, tan respetada siempre: *la madre del ajusticiado* iban á nombrarla en lo sucesivo, si la vergüenza y el dolor no abreviaban los cortos dias que le restaban! Y el dolor y la vergüenza ¿no traspasarian al mismo tiempo el alma pura de la mujer que habia consentido en confiarle su destino? ¿Cabia en lo posible que amára á un homicida? ¿No iba, por el contrario, á maldecir su memoria y hasta la hora en que lo conoció?

El hombre se complace en desgarrar con sus propias manos las heridas del corazon, que esto hacía Manuel, encerrado en el círculo de sus siniestras ideas. Daba mil vueltas á la perspectiva de la felicidad que tan próxima tuvo, por el placer de mirarla perdida; forjaba un ideal angélico en Rosario para buscar el contraste de su aborrecimiento y su desprecio. La locura, tal vez el suicidio, andaban muy cerca del desdichado Manuel.

Tal vez agravaba su estado moral la violencia y la constancia del Levante que en aquellos dias reinaba en la Isla.

El Levante es un viento africano, que despues de atravesar el desierto, tomando la sequedad de las arenas, modifica su direccion al chocar con los accidentes geográficos del Estrecho de Gibraltar y azota la provincia

de Cádiz y su bahía. En ambas costas del Mediterráneo es temible para los navegantes, molesto para las poblaciones y nocivo para los campos, pero por alguna singularidad local, alcanza en la Isla el grado máximo de su funesta influencia de modo tal, que sin sentirla no puede formarse idea aproximada.

Frio en invierno, abrasador en verano, despeja el cielo en todas estaciones sin consentir la presencia del más breve celaje que empañe el uniforme color de la atmósfera, color cambiado tambien por su influjo, de azul puro é intenso que ordinariamente luce, en azulado lechoso pálido, cual si entre el primero y la vista se interpusiera un velo tupido y empolvado.

Dotado de movimiento circular, como los ciclones, levanta por todos lados remolinos de tierra que ciegan al caminante, hiriéndole de cara, cualquiera que sea la direccion en que vaya. Mueve puertas y ventanas por bueno que sea su encaje, hace temblar las vidrieras, muge al chocar con las aristas de los edificios, silba penetrando por todas las rendijas, produciendo una combinacion estruendosa de ruidos extraños é indefinibles, sobre todo de noche, que ensordece y atonta.

La sequedad especialísima de que viene acompañado produce en el sistema nervioso una tirantez que muy luégo se traduce por el malestar general del individuo, y no es sólo el hombre á quien afecta: se ve á los animales que, olvidando el cuidado de su alimentacion, tristes y cabizbajos, buscan inquietamente un lugar, que no hallan, para sustraerse á la accion directa del viento: las plantas languidecen doblándose sobre los tallos con apa-

riencia de muerte : los muebles crujen y se agrietan; las maderas se alabean y deforman en términos que obligan á suspender ciertos trabajos en el Arsenal, so pena de rehacerlos luégo que este viento ha cesado.

Para diferenciarse más de otras corrientes del aire, el Levante, que aflige el espíritu como el cuerpo, que incapacita para ocupaciones sérias, que trastorna la percepcion de los sentidos y siembra por su camino la melancolía, es insistente y pertinaz, repitiendo su aparicion y prolongando su reinado abrasador, sobre todo en verano, seis, ocho, á veces quince dias seguidos.

Si la estadística criminal extendiera sus observaciones á la presencia de este funesto viento en la Isla, descubriria de cierto que un ochenta por ciento de las reyertas, heridas, y en general de los delitos, han sido perpetrados con Levante.

No es, pues, de extrañar que Manuel sufriera doblemente su influencia.

Por fortuna, los trámites del proceso vinieron á tiempo á librarle del aislamiento, castigo peor mil veces que la muerte, segun los ideólogos del sistema celular en las penitenciarías. Despues que ante el Alcalde mayor hubo recargado la sincera confesion de su delito, sin atenuarlo en modo alguno, cuando alzada la incomunicacion vió llegar unidas y presurosas á las dos mujeres que compartian el tesoro amoroso de su alma, al sentir en la suya la mano del veterano Matafion, las de sus compañeros de obrador, que con todos los amigos acudian á visitar al preso, sintió que algo inexplicable pasaba en su interior, hasta que vino el llanto á revelarlo. Lloró

con las personas que le amaban y se sintió consolado.

Debia morir: la severidad encarecida á los tribunales por el Monarca, que hacía perseguir con doble rigor el duelo, no le consentian esperar un indulto que no tenía precedente ejemplar. De cualquier modo que se considerára el homicidio, debia morir, lo adivinaba en el semblante de todos, lo leia en los de su madre y de Rosario, mas no le aterraba ya la muerte. La *Flor de las Salinas* no le despreciaba, le amaba más, pues que decia ser ella la causa de su desgracia; su madre no hallaba nada que reprochar en su proceder; el anciano corsario le habia repetido que era hombre de honor y de corazon... La muerte podria privarle de la dicha terrenal con que habia soñado, pero desde el momento en que su memoria dejaba de ser aborrecible, si no habia de marcar con el sello de la infamia á cuantos estimaba, no era tan grande su mal.

La situacion de Manuel, que en realidad no habia variado un ápice, cambió radicalmente en su sér, sintiéndose confortado, tranquilo, casi contento, así que la campana de la cárcel despidió las visitas, dejándole á solas con la razon, con la razon misma que le acompañaba los dias anteriores, aunque no lo parezca, como distinto se le ofrecia el aspecto de su calabozo, de la claridad del dia, de los sonidos que hasta allí llegaban. Hasta pasó por su mente la idea de que sin el suceso no hubiera tenido ocasion de aquilatar el cariño de Rosario... ¡Tal es el hombre!

Marchaba en tanto el proceso con una celeridad desesperante; allí no habia exhortos que evacuar, ni citas,

ni entorpecimientos de ninguna especie. Seis testigos, contando los mozos montañeses que habian llevado y servido la comida, declaraban sin discrepar en nada, refiriendo minuciosamente hasta las palabras que cada comensal pronunció, los cantares y las circunstancias de la riña, con la particularidad de corroborarlo todo la confesion del reo. Faltaba un testigo más que examinar: Julian *el salinero* no habia respondido á las citaciones, sabiéndose en la ciudad que al siguiente dia de la muerte del *Vizco* habia dado la vela con su falucho; mas como á oidos del juez habia tambien llegado noticia del afecto y antiguas relaciones amistosas que le ligaban á la familia de Manuel, presumió con fundamento que la ausencia era estudiado medio de dilatar los procedimientos; y como en realidad no era indispensable su declaracion, siendo el caso uno de aquellos en que la evidencia se ofrece de la manera recomendada por la sabiduría del legislador, es decir, *tan clara como la luz del dia*, habiendo dejado pasar dos meses en diligencias y nuevas citaciones, para lo que no influyó poco, en verdad, la simpatía que le inspiraba el desdichado cajista, cerró las actuaciones dictando con sentimiento la sentencia fatal, que en no más largo período confirmó la Real Chancillería de Sevilla.

Rosario, con su padre, establecidos en la capital de Andalucía desde que allí pasó la causa, no habian per-

donado fatiga ni gasto para hacer conocer á los señores del alto tribunal todo aquello que no se consigna en autos, y que tanto debia en este caso inclinarles hácia la clemencia. Era la *Flor de las Salinas* ahijada de pila de la Duquesa de Arcos, que la habia facilitado con mil amores cartas de recomendacion para las más distinguidas familias de Sevilla; llevaba ademas la principal recomendacion en su persona, con todo lo cual se habia granjeado la simpatía general, logrando poner en juego altísimas influencias; pero eran tan recientes y severas las pragmáticas del Rey, tan fresca andaba en la memoria la exoneracion pública de algunos ministros que habian incurrido en el Real desagrado, que los de la Chancillería hicieron oidos de mercader á las más premiosas insinuaciones, aprobando unánimes la sentencia del inferior, tal vez contra su propia inclinacion á considerar las circunstancias atenuantes que favorecian á Manuel.

Ocurrió entónces un incidente imprevisto que despertó vivísimo interés en la poblacion, porque fué público, reanimando la abatida esperanza de Rosario y redoblando sus nobles esfuerzos.

En el dia en que habia de devolverse la causa para su fatal terminacion, prévio aviso de revelacion importantísima, se presentó el Reverendo Arzobispo de Sevilla, declarando con universal asombro que, bajo el secreto de la confesion, se le habia confiado ser el cajista Manuel Ubrique inocente de la muerte que se le imputaba, estando dispuesto el verdadero homicida á presentarse, confiando en la inmunidad del tribunal, y dis-

puesto en último caso á sufrir la pena que á él solo correspondia.

El caso era de todo punto inverosímil; precisamente la sustanciacion del proceso era de aquellas que no dejan lugar á remota duda; seis testigos *habian visto con sus propios ojos* que Manuel hirió en la region del corazon á su contrario; el reo lo confesaba, el reconocimiento y autopsia del cadáver confirmaban las declaraciones: ¿qué valor habia de tener un dicho *à posteriori*, sin pruebas ni fundamentos? ¿Tenía testigos el que se delataba? No. Pues debia suponerse que un móvil interesado le inducia á pretender que se apartára de su camino el brazo de la justicia. Este móvil desconocido era, desde luégo, generoso, laudable; debia abrigarlo una persona de gran abnegacion, pues que no dudaba en sacrificarse por salvar al cajista; mas como la Chancillería de Sevilla no abrigaba el criterio del rey D. Pedro I, meditado suficientemente el caso, no podia reconocer, y no reconocia, valor legal al alegato del reverendo Prelado.

Aun cuando el delator compareciera de *motu propio*, no acompañando pruebas fehacientes de su dicho, no detendria un solo dia la ejecucion de una sentencia pronunciada con todos los requisitos y garantías de la ley. Se formaria pieza separada, se le oiria por el Juzgado competente; esto era cuanto ocurria al Tribunal por merecida deferencia al Pastor que todos respetaban.

Prevista tenía el Arzobispo esta respuesta, que oyó tranquilamente: no era hombre que cejára tan pronto en un empeño que incumbia á su cristiano ministerio; así que, reconociendo la rectitud del juicio, insistió, sin

embargo, exponiendo que porque no tenía testigos el denunciante, por eso no habia acudido inmediatamente á los jueces, que no habian de admitir la deposicion, haciéndolo al Tribunal de la penitencia, sin la abnegacion ni los sentimientos mundanos que se le suponian, con la contricion sí del pecador, poniendo por testigo de la verdad al Redentor del mundo. Esa verdad se abriria paso á traves de las apariencias contrarias, por encima de los trámites y de las prescricpiones de los códigos, que, hechas al fin por los hombres, están de la perfeccion tan distantes como sus autores. El Prelado, animándose en la peroracion, citaba el juicio de la Casta Susana, sentenciada *legalmente* y víctima de cierto de la impremeditacion y de las engañosas apariencias, á no intervenir providencialmente la sabiduría de un mozo que descubrió la verdad, una en todos los tiempos; pintaba la confusion de aquellos jueces tan prontos en decidir sobre la vida, y la estrecha cuenta que por ello habrian de dar al que es infinitamente justo; evocaba los sagrados textos de anatema á los fariseos esclavos de la letra, conmoviendo con la sublimidad de su elocuencia al auditorio. Si los poderes del Tribunal no alcanzaban á desviar el curso de los procedimientos, áun siendo, como era, un caso imprevisto, sin ejemplar ni precedente, alcanzar debian siempre á una suspension que diera lugar á consultar al Consejo de S. M., ó á la Majestad misma, que en todo evento tomaba él bajo su responsabilidad las consecuencias y se hallaba dispuesto á olvidar la ancianidad y los achaques, y á pedir una gracia que añadir á las muchas que el Rey le tenía otorgadas.

La conviccion profunda del Arzobispo, comunicada á sus oyentes primero, esparcida despues, y exagerada con la vehemencia andaluza por toda la capital, tenía á los señores golillas en terrible aprieto.

Cuando el pueblo en sus conmociones pide la cabeza del que supone criminal, y esto sucede con mucha frecuencia, se reviste el juez de la energía que arraiga en la conciencia, arrostrando la impopularidad y sus consecuencias contra masas amotinadas, y sucumbiendo, si es menester, ántes que sancionar el asesinato jurídico; mas aquí sucedia precisamente lo contrario; la opinion pública, que, mal ó bien, se funda por lo comun en el amor del hombre á la justicia, señalaba como inocente al reo, dando al asunto proporciones que utilizan los descontentos de todos los tiempos y lugares. Allí estaba Matafion, rejuvenecido en veinte años, llevándose detras á todo el barrio de Triana con sus alocuciones de corsario, poniendo de chupa de dómine á los ministros de justicia habidos y por haber, insinuando, como quien no dice nada, el resultado de los bandos de Esquilache, y procurando buenamente meter á barato la suerte de Manuel; miéntras el clero, secundando las gestiones de su Prelado, ejercia toda su influencia en favor del preso, de muy distinta manera, si bien más eficaz.

La impopularidad en estas circunstancias era, pues, mucho más amarga, más odiosa para los magistrados, resueltos siempre al cumplimiento de sus deberes, empero vacilantes con el peso de la responsabilidad que les amagaba en tan arduo y ruidoso incidente.

Por contemporizar, dando largas á la decision, que es muchas veces el tiempo el que mejor decide, convinieron en detener la causa y oir, saltando por cima de las reglas y las conveniencias, al delator presentado por el Arzobispo. La trasgresion de las fórmulas quedaba en algun modo cubierta con las indicaciones del Asistente, que presentaba la cuestion como de órden público.

Julian el salinero, que no era otro el misterioso sér que venía á interponerse entre su amigo Manuel y el verdugo, aumentó la confusion existente con una explicacion enérgica, verosímil, afirmada con espontáneo juramento.

«Despues que á la caida del Vizco, dijo, se dispersaron los comensales de la Casería obedeciendo al instinto, reflexioné que el cajista podria no estar muerto, y que le abandonábamos todos á una muerte segura. Volví entónces al lugar de la comida, dispuesto á socorrer al causante de su propia desdicha, por más que me fuera odioso, y quedé sorprendido hallando al Vizco con todas las apariencias de una perfecta salud, sentado en el mismo sitio que ántes ocupaba. ¿Qué significa esto, le pregunté, no estabas herido?

—Eso creí yo, contestó sin turbarse, sintiendo un dolor tan vivo en este lado (y señalaba hácia el corazon), que me hizo perder el sentido; mas á la cuenta el cuchillo de Manuel dió en el componedor que tenía en el bolsillo de la chaqueta, y éste debió chocar en algun nervio; ello es que pasada la impresion me he visto solo sin novedad ninguna.

—¡Buena comedia está, dije sin poder contenerme,

provocador y cobarde! No vales el camino que he desandado. Y pensar que esos muchachos andarán á la buena de Dios buscando donde escurrirse... Vamos, es para reir hasta reventar. Voy á buscarlos al momento, y nos divertirémos con el cuento. Mañana lo sabrá toda la Isla, y no será culpa mia si los chicos te apedrean y las mujeres te regalan una saya, que es lo que mereces.

—Señor Julian...

—*Cáyate la boca*, miserable; ni vuelvas á hablarme en tu vida, ni me mires siquiera á la cara.

—Quien se va á callar de véras es V., dijo colérico el Vizco abriendo la navaja.

Me vi muy apurado para defenderme de los golpes furiosos que me asestaba; era ágil y diestro, y á mí me van pesando los años. Con todo la suerte me favoreció, y sin saber cómo, cayó muerto á mis piés. Entónces marché á bordo de mi falucho, y di la vela para Tarifa, pensando embocarme en Gibraltar si era menester. Allí llegaron nuevas de la sentencia de Manuel, que ménos que ninguno podia consentir yo que pagára culpas ajenas. Un abogado que consulté me aseguró que sería inútil cuanto se quisiera hacer por él, no teniendo testigos; me calificarian de suicida ó de loco, por lo cual me determiné á pedir al señor Arzobispo que me oyera en confesion para un asunto grave, y le hice revelacion completa de la verdad.»

¡La verdad! ¿qué es la verdad, preguntó Pilátos sin grandes deseos de saberlo? ¿Quién aquí la decia, se demandaban los jueces; este hombre que con juramento afirmaba ser el matador, ó los que *habian visto* matar al

otro, bajo la fe del juramento? Los pareceres se habian dividido, fomentándose la indecision en términos que muy bien hubieran podido conducir á otro juicio de Pilátos. Si no llegó á suceder, se debió tal vez al impulso amoroso de Rosario, que aprovechó el incidente dilatorio para volar á Madrid acompañada de una carta del Prelado para el confesor de la Reina. Aquél, juntamente con su madrina, la Duquesa de Arcos, abrieron el acceso á la Real Cámara, donde sus lágrimas y la narracion de un suceso tan original, confirmado por el reverendo arzobispo, despertaron el interes y la piedad de los Reyes. Un correo extraordinario, reclamando la remision de los autos en el estado en que se halláran, cortó, pues, el laberinto en que se habian metido los señores de la Chancillería de Sevilla.

Más adelante recibió el presidente, por conducto del secretario de Estado y del Despacho universal de Gracia y Justicia, una Real órden encomiando la literatura y celo demostrados por los señores del Tribunal, y comunicando al mismo tiempo que S. M., haciendo uso de la más hermosa de sus prerogativas, indultaba de toda pena á Manuel Ubrique y á Julian Terron (a) el Salinero.

Á la salida del puente de Zuazo, entre las ruinas que atestiguan el heroismo de la isla gaditana cuando vió estrellarse el orgullo del coloso de Córcega en el fango

de sus defensas, se alzaba risueña y florida en otros tiempos la cordelería de Ubrique. Sobre la puerta, capricho de Rosario, llamaba la atencion del transeunte un escudo de piedra, sin más blason que esta leyenda:

PARA VERDADES, EL TIEMPO...

FIN DE PARA VERDADES EL TIEMPO.

VIREY Y ZAPATERO.

VIREY Y ZAPATERO.

San Mateo, cap. XIX, ver. 24.

—Mamaíta, cuéntame un cuento.

—Otro dia, hijo mio; hoy es muy tarde y tienes que madrugar para ir al colegio. Duérmete.

—Anda, mamaíta, cuéntame uno de esos cuentos bonitos que tú sabes: te prometo estar muy callado y cerrar los ojos, con lo cual me dormiré al momento.

—¿Entónces para qué el cuento?

—Para oirte, mamá: despierto ó dormido quisiera escucharte siempre.

—¡Zalamero! Quiera Dios que así sea y que algun dia no esquives la palabra de tu madre.

—Nunca, mamaíta.

—Bien, bien; dame un beso y escucha con atencion, porque lo que voy á referirte es cuento que aprendí de mi abuela teniendo tu misma edad, y así como yo lo recuerdo, así tambien quiero que lo conserves en la memoria para que de gobierno te sirva.

Hay en la calle de Segovia una casa grande que hoy parece destartalada y ruinosa, pero que en la época del suceso era uno de los palacios más hermosos de la villa de Madrid, como recien construido por un magnate ilustre, cuya inmensa fortuna corria pareja con el favor que disfrutaba en la córte.

Este señor, cuyo nombre aprenderás á respetar en la historia de España, habia prestado grandes servicios á su patria, guiando siempre á la victoria las huestes de mar y tierra por los dominios nuestros, que el sol no dejaba nunca de alumbrar, y que no habia extendido poco con su espada. Era virey, generalísimo, grande de España una docena de veces, y cuantas distinciones han inventado los hombres reunió en su persona; pero su carácter brusco y sempiterno mal humor, que los envidiosos atribuian á la vida de campamento, le encerraban en la dicha casa de la calle de Segovia, siempre que estaba en Madrid, por más que los Reyes le instáran para que asistiera á las frecuentes fiestas de la córte.

Qué vida era la suya, nadie lo sabía: media docena de criados, todos viejos y gruñones como él, le servian, y tanto aprovechaba á los curiosos preguntarles, como si lo hicieran á un guardacanton. Sabíase únicamente, por hecho notorio, que en la casa no ponia los piés ninguna mujer.

Frente por frente, en una casucha de que quedan hoy muestras tambien, en la cuesta de los Ciegos, vivia un zapatero remendon que en la niñez habia jugado con el Virey, y en la juventud militó á sus órdenes hasta que perdió una pierna volando una mina en Milan. Con cua-

tro chicos y la pata de palo habia llegado á la vejez en la mayor miseria; no mayor, sin embargo, que su altivez, pues que constantemente le impulsó á rehusar la oferta de un oficio de la casa con que el Virey le brindaba, por conservar la independencia de su pobre hogar y la compañía de la mujer y los hijos.

Ofrecieran los dos vecinos el contraste más cumplido que puede idearse en la sociedad, á no tener de comun los años, porque tanto era jovial y decidor el zapatero, como huraño y desapacible el Virey, y tal vez la misma desigualdad de condicion y de carácter habia sido motivo para que entre los dos viejos, antiguos conmilitones, se estableciera una relacion de afecto mutuo que el poderoso utilizaba hábilmente para socorrer con nobles pretextos al necesitado, á reserva de echarla de capitan y desahogar su mal humor cada vez que con él tropezaba.

Habia más de dos años que la situacion del zapatero iba de mal en peor, por andar todo este tiempo batallando en Flándes el Virey. Los achaques menudeaban, las deudas crecian al punto de verse amenazado con el desahucio de aquella pobre casucha en que habia nacido; casi, casi le abandonaba el buen humor, pasándose muchos ratos sin que al ruido del martillo sobre la suela acompañáran las canciones picarescas aprendidas en las guarniciones de Mántua y de Verona.

Por dicha suya habia pacificado el Virey los Países-Bajos, y era esperado en Madrid de un dia al otro, llamándole S. M. para que en su córte recibiera los honores del triunfo.

Cuál sería el júbilo del remendon cuando llegó ese dia, no es para dicho. Desde la madrugada colgó de un clavo el tirapié, declarando ser fiesta mayor; sacó á la ventanilla la colcha de la cama, y cual centinela, presenció impaciente cómo en el palacio se ejecutaban con extraordinaria actividad las operaciones de limpieza, cómo formaba en la calle un tercio de los viejos con su bandera coronela, y cómo la gente ocupaba empujándose todos aquellos sitios que la fila de las picas de los soldados dejaba accesibles.

Por cierto que era menester buena aficion á espectáculos para esperar una y otra hora la llegada de la comitiva, siendo una de esas mañanas del mes de Febrero en que el vientecillo sutil del Guadarrama sube por la calle de Segovia helando los huesos.

El pueblo dió la mortificacion por bien empleada cuando en lo alto de la calle se divisó la deseada persona del héroe, rodeada por lo más lucido de la milicia y de la córte, entre un mar de plumas y bandas de colores, que á la par del brillo de los aceros producian efecto mágico. El zapatero, fuera de sí, golpeaba el suelo con su pata de palo, gritando á más no poder, pretendiendo dominar á la multitud y á las músicas y que todos oyeran el *¡viva mi capitan!* que repetia sin cesar.

El Capitan le oyó: aquel anciano austero, que regía todavía con fuerte mano un caballo de sangre cordobés, lo detuvo un momento al llegar á la ventanilla del zapatero, y agitando el chambergo, que llevaba en la mano por responder á las aclamaciones del pueblo, hizo saludo tan afectuoso, que faltó muy poco al pobre re-

mendon para caer á la calle, en el afan de mostrarse reconocido.

Poco á poco fué retirándose la gente, siguiendo á los señores y á los soldados que desfilaban. Solo el zapatero, insensible al frio, parecia clavado en la ventana, mirando la guardia de honor que habia quedado en el palacio, y á los deudos y amigos del Virey, que sucesivamente llegaban á felicitarle y á tomar parte tambien en el banquete con que les agasajaba el favorecido.

Crispiniano pensaba con fundamento que alguna parte del festin habia de tocarle.

Pero el hombre propone...

Ántes que los platos llegáran al umbral de su puerta, un fuertísimo dolor le quitó la gana de verlos; el zapatero se sentia tan malo, que hubo de rebujarse en su pobre camastro, procurando contener la respiracion, que le ahogaba.

Ni hubo tampoco festin en la casa de enfrente. El vencedor en cien combates habia sido vencido en la hora del triunfo por una pulmonía no ménos aguda y fulminante que la del estropeado remendon. Éste, sin más ayuda que la de su mujer, dió el último suspiro al cuarto dia, pocos minutos ántes que el magnate, cuya agonía no amenguaron los muchos deudos que rodeaban el lecho, ni los doctores que hicieron correr la sangre que las balas habian respetado.

Y volvió la calle de Segovia á ser punto de reunion de curiosos y desocupados, para ver cómo las tropas formaban con las cajas enlutadas, presentando las armas al paso del féretro que, sobre una cureña, cubierto de

banderas y laureles, iba seguido por el caballo de batalla del Virey, por sus viejos criados de gran librea, por los coches de gala de la Córte y la Grandeza, y al fin, por las tropas, cuyo continente, armonizando con la marcha fúnebre, bien daba á entender la estima en que tenian á su general.

Hubo naturalmente salvas y alocucion con épitome de la historia militar del difunto, que se ofrecia como modelo en la escuela del soldado, leyéndose por apéndice Real decreto en que mandaba S. M. que fundida en bronce, por cuenta del Estado, la estatua del veterano, se colocára sobre el enterramiento que en vida se habia hecho construir en la parroquial.

Nada vino á turbar la magnificencia de las exequias de que se habló en Madrid toda una semana. Buen cuidado habian tenido los corchetes del barrio de hacer sacar muy tempranito el cadáver del zapatero y de que lo encerráran en la bóveda de la iglesia, donde nadie se apercibiera de su presencia.

Al fin, fuera más ó ménos visible la fosa, bajo el mismo recinto sagrado quedaban los restos de aquellas dos personas que la fortuna caprichosa parecia complacerse en llevar juntas, como la luz va acompañada de la sombra.

Lo que sigue, hijo mio, no sé si lo soñó mi abuela, aunque me inclino á creerlo. No es dado á los humanos, que no aciertan á descubrir lo que tienen delante de los ojos, penetrar en los misterios que, pese á su orgullo, misterios serán siempre.

El caso es que nuestro zapatero despertó á una vida nueva, incomparablemente mejor que la que habia deja-

do. Mal podria explicarte yo lo que sentia, cuando él mismo no acertaba á definirlo ni á comprenderlo.

Si la vista goza contemplando las maravillas de la naturaleza; si el oido se encanta con las armonías musicales; si los perfumes embriagan dulcemente, todo esto junto y en grado superlativo experimentaba, aunque no tenía sentidos.

La satisfaccion del deber cumplido, la dicha de las ilusiones realizadas, la ventura de recobrar el bien que se perdió, sentia tambien, y al mismo tiempo, con intensidad más que finita, una tranquilidad exenta en absoluto de recuerdos del pasado y de recelos ó incertidumbre del porvenir.

Átomo en el espacio, vapor impalpable, gas invisible, ¿qué era? No lo sabía, aunque sabía, sí, que era, y percibia con claridad el movimiento ascensional, que más y más remontaba su sér, dilatando aquella suma de dichosas percepciones á medida que se alejaba del punto de partida.

Ávido de gozar, como quien los goces no ha conocido, constituia su ventura, no tanto la sensacion del instante, como la intuicion de acrecentarla en el siguiente hasta un límite que ansiaba alcanzar y cuya proximidad adivinaba por la reconcentracion del espíritu en una necesidad imperiosísima, progresiva, necesidad de amar más que el sediento al manantial oculto; más que la madre al pequeñuelo doliente; más que á la patria el desterrado; más que á la gloria los que la hallaron por escabrosas etapas; más, mucho más que los amores todos, que terrenales al fin, ni reflejo pálido pueden ser del

amor de la criatura al Criador una vez desligada de la materia.

Subia, subia en tanto que el que fué zapatero, trasformándose otra vez, y al parecer de una manera retrógrada; porque creyó primero recobrar los sentidos; ver celajes densos que se desvanecian, y que, dando paso á la luz, como acaece á la puesta del sol en mares tropicales, fingian castillos y catedrales, cascadas de púrpura, montañas de nácar, columnatas violadas que rápida y sucesivamente se trasmutaban en copos de algodon ó en gigantes y monstruos de un colorido que ningun pintor encontró jamas en la paleta.

Despues brillaron en el firmamento miriadas de soles sin que el torrente de sus luces ofendiera ni se hiciera sensible el calor, y uno de los que celajes parecian, tomó cuerpo haciéndose sucesivamente perceptibles los contornos, los accidentes, los detalles de un paisaje delicioso. Árboles cual sombrearon á la tierra en las edades antidiluvianas; montañas soñadas por los que van á visitar los Alpes; valles y rios y flores é insectos que nadie soñó.

Corpóreo tambien el zapatero, halló de improviso detenido el movimiento de ascension en aquel verdadero paraíso en que continuaba gozando de un bienestar incomparable, si bien no exento ya de la mortificacion de reconocer la ropilla remendada y la pata de palo con acompañamiento del recuerdo de los años que una y otra habia llevado.

Dióse á reconocer el terreno, no teniendo otra cosa que hacer, alabando á Dios en las maravillas que á cada

paso descubria, ¡y eran tantas! Sobre todas le habia dejado absorto en el recodo de un vallecillo la masa imponente de estalactitas que se ofrecia á su vista, formando la entrada de una gruta profundísima, ó más bien de un laberinto de calada filigrana.

Crispiniano habia corrido mundo en los tiempos en que sus piernas cabales sostenian la estampa de un arcabucero; habia medido más de una vez las distancias entre Mesina y Ferrara, no siéndole por tanto extraños muchos fenómenos naturales, ni ménos los monumentos del arte antiguo que pasan por fenomenales, circunstancias que multiplicaban su asombro, pues siempre vió en las entrañas de la tierra, como producto de la accion misteriosa de las filtraciones, lo que contemplaba sobre el suelo, herido de lleno por la luz de los astros cambiada y descompuesta en las aristas brillantes de la materia trasparente, de forma que variando un tanto el punto de vista, se descubrian las cavidades interiores, ya con el tono uniforme de la gruta azul de la isla Ischia, ya teñidas de rojo, de verde, de oro, ya de combinado tornasol, segun las bóvedas con sus soportes adquirian apariencia superior á las bellas cristalizaciones llamadas zafiros, esmeraldas, granates, topacios, ópalos!

En la forma hallaba todavía el remendon ménos analogía que en el color con todo lo que en su vida habia visto. No acertaba á discernir que la manera con que unas sobre otras se sostenian las masas giganteas, burlando las leyes más triviales de la edificacion, pudiera nombrarse arquitectura; ántes se daba á discurrir que la arquitectura nació de la observacion de cosa parecida,

sin gran trabajo de la imaginacion, como que ninguno le costaba distinguir en el anfiteatro del valle, allí las moles de Tebas, allá el pórtico de Pestum, más allá los monolitos de Memphis revueltos con los minaretes del Cairo y las agujas de Estrasburgo, y por do quiera arcadas como en el Coliseo romano y ojivas cual las de Colonia, si bien aquí iban á perderse en el cenit entre los resplandores de una aurora boreal eterna.

El viejo llevaba trazas de eternizarse tambien en el éxtasis de aquel prodigio, á no haberle despertado una sombra que confusamente se movia entre lo que llamarémos pórtico para darle algun nombre, sombra humana que el zapatero creia reconocer. No estaba solo, por consiguiente, ni entre gentes extrañas, cosa que le importaba mucho esclarecer y que al punto puso por obra, encaminándose al pórtico. Cuándo y dónde habia visto aquella persona que pasaba y repasaba á su vista, ocupada al parecer en negocio interesante, era lo que no podia descubrir poniendo en prensa la memoria. Un anciano era de venerable aspecto, barba luenga, calva espaciosa, ropa talar...

¡Dios de bondad! exclamó de pronto con acento del alma, dejándose caer y hundiendo en el polvo la frente. Si éste es San Pedro, en el cielo estoy. ¡Gracias, gracias, Señor, que habeis tenido de mí misericordia!

¿En el cielo estoy? Pronto lo he dicho, miserable de mí. A las puertas del cielo he llegado; ¿las hallaré abiertas? Si á mis hechos atiendo, no lo creo; si pienso en la piedad de Dios, lo espero. ¡Terrible, horrible duda! De ella saldré al momento.

Y se alzó diciendo esto y acelerando el paso cuanto el suplemento artificial de la pierna cortada permitia. Mas no hubo andado cuatro, cuando más y más los fué acortando hasta el extremo de avanzar apénas, por más que el movimiento continuára.

La duda, torcedora y cruel como es, ¿no vale más que el desengaño?

Para el zapatero, no; tembloroso, confuso, irresoluto, llegó á tocar los umbrales del maravilloso portal, aproximándose con el mugriento gorro en la mano al portero celestial, ocupado, sin prestarle atencion, en sus quehaceres.

—Señor San Pedro, se atrevió á decir; yo soy...

—Á un lado, pronto; no estoy ahora para conversacion.

Crispiniano quedó petrificado. Por un impulso instintivo en sus hábitos de obediencia, se incrustó entre dos columnas, abismándose en las profundidades de la meditacion, no libre aún de la incertidumbre. La acogida no era ciertamente de lo más afectuoso; mas no era una repulsa lo que el semblante severo y ocupado del Príncipe de los Apóstoles, pero radiante de expresiva bondad, revelaba:

El espíritu se encontraba reposado, gozoso con las novísimas impresiones del lugar de que el réprobo está desterrado. Dulce esperanza dilataba el alma del buen viejo con la percepcion de armonías que, si á ella se dirigen en el mundo cuando arrancan del arte musical, producidas por el arte de los serafines, viniendo del coro angélico con que se habla á Dios, la inundaban de delicias.

Por un instante quiso mirar hácia la parte de donde los sonidos procedian; teniendo que cerrar los ojos y poner sobre ellos las manos, desvanecidos por el resplandor que los heria. Ménos que un instante, un relámpago fué aquello, suficiente, con todo, para llenar otra vez de turbacion al atribulado zapatero.

En el fondo de la retina, cual se graba en el cristal preparado la imágen fotográfica, habia quedado su vecino de la calle de Segovia, su antiguo capitan, el Virey, vestido con los blasones de su alcurnia, llevado en alas por querubines entre legiones de ángeles y vírgenes hasta el sólio del Altísimo, á cuya diestra el Redentor del mundo le tendia los brazos.

Cuando la vision se hubo desvanecido, cesando el resplandor que penetraba á traves de los párpados, calló la música, sintiéndose el remendon aislado en el rincon del escondite, queriendo ver y oir sin término.

—¿Qué haces ahí, maese Crispiniano?

San Pedro, depuesta la acritud anterior, le hacía esta pregunta sonriéndose bondadosamente.

—Vamos, ¿qué haces ahí? repitió observando la turbacion del zapatero; ¿en qué pensabas?

—Pensaba, señor, dijo al fin, en lo poco que allá abajo se sabe. En mis setenta años nunca vi dos árboles, dos pájaros ó dos piedras iguales, como no lo eran las hormas con que yo servia á mis parroquianos, por lo que no se me hacía maravilla que entre los hombres hubiera hidalgos y plebeyos, discretos, ricos, feos y valientes; mas creia de todas véras que las diferencias esas mundanales se nivelaban en la tumba, donde em-

pezaba otra vida con diferenciales de género distinto.

—Creias lo cierto.

—Sin embargo, señor, si no estoy borracho, cosa que algunas veces me acontece, he visto, ó me ha parecido ver, que mi antiguo capitan ha entrado en el cielo de una manera... vamos, como si aquí hubiera tambien gentes que andan en coche y gentes que andan á pié.

Proponíase el zapatero explanar el pensamiento con larga serie de consideraciones. Las ahogó en flor una carcajada de San Pedro, tan franca, tan estrepitosa, tan prolongada, que hacía conmover las bóvedas como si el cielo todo riera de la simplicidad del viejo.

—Sabe Crispiniano, dijo San Pedro, retozando aún la risa en sus labios, que es cosa comun que pobres como tú vengan al cielo; mas la llegada de magnates, héroes y laureados de la tierra es, por el contrario, tan excepcional, que en la gloria, ya lo has visto, se celebra con regocijos.

—De modo, señor, que entónces lo del camello y el ojo de la aguja no es un...

—¡Maese! interrumpió San Pedro revistiendo su aspecto severo, ni una sola palabra del Divino Maestro fué dicha en balde. Anda, anda, suelta esa corteza inútil y entra para que se abran tus ojos á la luz.

—Aquí acaba el cuento. ¿Te ha gustado, hijo mio? ¡Vaya por Dios, he perdido mi tiempo; se ha dormido!

FIN DEL VIREY Y ZAPATERO.

LOS PELOS.

LOS PELOS.

EXCMO. SR. D. J. EMILIO DE SANTOS.

No me quiere V. bien, amigo mio: me lo prueba la carta en que, asegurando lo contrario, me pide V. sin excusa, para complacer al Director de EL ARGOS, un artículo que tenga por asunto *el pelo*, incluyéndome impresa en el mismo estimable periódico una peregrina monografía *capilar*, que agota la materia.

No me quiere V. bien, repito, pretendiendo mezclarme en esa cuestion *peliaguda* en que no es posible que *me luzca el pelo*. Dejára V. á mi eleccion el texto, si se empeña en que he de ocupar forzosamente una columna, que podria tener mejor aplicacion, y en mi deseo grande de complacerle hubiera procurado salir del paso mal ó bien, torturando lo que haya *bajo el pelo*, que presumo ha de ser bien poco en mi cabeza. Es posible que entónces hubiera dirigido el pensamiento á la opuesta extremidad del individuo y me hubiera ocupado *de los piés*,

siquiera fuese para dar lugar á que hallára V. mi artículo sin piés y sin cabeza, pero no estamos en este caso; la exigencia es terminante, he de tratar *de pelo*, y no miento si digo que al meditar sobre una *empresa tan descabellada* se me pudiera *ahogar con un cabello.*

¿Por qué no se ha dirigido V. al inventor del aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial? ¿Qué autoridad más competente que la de ese hombre célebre que *hace salir el pelo* en la mismísima palma de la mano? ¡Cuántas historietas, cuántas aventuras podria V. hacer saber *con sus pelos y señales* á los lectores de El Argos, obteniendo una estadística descriptiva de los compradores del elixir!

No soy *hombre de pelo en pecho*, lo confieso con ingenuidad, y no tengo tampoco reparo en decir que la elucubracion *cabelluda* de ese señor Z me pone los *pelos de punta*, ni más ni ménos que cuando topaba con la letra incógnita de su firma en mis rudimentos de álgebra, porque es *cuestion que tiene pelos* la de decir más de lo que él ha dicho, acreditando que no tiene *pelo de tonto.*

Por el daño que inconsciente me causa me figuro á ese Z con *pelo de Júdas*, y diera cualquier cosa por verle *pelado* sin que por ello le haga ofensa: no lo juzgo, no, *pelafustan*, mas como no tengo *pelos en la lengua*, ha de permitirme V. este pequeño desahogo contra el autor, que es causa de que tenga que *asirme de un cabello.*

Despues de esta protesta natural, guardando á V. rencor toda la vida por su rara exigencia *á contrapelo*, allá van con el dicho artículo las cuartillas que me pide con el título *Los pelos. En un pelo* ha estado que no fueran

de la mesa á la canasta, pero V. lo hará despues que haya visto en ellas mi buena voluntad en complacerle, convenciéndose simultáneamente de que no corresponden á la ilustracion de las lectoras de EL ARGOS, ni áun valen para entretener á *damas de medio pelo.*

Si á pesar de todo llega la animosidad de V. á sacarlas á la vergüenza; si las recibe como quien toma *moneda con pelo,* es decir, por carencia de otras, encargue usted al regente de la imprenta que ponga debajo, aunque por distinta razon que el señor Z, una Omega, un Alef, cualquier cosa emborronada que parezca hecha con *un pelo en la pluma,* que así está la de su buen amigo

CESÁREO FERNANDEZ DURO.

ARTÍCULO QUE SE CITA.

EL PELO.

Reconozco la necesidad de comenzar definiendo el objeto de mi inspiracion.

Pelo, dice el Diccionario de la Lengua, *es la hebra ó hilo delgado que sale por los poros del cuerpo del animal.*

Nunca he leido definicion más prosaica. ¡Reducir á la simple condicion de hebra ó hilo al pelo, que tan grandes recuerdos ha dejado en la historia, símbolo de

los más profundos sentimientos del corazon, instrumento de muerte, áncora de salvacion!

Protesto contra la Academia, y pido la palabra; ó al reves, pido la palabra y protesto contra la Academia. Para confundirla no quiero asirme á todas las hebras ó hilos que salen por los poros del cuerpo de toda clase de animales. Un solo animal me basta, el grandísimo animal llamado hombre. Miradle de alto á bajo. ¿Dónde colocó la naturaleza el bosque abundantísimo de sus pelos? En el lugar más elevado y eminente; en la cabeza. Allí, sobre el palacio de la humana inteligencia; allí, donde hay concentrada mayor porcion de vida; allí, donde residen la memoria, el entendimiento y la voluntad; allí se encuentra la más digna representacion del pelo. En la parte más noble, en el extremo más próximo al cielo, destino final de la humana criatura; allí se encuentra el pelo en su más concluyente demostracion. Considerad al hombre como al conjunto de las ruedas de un sistema de gobierno monárquico-constitucional, y no podreis ménos de reconocer que el pelo es el presidente del Consejo de Ministros. Por sí solo, pues, el pelo indica preeminencia, elevacion, excelsitud.

El idioma castellano ha recogido con mucha filosofía esa altísima significacion del pelo. Ved colocadas en jarras en la mitad de una plazuela á dos hijas de Eva, lanzándose al rostro, por un quítame allá esas pajas, toda clase de improperios. Ya apuraron la reserva de los más crudos dicterios; ya una calla y se muerde la lengua de coraje; ya va á pasar por la vergüenza de ser la última que chille. De pronto se animan sus ojos, se encienden sus

mejillas, abre la boca y lanza por entre los apretados dientes, á manera de bala rasa, esta sola palabra sobre la cabeza de su fiera enemiga..... ¡Pelona!.... Ya está dicho todo, es el colmo de la humillacion. No tiene pelo, ó si lo tiene, basta suponer que de él carece para hundirla en el abismo del desprecio.

Cuando contemplo de punta á punta un pelo, me estremezco de horror, y comprendo la caida de los imperios. Dadme un pelo, un solo pelo, y por espacio de muchas generaciones, por su tamaño os explicaré yo la nobleza de su poseedor. ¡Quién lo dijera! El pelo no es ya solamente el orgullo de niños elegantes que lo retuercen sobre su frente. El noble de la Edad Media, el señor feudal procura ostentar una selva de enmarañados cabellos que le distinga de los pelgares, de los pelones plebeyos de sus cortijos.

¡Wamba, Suintila, reyes godos destronados! Venid y decidnos lo que hicieron primero con vosotros los usurpadores de vuestro trono. ¡Bien lo recuerdo! Os cortaron el pelo y os sepultaron luégo en un convento. Eurico, Sisenando no se cuidaron de matar á vuestros parciales: vieron vuestra magnífica cabellera y metieron en ella las tijeras, ciertísimos de que con sólo un tijeretazo mataban vuestra grandeza, vuestra dignidad, vuestro porvenir, vuestro ejército, vuestros recursos todos para reconquistar el trono perdido. Quedabais convertidos en objeto de ludibrio para el pueblo godo, entusiasta de los grandes pelos.

¿Quién ejerció mayor influencia sobre la suerte del pueblo de Israel? ¿Quién varió más el curso de sus des-

tinos? ¿Quién impidió que un solo hombre levantára su grandeza terrestre sobre la grandeza de todos los imperios conocidos hace tres mil quinientos años? ¡Ah! El pelo, á quien vemos mezclado en todas las grandes crísis de la humanidad, retardando ó acelerando el curso de los sucesos, torciéndolos á su capricho á la manera que esa hebra ó hilo se retuerce caprichosamente en el occipucio de un negro de Tumbucktu. ¿Quién causó la muerte de Absalon? La madeja de sus cabellos, los cuales, enredándose en la rama de un árbol, le entregaron á sus enemigos que á rienda suelta le perseguian. ¿Quién dió poder á los filisteos contra el fuerte Sanson? Las tijeras de Dálila, que esparciendo por el suelo las abundosas hebras de sus cabellos, abatieron con ellos el secreto de la fuerza. ¡Ah! Conservára Sanson el pelo, ó fuera ménos astuta Dálila en punto á cabellos, y el pueblo de Abraham no hubiera sufrido quizá las siguientes cautividades.

El pelo y las tijeras; hé aquí tambien el espectro que se aparecia en sueños á Enrique III bajo las heladas bóvedas del Louvre. Allí le perseguia la imágen de la Duquesa de Montpensier, que juró dejarle tan rapado como un huevo con las tijeras que al efecto llevaba siempre colgando de la cintura.

¿Quién, por último, estuvo á punto de arrojar al grande imperio romano en el abismo de eventualidades desconocidas? El pelo, mejor dicho, la calva; es decir, la negacion del pelo.

Era César calvo; apénas daban sus pelos ocupacion al barbero, cuando emprendió la última guerra decisiva

para la ocupacion completa de las Galias. El 5 de Mayo del año 48 (A. de J.) trabóse en los campos de Aleria una sangrienta batalla. Galos y romanos peleaban con nunca visto furor; unos, inflamados por el deseo de salvar la independencia de la patria; otros, por el temor de que un pueblo bárbaro humillára las águilas romanas. Mézclanse los combatientes, redoblan los galos sus esfuerzos, cejan los romanos al choque y..... ¡oh desgracia!..... Cuando César avanza para animar á sus tropas, cércanle rabiosos enemigos, cógele por el cuerpo un forzudo galo y le coloca de traves sobre su caballo. César, el gran César, aún no está del todo perdido. Su enemigo no le conoce, ignora el valor de la presa que lleva, cuando ¡oh dolor! con la violencia de la carrera rueda por el suelo el casco del romano y deja descubierta su inmensa, su brillante calva.

Un esclavo escapado de Roma lo reconoce por la falta de pelo, y grita: «¡Mátale! ¡mátale! ¡es César!»

El resto de la historia es bien sabido. El galo se asombra, suelta á César, aprovéchase éste de su estupor, atraviésale con la espada, rehace su ejército y gana la batalla.

Razonemos. La calva, es decir, la negacion del pelo, descubre á César, es casi su sentencia de muerte. Suponed un galo ménos asombradizo, y César muere de un hachazo. Entónces el crímen de Bruto es ya imposible. Augusto no recibe ya las lecciones de su tio Julio César, ni hereda su popularidad aumentada con el crímen que hizo caer en el Senado bajo la estatua de Pompeyo, y encuentra más difícil el acceso al trono bajo apariencias

republicanas. Sin Augusto no se concibe á Tiberio, ni á los emperadores sucesivos en un período de doscientos años. Sin aquellos emperadores abyectos y envilecidos, quizá la invasion bárbara no se hubiera dirigido al Occidente. Todos estos sucesos se encadenan con la falta de pelo de César. El pelo estuvo á punto de truncar la historia de Roma; es decir, los destinos de la humanidad.

Pudiera traer á la memoria otros recuerdos que probáran la gran influencia histórica del pelo. Pudiera repetir que cuando los romanos se propusieron renovar la guerra con Cartago, ilustre rival de Roma, exigiendo primero el derribo de las murallas, y despues la destruccion de la escuadra cartaginesa, las mujeres de Cartago hicieron de las trenzas de sus cabellos cuerdas para los arcos de sus maridos. Pero me parece que la materia bajo el punto de vista histórico está ya bastante tratada, que si no, áun pudiera recordar la trenza con que fué ahorcada Margarita de Borgoña.

El pelo cano, objeto de arte, ocupa dos polos. Inspira á Rafael y á un aprendiz de peluquero. En manos de Rafael da expresion angustiosa á la madre desolada, á la amiga dolorida, á la pecadora arrepentida. Llegad un dia al Museo de Pinturas; burlad la vigilancia de los celadores; postraos ante el *Pasmo de Sicilia*, y embadurnad de blanco el destrenzado pelo de aquella afligida mujer, que detras de la madre exánime contempla el doloroso cuadro del Salvador, caido al suelo bajo el peso de la cruz. Habréis destruido con esto sólo el sublime lienzo, la magnífica creacion del artista.

Desde el Prado subid por la calle de Alcalá á la de la

Montera, y veréis los prodigios de habilidad que en medallones, pulseras, brazaletes, alfileres, desplega Ortells, artista en cabellos, como él se llama. No espereis huir del pelo dentro de la esfera del arte. Él os agarrará por el vuestro en el pináculo de lo sublime y en el límite de lo vulgar. Y ya que de agarrar hablamos, quiero recordar que de los pelos fué cogido Ganimédes cuando le subieron al cielo para servir de copero á Júpiter. Hé ahí un hombre desgraciado, que se queda en la tierra, á ser calvo, como algunos que yo conozco.

Con el pelo se expresan los afectos y el carácter. ¿Concebís una Euménide sin el cabello desordenado? Imaginadla calva ó con pelo aplastado y os reireis del contrasentido.

Soñad un amor delicado, suave, pudoroso. ¿Prescindiréis de dar á la imágen de vuestros ensueños una cabellera rubia, ligeramente ondeada, partida en trenzas ó sombreando la frente y el extremo de las cejas para formar con el rostro un óvalo perfecto?

Soñad un amor frenético, desenfrenado, ardiente como la lava del Vesubio. El pelo será negro, destrenzado sobre los hombros, abundante y áun rebelde, de modo que la mano tenga que separarlo con frecuencia para dejar bien al descubierto las mejillas coloradas por la emocion, las contraidas cejas y los ojos chispeantes de pasion.

Una modista ó una doncella de labor se os aparecerá siempre con el pelo levantado sobre las sienes, de modo que, descubiertas la frente y las orejas, su rostro tenga un aire descarado y picaresco.

Para recuerdo de una persona amada no busqueis nada más íntimo, más afectuoso que un mechon de cabellos.

La madre que vierte lágrimas de dolor sobre restos del pelo de un hijo amado, los besa con efusion, creyendo que áun estampa los labios sobre el objeto real de su cariño.

La esposa que sueña con el esposo ausente, dando al viento los quejumbrosos suspiros de la tórtola abandonada, consuélase al dirigir la vista al fondo de un guardapelo.

La amante indigna, materialista, preferirá una alhaja de valor á un rizo cortado con sus propias manos; pero la vírgen pudorosa y delicada que guarda en su seno el verdadero amor, profundo, intenso, y que por ser el más grande es tambien el más desinteresado, no venderá un solo pelo de su prometido por todo el oro de la California.

La humanidad ha dado la preferencia al pelo sobre cualquier otro objeto como recuerdo de amor. Un guante, una sortija, un alfiler, una cinta, son objetos extraños á la persona amada. No forman parte de su sér. No han nacido con ella; no han crecido con ella; no son ella misma; no tienen sangre de su sangre, ni alma de su alma. Un rizo de su cabellera es algo de su sér. Como la flor de la rama, ha sido desprendido del tallo mismo del amor.

Un mechon de cabellos es lo único que podréis conservar del cuerpo mismo de vuestra amada, sin que os cause invencible repugnancia, sin que el cariño se vea

vencido por el asco. ¿Se os ha ocurrido nunca pedir á vuestra amada como recuerdo afectuoso un pedazo de nariz, ó toda ella, ó una oreja, ó un dedo, ó un ojo? No: prescindiendo de la dificultad de conservar esos objetos en espíritu de vino, como de la calidad más superior, semejantes prendas bastarian para destruir todas vuestras ilusiones. Pero un rizo lo deseais, lo ambicionais, lo pedís, lo instais, soñais con él, os irritais con una negativa, y cuando lo alcanzais al fin, todos los besos os parecen pocos para depositar entre sus ondas vuestra alma. ¿Besaríais la nariz cortada de la mujer á quien amarais? O sois caníbales ó teneis que contestar negativamente y quizá con el estómago removido.

Con el pelo se expresan los más grandes sacrificios. La vírgen que se consagra á Dios huyendo de los peligros del mundo, entrega á las tijeras de la abadesa la abundante cabellera.

La madre que busca para sus hijos un pedazo de pan, vende por miserable precio á un estúpido sacamuelas el mejor adorno que la naturaleza concedió á la mujer. ¡Qué sensacion tan dolorosa al sentir en el cuello el frio de la cortante tijera! ¡Qué íntima desesperacion al ver caer en torno de sí, como ramas separadas del árbol por el hacha del leñador, las deshechas trenzas, ántes objeto de su orgullo! El pelo puede ser de este modo una ofrenda depositada en el altar de la más contraria suerte.

Como todas las grandes cosas, el pelo contiene en sí mismo el pro y el contra, lo favorable y lo adverso, lo bueno y lo malo, lo salvador y lo destructor. ¿Cuántos

que luchaban con la muerte en el fondo de las aguas debieron su salvacion á los largos pelos, por los cuales pudieron ser cogidos á tiempo? Calvos ó muy rapados, hubieran ido á cenar con Pluton en los infiernos. Hé aquí el pro. Pero caed en manos de un marroquí. Lo primero que hará es tiraros de los cabellos para echar atras vuestra cabeza y segaros el cuello con la gumia. Hé aquí el contra.

El pelo es hasta distintivo de raza. No se concibe un chino sin su correspondiente cola peluda.

Aun hay más: en el pelo se funda una gran parte de la riqueza del idioma de Cervántes. Apénas se encuentra en la conversacion palabra más socorrida. De un hombre que pasó de un estado enfermizo á otro sano, se dice que *echó el mal pelo.* De otro que se halla en buena situacion, gordo y orondo, *que le reluce el pelo.*

Cuando dos enemigos se reconcilian, arrojan *pelillos á la mar.* De un muchacho listo se dice *que no tiene pelo de tonto.* De otro activo y puntual, *que está montado al pelo.* Y por último, *del lobo un pelo,* dice quien de los negocios cree que siempre debe sacarse algo.

Pero por mucho que escriba del pelo, no conseguiré que me nazca mejor idem. Atendida esta gran razon, hago punto.

Z.

LOS PELOS.

Entre segar y espigar hay la misma diferencia que

entre comer y tirarse con los platos. Entre un artículo erudito y primoroso y otro insustancial, amén de prosaico, el paralelo es el de la sonrisa y el bostezo.

Despues que el Sr. Z. ha *trenzado* la historia, ha *peinado* las costumbres, ha *empolvado* los salones y (si me permite decirlo en voz bajita) ha *espulgado* las plazas y las calles; tratar de *pelos* equivale á poner en movimiento los del labio superior de los lectores, ó sea á producir ese bostezo, tanto más prolongado y repetido, cuanto más grata es la impresion que causó el misterioso autor del panegírico *del hilo delgado que sale por los poros.*

Él *ha cortado de raíz* las ilusiones del que se ve obligado á penetrar en la *enmarañada* espesura de su descripcion, y á detenerse en los *claros* de su discurso.

¡Oh alcalaíno ilustre! tú que diste al «perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras», abundosa *cabellera de oro, echa una cana al aire,* viniendo en mi auxilio, pues si al más aquilatado brillante, como al simple cristal, hace perder un *pelo* su valor, no es dudoso que lo que no tiene ninguno sea recibido como plato de sopa en que se encuentra *un pelo.*

Peine encordado, cabello enhebrado. Venga ó no venga á pelo, sin reparar en pelillos, entro, pues, en materia.

Ese señor Z. que se me ha colocado *entre las cejas,* dice con la mayor formalidad que «el *pelo,* coronamiento del palacio de la humana inteligencia, es el presidente del Consejo de Ministros.»

No estoy conforme.

Si hubiera puesto en condicional la frase, podriamos

entendernos. El *pelo*, cuando existe, está, en efecto, por encima de los Consejeros de la Corona; pero ésta es una eventualidad muy rara que podrá ocurrir en tiempos revolucionarios en que salen á luz las *gentes de poco pelo;* lo normal, lo ordinario es que los que se sientan detras de una cartera ministerial tengan la frente prolongada hasta el cogote.

Más de una vez, cuando existia el antiguo Senado vitalicio, he contemplado desde la tribuna el interesante espectáculo de una sesion á vista de pájaro. ¡Cuántos muchachos torpes que no logran diferenciar los accidentes geográficos en las explicaciones del maestro, hubieran aprendido allí, en una leccion, á distinguir la rada y la bahía, el surgidero y la ensenada, la península y la isla! Cuando la emocion producida por un buen discurso (que yo no oia) hacía ondular aquella mayoría de *calvas*, ¡qué reflejos tan extraños despedia el *cuero cabelludo* reluciente!

La mayoría, la inmensa mayoría de aquellos señores graves, apoyos y puntales de la patria, conjunto regulador en la máquina gubernamental, era vulgar remedo de la luna llena, cabañas sin techumbre. Una fraccion pequeña, recatando del prójimo el vestigio de los años y vigilias pasadas, revelaba por el color de ala de mosca y la regularidad de un *pelo in-propio*, la *hipocresía del cabello*. Caballeros cubiertos, sin ser Grandes de España, no mostraban rubor al guarecerse bajo los mortales despojos de cualquier *pelagatos*. En unos y otros bancos se veia algun ejemplar del arte y la paciencia, vencidas en la ingeniosa combinacion de llenar lagunas, no obstante

el auxilio de material aglutinante. Exhibíanse por otro lado los progresos de la química de gabinete, y no faltaba tampoco representacion de tomillares, de montes y de abrojos y hasta de verdaderas selvas impenetrables. Pero éstas, bueno es hacerlo constar, eran *rara avis* y de color blanco ó gris.

Gloria y corona de la ancianidad son las *canas*, en todos tiempos y por todos los pueblos respetadas. ¿Y cómo no, si la cabeza y los cabellos del Hacedor del mundo son (Apocalip.) «blancos y como la nieve?»

A la edad de noventa años se ve compelido Eleázaro por la fuerza á faltar á la ley. Sus amigos encuentran una fórmula acomodaticia que le deje en buen lugar con todos, y le instan á practicarla sin retardo. «No quiero manchar mis canas con la infamia y la execracion», les dice, y muere alabando á Dios.

Salva Daniel á la hermosa Susana de los lazos de la calumnia, tramada por haberla visto *en pelo*. ¿Qué galardon recibe del pueblo, asombrado de la precoz sabiduría del jóven?

«Vén y siéntate en medio de nosotros, le dicen los jueces, ya que te ha concedido Dios la honra de anciano», lo que equivale á otorgarle diploma de *pelo blanco* libre de gastos.

Esta honra no es, sin embargo, tan ambicionada como una gran cruz de Cárlos III; hay gentes (cuestion de gustos) que aborrecen el natural distintivo y entresacan las primeras *canas*, recortan las siguientes y tiñen las sucesivas, como si pretendieran contestar indirectamente con la *nigritina vegetal*, ú otra de las muchas composi-

ciones infalibles, á la pregunta del Redentor. «¿Quién de vosotros puede mudar su cabello de negro en blanco ó de blanco en negro?»

Blanco tambien fué moda en otros años. Damas y galanes, nobles y plebeyos, cubrian con sendas capas de polvo, más ó ménos perfumado, las cabezas que habian de llevar al aire libre para que no destruyera el sombrero la obra de hábiles manos y de prolijo entretenimiento. Dorado y plateado, rojo, amarillo, verde, tornasolado, se ha llevado el pelo repetidas veces en lo que se apellida *beau monde*, y hasta el rubio, que actualmente prevalece, está muy léjos de ser una novedad. El poeta Menandro decia á una señora:

Vé fuera de esta casa, que la buena
No trata de hacer rubios los cabellos.

Fray Luis de Leon nos cuenta de su tiempo, «que muchas veces no gastaba tanto un letrado en sus libros como alguna dama en *enrubiar* los cabellos.» San Cipriano enderezó una filípica á las que se *enrojaban* los pelos dándoles color semejante al fuego. Baltasar de Alcázar dijo:

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Bien se sabe, Ines, que son
De plata sobredorados.

Infinitamente más variada que el color ha sido la forma de los cabellos. Un libro no bastaria á reseñarlas en compendio; ¡que digo! un libro haria falta solamente para

la descripcion de las tonsuras de las distintas órdenes monásticas. Desde la peluca Luis XIII, que tan buena impresion produce en las onzas *peluconas*, hasta el *pelado* de un quinto, hay un mundo de invenciones.

Ojead un *álbum* de uniformes y os fijará la vista un arrogante granadero de seis piés de estatura, aumentada en dos más con una tapadera. Bajo la *gorra de pelo* sale un rabillo de idem que, á merced de la cuerda y del sebo, se mantiene rígido causando en la formacion una visualidad singular. Es *la coleta*, es una de esas formas de tocado que exigia en los cuarteles la concurrencia de otra persona llamada *camarada de peine*. Más de una lágrima rodó por los bigotes encanecidos cuando una órden general entregó á las tijeras este apreciado apéndice.

Observad en la Carrera de San Jerónimo algunos grupos animados. Por el sombrero calañés de un individuo se escapa una trencilla reluciente. Es un torero. Cuando deje su arriesgada profesion, ¿sabeis lo que dirán sus compañeros? Fulano *se ha cortado el pelo.*

¿Qué decir de los peinados de la compañera del hombre? Esto sí que es *la mar*. Ese adorno natural tan estimado, esa cabellera negra ó rubia, castaña ó roja, consultada ora en espejos de cristal venecianos, de bronce, de acero, de plata, de vidrio, ó ya en la limpia corriente de un arroyo, ha ocupado mucho á la más bella mitad del género humano; ha intervenido en las más graves peripecias del mundo; ha influido en la política y en el órden público, en la moral y en la cuestion de subsistencias, en la literatura y en las artes.

Esos cabellos, aplastados como en cabeza de chacal,

altos cual cresta de gallo, ensortijados como melena de leon, extendidos á manera de cola de pavo real, dispuestos como arrastraderas de fragata, como torre monumental, ó como cortinillas de Sagrario, ya parodiando las construcciones arquitectónicas, ya las figuras de la geometría, mezclados con aljofar y carton, con estopa, con tul, cerda, algodon ó lana vegetal; sostenidos por oro y hierro, alquitira y bandolina; perfumados con las esencias de Oriente, cuando no con grasa de oso ó aceite de bergamota; esos cabellos propios ó *añadidos* en *bandeaus* y *roulos*, en cocas y cuernos, en crespos y en *caprichos*, á la Foco y á la Margarita, por estas tierras, lo mismo que en forma de asa de cafetera en la cabeza de una china; lo propio que amasados con barro y paja por las hotentotas; adornados con plumas de colores por las indias del Brasil; convertidos en depósito de enseres y de animales domésticos en las apaches, sueltos al viento en las malayas cual Alberto Durero y Milton pintaron á la madre de todas; esos cabellos, repito, han sido, son y serán red barredera de corazones.

En vano los moralistas y los Santos Padres han hecho guerra á la peligrosa novedad de los peinados; la vanidad y la moda han pasado por encima de las advertencias de San Pedro y San Pablo que, acordes, aunque apartados por la distancia, enderezaban sus epístolas á que las mujeres cubriesen los cabellos.

He citado ántes á Fray Luis de Leon; ábrase su *perfecta casada* y se dará con la más gallarda sermonata que se haya dirigido nunca á los peinados femeniles, inclusas las de San Clemente, San Cipriano, Tertuliano,

San Agustin y hasta Aristóteles. Enemigo el maestro de rizos y *encrespos*, de lazos y *alcoholes*, dice á las damas, como último recurso persuasivo, que si engañan los ojos, no engañarán las narices, pues por más que se perfumen, van los *adobíos* pregonando que no es oro todo lo que reluce. El discurso es muy bello; pero es trabajo *en pure perte*, ni más ni ménos que las tiradas de *La Córte* del P. Cacino.

Ya se ve; desde chiquitas aprenden las mujeres otra cosa; de ocho años cantan en corro en el Prado la historia interesante de una madre cuyo mayor goce es jugar con los rubios cabellos de su hija, asearlos con peine de oro, rizarlos despues, y sonreirse con la idea de la admiracion que han de causar en el paseo.

A Atocha va una niña
Hija de un capitan.
¡Qué hermoso pelo lleva!
¿Quién se lo peinará?
Carabí, urí, urí, urá.

Más tarde, la muchacha observa que no hay poesía, que no hay novela de las que llegan á sus manos que no hablen de madejas de oro ó de trenzas de azabache con un calor muy significativo. No encuentro entre los clásicos, desde Rioja á Espronceda, coleccion completa en que no luzca alguna inspirada composicion á la cabellera de Fílis, y ¿qué mucho, si Salomon, el poeta rey, se exalta en *El Cantar de los cantares* y así alaba *los cabellos dorados y finos* como los *largos y espesos*, los *negros como el cuervo* y los de color rojo *como púrpura de rey puesta en*

flecos? Es verdad que este señor era de un gusto tan general...

Dad á esta jóven el libro más probado, el más inocente: ¿os satisface el Quijote? pues dádselo, con permiso de mi amigo el doctor Thebussem, y allí verá que la pastora Antonia,

Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos

lo pasa muy bien en este mundo. Que al mover la cabeza Dorotea «le comenzaron á descoger y despartir unos cabellos que pudieran *los del sol* tenerles envidia.» Verá á Altisidora

Los cabellos como lirios
Que en pié por el suelo arrastran.

No la lleveis al teatro, donde topará con *La trenza de sus cabellos.* ¡Ay! ¡dónde irá que no vea!

Como contraveneno podeis enseñarla una coleccion de figurines *pasados.* Las mujeres no estudian estética ni se inspiran en los modelos de la estatuaria griega, así que nada más ridículo que esas modas que fueron, y que son desesperacion de los pintores. Acompañadla al Museo del Prado, veréis cuál ella misma compadece á Velazquez, que en el cuadro de la familia del rey Felipe se vió compelido á poner en la cabeza de las meninas un verdadero sauce lloron con nidos de pájaros, y cual serie de las pirámides que á las damas de Cárlos IV pintó Goya. Tened por cierto, sin embargo, que el espejo hará

olvidar esa mala impresion, ni más ni ménos que los sermones de los Santos Padres.

Si pudiera describir el tocado de Aspasia, el baño de Frine, los gabinetes de la Du Barry, Ninon de Lenclos y Luisa Lavallier, ya habia donde particularizar *en pelos*. Citaré sólo algunos peinados trascendentales. El de Esther y el de Judith libran al pueblo de Israel de dos calamidades; el de Cleopatra encadena al conquistador de Egipto y trae la batalla de Accium; el de Magdalena, enjugando los piés del Divino Maestro, conmueve el corazon; los de Ana Bolena, María Stuart y María Antonieta, enfrente de un tajo, hacen saltar las lágrimas; el de la nueva Esaú, mujer-osa, que se ha exhibido en Madrid, hace soltar la risa; los de la Inquisicion dan miedo.

El tocado, indicador del estado de las mujeres entre los hebreos y muchos otros pueblos, es tambien distintivo de partidos políticos. La cabeza elegante del infortunado Cárlos I de Inglaterra fué cercenada por los austeros y rapados secuaces de Cromwell, que se hacian llamar *round head*, es decir, cabeza redonda.

En un año de escasez en que los cereales alcanzaron precio muy alto, hubo un motin en París, gritando los revoltosos que miéntras el pobre no tenía pan, se consumian quintales de harina en empolvar pelucas. El asunto tomó proporciones; hubo de intervenir la autoridad con la fuerza armada, y alguno tendria, de resultas, que ponerse ceniza en la cabeza, en penitencia.

Hé aquí probada la influencia del cabello en el órden público.

Otro episodio poco conocido encumbra al pelo hasta el templo de la ciencia. Llega el 93, son proclamados los derechos del hombre; la igualdad ante la ley supone necesariamente la igualdad de las cabezas; el que no se peina á lo Tito es sospechoso, y un millon de coletas caen en un solo dia en la capital de Francia. Pero aquí entra lo grave: cien mil peluqueros que atusaban, tejian y aderezaban esas coletas, se quedan en la calle. Una cabeza republicana no necesita ni siquiera peine, y aunque buenos republicanos todos aquellos artistas, se llaman á engaño, y sostienen con tono áltamente persuasivo que su estómago exige algo más que libertad, igualdad y fraternidad. Reúnese precipitadamente el Consejo de Ministros: el del Interior hace un discurso muy aplaudido por sus colegas, en que prueba hasta la evidencia que la república es una é indivisible; pero no le ocurre una sola idea para calmar aquel ejército de hambrientos. Se manda por de pronto reforzar las guardias; que las tropas estén en los cuarteles; hablan todos; ninguno se entiende; van á hacer probablemente un disparate, cuando aparece en el salon el director del Observatorio y dice: *¡Eureka!*

Hacía muchos años que acariciaba un proyecto colosal científico, que siempre habia sido relegado por razon de economías. La ocasion le pareció propicia para resucitarlo, y esta vez consiguió ser oido, y lo que es más, abrazado por los Ministros. Media hora despues todas las esquinas de París lucian enormes carteles en que se ofreció ocupacion retribuida á los peluqueros que supieran sumar y restar. Cuantos se presentaron en el Obser-

vatorio recibieron instrucciones y pliegos que habian de llenar á destajo en sus casas. Poco á poco fueron hallando medios de renunciar á la indigestion de números garantizada por el Gobierno; la mayoría habia encontrado á los pocos meses trabajo más lucrativo: pero ya entónces pudo saberse que estaban hechas las tablas de logaritmos de las líneas trigonométricas de segundo en segundo. Aquel sabio director habia resuelto la cuestion social elevando á la ciencia un monumento en cuyo pedestal se podia escribir:

Obra magna de peluqueros.

No es necesario *peinar muchas canas* para haber coconocido en España los tiempos del romanticismo. El color pálido en las mejillas era entónces distinguido; Hoffman y Ana Radcliff estaban de moda; se recomendaban las dósis de vinagre para desayuno, y el tónico de veneno y puñal en la conversacion. Parecia bien un poeta si recitaba con los ojos en blanco y voz campanuda:

Cuán dulce es sacarte
Los ojos de amor...

mas no se hubiera perdonado la presentacion en sociedad sin una imitacion de felpudo en la cabeza. En aquella época era indispensable *navegar á todo pelo.*

Á veces de un pelo pende la reputacian de los artistas. Supongamos por un momento que el campeon de las Comunidades de Castilla, que el desdichado de Vi-

llalar hubiera sido calvo, y habeis necesariamente de cambiar en el famoso cuadro de Gisbert la actitud del verdugo que muestra al pueblo la ensangrentada cabeza del ajusticiado, habréis de excluir lo que hace más efecto. Es seguro que el talento del autor hubiera dado á la composicion otro del mismo mérito; mas ¿quién afirmará que lo acogiera el público con el entusiasmo que dió al pintor el crédito y el puesto merecido de que goza?

Si despues de todo esto se recuerda que una *trenza de pelo*, presentada entre materia cósmica, bastó para que un orador fuera Ministro, forzoso será convenir en que el cabello influye en la política, como en las ciencias, como en las artes, segun he señalado en un principio.

Todo el mundo conoce el desdichado fin de Absalon; mas no es tan general el recuerdo de los detalles que nos ha dejado su historiador. « Cuando se cortaba el cabello, dice, lo que ejecutaba una vez al año, pues le incomodaba la cabellera, pesaban los cabellos de su cabeza doscientos siclos del peso comun», lo que equivale á unas treinta onzas.

Poco comunes son las *pelambreras* de este calibre, *testa brutta*, que dirian los italianos; entre las contemporáneas sólo se han aproximado que yo sepa, las de Arrazola, el emperador Soulouque, Alejandro Dumas (padre), y Teodoro el abisinio. Decididamente degenera la raza.

Esto no es óbice para que el pelo sea disfraz de criminales y de cómicos, y seña primera y principal entre las particulares de la cédula de vecindad.

El pelo es muchas otras cosas: trofeo de guerra de los

indios rojos; entretenimiento divertido de las doncellas de Lavapies con acompañamiento de sol de invierno y música de uñas; tahalí de la espada de Damócles; asidero de la cabeza, y finca del doctor Brea y Moreno.

La fortuna se coge *por los cabellos*, y eso que *á la ocasion la pintan calva.*

Hay hombres atravesados que tienen *pelos en el corazon* y que arman á cada paso *peloteras.* Los hay que con una *pistola al pelo* hacen bailar el *pelao* á cualquiera. Se ven algunos con el *pelo de la dehesa* ó con *pelo de membrillo.* Otros *cortan un pelo en el aire.* Muchos no hacen negocios sino *pelo á pelo.* No faltan gentes de *mal pelaje* que *buscan el pelo al huevo* y que en los billares *undan al pelo* por no haber dado *pelo de bola.* Hay quien ansía en verano un *pelo de aire*, quien se queja de *un pelo en un pecho*, y quien tiene por regla de conducta, *cuando tuvieres un pelo más que él, pelo á pelo te pela con él*, teniendo presente que *cuál más*, *cuál ménos*, *toda la lana es pelos.*

Como no me es lícito descender á los pelos de la cara, de los que no tendria poco que decir, me asomo para acabar á las ventanas del infinito. El telescopio me hace ver en el cielo la cabellera de Berenice; por el microscopio veo... Medusas en una gota de agua.

FIN DE LOS PELOS.

BESO Á USTED LA MANO.

BESO Á USTED LA MANO.

En los lugares y aldeas del interior de nuestra Península, donde los beneficios de la civilizacion penetran lenta y trabajosamente, y el respeto á la autoridad es todavía un principio, suele verse á cada paso cómo los chicuelos interrumpen á lo mejor su retozona algazara para correr á quien primero besa la mano del señor cura, cuando éste aparece al fin de la calle ó en la era elegida para el paseo de la tarde. Esos mismos muchachos no se van á la cama por la noche sin demandar la bendicion al padre y al abuelo, cuyas manos besan, repitiendo su demanda y accion por primera diligencia al dia siguiente. Los amantes, en esos pueblos atrasados, besan en éxtasis la mano de la que como futura esposa respetan. Los hombres maduros besan tambien la que les absuelve en el tribunal de la penitencia. La poblacion entera besa el anillo episcopal del prelado que arriba administrando el Sacramento de la Confirmacion.

Esta generalidad me induce á creer que el orígen de

la costumbre, que algunos curiosos han intentado investigar sin éxito, se remonta á los tiempos patriarcales; es decir, inciviles, en que la ancianidad era considerada entre los hombres. Acaso el santo drama de Jerusalen la arraigó al ensalzar la humildad y el amor al prójimo: tal vez la estimuló el apóstol de las gentes, que sin temor á los poderes de la tierra recomendaba á los romanos que dieran al que temor, temor; al que honor, honor.

Ello es que un tiempo, la potestad que habia salido de las manos patriarcales, exigió como signo de sumision y vasallaje el beso de la mano señorial, que se sustituia, sin dársele un ardite del amor primero que entrañára la accion, y lo exigió con tanto más imperio cuanto mayor era la facultad de hacerla efectiva.

El capítulo LXXIX de la *Crónica del Cid* dice literalmente:

«La tercera vez conjuró el Cid Campeador al Rey como de ante, é á los fijosdalgo que con él eran, é respondieron todos *amén*. Pero fué hy muy sañudo el rey don Alfonso, é dixo contra el Cid: «Varon Ruydiez, »¿por qué me afinquedes tanto? Ca oy me juramentastes »é ora besaredes la mi mano.» Respondió el Cid: «Como »me ficiéredes el algo, ca en otra tierra sueldo dan al »fijodalgo, é asi farán á mí, quien me quisiere por vasa»llo.» E desto pesó al rey don Alfonso, que el Cid habia dicho, é desamóle de allí adelante.»

Que es lo mismo que el romancero dice:

Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has conjurado,

Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.

. . . . . .

Por besar mano de rey
No me tengo por honrado:
Porque la bésó mi padre
Me tengo por afrentado.

Dicho se está si al fraccionarse el poder, en la época del feudalismo, creció el número de manos que besar.

Si Alfonso Onceno, sacudiendo con varonil energía la dependencia de su menor edad, convocó á los potentados por sorpresa y les insinuó tales argumentos que de seguida

Las ssus manos le besaron
E omenaje le ffessieron,

¿qué no harian todos aquellos señores bandidos que buenamente se tenian repartido el reino y disfrutaban todavía sus migajas? ¿Qué harian los plebeyos, cuando el infante don Dionis de Portugal se veia obligado á emigrar á Castilla por haberse negado á besar la mano á la reina doña Leonor?

Los moros se habian contagiado gustando las dulzuras de dejarse besar, si hemos de dar crédito á Juan Rufo, que historiando la rebelion de los granadinos y las aspiraciones de Abenhumeya, nos dice de sus secuaces

Uno le besa el pié y otro la mano,
Con lágrimas de amor, ardiendo en saña.

Habian progresado, si se quiere, que progreso es en el particular la multiplicacion de las partes besables, y si se tiene en cuenta que los moros no se calzan, resalta más el buen efecto de una amplificacion tan razonable.

Sin embargo, salvo el accidente de tener el pié cubierto ó sin cubrir, es discutible si el progreso de besarlo fué debido á los moros ó á los cristianos. Mucho ántes de escribirse la *Austriada* habia decaido sucesivamente la importancia de los magnates. Los reyes de Castilla y de Leon tenian córte que atraia y sujetaba poco á poco á los primeros, trasformándolos de señores en cortesanos, de modo que era escaso el entretenimiento de besar la mano del Rey, aunque los muchos actores dieran aparato y realce de espectáculo y fiesta al *besamanos*, y comenzaron á besarse mútuamente.

Ya el beso de igual á igual trascendió á los caballeros y al pueblo; pareció poco la mano, se besaron los piés, y tanto los besos menudearon, que hasta de léjos se los enviaban por escrito. Tan cierto es que el progreso es eterno.

Véase lo que Juan de Luna escribia en sus *Diálogos familiares* (1619):

«*Discípulo.* — Queria suplicar á V. m. me dijese el modo que se tiene en España en saludar y las palabras de cumplimiento más ordinarias.

»*Maestro.* — No se puede dar una regla tan general que sirva para todas las provincias, habiendo en cada una su particular uso, pero en todas ellas se tiene por bueno y acertado el de la córte, el cual es como sigue. Cuando uno va á visitar á otro que sea su igual (que es de lo que tratamos), acercándose al que va á visitar dice:

Beso las manos de V. m. El visitado responde: Yo las de vuesa merced. El que visita pregunta: ¿Cómo está V. m.? El otro responde: A servicio de V. m., y V. m. cómo está? El que visita responde: A servicio de V. m., de cualquier suerte que estuviera...

»*Discípulo.*—Cuando uno se despide de otro ¿cómo dice?

»*Maestro.*—Con licencia de V. m., ¿qué me manda V. m. en su servicio? El otro responde: Yo tengo de servir á V. m. Ultimamente, el que se va dice: Beso las manos de V. m.; el otro responde: Yo las de V. m.

»*Discípulo.*—Parece que ese saludo es una manera de reconocimiento de superioridad á el que lo dice.

»*Maestro.*—Así es, pero ese reconocimiento no está más que en la lengua, porque el refran dice: *Manos besa hombre que queria ver cortadas.*

»*Discípulo.*—Es verdad que esa cerimonia de besar la mano, sólo la debe el vasallo al señor.»

En medio del besuqueo general no faltaron extravagantes que bogáran contra marea, procurando, por condicion de idiosincracia ó por espíritu de contradiccion, ridiculizar lo que la costumbre habia sancionado, que es lo mismo que dar coces contra el aguijon.

El chusco D. Antonio de Guevara, el célebre obispo de Mondoñedo, que debia estar acostumbrado á recibir los ósculos por millares, fué uno de los aludidos opositores, escribiendo, segun dicen sus biógrafos, dos cartas ó letras contra los besos. No he logrado ver más que la primera, que es la que se encuentra en la coleccion publicada, mas paréceme digna de copiarse, como lo hago:

«*Letra para D. Francisco de Mendoza, obispo de Palencia, en la cual se declara y condena cuán torpe cosa es decir: Bésoos la mano.*

»Sr. M. R. y apostólico comisario: La cuestion que agora, señor, me mandais, y la duda sobre que me consultais, es para mí tal y tan peregrina, que en toda mi vida me la pasé á pensar ni abrí libro para la buscar, mayormente que jamas vi á hombre que en ella dudase ni ménos hablase. Yo aprendí gramática, lógica, filosofía, teología y áun astrología, mas yo no me acuerdo en ninguna destas ciencias haber lo que me pedís hallado, ni áun á maestro mio oido. Desde ayer acá he revuelto mi librería y he mucho fatigado mi memoria, para ver si podia hallar algo que yo sin vergüenza os responda y que allá á vuestra señoría satisfaga. Siempre recibo vuestras letras con amor y respondo á ellas con temor: y la causa desto es, porque en el escribir sois gracioso, y de lo que, señor, os escriben, muy sospechoso.

»Es, pues, vuestra duda y demanda querer saber de mí qué harán dos hombres de bien cuando se ven, y que dirán el uno al otro cuando se despiden. No es de los pequeños primores de córte saber, cada uno en su estado, cómo ha de hacer la reverencia, que tanto ha de quitar la gorra, si se levantará de la silla ó si se saldrá á la puerta, y qué se han de decir al tiempo de se hablar para que no los noten de malos cortesanos ó los acusen de muy groseros. A uno que merece merced de-

cirle vos; y al que merece vos, decirle merced; y al que merece ilustre, llamarle magnífico; y al que merece magnífico, llamarle reverendo; y al que merece noble, llamarle virtuoso; y al que merece virtuoso, llamarle pariente y amigo: no le va más al que esto escribiese ó dijese, de condenarle por necio ó pregonar por mal criado. Cuan justo es que el platero sepa hacer una taza, y el sacerdote decir una misa, y el sastre hacer una ropa, tan justo es que el buen cortesano sepa qué cosa es la buena crianza; porque en la córte del rey, de ser allí los hombres muy corteses, los vinieron á llamar cortesanos. Los pundonores de córte y los primores de palacio, muy mejor los pudiérades, señor, saber del regidor de Segovia, que no de mi pluma, pues cae debajo de su conquista ser juez de la pelota y maestro de la crianza. Cuanto á lo que quereis saber de mí, es á saber, cómo se ha de saludar un hombre á otro cuando se topasen de nuevo, séos decir, que ni lo osaria aconsejar, ni ménos determinar; porque esto no se alcanza por escritura, sino que se ha de ver la costumbre de la tierra. Dejados aparte los principios, *per se notos* y las máximas naturales en filosofía, así como es: *Per quod unum, quodque tale, et illud magis;* y aquella que dice: *Si ab æqualibus æqualia demus, quæ remanent sunt æqualia;* y aquella que dice: *Omnis triangulus habet tres angulos, æquales duobus rectis, et cætera*, y aquello que dice: *Finitum tandem per oblationem consummitur* en todas las otras costumbres morales y naturales hemos de estar á lo que el vulgo hace y lo que la costumbre quiere. Por haceros placer y en algo satisfacer, lo que yo haré será

relataros aquí lo que en este caso los siglos pasados hicieron y lo que en nuestros tiempos se hace, con protestacion que vuestra señoría elija, no lo que yo dijere, sino lo que á él le pareciere y por bien tuviere.

» Los idumeos, cuando se topaban, decian estas palabras: *Dominus vobiscum*, que quieren decir: El Señor sea con vosotros. Los verdaderos hebreos, cuando se saludaban, decian: *Ave, mi frater*, como si dijesen: Dios te dé salud, hermano mio. Los filósofos griegos, cuando se saludaban, decian: *Avete omnes*, como si dijeran: Estais todos en hora buena. Los tebanos, cuando se saludaban, decian: *Salus sit vobis*, como si dijeran: Dios os dé salud. Los antiguos romanos, cuando se saludaban, decian: *Salus sit vobis*, como si dijeran: Dios os dé buen hado. Los sículos, que son los de Sicilia, decian: *Diei ve guarde*, que es á saber: Dios os guarde. Los cartagineses no se saludaban, aunque se topaban, sino que en señal de amistad se tocaban las manos derechas el uno al otro y se las besaban. Los moros tampoco se saludaban, aunque se topaban, sino que al tiempo de verse se besaban los hombros, y al despedirse se besaban en las rodillas. En Italia es costumbre que en un solo dia se saludan de tres maneras, es á saber: que á la mañana dicen cuando se topan: *Bon matin*, que quiere decir que le dé Dios buena mañana. Despues de comer, si se topan, dicen: *Bon jor*, que quiere decir que le dé Dios buenos dias. Ya que quiere anochecer y encender candelas, dicen: *Bon respre*, que quiere decir que le dé Dios buenas noches. Tambien es costumbre entre los italos que cuando se apartan unos de otros dicen: *Mi recomen-*

do, que quiere decir: Yo me encomiendo en v. m. En el reino de Valencia, cuando se topan, se saludan desta manera: *Ben seao bengut*, *monseñor*, como si dijesen: Vengais en hora buena, señor mio. Y al tiempo que se despiden, dicen: *A Dio Xiao*, *Perote*, que quiere decir: Quedaos adios, Pedro. A lo cual le replica el otro: *Anao en bo hora*, como si dijese: Andad en hora buena. En Cataluña, cuando se topan con alguno, le saludan desta manera: *Ben seao arribat*, como si dijesen: Bien seais arribado á la tierra. Acá en nuestra Castilla es cosa de espantar y áun para se reir las maneras y diversidades que tienen en se saludar, ansí cuando se topan, como cuando se despiden y áun cuando se llaman. Unos dicen, Dios mantenga; otros dicen, manténgaos Dios; otros, en hora buena esteis; otros, Dios os guarde; otros, Dios sea con vos; otros, quedaos adios; otros, vais con Dios; otros, Dios os guíe; otros, el ángel os acompañe; otros, á buenas noches; otros, con vuestra merced; otros, guárdeos Dios; otros, adios, señores; otros, adios, paredes, y áun otros dicen: Nao, ¿quién está acá?

»Todas estas maneras de saludar se usan solamente entre los aldeanos y plebeyos, y no entre los cortesanos y hombres polidos; porque si por malos de sus pecados dijese uno á otro en la Córte, Dios mantenga ó Dios es guarde, le lastimarian en la honra y le darian una grita. El estilo de la Córte es decirse unos á otros: *Beso las manos de vuestra merced;* otros dicen: *Beso los piés á vuestra señoría;* otros dicen: *Yo soy siervo y esclavo perpétuo de vuestra casa.*

»Lo que en este caso siento es que debia ser el que esto

inventó algun hombre liviano, y áun mal cortesano, porque decir uno que besará las manos á otro, es mucha torpedad, y decir que le besa los piés, es gran suciedad. Yo vergüenza hé de oir decir : Bésoos las manos, y muy grande asco hé de oir decir: Bésoos los piés, porque con las manos limpiamos las narices, con las manos nos limpiamos la lagaña, con las manos nos rascamos la sarna, y áun nos servimos con ellas de otra cosa que no es para decir en la plaza. Cuanto á los piés, no podemos negar sino que por la mayor parte andan sudados, traen largas las uñas, están llenos de callos y andan acompañados de adrianes, y áun cubiertos de polvo ó cargados de lodo. Con estas tan torpes y enormes condiciones, de mí digo y por mí juro, que querria más unas manos y piés de ternera comer, que los piés y manos de ningun cortesano besar. Bien tengo yo creido que hay en las Córtes de los príncipes más de diez hombres, los cuales, aunque se ofrecen de besar los piés y manos á otros, holgarian ántes de cortárselas que no de besárselas. Decir un hombre de bien á otro: Yo soy vuestro amigo, yo os tengo por deudo, estoy á vuestro mandato, haré lo que os cumpliere, ved lo que mandais, Dios os dé salud y él sea en vuestra guarda, todo esto se sufre y pasa; mas decir: Bésoos los piés, bésoos las manos, ni se debe decir ni ménos consentir, porque besar el pié es dignidad del Papa, y el besar la mano es del sacerdote en la misa. Con las palabras que Cristo saludaba á sus discípulos sería razon que nos saludásemos unos á otros, es á saber : *Pax vobis,* que quiere decir: Paz sea con vosotros; sino que nos preciamos más de cortesanos que no de

cristianos, y nos holgamos de ir en pos de la opinion y no de la razon. Pues Cristo nos enseña á saludar las casas á do entrásemos con decir: *Pax huic domui*, y nos enseñó á saludar las personas que topásemos con decir: *Pax vobis*; digo y afirmo que es gran temeridad y poca cristiandad osar decir nadie, bésoos el pié ó bésoos la mano, pues es contra la doctrina del Santo Evangelio. Para decir verdad, ni sé quién, ni sé cuándo, ni sé para qué se inventó este besamanos y besapiés en España, sino que de mi parecer, como se va gente tras gente y no razon tras razon, algun vano ó liviano lo dijo de burla, y despues le siguieron todos de véras.

»No más sino que Nuestro Señor sea en su guarda, y á mí me dé gracia que le sirva, amén. De Ávila á 22 de Noviembre de 1533.»

Casi al mismo tiempo (1541) enviaba Cristóbal de Castillejo su *Conciliatoria al rey de romanos D. Fernando*, en la cual figura el diálogo con la Cortesía, y al oir que ésta dice:

«Muchas veces beso manos
Que querria ver cortadas.»

Contesta indignado:

«Habeis sido la inventora
De títulos excusados,
Supérfluos, demasiados,
Que crecen más cada hora,
Noveleros
Tan altos, bravos y fieros,
Que no bastan los lenguajes
A hablar tantos linajes
De vocablos lisonjeros.
. . . . . .

En el grado positivo
Era costumbre hablar,
Ya no podemos usar
Sino del superlativo
Con cualquiera;
Estais ya tan altanera,
En el hablar y escribir,
Que la forma de decir
Va mil leguas del que era.
Con vuestra nueva hablilla
Habeis del todo tirado
El estilo, y desterrado
Ya la virtud de Castilla
Sin honor;
Por afrenta y disfavor
Ya se tiene y se reibe,
Si uno á otro acaso escribe
Muy virtuoso señor.»

Tiempo perdido: ¿qué podrian Guevara y Castillejo en el piélago del vulgo, cuando hombres de más valer seguian su corriente? El poder de la costumbre, como el primero indicaba, es de los más tiránicos áun sin ser reconocido, y en materia de besamanos y besapiés no hay más que registrar la correspondencia epistolar en la sucesion de los tiempos para encontrar su influencia.

Véanse las fórmulas que usaban algunos de los hombres célebres de nuestra nacion.

1513.—Gonzalo Ayora á sus amigos:

«Señor muy magnífico: Muy cierto servidor de vuestra merced, que sus magníficas manos besa.»

1525.—El venerable maestro Juan de Ávila á sus amigos:

«El Espíritu Santo sea con vos. Siervo de Su Señoría, que sus ilustres manos besa.»

1559.—Garci-Fernandez, secretario de Felipe II, al Rey:

«Criado de V. M., que sus reales piés y manos besa.»

1573.—El Duque de Alba á D. Juan de Austria:

«Nuestro Señor guarde á V. A.»

1577.—Santa Teresa de Jesus.

«Indina sierva de vuestra merced.»

1590.—Fr. Luis de Leon á sus amigos:

«Guarde Dios á vuestra merced en su santo servicio.»

1593.—Antonio Perez al Rey:

«Beso los reales piés de V. M. Dios prospere la vida y grandeza de V. M.»

Á Milady Riche.

«Perro desollado de vuestra señoría.»

Á madama Knolles.

«Perro y servidor de vuestra señoría.»

¡Ya escampa!

1600.—El Brocense á sus amigos:

«Besa las manos de vuestra merced.»

1616.—Miguel de Cervántes. Dedicatoria de la Galatea.

«Nuestro Señor guarde la ilustrísima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos. Besa la mano de V. S. su mayor servidor.»

Dedicatoria de Persíles.

«Guarde Dios á vuestra excelencia como puede. Criado de vuesa excelencia.»

1627.—Don Francisco de Quevedo al Rey:

«Besa los reales piés y manos de V. M., su vasallo.»

1668.—Don Juan de Austria á la Reina:

«Su más humilde vasallo de V. M.»

1680.—Calderon de la Barca.

«Besa las manos de vuecencia su humilde capellan.»

1758.—Don Juan de Iriarte.

«Besa las manos de V. S. su más rendido servidor.»

1798.—Don Gaspar Jovellanos.

«Besa la mano de vuecelencia su más amigo y fino servidor.»

1800.—Melendez Valdés.

«B. L. M. de V. S. su más fino amigo.»

1844.—Doña María Cristina, participando su matrimonio con el Duque de Riansares, al rey de los franceses:

«Hago votos á Dios por V. M., á quien beso mil y mil veces la mano, creyéndome dichosa de ser de V. M. afectísima, respetuosa y obediente sobrina.»

Pudiera hacerse interminable esta relacion, lo mismo que la de los poetas que han usado y abusado de semejantes fórmulas. Uno de los sonetos de Góngora, empieza:

«Ya besando unas manos cristalinas.»

Bartolomé de Argensola tambien dijo:

« Primero los piés te beso
Por el favor de esta queja. »

Et sic de cæteris.

Obsérvase, ademas, que en ninguno de los poemas burlescos, como la Gatomaquia, la Mosquea, la Burromaquia, la Perromaquia, en que se trata de justas, torneos, asambleas, bodas y mil fiestas de Córte, se hace alusion pequeña ni grande que pueda lastimar los besamanos.

La gran revolucion española que derribó una dinastía secular conquistándonos los derechos ilegislables y otras cosas más, que no son del caso, desterró del palacio de los reyes de las Españas un acto de acatamiento ú homenaje que la ilustrada prensa, eco de la opinion, denunciaba como atentatorio á la dignidad del hombre. Tal humillacion ha quedado proscrita para siempre, mas, ¡vea V. lo que son los españoles! continúan besándose de palabra y por escrito á todas horas, sin que el ascendiente de la revolucion sea óbice para que muchos consecuentes liberales y distinguidos progresistas se sientan mortificados, y áun ofendidos, leyendo una carta en cuyo final no aparezcan las consabidas iniciales Q. B. S. M.

Todavía una amorosa jóven que en el baile de la Zarzuela recibe singular confidencia, toma la pluma al regresar á casa, y agotando los adjetivos más enteros del idioma, reclama al objeto de su pasion las cartas y la trenza, y termina diciendo que todo ha concluido entre

los dos y que en lo sucesivo sólo será *suya segura servidora* Q. B. S. M.

Un caballero que al pasar por la calle de Peligros siente la inesperada impresion del despachurramiento de un callo, sin que el fautor se digne pronunciar el sacramental *usted dispense*, escribe á éste anunciándole la presentacion de dos amigos y el propósito de perforarle el diafragma en la dehesa de los Carabancheles, lo que no quita para que asegure que *con la más alta consideracion es su atento servidor* Q. S. M. B.

Un petardista que difiere *ad kalendas grecas* la devolucion de cuatro mil reales que reclama el acreedor, se repite, no obstante, *su afectísimo amigo y servidor*, Q. B. S. M.

¿Pero qué tiene esto de particular, cuando de los centros oficiales y de la mismísima Academia de la Lengua salen diariamente resmas de *besalamanos?*

Los documentos que así se llaman, impresos en abundancia, con la parte blanca necesaria para poner el nombre y el objeto, se ajustan, poco más ó ménos, á la siguiente plantilla:

«El Ministro de Gracia y Justicia

B. L. M.

»Al Sr. D. Trifon Pisalodos, y tiene el honor de noticiarle que le recibirá en la audiencia que tiene solicitada para tratar asuntos interesantes á su provincia, el juéves 22 del corriente, de dos á tres de la madrugada.

»El referido Ministro ofrece al Sr. D. Trifon la seguridad de su más distinguida consideracion.

»Madrid... de... de 187...»

Sigan, pues, en progreso los besos de toda especie, y esperemos que no tardará en generalizarse como fórmula más elegante y *sic* la de escribir por remate de epístola:

Beso á ustedes todo lo besable.

FIN DE BESO Á USTED LA MANO.

LA GUERRA DE CUBA.

LA GUERRA DE CUBA.

CARTA DEL MORO VARGAS AL MORO MUZA (1).

PUERTO-PRÍNCIPE, 4 *de Junio de* 1870.

Alah te guarde, Sidi Muza:

Vas á sorprenderte grandemente al saber que muy cerca de tí, en el Camagüey, se encuentra un verdadero creyente, que te saluda. No ménos me ha sucedido á mí,

(1) Dirigida sin firma al *Semanario festivo é ilustrado* que publicaba en la Habana el Sr. D. Juan Martinez Villergas, la dió á luz en 12 de Junio de 1860, precedida por esta nota:

«El MORO MUZA recomienda á sus suscritores muy particularmente la lectura de la carta con que el *Moro Vargas* le ha favorecido y que empieza hoy á publicarse. Como se verá, es una amenísima historia en que, con delicada ironía y castizo lenguaje, se pintan de un modo magistral varios caractéres, por quien se ve que ha sabido estudiarlos, y se describen de la misma manera costumbres no de todos conocidas. Cuando la tradicion de la sátira fina va desapareciendo, el MORO MUZA cree que su digno compañero el *Moro Vargas* viene con su epístola á prestar á las letras tan buen servicio como á la causa española.»

hallando tan léjos de la patria un su representante, que en la prensa cubana muestra el valer de la Media luna, presentándola frente á otras nebulosas constelaciones.

Estaba escrito, me he dicho, leyendo la firma traducida al castellano, y recordando con tus versos los buenos tiempos de nuestra escuela cordobesa. No perderé, no, la ocasion inesperada que se me presenta de comunicar con un compatriota de tan raras prendas. Y siendo el pensar y ejecutar actos inseparables en mi naturaleza, allá va, Muza ilustre, la explicacion de mi venida á este país, en el que hallo muchas reminiscencias del nuestro, sin exceptuar los cariñosos rayos del sol.

En Mequinez, donde resido de ordinario, apareció, no há mucho, una verdadera lluvia de papeles que recogí, como aficionado que soy á las letras... de imprenta, pensando habian de darme buenos ratos. *La Revolucion*, *El Republicano*, *La Estrella*, *El Diario Cubano* y otro par de docenas cuando ménos, eran los títulos de estos papeles, que por vez primera llevaban á mi inteligencia la nueva de existir en el mundo una gran República.

Grande debe ser, en efecto, esta nacion, dije para mi coleto, cuando á Mequinez llegan periódicos oficiales y extra-oficiales con el ruido de su ilustracion, de su virilidad, de su poder. En los años que cuento de vida, tres son los periódicos que han arribado enteros á esta ciudad, si no me es infiel la memoria. Un *Times* de Lóndres, envolviendo la pieza de muselina que como agasajo remitió al Bajá un mercader de la City, en 1848. Un *Journal des Debats*, que trajo de Argel un judío el 54, como cubierta de una magnífica *Clisoupompe*, y una *Epo-*

ca de Madrid, llegada despues de la paz de Vad-Rás, acompañando cuatro libras de chocolate. Los tres han venido á mi poder á costa de algunos sacrificios; figuran en mi especial archivo, y me los sé de memoria. Así dí la bienvenida á los nuevos, que leí doce veces en quince dias.

Grande, muy grande ha de ser esta *República Cubana*, repetia á cada lectura, y Alah me perdone si no perdono yo al viejo marrullero que enseña aquí los rudimentos de la Geografía, y la da de Doctor, sin saber una palabra de tan poderoso Estado.

¡Ahí es un grano de anís! Para que á Mequinez arriben estos periódicos, necesario es que hayan dado la vuelta al mundo, y merecido es el viaje. Yo me sé bien lo que son los españoles. Vargas me llamo, que no lo puedo negar, y lo tengo á mucha honra; zegries de Granada fueron mis abuelos: me legaron el esfuerzo de su espíritu; la nobleza de sus sentimientos, la gloria de su nombre; historias conmovedoras de sus hechos, y lágrimas por el recuerdo del Genil. Conozco, pues, al dedillo á los españoles, y si no los conociera, las balas que con ellos crucé en el Serrallo, en Cabo Negron y en el valle de Tetuan, me los hicieran familiares, y pues que son batidos y zurrados diariamente, mucho han de valer esos *mambises*, raza que nunca oí mentar, y que tan mal parados los trae por aquellas tierras de su predileccion, donde reposan las cenizas del gran Almirante.

Vamos á conocer esos *valientes:* mi sangre se enardece con la relacion de las hazañas; mi corazon simpatiza con las causas nobles; iré á su lado, y mi espingarda

ayudará al débil contra el fuerte, y á la razon y á la justicia contra el dominio tiránico de ese Rodas feroz, que así se merienda chicos y mujeres cubanas, como Almanzor cercenaba cabezas leonesas. Los viajes no me asustan; he visitado á Medina y á la Meca, el Sáhara no me ha impedido llegar hasta Tombuctu; mi madre me enseñó el castellano, y aunque es un tanto diferente del lenguaje *de estos épicos papelitos*, creo que me podré entender con los guerreros cuya compañía deseo; la cosecha de dátiles ha sido buena, y me permite el extraordinario... Manos á la obra.

Aquí tienes explicado, amigo Muza, el oírgen y motivo de mi venida á Cuba. De las peripecias del primer viaje te haré gracia, aunque no han sido pocas, bastándote saber, que en Gibraltar me encontré con un buen tio, de mi mismo nombre, que no puedes dejar de conocer si has vivido en Cádiz, porque su tienda de la calle Nueva contiene las esencias y las fajas mejores que han salido de Fez.

Sabiendo que mi resolucion era invariable, pues no quise dar crédito á las historias que sin duda inventó él para desacreditar á mis ojos á los héroes de la manigua, el excelente viejo me hizo guardar una carta de recomendacion para el Caballero de Rodas, cosa que acepté por complacerle, pues no pensaba ver á tal sujeto más que por los puntos de mira de mi espingarda.

Luégo he tenido ocasion de felicitarme de la prevision de mi pariente, que, entusiasta frenético del General, habia tenido la alta honra, me dijo, de venderle unas babuchas.

De Gibraltar á Santomas y Jamaica, nada notable podria contarte, salvo mi repugnancia á atravesar los *pudings* de sebo, y otros manjares que, si me obligaron á quebrantar los mandatos del Profeta, me echaron á perder en cambio el estómago, dejándome en mala disposicion para entrar en campaña.

Mucho fué mi placer encontrando en Kingston una reunion de cubanos que, comisionados allí por el Gobierno de Céspedes, supe ejercian funciones diplomáticas, aunque, á la verdad, creo no son necesarios tantos al efecto. Lujo de representacion me pareció este, y si hubiera escasez de hombres, un fusil en manos de cada uno de aquellos mozos no hiciera mal oficio; pero á estas reflexiones que me permití en alta voz, contestaron que la República tiene hijos sobrados para echar de Cuba y de España á todos los españoles; que ellos cumplian allí una mision más importante y que eran innecesarios en Cuba, toda vez que en el intervalo de mi viaje habian conseguido grandes triunfos, habian sembrado la discordia entre los *gorriones*, que se mataban á miles unos con otros, por cuestion de pesos, y que Rodas habia marchado para España con cuatro mil hombres, diciendo: «Ahí queda eso.»

Me regocijaron mucho las noticias y el recibimiento de aquellos buenos patriotas, así que les hube comunicado mis intenciones. Dijéronme que en el ejército libertador tendria gran recepcion; que allí los extranjeros hacian buen papel de generales: que los habia alemanes y franceses, venezolanos y belgas, mejicanos é irlandeses, y sobre todo, *yankees* de todas partes: que les falta-

ba *un moro*, y me mimarian, dándome, cuando ménos, plaza de *Prevoste*.

No comprendí muy bien lo que significaba esta algarabía, produciendo tan bravos mílites la tierra de la caña; más hube de dejar la meditacion del caso para más adelante atendiendo á mis nuevos amigos, que me hablaban todos al mismo tiempo y cada cual de su cosa, si bien entendí que les interesaba conocer pormenores secretos del *harem*, como si se propusieran plantearlo en la República.

Aquel dia me convidaron á tomar un vaso de cerveza, y me pidieron prestadas cinco onzas. Por la noche desaparecieron de mi cuarto la montura bordada y la espingarda con incrustaciones, que con tantos desvelos habia conservado para matar españoles, sabiendo por mis compañeros de eleccion que la torpeza de un *Stuard*, ignorante de mi lengua, habia llevado aquellas prendas á un vapor que salió de amanecida para Aspinwall, creyéndolas pertenecientes á otro viajero. Eso sí, se lamentaron conmigo de la aventura y me agasajaron con cartas de introduccion para el Presidente de la República, para un marqués republicano, tambien presidente de no sé qué, y otras várias para personajes todos de alta jerarquía, que tuve por de más precio que la de mi tio, lo que no me impidió felicitarme de la costumbre adquirida en las caravanas de dormir con la bolsa bajo la oreja, que así no llegó á ella la estupidez del criado. La maleta me tuvo sin cuidado, por no ser allí de uso la ropa moruna.

El lance me disgustó, de Jamaica, lo suficiente para

decidirme á precipitar la marcha. Querian los cubanos galantemente volverme á convidar á cerveza; pero yo salí á su encuentro pidiendo que me acompañáran hasta el muelle, para embarcarme en el primer vapor que saliera en direccion de la Habana, impaciente por saludar á Céspedes, esa estrella simbólica del pabellon de Cuba.

—Céspedes no está en la Habana, me dijeron:

—¿No está en la capital?

—*No, hombre;* no está terminada la guerra, y el caudillo de una gran nacion no podria decorosamente gustar las dulzuras del palacio miéntras se baten las tropas.

—Comprendo y me agrada su decision: se ha trasladado, sin duda, á alguna ciudad cercana al teatro de la guerra, para estar al tanto de las operaciones; estará en Santiago de Cuba, ó en Cienfuegos, ó....

—Tampoco: Céspedes es hombre de más temple: sigue las huellas de Washington, y no se aparta de sus soldados.

—Qué me place; pero en alguna poblacion estará su cuartel general; su lugar de descanso, si V. lo prefiere, y esto es lo que deseo saber.

—No, no, y siempre no. Céspedes no descansa: Céspedes desdeña las poblaciones: es un grande hombre.

—Grande hombre fué Washington, á quien dice usted que imita, y no abrigaba semejante aversíon; pero, en fin, los hombres grandes tienen caprichos, á veces tan raros como los tenemos los demas, y siendo la movilidad el de este Presidente, no le veré tan pronto. Ya

me llevarán á su presencia. Entre tanto, me habré de contentar con presentar mis respetos al ciudadano *Marqués*, y de todos modos, marcho sin dilacion á la Habana.

—El Marqués no está en la Habana.

—¡Qué me cuenta usted! ¿Tampoco está en la capital la Cámara?

—La Cámara es guerrera y no se separa un punto de Céspedes.

—Voy encontrando extraño todo lo que V. me dice: no tengo idea de que ningun Congreso celebre sus sesiones al aire libre, pues si algo parecido se hace bajo el árbol de Guernica, es por fórmula, que conserva una tradicion respetable, y á fe que los Diputados de Vizcaya tienen bien á mano donde guarecerse de la inclemencia. Recuerdo, sí, muchas reuniones importantes, como las de Sobrarbe; pero esto es tan primitivo, que no podia sospecharlo en la asamblea cubana. ¡Lo que instruyen los viajes! Bien sabía yo que no habia de perder mi tiempo.

Empezaré, entónces, por estudiar una capital despojada de su principal adorno. En cambio, me gozaré en trepar á las murallas del Morro. He visto en Gibraltar una ilustracion de esta fortaleza, con la hermosa bandera estrellada que voy á defender, y como recuerdo haber leido algo de otra defensa de un tal Velasco, me agradará meditar sobre aquella mole de granito, oyendo el monótono chocar de las olas en su pié, y abarcando el panorama de la ciudad.

—La vista es realmente muy bonita; pero diré á us-

ted, señor moro; mejor será que la reserve V. para más adelante, porque.... la verdad, ya que es V. de los nuestros, puedo decírselo. No hemos echado todavía á los españoles de la Habana, porque..... porque allí no hay soldados, no hay más que voluntarios, y á fin de que ganen un par de mudas con que marchar, los dejamos por ahora.

—¡ Por las barbas del Profeta! Lo que me dice V. es estupendo y es... hasta donde puede llevarse la humanidad. No en balde la predican aquellos periódicos que me hicieron liar el petate; mas se me ocurre, que si esa brillante escuadra cubana no bloquea bien el puerto, han de sácar para más de dos mudas los voluntarios, y segun me contó mi tio, los *mambises*, aunque humanos, y, como valientes, generosos, no tienen la mayor predileccion por esos que se han hecho soldados de la integridad española. Hasta me parece verle á V. un tanto demudado desde que los mencionó...

—¡ Rayos y centellas! No ha de quedar un *paton* con cabeza, ni en tres generaciones, en cuanto Cuba sea libre...

—Cálmese V., amigo mio; su razon se extravía, ó yo no comprendo una palabra de lo que estoy oyendo.

— Pues yo me entiendo.

—Quiere decir, que habré de resignarme á entrar en Cuba por alguna ciudad de segundo órden, Matanzas, Cárdenas...

— Los cubanos no tienen, ni quieren tener ciudales; las queman y viven en el campo.

— Me lleva V. de maravilla en maravilla. ¿Son, por lo visto, del mismo gusto de su Presidente? Eso mismo

hacen los árabes del desierto; de modo que, para ver tales primores no valia la pena de salir de mi casa; pero, permítame V. que le observe que ni voy comprendiendo la humanidad, ni tampoco la civilizacion que me encantaron en los consabidos periódicos.

—Usted es un ignorante, moro al fin, que no está en estado de penetrar la civilizacion americana, y se equivoca mucho si ha creido dar con un maestro de escuela.

—No es grande mi ilustracion, mas el error en que haya incurrido en la materia procede de lo que VV. han escrito, y pudiera V. desvanecerlo en términos más conformes con las reglas de la buena crianza.

—¡Crianza! ¿Quién ha visto un *sinvelgüensa* como el morazo éste, que se nos viene con *chirigotas?* ¡Si tiene apellido español! Apuesto á que es un espi...

No habia salido la palabra de sus labios, hermano Muza, cuando intenté agarrarle por el cuello y propinarle una verdadera leccion de urbanidad; pero si rápida fué mi accion, fuélo mucho más el movimiento que dió á los talones aquel... mi obsequioso de la cerveza, y con él todo el grupo de diplomáticos, tanto que no intenté seguirlos, dejando que lo hicieran los negritos jamaiquinos, que, como hubieran hecho los chicos de todos los países del mundo, les propinaban una *chifla* muy buena. Por ende, un policía se me acercó, recomendándome cuidado con aquella gente, y refiriéndome al oido no sé qué historia de Cayo Hueso (1), de que no entendí una jota, por no ser el inglés mi fuerte.

(1) Alude al asesinato de Castañon.

Vine á sacar en claro que aquellos caballeros debian serlo de *industria*, y que habian abusado de mi inexperiencia moruna, y proponiéndome ser más cauto en lo sucesivo, busqué mejor Mentor para llevar á cabo mi siempre constante propósito: conocer y auxiliar á esos simpáticos *mambises*.

La suerte me deparó esta vez una persona bien portada, que, con mucha amabilidad, me instruyó de la verdadera situacion de las cosas, no tan halagüeña como yo suponia, por los repetidos periódicos. Los españoles conservaban las ciudades; si bien estaban completamente desmoralizados, desnudos y faltos de recursos. No dominaban más que el terreno pisado por sus soldados; el país en masa los asediaba; las aguas y las enfermedades los diezmaban, y con ayuda del vómito y de una media docena de expediciones que se esperaban, traidas por Jordan y Quesada, en cosa de un mes quedaria la Isla libre del baldon que imprime la presencia de los ignorantes, presuntuosos (aquí puedes poner otra docena de adjetivos no muy cultos) españoles.

Pregunté al que esto decia si era indio, y se me incomodó.

—Españoles, dijo, fueron mis abuelos, y de la villa de Estepa trajeron muy limpio escudo, y pergaminos que puedo enseñar; aquí se establecieron y aquí dejaron los huesos, con más tres ingenios y 215 negros que yo tengo, ó por mejor decir, tenía, porque las fincas han sido quemadas por Cavada, y como hemos abolido la esclavitud, los negros andan por Mamanayagua con taparabos y fusil. Pero el ominoso yugo de tres siglos ha de

romperse, y así pudiera yo romper las venas y arrojar la sangre española que haya en ellas.

¿Comprendes tú, Muza amigo, semejante salida? Yo para mí, tengo que el calor ha reblandecido mi cerebro, ó que está escrito que á todos los que encuentro en mi camino les falte uno de los tornillos de la mollera. Los primeros me dijeron que quemaban los pueblos; éste, que queman los campos. ¿Qué quedará entónces? ¿Por qué pelean? ¿Qué van á poseer?

Por otro lado, son españoles; no quieren ser españoles; sus abuelos fueron nobles; fueron odiosos sus abuelos... quedo como con la humanidad y la civilizacion del otro; pero me voy convenciendo de que no es prudente discutir con cubanos, y así me guardé mis observaciones y dando otro giro á la conversacion, pregunté muy cortésmente al de Estepa qué itinerario habria de seguir para acercarme cuánto ántes á mi favorito Céspedes, á fin de rogarle encarecidamente me diese plaza en el brillante ejército libertador, en esas cohortes de 65.000 hombres, organizadas por el genio de Quesada.

Contestóme que el ínclito Quesada, Jordan que le sucedió en el mando, y despues Goicuria, habian marchado con comisiones importantes á Nueva-York; que el primero entretenia los ocios de la ausencia componiendo relojes; que el segundo hablaba, y el tercero habia tropezado en un cayo (será callo) en el camino; pero que iban á volver inmediatamente.

Estimaba yo que no cabe comision más importante en tiempo de guerra que el mando de un ejército, y no obstante, esta vez me guardé muy bien de contradecir ni

preguntar, con lo que siguió sin interrupcion el de los ingenios anunciándome que la venida á cualquier punto de Cuba era fácil; que toda la costa era suya, y que si queria utilizar una expedicion que iba á salir de la misma Jamáica, ayudando á los gastos, se me daria lugar.

No tengo que decirte, Muza, que acepté con mil amores. No más de 30 onzas me pidieron, pareciéndome bien poca cosa para lograr tanto bien.

A la tercera noche vinieron á darme aviso, y con un Winchester, que por amor del *queso*, y en sustitucion de mi querida espingarda, habia comprado, me dejé guiar á la playa.

Mis ojos buscaron allí vanamente vapor ó cosa que se lo pareciera; es verdad que la noche era oscura; en cambio tropecé con mi interlocutor, á quien saludé como jefe de la empresa.

Nuevo desengaño; padecia él de ciertos males secretos, y no era apto para la guerra. Su triple mision en Jamáica era ilustrar la opinion en la prensa, convocar *meetings* y reclutar gente de mi estampa. Estos detalles me los dió con la mayor sangre fria, é ainda, que con mis 30 onzas habia fletado un bote de cuatro remos; habia pagado á un yankee que me acompañaba, con más cuatro fusiles de baratillo y 6 libras de pólvora, tres docénas de galletas y media arroba de tasajo.

Juro por el zancarron, que tuve intenciones de estrenar el Winchester en aquel miserable. No me tengo por cobarde; pero eso de echarme al agua en una cáscara de nuez, para una travesía larga, era temeridad indiscutible. Con todo, allí estaba el *yankee* sin decir una palabra:

allí habia cuatro negros muy fornidos, y por encima de todo, mi platónico amor á Céspedes.

—Adelante, dije.

—*All right*, contestó un negrazo, izando la vela y desatracando el bote que partió como flecha, impulsado por la brisa.

Aquí pudiera hacerse, y vendria de molde, la descripcion de una noche de los trópicos; el centellear de las estrellas; el crujir del palitroque de la embarcacion, y la fosforecencia del agua; pero mi estómago, poco acostumbrado, no estaba para poesía, y mis compañeros no se cuidaban de semejante cosa. El yankee, siempre silencioso, habia ocupado sin cumplimiento el sitio mejor de la popa, y puestas las botas por alto, dormia y roncaba, parodiando á un figle monstruo. Tres negros se habian acurrucado en el fondo del bote, no sé cómo, y escasamente quedaba sitio al lado de una cuerda endiablada, que me hizo molde en las espaldas y que conducia desde la vela un fresco más que desagradable.

¡Zulima, Zulima, he cambiado tus encantos por tales trabajos! Yo los compensaré con la narracion de las proezas de los bravos mambises. Tu ardiente fantasía traducirá en fácil verso la epopeya, y acompañada de la guzla me extasiaré oyéndote cantarla! ¡Cuán breves pasarán las noches del invierno de este modo! Zulima, Zu.....

—¡Jum! gruñó el negrazo patron, interrumpiendo mis meditaciones.

—God... acompañó el yankee, que no dormia ni mucho ménos.

—¿Qué pasa, señores? dije yo mirando á todos lados?

—Chist... un guarda-costa, me respondieron, señalando al horizonte.

Allí, no léjos, se veia un triángulo luminoso, rojo, verde y blanco.

—A correr, grité apresuradamente: ¿cómo diablos vienen hasta aquí los españoles?

—Silencio: no es español ese crucero; pero no por ello escaparémos bien si nos coge.

—Acabamos de violar las leyes de neutralidad.

—Nada de correr; vengan abajo la vela y el palo, y quieto todo el mundo, habló imperiosamente el patron.

—Hubo un cuarto de hora de ansiedad grandísima. Aquellas luces se acercaban por momentos, y se destacaba cada vez con más claridad la silueta de un buque de vapor, cuya proa venía hácia nosotros...

La pequeñez del bote nos salvó; el ojo marinero del vigía no pudo penetrar la oscuridad, ó estaba soñoliento. ¡Y yo queria una embarcacion grande! Así es el hombre: no sabe nunca lo que le conviene.

Pasaron quince minutos; volvió la vela á su lugar; las botas del yankee á salir sobre la borda; el bote á volar, y mi estómago á dar vuelcos.

¡Ay, Zulima!

Si estuviera escribiendo una novela vendria aquí de perilla un capítulo aparte, con su pomposo título, que no habia de faltar á mi repertorio oriental.

Tambien serian de molde las reflexiones que me ocurrieron en aquella noche eterna, y un prologuito de con-

sideraciones sobre los moros viajeros desde nuestro Profeta hasta estos dias; pero no hago más que narrar en una carta, en más moruno que español lenguaje, la verídica historia de mis desventuras, y te libras, Muza, por lo mismo, de penetrar en la madeja que las contradicciones de los cubanos de Jamáica, combinadas con el mareo, produjeron en mi pobre cabeza. Parecíame que me hallaba en otros tiempos en que tuve la ocurrencia de engolfarme en las páginas de Kraus. El mismo efecto: los mismísimos síntomas.

—¡Bah! repito que esto no hace al caso.

Me quedé traspuesto, con ventaja tuya, que á no ser así, no escaparias sin la salutacion á Febo, al salir por las puertas de Oriente, que haria procurando imitar al moro de más feliz memoria, á Cide-Hamete-Benengeli.

Como venía rabiando, ó haciendo rabiar, que es casi lo mismo, lo miré lo ménos posible, haciendo la oracion á la ligera, y me puse á la sombra de lo único que allí la producia: del yankee, mi compañero, que en pié y con la mano extendida sobre los ojos, á modo de pantalla, registraba todo el horizonte.

Esto duró poco; satisfecho de la inspeccion, volvió á su sitio, y echando mano al tasajo, como ya lo hacian los negros, empezó á tirar con uñas y dientes, sacando unas hebras que volvieron el malestar á mi lastimado estómago.

Por hacer algo cogí una galleta y entretuve las muelas, hasta que los demas dejáran quietas las suyas. Pensaba, entre tanto, que los gruñidos californianos con que mi compañero habia destruido todos mis conatos de con-

versacion durante la noche, podrian muy bien proceder de que no le habia sido presentado. No, no era cosa de continuar en silencio todo el viaje, y me decídí á presentarme por mí mismo.

—*I have the honor, Sir...*

—Puede V. hablar español, si le es más fácil, dijo el yankee, sin dejar teminar mi estudiada frase.

—Qué me place! Iba á expresar á V. en su idioma que tengo el honor de presentarme personalmente como compañero de viaje y de campaña, y que me llamo Sidi Hache Jusuf Vargas, muy servidor suyo.

—Perfectamente. Mi nombre es J. J. Wolf, y no soy servidor de nadie.

—Hace mucho calor.

—Mucho.

Pausa de seis minutos, motivada por la amabilidad de mi vecino.

—Me complace mucho, señor Wolf...

—No soy señor Wolf; he dicho J. J. Wolf.

—Bien, amigo; rectificaré en lo sucesivo.

—No soy amigo de V.

(¡Fátima santa! ¡qué bruto es el tal J. J.! ¿De qué jaula se habrá escapado un oso semejante? Divertido voy á estar con la compañía. Toquemos otro registro).

—¡Cuánto deseo pisar el suelo cubano! La selva vírgen, la erguida palmera, recuerdo para mí de los oásis; esa manigua impenetrable que ha sido muralla de los héroes mambises; el aura de libertad que vivifica...

—Aaaah... (bostezo mayúsculo del yankee).

—¿Decia V.?

—No, no digo nada.

—¡Pues estamos lucidos! dije yo para mis adentros. Otro ataque.

—¿Podria V. decirme, Wolf, qué clase de gente es la que llevamos en el bote?

—Buena gente, caimaneros, es decir, habitantes del Gran Caiman; prácticos excelentes de estas Antillas, que hacen á boca y á cangrejo, ó á pluma y á pelo, si usted lo prefiere. No distinguen mucho de banderas; pero pagándoles bien, están dispuestos á cualquier servicio y viven honradamente de este modo.

—¿No hay que temer entónces que equivoquen el rumbo, ni que encontremos cruceros españoles?

—No hay que temer lo primero; del encuentro nada puede decirse; es fortuito.

—Y caso de topar con los marinos españoles, ¿que trato nos darian?

—No muy largo. Nos colgarian simplemente como piratas.

—¡Ca... nario! ¡Lo dice V. con una serenidad! Razon tienen los mambises, calificando de bárbaros á esos españoles... Colgar en el siglo XIX, y todo por venir simplemente á dar un paseo por los floridos campos... Vamos, es una atrocidad que no cometerian mis paisanos del Riff, con toda su fama.

—¿Y V., sabiendo esto, se viene tan sereno?

—¿Por qué no? En primer lugar, si lo que á V. le asusta es la cuerda, le diré que lo que hacen en realidad los españoles es fusilar á los que cogen; pero que aquel instrumento se emplee en el siglo XIX, no tiene nada de

particular á mi juicio; los mambises, que no suelen estar muy abundantes de pólvora, no tienen otro sistema. Tambien se usa en los Estados-Unidos, y supongo que no querrá V. decir que es un atraso. ¿Eh? ¿Qué entiende usted de eso, moro estúpido? ¿Por ventura, estima usted más perfecto aquel palito que en su tierra ponen por butaca á los pacientes?

—No siga V., no siga V., Volf, nada más léjos de mi ánimo que ofender al país clásico de la libertad, de los adelantos y de... de la sopa de ostras.—Lo que me cuenta V. me indica que conoce á los mambises, y esto es lo que me interesa. ¿Ha estado V. anteriormente en Cuba?

—He estado.

—¿Durante la guerra?

—Y en ella. Me contraté por seis meses, y me he contratado de nuevo.

—Lo del contrato, no se me alcanza; veo, y esto es lo esencial, que viene V. á Cuba, como yo, en asistencia de la santa causa. Vengan esos cinco, Wolf, y cuente usted que mi espingarda... no, mi rifle, dirigirá la boca al que se acerque al que desde este momento considero como camarada.

—Gracias, contestó J. J., haciéndome ver las estrellas del apreton. Yo sé defenderme en caso necesario.

—Seis meses de permanencia en Cuba deben haber hecho á V. conocer los hombres y las cosas. No me vendria mal que me pusiera un tanto al corriente, siquiera sea para olvidar este sol que me está derritiendo. En primer lugar, esos mambises afamados, ¿son aquellos indios que poblaban la isla cuando llegó Colon?

—No, hombre, ¿de dónde sale V? La raza que nombra se extinguió muy pronto, sustituyéndola los españoles, los negros traidos de África, la mecla de unos y otros, y últimamente, los colonos chinos.

—Entónces los mambises...

—Son españoles, y mulatos, y chinos. Ni más ni ménos. ¿Se queda V. asombrado?

—Lo confieso, porque no caigo entónces, en qué consiste el dominio, la tiranía, etc., etc., de que hablan ciertos periódicos. Ademas, sacan á colacion á un Hatuey y otros nombres, que indios se me han antojado.

—Es muy sencillo. Los hombres necesitan, por lo general, un pretexto que excuse sus acciones, cuando éstas son censurables, y ciertos cubanos, que no han demostrado tener muy buenas cabezas, han ideado éste, que no será muy lógico, pero que es al fin un pretexto como otro cualquiera, y más que cualquiera, propio para despertar simpatías en el pueblo de los Estados-Unidos que se cree, como el Evangelio, lo que le dicen en letras de molde.—Hatuey fué, como V. piensa, un cacique indio, pero no cubano, sino de la Española, y por cierto de condiciones no muy propias para servir de modelo. El ódio que tuvo á los españoles le engrandece á la vista miope de los separatistas.

(¡Hola, hola! no es tan bruto ese yankee como me habia parecido, y á medida que se hace comunicativo, me gusta más.)

—Vamos á cuentas, Wolf. Tengo para mí, que un buque es considerado como partícula del Estado á que pertenece, y cuya bandera lleva. Sepárese más ó ménos

de las costas, cualquiera que sea la duracion de su viaje, ó la parte del mundo en que se halle, su naturaleza es siempre la misma; continúa siendo la partícula, si no la prolongacion de la patria.

—Así es.

—No es inverosímil que en el buque vayan una ó más mujeres, que den á luz robustos muchachos, ó no robustos. ¿Cabrá duda sobre su nacionalidad ó sus derechos?

—No cabe.

—Sin embargo, se prolonga el viaje; llegan los niños á zagalones, y el mejor dia dicen muy formales á los tripulantes, de capitan á paje: «Ea, señores, basta de sufrimiento. Harto tiempo hemos llevado el ominoso yugo. Han explotado ustedes estas tablas, sacando su jugo más precioso, y la muerte sería castigo muy suave para tanta infamia. Sin embargo, nosotros, legítimos dueños de este barco, para enseñaros la distancia que nos separa; para que conozcais los sentimientos generosos y humanitarios que animan á esta generacion superior, os decimos: marchad, nos avergonzamos de nuestra ascendencia, pero no queremos olvidarla de momento. Marchad, podeis echaros al agua libremente y ganar la costa á nado.»

El yankee soltó una estrepitosa carcajada.—Algo vais aprendiendo de laborancia, dijo.

—De Hatuey, y otros muchos acabados en ey, que nombran y ensalzan, no es más difícil la deduccion, añadí. La historia de Cuba es la historia de España: ¿habian de buscar allí héroes y sucesos? No les pertenecen.

Se han asido á Hatuey por los cabellos, y lo que ahora me extraña es que no saquen á colacion aquellos buenos caballeros, que adjudicándose los honrosos títulos de filibusteros, bucaneros y hermanos de la costa, establecieron en la Tortuga el centro de sus fechorías. Estos son modelos que tambien podrian citar con provecho los laborantes, ya que igualmente salian de Santo Domingo, isla de su predileccion.

—Lo que les gusta de Santo Domingo, Vargas, es que de allí fueron echados los españoles. Por ello han nombrado generales y más generales dominicanos que les guien por la propia senda, y áun adoptado el nombre *mambí*, que de allí procede, y suponen ser el que llevaban los de Santiago de las Vegas y Puerto Plata.

—Voy cayendo, amigo Wolf; más si otro no es el motivo, poco discernimiento acreditan. Los españoles fueron llamados á Santo Domingo; acudieron con repugnancia, y fué muy discutida la ventaja que pudiera reportar la anexion. Se tomó al fin como cuestion de honra—que es el lado flaco de los españoles— se estableció con ligereza un gobierno similar al de las otras Antillas, en vez de un simple protectorado, y aquella gente voluble é ingobernable como lo es toda la de las que fueron colonias españolas, viendo por vez primera de su vida moneda y órden, suspiró por la *dulce* direccion de aquellos caciques que con tanta gracia mandaban degollar al más pintado, y que les ofrecian la novedad y la distraccion de cañonearse cada tres meses. España combatió la rebelion hasta convencerse del sentimiento general de la isla, y entónces se retiró con la

misma facilidad con que habia ido. Nadie creerá formalmente que fué arrojada; harto se conocen sus recursos y los de la desventurada República, que ahora busca amo nuevo. España evacuó la isla, é hizo muy bien. No tenía allí intereses que compensáran el sacrificio de sus hijos.

Cuba es otra cosa: la tradicion, la gloria, la honra y el interes están ligados, y mucho habria cambiado la raza de mis antecesores para hacer lo que allí.

¡Oh! A éstos los conozco bien: sin ser profeta, aseguro que gastarán el último real y el último hombre, y lucharán con el mundo entero ántes de soltar la joya de Colon; joya por ellos pulimentada y engarzada.

Precisamente por esto vengo á Cuba á formar con los 60.000 hombres de Quesada. La guerra ha de ser tenaz y prolongada.

Pero V., Wolf, que ha desvanecido muchas de mis caras ilusiones, haciéndome ver que no hay nobleza ni razon en la causa que me disponia á abrazar; usted, que pretende imponerme de que los mambises son hombres despreciables como los ejemplares de la cerveza de Jamaica; V., que me insinúa que se trata de imitar el desgobierno de la antigua Española, ó de llegar á Haiti por tal camino, ¿cómo, hijo de un pueblo libre, va usted á sostener una bandera enemiga del progreso y del cristianismo?

—Es V. un impertinente, moro charlatan y mal educado. Yo vengo á mi negocio, y nada le importa á usted cuál sea. Tiempo há que observo que está V. muy distante de las condiciones de reserva, discrecion

y parsimonia que distinguen á los musulmanes: que es usted curioso en extremo, que habla más que un sacamuelas, y me he callado mis observaciones. Haga usted lo propio.

—No hay que incomodarse, Wolf; no he tenido intencion de mortificarle. Al hacerme turista he debido dejar encerrada en Mequinez la gravedad de que me revisto para visitar la mezquita. Mi curiosidad es hija del deseo de instruirme, deseo poco comun allá en Marruecos, y si he empleado alguna vivacidad en el lenguaje, consiste en que amargan los desengaños, y no es pequeño el que V. me ha causado. El sol este, que parece no se separa del zénit, no es el más propio, tampoco para amenizar nuestra situacion. Rectifique V. su juicio, y seamos buenos camaradas.

Si arriasemos la vela para tomar un baño, creo que nos estaria bien á todos. ¿Qué opinan de esta idea?

—¡Oh! güena, güena, habló el patron, por las narices, extendiendo la mano por la popa.

Dirigí la vista á aquella parte y descubrí dos tiburones que escoltaban el bote. La conversacion nos habia distraido en términos de ser yo el único que ignorase la compañía.

El yankee rencoroso, puso las botas en la borda en su posicion usual; el sombrero sobre la cara, y á poco, asustaba á los tiburones con sus ronquidos.

Lo peor del caso era, que habiendo calmado la brisa, haciamos poco camino. El patron desconfiaba mucho de coger la tierra de noche, como deseaba, porque, no sin razon, le preocupaban las cañoneras.

—¡Bah! un bote tan pequeño debe pasar desapercibido de dia ó de noche, como sucedió al guarda-costa inglés. Es tan larga la de Cuba, que mil cruceros no bastáran á vigilar sus infinitos cayos.

—Humo, gritó un negro desde proa, contestando á mi pensamiento.

El yankee se sentó como impulsado por un resorte, y seis pares de ojos se fijaron en el horizonte, durante un cuarto de hora.

—Humo es, me atreví á decir, rompiendo el silencio general. Algun buque que pasa de largo. Las cañoneras no se separan de la costa y la tierra no se ve todavía.

—Sí, *niño,* contestó uno de los negros; tierra etá tapá con la turboná.

—De modo, que es posible, que sea una cañonera.

—Y tan posible.

Una hora más tarde se nos venía encima con las mejores intenciones. Felizmente, descargó á tiempo la turbonada, y envueltos en la lluvia volaba la embarcacion en popa, separándose de su rumbo en más de treinta millas.

Al amanecer nos encontramos muy cerquita de los cayos de las Doce Leguas, y tambien de la maldita cañonera, que nos habia seguido á pesar de la estratagema; pero nadie se alarmó, salvo mi personalidad, porque tomó el bote un canal con tres piés de agua, y la espesura del mangle cubria perfectamente la vela, evitando la puntería del cañon.

Dentro de los cayos, otra cañonera, que Dios confun-

da, nos dió muy malos ratos. Tres dias anduvimos á salto de mata, ó de cayo, arrastrando el bote por el mangle, para echarlo al agua en esteros conocidos sólo de aquellos prácticos, con los marineros españoles siempre á la pista, comidos de mosquitos de todos tamaños y descripciones, y sin comer en cambio, acabado el tasajo y la galleta. Mis babuchas quedaron en el fango; fué al agua la maleta, para aliviar la carga; pasé trabajos más que Persíles. Al fin, Muza, pisé tierra de Cuba y pude exclamar á mis anchas:

¡Dios es grande!

La epístola va siendo más larga de lo que creia y me propuse. Procuraré abreviar, que es vergüenza que habiendo encerrado en las setenta y siete mil seiscientas treinta y nueve palabras del Koran todo cuanto puede decirse nuestro Mahoma, ponga más un verdadero creyente para contar desdichas.

La playa á que arribamos se llama la Coroua, no léjos del rio Jobabo, y hasta el agua llega esa manigua que tanto deseaba ver. Segun las instrucciones de nuestro director de Jamaica, se encendieron tres hogueras, como señal, y quedando uno de los negros de centinela, buscaron los demas el necesario reposo, en tanto llegaban las fuerzas protectoras de la expedicion.

Era llegado el momento de admirar el genio de Quesada; no debia tardar en presentarse alguno de sus brillantes batallones, cuyo jefe se veria contrariado en su marcha por la exigüidad de los refuerzos. No sé por qué llamo expedicion á la nuestra. Por más que el truchiman de Jamaica le aplicára este pomposo título, lucidos

estuvieran los bambises, si como ésta fueran las que llegan todos los dias.

Tales reflexiones, con la impaciencia de mi carácter y los ronquidos de Wolf, dieron al traste con el sueño. Sentado á usanza marroquí, contemplé la exuberante vegetacion de Cuba. La manigua..... La manigua es ni más ni ménos un laberinto sin fin. Una masa de verdura, conjunto de árboles y arbustos-árboles, enlazados entre sí, entrelazados con bejucos, enredaderas, espinos de tanta variedad como ideára un botánico desocupado. Gran elemento de guerra es éste: no extraño ya que en esta tierra se necesite un práctico para llevar el pañuelo á las narices, que pasen miles de hombres al lado de otros miles, sin sospechar la presencia unos de otros. ¿Y cómo pasan? Abriendo camino á fuerza de machete. Duro es el trabajo.

El machete. Se concibe que sea instrumento indispensable en tales bosques, y que así se aplique á la guerra como á la agricultura; pero vamos á cuentas. Aquí está el que he comprado en Kingston. Una hoja recta, afilada como navaja, y con puño de cuerno. Puede servir para cortar una cabeza lo mismo que una rama, mas no veo que como arma merezca esa fama que le dan los cubanos. ¿Se harán la misma ilusion que mis paisanos con sus gumias, creyéndolas superiores á las bayonetas de los españoles? Buena demostracion tuvieron de su error. La bayoneta es la más terrible de las armas blancas, cuando está en buenas manos, y los españoles no han olvidado el manejo de las picas de Flándes. Tanta mayor gloria para Quesada, que ha ideado y orga-

nizado táctica superior á la de tan temida infantería.

Aquí llegaban mis reflexiones, cuando creí descubrir en la espesura un bulto que arrastrando avanzaba hácia mí. El color terroso y las escamas que me parecia distinguir, me indujeron á tomar aquello por un *majá*, es decir, por una culebra; pero el juicio de nuestro centinela debió ser otro, pues montando el rifle, gritó:

—¿Quién vive?

—¡Cuba libre! contestaron inmediatamente desde la manigua.

—¡Adelante! replicó el centinela.

Con lo que se adelantaron y aparecieron sucesivamente, no sin precaucion, hasta diez personas, verdaderos, legítimos, indubitables *mambises*, ni más ni ménos que el *Eau de Cologne* de Farinna.

El asombró embargó todas mis facultades. Entre aquellos diez hombres se contaban tres camisas y cuatro pantalones, por todo vestuario. Alguno de ellos lo habia simplificado á la cuerda de que pendia el machete. Un negro atlético era jefe de aquella *fuerza* que completaban tres blancos, dos mulatos y cuatro chinos. El primero lucia una carabina Spencer; los otros seis armas más de fuego: fusiles belgas, mosquetones llamados de Quesada y una escopeta de dos cañones. Machete, todos. Todos cabalgaban en escuálidos animales, ataviados en armonía con los jinetes. Un *lomillo*, albardon hecho de junco, cabezada de majagua, y pare usted de contar.

Y no eran aquellos hombres bandoleros, como hubiera juzgado cualquiera, sino soldados de la República

cubana, en el año tercero de su independencia, pertenecientes al batallon número no sé cuántos, mandado por Recio y guarneciendo las prefecturas desde Santa Cruz á Najaza.

Mi compañero Wolf, sin sorprenderse lo más mínimo, entabló conversacion con los recien venidos, orientándose de cuanto pudiera convenirle. Hé aquí lo que fuí aprendiendo, colocada toda la existencia en los oidos.

Nadie sabía el paradero de Céspedes ni ménos de la Cámara: de vez en cuando se oia decir que habia pasado por el potrero tal, ó el sitio cual.

Despues de las *dimisiones* de Quesada, de Jordan, de Goicuria, habia dimitido Agramonte, tomando pasaporte para el extranjero. Se suponia que llevaba una comision importante.

Por el momento era Generalísimo Cavada, el héroe de las Villas: todavía no habia conseguido encontrar al enemigo, pero tenía planes magníficos de la Academia de *West Point*, y miéntras llegaba la oportunidad de practicarlos, habia mandado quemar todo el Departamento. Ahora bien, como lo que en él quedaba eran las cercas de las fincas, se quemaban las cercas, fastidiando con ello por completo á los españoles.

Ryan era general de la caballería; se habia mandado hacer espuelas con cascabeles y daba gloria verle; sólo que una columna de gorriones le habia *robado* los caballos, y estaba meditando una táctica novísima de escuadron, en que se prescindia completamente de los animales por innecesarios.

Beauvilliers, general de artillería, habia tenido un

pequeño contratiempo. Otra columna de patones, la del Brujo (1), le habia robado los cañones, con el parque, los mulos, etc., etc., por la traicion de un mal cubano, que dijo donde estaban todas aquellas cosas.

A Bembeta le habian robado el caballo y el sombrero, el equipaje y la bandera.

¡Cuidado si son ladrones esos *Godos!*

Habia otros muchos generales que reñian á cada paso unos con otros, por si dije ó me dijiste buenas noches.

Andaban por los montes más columnas de españoles que mosquitos en manglar.

El batallon de Recio tenía 107 hombres; los demas algo ménos, porque no era tan buena la gente y cogia el olivo todo el que ponian de avanzada. En todo, seis batallones; pero eso sí, *á la campana.* Todos los dias daban batallas, y corrian tanto los españoles, que si un dia estaban en Saramaguacan, al siguiente iban á parar á Magarabomba.

No hay más que leer *El Cubano Libre* ó *El Mambí,* periódicos manigüeros, para aprender victorias. Si es en las Villas, en Manicaragua y en Guaracabulla hubo buena zurra: el general polaco Rolof hizo prodigios, si bien le quitaron el machete y los papeles. En Oriente andaba Holl haciendo de las suyas. Julio Peralta habia dado en Holguin una leccioncita á los voluntarios de Fray Benito (2), aunque tuvo veinte y tres muertos, por-

(1) El comandante Montaner.

(2) Sorprendíame que hubiera todavía conventos en Cuba y que un fraile mandase fuerzas españolas, hasta que más adelante

que los voluntarios eran cincuenta, y él no tenía más que cuatrocientos hombres. En fin, en el Camagüey hubo palos, en el Ciruelito, en Guaicanamar, Camajan, Caurege, Guásimos, Tucunú, Jigüey y otras acciones, todas memorables.

Ademas, veinte y cinco españoles que cayeron en Bonilla cortando forraje, fueron hechos picadillo. Más de doscientos guajiros ahorcados, porque los muy tunos se querian presentar al infame Gobierno; y como el vómito prieto, que es el gran patriota, está matando cada dia de ochocientos á mil catalanes, y no cabe duda porque lo dice *El Cubano Libre*, que es el periódico oficial, esto tiene que acabar muy pronto, y Cuba será libre. Cuando un pueblo quiere una cosa, no hay remedio; aunque viniera ese Torrequemada que dicen que ahora manda en España, sería lo mismo. Ya los cubanos le han enseñado los dientes en Barcelona.

Refiero, Muza, muy en extracto, todo lo que charlaron aquellos salvajes. Juzga de la impresion que yo sentia escuchándoles. No desplegué mis labios, encogiéndome de hombros cuando me preguntaron á dónde queria ir. Sentí que la musulmana gravedad recobraba en mí su asiento, y por la Montaña Sagrada juré en mi interior no estar por mucho tiempo en semejante compañía.

Al anochecer rompió la marcha la partida en busca del jefe Recio, para comunicarle el buen éxito de la ex-

---

supe que Fray Benito era un pueblo; y que tambien son verdaderos nombres geográficos los que citaba el noticiero, de los cuales suprimo algunos por disonantes.

pedicion. Caminábamos durante la noche, dormiamos de dia, comiendo un plátano aquí, carne sin sal allá, y á veces, Dios guarde á V. muchos años.

Al cabo de quince dias de peregrinacion, siempre dentro de la manigua, con frecuentes sustos y alarmas, pasando y repasando sitios de nombres imposibles, no habiamos encontrado un insurrecto para un remedio. Recio y los suyos debian estar de romería.

Alguna que otra mujer en ranchos del interior de los montes, al apercibir el movimiento de las ramas y sin esperar á conocer la causa, salia como alma que lleva el diablo, levantando el *túnico* más de lo que se acostumbra en circunstancias ordinarias, y dejando como presa de la manigua pedazos de la cola, greñas ú otras frioleras.

El Hércules congo estaba desesperado, sin saber qué hacer.

—José Ines, dijo al fin á uno de los mulatos de la partida: *bótate* del caballo y *ahoritica* mismo *te paras* en aquel mango *aguaitando* si vienen *los patusos;* no seas *sinvergüensa* y te duermas como el otro dia, porque *te guindo* como Dios pintó á Perico. Por aquí, añadió, ni de noche estamos seguros: por muy buena que sea la Sierra de Najaza ese cocuyu de todos los diablos (1) la conoce tan bien como yo. No hay que descuidarse.

—Soldaos, soldaos, dijo por lo bajo, confirmando la recomendacion, el que acababa de encaramarse en el mango. Ya están encima.

(1) Montaner.

—¿Por dónde vienen?

—Por el camino de Anton Blanco.

—*A juir*, señores, mandó el jefe.

—Pero, ¿cuántos son? preguntó el yankee, miéntras colocaba una cápsula en el Remington.

—Son cinco.

—Entónces, ¿por qué huir si somos doce?

Eramos, debió decir: blancos, negros y chinos, habian penetrado en la espesura, cada cual por su lado, sin hacerse repetir la órden, disparando las armas sin saber á dónde, y los dos compañeros de viaje nos encontrábamos como gallinas en corral ajeno, sin descubrir otra vereda que la que traian los soldados.

Miré al yankee: su fisonomía no habia sufrido alteracion: eligió con la vista el árbol más grueso, una palma, se parapetó con el tronco, sacó de una bolsa várias cápsulas, que puso en el bolsillo derecho del pantalon, y escuchó el galopar de los caballos.

No sé como vino á mi memoria en estos momentos una fábula que aprendí en la niñez:

Pedro Ponce, el valeroso,
Y Juan Carranza, el prudente,
. . . . . .

Imitemos á Carranza, es la moraleja.

Mi flamante Winchester fué á parar á lo más espeso que ví á mano: gané las ramas de una magnífica ceiba, sofocada por el ingrato jagüey, y me agazapé, dispuesto á observar lo que ocurriera.

—Por aquí sonó, dijo á poco rato un soldado español, penetrando valientemente en el claro, con cincuenta pasos de delantera á los otros.

Ví volar su sombrero por el certero disparo del *yankee*, y ví caer á éste á la descarga de otros soldados, que por la parte opuesta penetraban sin prévio aviso.

Aquí acabó la historia de J. J. Wolf. Dos balas le habian entrado por la espalda.

Es posible que los soldados conocieran despues detalles suyos, porque tan luégo como se reunieron en el descampado los doce ó quince que componian ambas secciones y hubieron reconocido y registrado mata por mata las inmediaciones, hicieron la misma operacion en los bolsillos del difunto, sin pararse en *dimes* (1) y diretes.

Todo iba perfectamente, á no haber tenido uno de los soldados el capricho de comer mangos.

Los soldados tienen diabólicas ideas.

Apoyando el cañon del fusil en la rama más baja del árbol, empezó á dar magníficas sacudidas, que produjeron el desprendimiento de la fruta deseada; pero abajo vino al mismo tiempo el mosqueton de José Ines, que por lo visto no estaba apercibido para aquel lance.

Sorprendido el soldado del desprendimiento, sin acordarse ya de su apetito, recogió el arma y escrudiñó con la vista, preparada la suya, la copa del árbol.

—¡Sargento Longinos! ¡Un sinsonte! ¡un sinsonte! gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

(1) Moneda americana.

—No le tires, dijo el sargento acudiendo: si es sinsonte cantará de lo lindo; pero como estos pájaros nunca andan solos, á ver, muchachos, si la pareja anda por ahí.

Con la nariz al cielo salieron entónces una media docena, y de nada sirvió mi intencion de incrustarme en el tronco. No habrian pasado cinco minutos, cuando oí debajo de mí:

—Oye, tú, ¿qué lámina es aquella que hay en la ceiba?

—Parece un cura: tiene balandran.

—¿Cómo ha de ser cura? ¿Pues no ves que gasta gorro catalan?

—Eso no es gorro catalan.

—Ahora sabrémos lo que es. ¡Eh! esperpento: abajo prontito, si no quieres bajar de cabeza.

Esta insinuacion me obligó á deslizarme al suelo, porque las alusiones á mi chilava de Tremecen y al gorro tunecino, no me dejaban duda de que se trataba de mi persona.

Sufrí un interrogatorio del sargento Longinos, y el correspondiente careo con José Ines, de donde resultó que á uno y otro nos pusieran codo con codo.

Sin embargo, observé que el sargento no me miraba con malos ojos. Longinos habia hecho la campaña de Marruecos, y mi traje y relacion, que me hizo repetir, despertaron su curiosidad. A cambio de infinitas preguntas, me comunicó que sus padres habian pensado hacer de él un obispo, y le habian puesto en el seminario de Leon, donde habia pasado resignadamente por

sermo, *sermonis;* pero que en *quis vel quid* habia encontrado dificultades supremas, y como al mismo tiempo llegára á las becas el ruido de las acciones del Serrallo y del Boquete de Anghera, se habia puesto de acuerdo con un compañero, y escurriéndose bonitamente una noche, habian ido á parar á Cádiz, donde sentaron plaza, siendo seguidamente destinados al regimiento de Borbon, número 17, y asistiendo á todos los hechos de aquel brillante cuerpo. En Tetuan habia aprendido á decir en árabe «buenos dias», con lo cual adelantó en este idioma casi tanto como en el latin. Pasó voluntario á Ultramar al final de la guerra: aprovechó desde el principio las delicias de la insurreccion, ganando los galones de sargento primero, con más, un chirlo de machete, el vómito negro, el cólera y unas tifoideas, á cambio de unos cuantos mambises que llevaba despachados.

Por epílogo contó Longinos que la columna del comandante Montaner, á que pertenecia, en combinacion con las de los coroneles Fajardo y Chinchilla, acababan una operacion de muy buen resultado, en que habian mordido el polvo una docena de cabecillas: se habian dispersado las partidas, y las tropas descansaban á una legua de distancia, abrazando las contraguerrillas un radio de tres.

Utilicé las buenas disposiciones del sargento para mi particular instruccion, observando, ante todo, que era buena suerte la de haber muerto doce jefes en un solo encuentro; mas segun mi interlocutor, esto no tenía nada de particular, porque era tanta la abundancia que en el campo rebelde hay de generales y coroneles, pre-

bostes y prefectos, gobernadores y ayudantes generales, que lo difícil sería tirar á un grupo de diez hombres y que no cayera un titulado. De dos meses á esta parte habia merma muy regular en los empleados militares y civiles de la república, y áun en los pretendientes á tales distinciones, que solian pagar un tanto caras, de modo que van ambicionándose con preferencia las plazas de ministros plenipotenciarios, embajadores, generales, ó siquiera coroneles de Nueva-York.

—¿De Nueva-York? pregunté al llegar aquí. ¿Qué hacen allí?

—Hacen la guerra, contestó muy formal Longinos. Dan grandes batallas en *Broadway*, en los *meetings* y en otras partes. Desde allí han tomado á Puerto-Príncipe, Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Las Tunas, Sancti-Espíritus, y no sé si alguna ciudad más. Cuando no hay otra cosa que hacer, dan batallas los unos á los otros, y se entretienen en escribir unas tres docenas de periódicos, que tienen otros tantos lectores, siguiendo la escuela de Manolito Gazquez, ó de cualquier otro embustero fanfarron si lo hubo mayor. ¡Oh! en esto dan diez y raya al que más despunte, y es divertido ver cómo sueltan bolas más que letras. Por supuesto, aquel caribe Hatuey que veneran, era un angelito comparado con los españoles, que se desayunan con media docena de chicos y cenan otras tantas viejas *sancochadas* todos los dias.

—¿Y quién dirige á esos señores de Nueva-York?

—No son señores, son ciudadanos. Tienen varios directores de orquesta, que desafinan más ó ménos, y nunca cojen el compas. El principal ahora es un tal Aldama.

—¿Es ministro, ó general?

—Es lo que aquí llaman un *guañajo*. Miéntras le duren los buenos pesos que reunió su padre, trabajando como *paton* que era, durará la cortesía. Cuando se acaben, le tratarán como á un badulaque.

—Muy enterado está V. de lo que pasa en Nueva-York, Longinos.

—¿Pues no he de estarlo? Ya he dicho á V. que el principio de mi carrera fueron las letras. Estoy suscrito al *Diario de la Marina*, que es grande y lo cuenta todo.

En esto llegamos á una *sabana*, que dominaba magnífico paisaje. A orillas de un arroyo acampaban fuerzas, que no bajarian de mil quinientos hombres, en cuatro grupos ó columnas separadas. Eran las que acababan la operacion combinada de que habló Longinos.

Pero no se diria que aquella gente llevára seis dias de marcha, á razon de ocho á nueve leguas. Habia grupos en que, al compas de música de gargantilla, se bailaba la jota ó la muñeira con un ardor envidiable. De otros salian con perfecta armonía los populares coros de Clavé. Los habia ocupados en la grave tarea de dar vueltas á un asador improvisado y en contemplar las variaciones de aspecto de un lechon y tres gallinas atravesadas. Trepaban unos por los cocos, buscando su fresco fruto. Algunos, despojados de la camisa, la lavaban en el arroyo. Dormian no pocos con la misma tranquilidad que en colchon de pluma, miéntras las avanzadas y prevenciones se mantenian al arma.

Era un cuadro digno de un gran pintor. ¡Qué variedad de actitudes! ¡Qué lujo de movimiento!

Este es el soldado español, hube de pensar. Siempre el mismo. Allí veo al castellano : ha adoptado en Cuba el coleto y las calzas, el chambergo y las botas. El color y la materia del equipo son distintos, mas la forma es igual á la que usaban *los poderes* del cardenal Cisnéros, como lo es su soltura y agilidad. Tíñase ese traje de rojo y de amarillo, y se verán los tercios viejos.

¿Y aquellos otros? ¡Ah! Los reconozco tambien. Son los almogávares. El mismo aspecto: la propia decision de aquellos de Grecia y Turquía. ¡Tal vez gritan todavía *desperta ferro*, en trances apurados!

¡Qué ejército el español! Los tiempos y los climas no ejercen influencia en sus condiciones. Podrán faltarle la paga, el alimento y el vestido: no le falta jamas el buen humor. Con tales hijos, cualesquiera que sean las vicisitudes que el Destino tiene á España preparadas, han de vencerse las adversidades y salvarse los naufragios.

Sería curioso medir la parte del mundo que no ha sido hollada por estos soldados.

—Diga V., sargento, ¿qué azules son aquellos que acampan al lado de las palmas?

—¿Cómo azules?

—Los que tienen pantalon, camisa y gorra azul oscuro.

—¡Ah! son los marineros del *Isabel la Católica.*

—¿Marineros aquí y á caballo?

—¿Y qué tiene eso de extraño? Forman la caballería de marina.

—Nunca he visto cosa parecida.

—Pues yo se la explicaré á usted.

Esos marineros tripulan un vapor grande, que está en Nuevitas, esperando á S. E. el Capitan General, y se aburrian soberanamente de esperarlo tanto tiempo sin hacer nada. Pidieron permiso para hacer una excursion de recreo en ayuda de sus hermanos del ejército, y S. E. se la concedió muy gustoso, aprovechando una operacion en que podrian tomar parte, para lo cual se trasladaron á la Guanaja con su comandante y oficiales.

Ya supondrá V. que no han sacado esos caballos de á bordo, aunque el *Isabel la Católica* tiene 500; pero al segundo dia de marcha tenian ya los suficientes para la contraguerrilla de vanguardia, que quedó organizada en el acto con acémilas y repuestos, y tan buen jaleo han dado á los animales, que han tenido que reemplazarlos tres veces.

Así han podido correr toda la sierra de Cubitas, atravesando el desfiladero más peligroso, y tomar de noche un campamento que el enemigo consideraba perfectamente seguro.

Por no ser largo diré á V. que han *baldeado* perfectamente la sierra, quitando de enmedio entre otras alimañas, al tristemente célebre Madriñales, antiguo bandolero, desertor de presidio, digno jefe de tan digna causa, que ha señalado con horrores sin cuento el mando del llamado batallon de Punta Piedra, ó sea partida de bandidos, que le habia conferido la República cubana.

La amena conversacion del sargento Longinos cesó en este momento con la llegada á las primeras avanzadas. Un momento despues daba al comandante Montaner cuenta del reconocimiento verificado, poniendo en su

presencia al mulato José Ines y á este pecador, que no las tenía todas consigo.

El interrogatorio fué muy largo; referí, sin omitir ni una coma, la historia de las tribulaciones que me habia ocasionado el deseo de conocer á los *mambises*, con gran risa y diversion de Montaner y de los oficiales que habian formado corrillo, siendo el resultado que me quitáran la cuerda que me aparejaba con el mulato, y me invitáran á la comida de la oficialidad.

No era el solo convidado: lo eran tambien un buen número de mujeres y de chicos, que en el mayor grado de miseria aparecian.

En los ranchos de la tropa habia asimismo muchas repartidas, siendo de ver cómo los soldados distribuian generosamente su racion, y con niños pequeños en los brazos, se cuidaban de alimentarlos.

—Puesto que interesan á V. los episodios *mambises*, me dijo Montaner, tengo el gusto de presentarle á dos oficiales que podrán contarle muchos. Aquí tiene V. al capitan Tizon, el que cogió los cañones; el que dió muerte á Ashby en combate personal, como á otros coroneles y jefes rebeldes, que ha tenido que atrapar como á raton con queso.

—Bonito nombre de guerra tiene. Sin embargo, en mi país le hubieran adjudicado ya un sobrenombre alegórico, como « el Leon astuto », ó cosa parecida.

—Este otro señor es el capitan Juarez. En la última operacion ha llevado á cabo dos sorpresas, cuya esencia referiré yo mismo, por si su modestia las calla.

Una madrugada llegó con cuatro contraguerrilleros á

un rancho del monte en que estaban concentradas várias familias. ¡Huyan, que viene tropa! les gritó desde léjos. ¿Dónde hay más gente para avisar? Ahí en el monte están los ranchos de Fulano y de Zutano, contestaron. Pues coja uno mi caballo y vaya á escape, que yo no sé el camino. Y efectivamente, un muchachon montó y sirvió de guia á los guerrilleros, que cogieron dos cabecillas.

Al dia siguiente supo, por una buena confidencia, que estaban reunidos jugando al monte en un bohío catorce titulados insurrectos. « Copo, ciudadanos, dijo entrando solo por la puerta.» La respuesta fué una descarga general á boca de jarro, que no le tocó ni la ropa, y como los guerrilleros habian rodeado previamente la casa, á esta señal refrendaron los despachos de los doblemente *manigüeros.*

—Con tales oficiales, expresé á modo de cumplimiento, debe hacer prodigios la columna.

—¡Bah, bah! el ejército español tiene muchos Juarez y Tizones.

—Lo que ahora quisiera saber es qué hacen aquí esas mujeres en tanta desnudez.

—Son familias presentadas en esta expedicion, que se han reunido para que esta columna las escolte á Puerto-Príncipe. El traje es el que se usa en *Cuba libre.*

—¿Y se presentan voluntariamente?

—Con toda espontaneidad. El primer movimiento, cuando se aperciben de la llegada de la tropa, es correr cuanto pueden. Los soldados no las siguen; se contentan con quemar los miserables albergues de guano que

tienen en lo más intrincado de la selva; con talar los platanales y los boniatos, y con poner á buen recaudo á los mocitos que encuentran adornados con un fusil. Entónces, sin intimacion ni aviso, vuelven las damas haciendo protestas de la violencia en que han estado, bendiciendo á los españoles generosos, y pidiendo cabalgaduras para acompañarlos á la ciudad, y alguna ropita, si es posible, para verificar la entrada. Por eso los soldados, tan gráficos en su lenguaje, hacen distincion entre las gentes que vienen, y á éstas las llaman *presentadas al lazo.*

Por lo demas, que ellas se encuentran perfectamente en la libertad, ó en la licencia en que viven, si V. lo prefiere, es indudable. Las que tiene V á la vista, no obstante los harapos con que en parte procuran encubrirse, son una parte de lo más aristocrático y soberbio del Príncipe. *Le beau monde* del Camagüey, como si dijéramos. Hace más de un año que salieron de la ciudad, con lo puesto, como quien va de romería, y con lo puesto continúan, habiendo rodado primero de finca en finca, miéntras las hubo, y despues por la manigua, que es gran remedio para todo.

—Piedra que rueda no cria moho, dijo sentenciosamente Tizon.

—El sol va cayendo, y miéntras las damas se acomodan, pasa rato, interrumpió el jefe. Veo que las otras columnas se disponen á emprender la marcha para sus destinos. ¡En marcha tambien nosotros!

La tarea de instalar á unas doscientas mujeres en carretas, en volantas, en caballos, en cuanto se encontra-

ba á mano, fué realmente prolija. Empezó el movimiento al anochecer, y era de ver la paciencia con que oficiales y soldados sufrian impertinencias. Una decia lastimeramente que era inhumanidad ponerse á caminar con luna. Otra se quejaba de que su caballo no tenía paso. Una tercera pedia que la columna volviera al campamento, donde habia dejado la cotorra. Si tropezaba un buey, gritaba una docena. Si se oia un tiro en el flanqueo, gritaban todas, y los chicos no necesitaban de estos motivos para gritar constantemente.

Aquello era una algarabía infernal.

Y á todo acudian aquellos pacientes soldados, subiendo á unas y bajando á otras; cargando á cuestas los chicos; repartiendo así agua y galleta como consuelos y chistes.

Las seis de la mañana serian cuando se tocó *alto* para descansar y preparar los ranchos. El lugar escogido era un ingenio incendiado y solitario, muestra patente del paso civilizador de los rebeldes; pero áun quedaban allí frutales y ganado, que con el repuesto de las acémilas, ofrecian la perspectiva de un buen almuerzo, precursor de mejor sueño.

Miéntras lo preparaban, no el sueño, volví á la serie de mis preguntas, que esta vez satisfacia un teniente, natural de Santiago de Cuba, guapo chico, y más que guapo, listo. Dos cruces rojas del Mérito llevaba sobre el corazon, que decian bastante de sus condiciones militares.

—Creia yo, le dije, que todo los cubanos estaban en el campo insurrecto. Así lo he visto repetido en los pe-

riódicos, que pintan el levantamiento general de la isla contra los españoles.

—Ya supongo en qué clase de periódicos haya usted podido encontrar semejante noticia. No hay medio que no crean santo y bueno para sus fines, y éste es uno de los que han puesto en juego desde un principio. La insurreccion ha sido hecha por cubanos; en esto no queda duda, mas no por todos; los más la han anatematizado, porque no podia ocultárseles que no es guerra de independencia la que se hace, sino guerra social y salvaje contra el cristianismo, la propiedad..... en una palabra, contra la civilizacion. No diré que no haya entre los insurrectos personas de mérito y de buena fe; pero sí que éstos componen una exigua minoría. Como en toda revolucion, iniciada ésta por ambiciosos y descontentos y fomentada por las sociedades secretas, se ha ido más allá de lo que pensáran los promovedores; los hombres de mayor energía y despreocupacion se han sobrepuesto á los que idearon imprimir al movimiento una marcha razonable de reformas, viniendo al fin á imperar en el campo personajes que habian derrochado buenos capitales levantados por sus abuelos, y que, arruinados por los vicios, eran perseguidos judicialmente por deudas, estafas, y áun cosas peores.

A estos hombres se agregaron una falange de médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, caballeros de industria, algunos ociosos, corto número de ilusos, dominicanos, venezolanos y mejicanos que querian hacer paréntesis al hambre; la juventud de las escuelas, que si es levantisca y entusiasta en todos los países del mundo,

en éste venía sufriendo una propaganda de muchos años, y aquí tiene V. la insurreccion.

Por el tiempo del alzamiento no habia en Cuba soldados, ni las ocurrencias de España permitian considerar la importancia que pudiera tener. No la tendria, á no haber coincidido aquellos sucesos. Los campos estuvieron abandonados, algunos, como los de este Departamento, por más de un año, y su gente sencilla é ignorante como ninguna, creyó como el evangelio cuanto le contaban, enseñándoselo escrito en letras de molde. Que los españoles eran antropófagos, ó poco ménos; que habian sido arrojados de la isla, y que en lo sucesivo, en ella, ni pagarian contribuciones ni harian otra cosa más que lo que de su voluntad fuera.

Esta buena gente se acostumbró pronto á tomar el caballo y el buey que veia, como propiedad comunal, si no era procedente de algun pícaro *paton*, á casarse en la manigua, á saludarse mutuamente con el título de ciudadano y á llamar *Cuba libre* al agua con azúcar.

Esta es la insurreccion, exactamente bosquejada. No busque V. en ella los cubanos de distincion, sea ésta por nacimiento, capital ó inteligencia; la generalidad, los más y los mejores, como ántes he dicho, están en frente.

Por ello no transigimos con que se hayan apropiado el nombre de *Cubanos*, y para la necesaria distincion será preciso que nos apellidemos en lo sucesivo hispano-cubanos, dejándoles en completa libertad de denominarse á su vez cubano-mambises ó como gusten.

La distincion es tan necesaria, que ya, por la fama

adquirida en Nueva-York, les han aplicado una, colocando en los hoteles rótulos que dicen :

SE ADMITEN ESPAÑOLES DE ESPAÑA.
NO SE ADMITEN ESPAÑOLES DE CUBA.

—¡Cómo! ¿A pesar de los consabidos periódicos?

—Probablemente por los mismos periódicos. Mas no es sólo en Nueva-York donde se publican : los hay en Mérida y en Veracruz, en Santo Domingo, en París y en el mismo Madrid.

—¡Hombre! eso ya es mucho. ¿Cómo se consiente que en la misma capital de España se insulte á España?

—¡Psh!... hay libertad de imprenta.

—¿Libertad para ajar la dignidad de un pueblo? No entiendo de esto; pero si las leyes fueran tales que impidieran al Gobierno obrar como lo haria el del emperador mi amo, no sé cómo el mismo pueblo lo consiente. Amplias son las libertades en esos Estados-Unidos, tan cacareados, y más de una vez se ha visto salir á la calle, por la ventana, el director, redactores, formas, cajas y hasta el regente de la imprenta de algun periódico. En Madrid mismo creo que ha sucedido una cosa parecida no hace mucho tiempo.

—Así es, aunque por distinto motivo.

Interrumpió esta discusion el almuerzo, interrumpido tambien por el sargento Longinos, que, la mano en el sombrero, se acercó á Montaner participando se veia un grupo como de cien *mambises*.

—La de siempre, dijo aquel jefe; han olido familias,

y tratarán de embromarnos aprovechando la magnitud de la impedimenta para molestar la retaguardia. Observó un momento en pié los accidentes del terreno y la direccion del enemigo, y adoptando resolucion, siguió:

—Capitan Juarez, tome V. veinticinco hombres y vaya por dentro de la manigua á emboscarse en aquel recodo de la izquierda.—Usted, Tizon, con cuarenta caballos de la contraguerrilla, tome una media legua de rodeo y vaya á salir por detras del cayo del monte, donde seguramente quieren apostarse. Los demas que sigan almorzando.

Para confirmar esta última parte de la órden volvió á su puesto, y continuó haciendo los honores á los platos con el apetito que da una noche de marcha.

Sonó una descarga. Despues otra.

A la primera saltaron como por máquina los soldados, alistando las armas y caballos y fijando la impaciente mirada en su jefe. Este, impasible, pidió el café, reprendiendo al asistente, que padecia distracciones desde el momento en que marcharon las fuerzas.

Las mujeres se habian alborotado, y esta vez nadie se cuidaba de ellas; pero la expectativa no fué muy larga. Tizon y Juarez vinieron á ocupar su sitio, como si tal cosa.

—¿Qué hubo? preguntó Montaner.

—Cayeron nueve y los demas se dispersaron; pero ahí vienen dos sinsontes que nos dirán qué partida era ésa y á dónde iba. No suelen ya encontrarse con tanta gente.

—¿Son así las batallas de esta guerra? interrogué al Comandante, miéntras los otros daban ocupacion á los dientes.

—Casi siempre. En un principio elegian los mambises magníficas posiciones, construian trincheras formidables ó fortalezas formales, como la del Asiento, empleando en ello muchos dias y muchos negros para abandonar las obras en pocos minutos, por regla general, si bien hubo excepciones, como la de Palo Quemado el 1.º de este año, en que nos costó mucha sangre tomar una. Despues han dejado este sistema y el de toda resistencia. Lo difícil ahora es darles vista y, mucho más, alcance.

—¡Cobardes cubanos! murmuré entre dientes.

—Cobardes mambises, querrá V. decir. Los cubanos no son cobardes. Cubanos son, en más de la mitad, los que componen esta columna; cubanos en totalidad, los regimientos de la Habana y de Guines, que tanto se han distinguido en la campaña; cubanos, los voluntarios de Holguin y de Colon y de tantas y tantas partes, regadas con su sangre generosa hasta alcanzar el renombre de que gozan; cubanos, muchos jefes y oficiales del ejército en todas las armas. Los mambises son cobardes, porque no cabe el valor en malas causas cuando la conciencia arguye contra el brazo. Son cobardes, porque jefes de las condiciones que ya V. conoce no pueden inspirar confianza; gracias á que inspiren temor á los que mandan.

Nada me atreví á contestar: estaba perfectamente conforme con tales apreciaciones.

Desde allí nada ocurrió notable hasta la llegada á Puerto-Príncipe, donde fué recibida la columna con música y vivas, acudiendo inmenso gentío, ya á buscar entre los presentados, parientes, amigos ó noticias del

campo, ya meramente por curiosear á las recien venidas, que no estaban muy conformes con exhibirse en aquel pelaje, por más que hubieran hecho conatos de *toilette* en el camino.

He dicho, Muza, que no estoy para descripciones. Vi despacio la capital del Camagüey; dijéronme á qué estado se habia visto reducida cuando llegaron á bloquearla los insurrectos, y la diferencia que va de ayer á hoy, muy distinta de aquella que lo enseñaba á las flores. Todo esto debe importarte poco, y me importa á mí mucho dar fin á esta carta, que va picando en historia. A no ser así, te diria algo de la cintura de fuertes, tan fuertes como bonitos, que el ingeniero cubano Portuondo dirigió y estableció para consuelo de laborantes y espanto de volanderos insurrectos. Bástete saber que la torre de la Merced, aquella que derribó Ignacio Agramonte con el disparo de un cañon de montaña, situado á nueve kilómetros de distancia, continúa asomando la cúspide por encima de las otras torres, y que tiene trazas de retar por muchos años á las turbonadas, algo más temibles que los cañones de Ignacito.

Al grano.

Debes suponer que no habiéndose logrado mi deseo de conocer personalmente al gran Céspedes, habia de pretender ver siquiera al Caballero de Rodas, que si no *tan grande*, es, al fin, gobernador de esta ínsula, y me es familiar de nombre desde la campaña de Marruecos.

Observé que no habia guardia ni más de un ordenanza á la puerta de su casa, estando en el centro de la guerra. Supe que paseaba á pié por todas partes; que

era accesible á las viejas y á los negros, dos plagas capaces de tentar la paciencia de Job, y todo ello me animó á presentarme, sirviéndome de introductor el mismo Montaner.

Me recibió afablemente, diciéndose enterado de una parte de mis aventuras, y aunque no tengan el interés de las del jóven Anacársis, le hice completa relacion, que escuchó complacido.

—¿Desea V. todavía más datos de los mambises? me dijo.

—Muchos he reunido, contesté, pero no son los suficientes.

—Pues voy á dar á V. cuantos pudiera apetecer. Hace pocos dias que han ocupado las tropas los archivos de la Cámara, de Agramonte, de Manuitt, de Bembeta, de Madriñales, con más un número crecido de papeles de otras procedencias, que forman la historia completa de la rebelion desde su cuna.

—¿De modo que puedo ver á los *mambises* pintados por sí mismos?

—En la habitacion contigua puede V. ver su pintura y su proceso.

Pasé. Allí habia un ayudante, con graciosos hoyuelos en la cara y trazas de escupir por el colmíllo, pero fué conmigo extremadamente obsequioso y amable, habiendo oido la órden del General.

—Vaya, Sr. Moro, me dijo, llevándome á una mesa literalmente cubierta, aquí tiene V. donde divertirse.

Habia allí papeles de todas formas, tamaños, colores y figuras, y áun escritos en hojas de plátano ó yagua, in-

dicando la escasez de recursos de la *república;* colecciones de periódicos *mambises;* libros y cuadernos copiadores de órdenes y cartas; un mundo, en fin, de documentos, perfectamente ordenados por materias y fechas.

—Aquí tiene V. lo más fresquito, prosiguió el Ayudante, señalando un legajo. Esta es la correspondencia cogida á los filibusteros del *Upton;* pero puede V. elegir cualquier otro; no hay nada de desperdicio.

Arrellenado en un mecedor, tomé el paquete indicado, y tiré al azar de una carta, que resultó ser de mujer.

« Me parece muy bien, decia, esa religion espiritualista que me explicas. Me gusta, porque la describes tú; pero has de tener entendido que nací católica y católica he de morir. No cabe en mí alteracion en esta materia.»

Alah bendiga á esta niña. Tuvo la desdicha de poner su amor en un... en un renegado, éste es el nombre apropiado del individuo que pretendia que apostatára la mujer de su eleccion! Digno viajero del *Upton.*

Otra carta. Despedida á los padres.

«Voy en una expedicien arriesgada. No se sabe dónde desembarcarémos, ni si habrémos de rodar hasta que quiera el diablo. El diablo, digo, porque ya sabeis que Dios es para mí cero á la izquierda.»

¿Sabe V. que, para piratas, no se explican mal estos señores?

— Por qué?

—Porque veo que han suprimido á Dios.

—No han sido ello los supresores, sino el Gobierno de *Cuba libre.* Aquí hallará V. más de una prueba. En los primeros tiempos del levantamiento hubo una grave

discusion sobre si habia ó no de adoptarse la fórmula «Dios, Patria y Libertad» de otras repúblicas americanas; pero se acordó poner P. y L. en los documentos oficiales, y como sin Dios no habia para qué tener córte celestial, se acordó tambien que si una finca se llamaba Santa Tecla, se registrase como Tecla en lo sucesivo, y el individuo apellidado Santander, fuera conocido por Tander á secas.

Esta regla se ha seguido tan al pié de la letra, que un sub-prefecto Varela, fusilado en Puerto-Príncipe, dijo al capellan que procuraba exhortarle, «que le dejára tranquilo con su Dios, pues que ya era viejo para andar con mojigangas.» Goicuria arrojó el crucifijo que le presentaban. Agüero expuso que no creia más que en la materia.

—No quiero más *Upton*, señor Ayudante; me repugna lo que he visto.

—Pues áun hay cosas mejores y de distinta índole; pero es igual. Ese paquete contiguo contiene órdenes de Quesada, Jordan, Agramonte, etc.

—Veamos.

—Orden. Que cuarenta libertos vayan á moler al ingenio A.

Otra. Se envien cincuenta libertos al ingenio B.

Otra. Treinta libertos al ingenio C.

El sub-prefecto del Zanjon consulta si se ha de dar algo de los frutos á los libertos, como trabajo del domingo.

Contestacion. Los frutos y el trabajo pertenecen á la República.

Circular. Que se ha visto con sorpresa que los libertos y libertas forman campamento y viven á sus anchas sembrando tabaco y viandas. Que se les persiga y se hagan caer sus cabezas para que no las levanten (1).

—¡¡Canastos!!

—¿Que le pasa á V., Vargas?

—¿No habian dado los insurrectos libertad á los esclavos?

—Sí; por eso verá V. que los llaman libertos.

—Precisamente, mi asombro consiste en que esa libertad se parece mucho á la de Fez.

—Ya quisieran los pobres negros. Siga usted, siga usted.

Circular.—Que á todos los que tengan oficio de platero *se les obligue* á ir al Horcon de Najaza, para fabricar cápsulas para la República.

Otra.—Todo el que sea zapatero, pase á los talleres á trabajar para la República.

Otra.—Todos los que tengan oficios, formen una brigada que se llamará de artesanos y trabajará para la República.

Aguilera, jefe de los talleres, consulta que, si fuera posible dar medio peso en papel, por semana, á cada obrero, se estimularia el trabajo,

Contestacion.—El trabajo es un deber en todo ciudadano.

Reclutamiento.

---

(1) Nada de esto es invencion. Los documentos de donde se ha extractado todo, existen en poder de nuestra primera Autoridad.

Se obligue á tomar las armas á todo ciudadano soltero de 18 á 50 años.

Se obligue á tomar las armas á todo ciudadano, soltero ó casado, desde 18 á 50 años.

Se obligue á tomar las armas á todo ciudadano.

—Ajá; esta última es más breve y me gusta más.

—¿Qué está V. refunfuñando?

—Nada; es que ya comprendo la abolicion de los esclavos negros. Todos han quedado iguales; lo que han abolido realmente es la libertad.

Legajo número 3.—Ordenes militares.—Proyecto de Jordan para tomar á las Tunas, sin disparar un tiro.

De como se perdió una bandera, por *haberla dejado olvidada.*

De cómo se perdió la fortaleza del Asiento, por ineptitud del Gobernador.

—Esto no me divierte. A otra cosa.

Legajo número 4.—Ordenes de Ignacio Agramonte.

Que se coloquen torpedos en el ferro-carril.

Que se vuele el ferro-carril de San Miguel.

Que se destruya el ferro-carril, aprovechando las noches de luna y los sitios á donde no alcance la vigilancia de los españoles.

Que se arruinen los puentes del ferro-carril.

—¡Qué amor tiene Ignacito á las vías férreas!

Que se ahorque á los prisioneros A. B. B.

Que se ahorque á los desertores F. G. H.

Que se ahorque á los CC. M. N. P. que trataban de presentarse.

—¡Bravo!

Que se *descompongan* las aguas del pozo de Sabana Nueva; que remitan gran cantidad de *material* para descomponer otras, y que se corra la voz de que las han envenenado los españoles.

— ¡¡Magnífico!!

—¿Se entusiasma usted?

—Voy apreciando á Agramonte.

—No; ni por ese legajo, ni por los nueve copiadores de órdenes suyas que siguen, lo conocerá V. bastante. Es preciso, para ello, que examine V. aquel otro de cartas particulares y el copiador de las suyas.

—Me decido por ellos.

«Angel mio...»

—¿Esta es para una mujer?

— Para la suya.

—Cuenta que colocó torpedos bajo la vía, pero que desgraciadamente no hicieron explosion. Que se emboscó entónces á ambos lados del camino, é hizo fuego sobre el tren. Que eran de oir los lamentos de las viajeras que pedian retrocediera el tren... ¡y esto se lo cuenta á su mujer!

—Vea V. las que dedica á la cosa pública.

Muchas hay. Examina los hombres de la revolucion... buen juicio le merecen.

En éstas conspira.

—Sí, sí, comprendo que no hay más hombre que él, en su creencia, capaz de grandes cosas.

—No necesito más. A otro legajo.

—Aquel es de cartas de varios.

—Observo que hay muchos parientes en esta revolu-

cion. Todas estas cartas empiezan con la misma salutacion: « Mi querido hermano: mi estimado hermano.»

—Sí, pero son hermanos con tres puntos. De eso habria mucho que decir: no se ocupe de tales pequeñces.

—Tambien observo que abusan un tanto del *Cuba libre.*

—¿Abusar? Nada de eso. Usan ni más ni menos que nosotros. Cuando los soldados ven persona desnuda, dicen que está á la moda de *Cuba libre.* Si pasan cerca de un perro muerto, exclaman, tapando la nariz: ¡Que huele á *Cuba libre! et sic de ceteris;* de modo que la frase no es suya exclusivamente.

—¿Quién es éste que se firma Arquitrave?

—Es el apelativo masónico del Gobernador del Camagüey. Buen pájaro.

—Lo veo. Tambien conspira contra *sus hermanos.*

—¿Y J. R. S.?

—Excelente sujeto. De él cuentan historias en Puerto Príncipe, que ponen el cabello de punta.

—No quiero ver más.

— Sí tal. No ha fijado V. la vista todavía más que en muy pequeña parte. Este legajo es el de dimisiones, retos, recriminaciones, insultos y otras frioleras. Este de colecciones de periódicos, con las leyes votadas por la Cámara.

—Nada, nada: no leeré mas.

—Mire V. que hay una soberbia epístola sobre los lechones.

— Repito, Sr. Ayudante, que no veré más. Tengo bastante.

Decia bien el General: los mambises han hecho su pintura y su proceso.

Sí, amigo Muza, ya los conozco bien. Con tendencias africanas, consideran dominacion la española, y solicitan papel para cambiar de amo, y hablar el rico *yankee*, pero no quieren Dios ni religion, pudor ni órden, poblaciones ni fincas... Pretenden volver á Cuba al primitivo estado en que la halló Colon para ser indios.

Están cumplidos mis deseos. Me vuelvo á Mequinez.

Alah te guarde.

EL MORO VARGAS.

FIN DE LA GUERRA DE CUBA.

LA COCINA DEL QUIJOTE.

LA COCINA DEL QUIJOTE.

Disertacion científico-histórico-filosófica de un aprendiz de literato.

ENDEREZADA AL HONORABLE DOCTOR E. W. THEBUSSEM, MAESTRO INSIGNE.

I.

« *El Quijote* habla con tanta claridad al entendimiento y al corazon, tiene tan profundo sello de evidencia, que no necesita comentarios. Los ha tenido, los tiene y los tendrá más que otro libro alguno, sobre todo en España, donde el *cervantismo* ha llegado á ser una manía para algunos, y para otros una devocion con su Dios y su culto.»

Esto decia una Revista ilustrada de Madrid al dar cuenta de la manera inusitada con que en este año de gracia se ha celebrado en toda España el aniversario del fallecimiento del príncipe de los ingenios, cumplida la profecía de ser *El Quijote* el libro más leido entre todas las obras maestras producidas por la civilizacion europea, incluyendo las de la antigüedad romana y griega.

«Mucho se ha escrito acerca de Cervántes y de sus obras, decia tambien don Adolfo de Castro en la misma ocasion»; mucho más aún queda que escribir, aplicando lo que del Dante ocurria á Miguel Angel:

Quanto dirne si dee non si puo dire.

En efecto, aparte los comentarios generales, las controversias y los escritos varios relacionados por el erudito don C. A. de la Barrera en la *Crónica de los cervantistas*, cuéntanse entre los estudios especiales de los conocimientos que resaltan en las obras de Cervántes á Rementería, *Coleccion de pensamientos;* Fernandez Morejon, *Bellezas de medicina práctica;* Navarrete, *Mérito poético;* Capmani, *Mérito literario;* Caballero, *Pericia geográfica;* Sbarbi, *Cervántes teólogo;* Fernandez, *Cervántes marino;* el doctor Thebussem, *Cervántes y lo verde*, *Las farsas del Quijote* y *La almadraba de Zahara;* Martin Gamero, *Jurispericia de Cervántes*, *Recuerdos de Toledo* y *La ilustre fregona;* Tubino, *El libro de Cervántes*, que abraza muchos otros estudios, y áun se anuncian más del señor Haes y otros literatos que se honran honrando al *regocijo de las Musas.* Y no sólo las obras de éste, todas las que en ella criticó ó citó de otros autores, hasta las de Caballerías expurgadas por el Tribunal del Cura y el Barbero, son buscadas con diligencia, pagadas en alto precio, leidas y comentadas tambien, siquiera no tengan otro mérito que el de haberse librado del olvido por la mencion de juez tan estimado. Lo propio que con los escritos sucede con los monumentos que la ley destructora del tiempo ha res-

petado: no tan sólo las casas que albergaron al *manco de Lepanto* son visitadas, distinguidas y señaladas á la curiosidad pública; las que hicieron papel en sus novelas, como el palacio de los duques de Pedrola, el meson del Sevillano, la casa del alcalde Medrano, son reproducidas por el lápiz y la cámara fotográfica al igual de la pila de bautismo, las estatuas, medallones y cuadros que tienen relacion con el gran genio alcalaino.

No ha faltado quien estime exagerados y hasta ridículos los homenajes tributados al buen soldado de Nápoles por la generacion presente, como si no fueran de todos modos preferibles al olvido y desconocimiento en que la suya y las siguientes le tuvieron. Es la locura del hidalgo de Argamasilla, dicen, que así como contagiaba á los testigos de sus sandeces, se comunica á los lectores del dia, nuevos Quijotes, si no Panzas. Es la monomanía quijotesca, enfermedad que deberia estudiarse en las clínicas, ya que produce un culto pagano. Es el absurdo que pretende hacer á un hombre omnisciente y que lo dibuja médico y poeta, músico y marino, cocinero y teólogo. *De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco*, y muy léjos de ser admirable que un hombre que supo distinguirse por sus escritos, tuviera conocimientos generales de filosofía, de historia y geografía, de música, jurisprudencia y física, es lo más natural, pues que sin estos y otros conocimientos anexos á una mediana instruccion, no se hubiera elevado sobre el nivel del vulgo, ni pasáran de vulgares sus escritos.

Vamos poco á poco: estos razonamientos de los críticos de mal humor no son ménos exagerados que lo

que por exageracion combaten. Nadie ha pretendido que Cervántes fuera omnisciente: á ninguno ha ocurrido decir en absoluto que fué consumado en determinados conocimientos; lo que todos han procurado demostrar, teniendo en cuenta el estado de ilustracion y de cultura del tiempo y de la nacion en que floreció nuestro hombre, que es la base indispensable para que el juicio sea tan recto é imparcial como conviene, y despues de examinar su vida, sus recursos y sus relaciones, es que profundizó más que otro alguno utilizando el privilegiado talento de que por la naturaleza fué dotado; es que, si no en todos esos conocimientos, en muchos de ellos penetró verdades oscurecidas para sus contemporáneos; es, en una palabra, que se adelantó á su época, por privilegio reservado al genio. Todos los estudios que en este concepto se han hecho son, por tanto, de utilidad, ademas de servir de testimonios de la ilustracion de sus autores y de desagravio al que olvidado de los suyos está hoy en la memoria de todos. En esas monografías se encuentran noticias históricas de interes, datos científicos de importancia, curiosas observaciones, comparacion de tiempos y de papeles que muestran el camino progresivo del saber humano, instruccion y entretenimiento útil, si no para los críticos indigestos, para muchos que aman la literatura cervantina, y estímulo para todos, que no mejor medio cabe imaginar para ello que el contínuo homenaje á los que lo supieron merecer. No disputaré que lo que se hace con Cervántes no pueda igualmente hacerse con Schiller y Dante, Goëthe, Shakespeare y algunas otras lumbreras de edades antiguas y medias: á

cada cual lo suyo, pero no considero que esto sea razon que impida á los españoles enaltecer con preferencia aquello que con razon les regocija.

Bien venidos sean libros como la *Pericia geográfica* del señor Caballero y como las *Cartas Droapianas* de ese tudesco loco de atar que tan buenos ratos proporciona á sus lectores. Bien venidos sean todos los que procedan de esa cofradía singular que tiene ya periódicos cervánticos, que consigue la solemne celebracion de aniversarios, que trata de fundar cervánticas academias, de conservar monumentos, de erigir otros nuevos, y que tengo para mí que en todo ha de salirse con la suya; es decir, con su locura. Vengan folletos más que moscas y examínese al *manco sano* de música y de pintura, de equitacion y de cocina, de agricultura y química. Digan otros lo que quieran, á don Fermin Caballero me atengo cuando expresa: «Literatos de primera nota han hecho ya su anatomía (del Quijote), que todo cuanto tiene relacion con el libro por excelencia es asunto digno de españoles castizos y objeto de entusiasmo para los que idolatran las glorias nacionales.» El castizo y el literato descartaré yo en los fundamentos que á guisa de proemio me van sirviendo para adicionar un artículo más á la muchedumbre de los *quijotescos*, anticipando que así como no es el primero, ni ha de ser el último, no será bueno como los anteriores citados, pero tampoco serio. Con todo, no ha de hacer desaguisado á nadie.

II.

¡Idea del mismísimo demonio es considerar á Cervántes cocinero!

No hay por qué escandalizarse todavía, lector piadoso: aunque el arte de Apicio sea tan bueno como cualquier otro y haya producido eminencias y reputaciones, no trato, por ahora, de presentar al autor de *El Ingenioso hidalgo* con mandil y gorro blanco, aunque vestírselo pudiera sin desdoro. Alejandro Dumas (padre), que es sin disputa una celebridad del siglo XIX, no desdeñaba la alba sobrevesta *coquinaria*, refiriendo las crónicas parisienses que más de una vez, anfitrion, se presentó con ella á sus convidados, estimando en más los elogios que dirigian al *beefsteak* de su personal composicion, que los que le valiera su novela de *Los tres Mosqueteros*, aunque en ella y en otras desarrollára las teorías gastronómicas que con tanta perfeccion y gusto sabía practicar. Brillat Savarin, notabilidad de otro género y gran autoridad en la materia, *funcionaba sobre el campo de batalla*, segun su expresion, ó lo que es lo mismo, preparaba en presencia de sus amigos las famosas *congeladas* con que los regalaba. Pero, ¡que mucho! Aquíles, el invulnerable Aquíles, si hemos de dar crédito á Homero, agasajó con heróico festin aderezado por sus divinas ma-

nos á Ulíses, Ajax, Fénix y Automedonte, en cuya presencia manejaba el cuchillo y la cacerola con sin igual desenfado.

¿Quién será el santo varon que afirme que, no ya por placer ó ceremonia, más por necesidad, no llegó el caso de que aquellas manos de Cervántes, que así honraron la pluma como la espada, y que hubieran enaltecido el remo á no estar estropeada una de ellas, hicieran más de un arroz en cazuela en el campamento, la peregrinacion ó el cautiverio?

Repito, sin embargo, que no es mi propósito estudiar la pericia del autor de *La Ilustre Fregona* al frente de un fogon. Tampoco pretendo examinar sus conocimientos gastronómicos, idea más delicada, que me llevaria por precision al análisis de todas sus obras; me contento con hacer en las alforjas de Sancho el viaje de ida y vuelta desde Argamasilla á Barcelona, viaje cómodo que me basta para pasar revista á *La Cocina del Quijote* y que espero ha de calmar la susceptibilidad nerviosa de los que hayan temido tiznarse con la grasa que destile este papel. Una cosa es cocinar y otra escribir de cocina; si por excepcion guisaron y escribieron Beauvilliers, Carème y Plumery, alcanzando por lo mismo juntos los títulos y laureles de artistas y de sabios, lo general es que artistas y literatos de cocina sean tan distintos y separados como apartada anda por lo comun la espumamadera del tintero. Los que por la primera han entrado en el templo de la inmortalidad son muy contados, tan difícil y severo es el juicio de los dioses y de los hombres en la materia; por la pluma son más las celebridades,

verdad es que literatos de cocina han sido los más de los escritores antiguos y modernos, sin sospecharlo muchas veces. «El fin de las acciones del hombre, y el objeto de cuantos trabajos, empresas, inventos y descubrimientos acomete, constantemente dan por último resultado el comer. La historia filosófica del arte culinario compendia perfectamente los anales del género humano. En ella puede encontrarse la explicacion natural de las causas que han presidido al formarse las sociedades, al elevarse ó derruirse los imperios, los orígenes y progresos de la filosofía, letras, artes y leyes (1).»

Si yo fuera erudito, una ligera excursion por la Mitología y por la Biblia me proporcionaria sobrado material para hacer patente que Virgilio y Homero, Moises y San Juan Evangelista fueron escritores de cocina, ni más ni ménos que Mery y Alfonso Karr, mas la proposicion me parece demostrada con la cita anterior, que es de competente autoridad, sin acudir á Gasterea (2) ni á las codornices del Desierto. Gracias á los historiadores más sesudos desde Herodoto y Xenofonte hasta César Cantú, sabemos las habilidades de Lúculo y Vadio Polliono: gracias á los historiadores y los poetas, porque éstos se han inspirado siempre en los placeres de la mesa, se conservan recetas y procedimientos inapreciables, como testimonio de que treinta siglos de guisados separan á Cussy de Apicius. Hay que reconocerlo; escribir de co-

(1) El Conde de Rodalquilar.

(2) Sabido es el descubrimiento hecho por Blasco en *El Jóven Telémaco*, de que Calipso se desayunaba con chocolote y tostadas.

cina equivale á ocuparse de la más imperiosa é ineludible entre las indispensables necesidades á que la humanidad está sujeta, que es la de comer.

De espíritus irreflexivos es considerar nonada ó cosa baladí la literatura de cazuela. « La cocina y la literatura no son tan opuestas ni extrañas entre sí, como generalmente se piensa. La mayor parte de las metáforas empleadas al tratar del estilo están tomadas del sentido físico que en nuestro paladar reside. El *gusto* legisla en literatura, lo mismo que en las comidas. Empleamos la palabra *picante* para expresar lo que nos llama la atencion en cualquier género. Decimos que tienen *sal* las comedias de Tirso y de Molière, que son *desabridas* ciertas obras del teatro, y el término *farsa* (entremés ó sainete) se deriva de la voz francesa *farce*, que significa el *relleno* que hacen los cocineros y cocineras. El arte de escribir y el arte de guisar se aproximan extraordinariamente. La denominacion comun de *gusto* aplicada indistintamente al gusto poético y al gusto del sentido, demuestra suficientemente la afinidad de ambos, y prueba con evidencia que la perfeccion del uno depende de la delicadeza del otro (1). »

Por esta razon el fantástico Hoffman, entusiasta por los libros de cocina, llamó *divina* la *Fisiología del Gusto* de Brillat-Savarin, y no fué solo, que Balzac estimó sus conceptos superiores á los de la Bruyère y la Rochefoucauld, los sabios alemanes Liebig, Woegler, Liebold y

(1) El conde de Rodalquilar.

Vogt la pusieron por las nubes, y hay quien la cree el libro más popular del siglo XIX en Francia, porque tiene la filosofía de Horacio, y tambien toda la gracia de su estilo (1). Acudan los incrédulos á esta fuente de que he de tomar los brillantes aforismos, las meditaciones y los ejemplos que convengan á mi propósito, y aprenderán á estimar en lo que valen los conocimientos de la química doméstica, siquiera por las citas de Juvenal, Epicuro, Femio, Horacio y Marcial con que los sazona. «La ciencia que alimenta á los hombres, dice, vale tanto como la que enseña á matarlos. Más contribuye á la felicidad del género humano la invencion de una vianda nueva, que el descubrimiento de un astro.»

Mas para qué citar autoridades extrañas, cuando nuestro hombre dijo:

«Yo en pensamientos castos y sotiles
Dispuestos en sonetos de á docena
He honrado tres sujetos fregoniles (2).

De modo que no es tan diabólica la idea de estudiar la *Cocina del Quijote*, ni se ofende á Cervántes alabando los grados de aficion gastronómica que por aquélla se descubran. Tal vez no está léjos el dia en que Julio Verne tenga el capricho de popularizar esta *ciencia* cual con otras lo ha verificado; es posible que figure un escrutinio como el de Argamasilla, en que salgan á colacion

(1) El Conde de Rodalquilar.
(2) *Viaje al Parnaso.*

obras y autores desde *De Re coquinaria* hasta el *Arte de la cocina francesa en el siglo* XIX (1), y que en todo venga á confirmar que

«Por diversas ideas conmovido
El mundo entero á su esplendor camina,
Y el hombre, que de todo ha prescindido,
No puede prescindir de la cocina» (2).

III.

Conste que las primeras palabras de *El Quijote* dicen: ASAZ MAL GUISADO... introduccion que lo mismo que ha servido para la «obra gigantea, deleite de todas las edades y comprensiones», puede encabezar un recetario de repostería. Conste asimismo que al comienzo del capítu-

(1) Para cuando llegue este caso, tambien tenemos obras españolas que recomendarle. Ahí está, por ejemplo, el «*Libro de guisados, manjares y potajes intitulado Libro de Cocina*, dirigido al rey Don Fernando de Nápoles, compuesto por maestre Ruberto su cozinero mayor. Imprimido en la ciudad de Logroño por Miguel de Eguía. Año de 1529. En 4.° gótico.» Este libro no es un simple recetario; encierra curiosísimas noticias acerca de las comidas de la época, expresando que en los banquetes se cubria la mesa tres veces: que habia platos de rúbrica para las cuatro estaciones y otros especiales de circunstancias. Se ven en la relacion pichones *encapados*, liebres en figura de leones, aves con alfitete frio con huevos mexidos, ternera asada con salsa de *oruga* y otras mil delicadezas. Para una merienda se proponen 37 platos, que empiezan por perniles cocidos, sin contar las ensaladas, frutas y conservas.

(2) Un Cocinero, *zarzuela*.

lo I en que aparece el héroe de tan verídica historia, se da á conocer revelando que «una olla de algo más vaca que carnero, salpicon las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda», declaracion importantísima que responde á la sentencia: «Díme lo que comes y te diré quién eres.» Conste, por fin, que el fiel cronista Hamete Benengeli asegura en la dedicatoria ser *rancia* la prosapia del Manchego valeroso, y que si en él «se busca amor á los libros y noticias de las principales artes, todo se halla con perfeccion», para deducir como sencillo corolario que el arte principalísimo de cocina no es ajeno á su claro entendimiento. A seguida córranse las hojas con la perfecta seguridad de hallar á cada paso almuerzos y comidas, que á fe á fe, y á la prueba me remito, que no hay aventura, ¡qué digo! no hay página, más en la segunda que en la primera parte, donde no se haga por la vida. Desde la miserable refaccion de los Cabreros á la fastuosa abundancia de las bodas de Camacho el rico, punto universal de comparacion de la magnificencia alimenticia, en toda la escala social va mostrando al andante caballero el repuesto de la despensa, eco de las bolsas respectivas y barómetro infalible del bienestar.

¡Cuánto y con qué triste complacencia se detiene en el cero de tan interesante graduacion! «El universo es nada sin vida y cuanto vive se alimenta»: gran placer es sentir buen apetito cuando se tiene seguridad de satisfacerlo pronto, pero ¿qué miseria mayor que la de que se trueque en hambre sin encontrar medios de apaci-

guarla?» Bien pensaba el buen Quixana, que muerte la más cruel de las muertes es la del hambre, cuando con ella queria dar fin á sus desventuras; muerte temida por Sancho en la Sierra, al abandonar por el hambre su gobierno; muerte que lleva al ojo el pobre honrado *si honrado puede ser el pobre.* «Hambre padece el estudiante, si bien no tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de la sobra de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa.» Pobreza y hambre son prendas del soldado «que en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, debe de salir frio contra toda naturaleza, pero ¡ay! miserable más que todos el bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes, con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago» (1).

---

(1) Es posible que este pasaje de Cervántes inspirase á su contemporáneo é imitador Jacinto Polo el epigrama

Tú piensas que nos desmientes
Con el palillo pulido,
Con que, sin haber comido,
Tristan, te limpias los dientes;
Pero la hambre cruel
Da en comerte y en picarte,
De suerte que no es limpiarte,
Sino rascarte con él.

El terrible poder del hambre rinde á la materia personificada en Sancho: «Muera Marta y muera harta» es su lema. Ni los palos, ni los manteos, ni los trabajos le duelen tanto como «beber mal y comer peor.» Pensaba *comerse las manos tras el gobierno* y el hambre le obliga á dejar honras y derechos exclamando pesaroso: «abrid camino, señores mios, y dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de la muerte presente. Más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre.» En vano es que el doctor prometa enmendarse, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiese; tarde piache, responde: así dejaré de irme, como volverme turco (1). Con medio queso y medio pan por regalía emprende su regreso, pensando que *los duelos con pan son buenos* (2); doy un salto del gobierno, repite, y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que en fin con él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace, que sea de zanahorias, que de perdices (3).

El generoso espíritu del caballero resiste, por el contrario, las imperiosas exigencias del apetito; por el deber, abandona sin pesadumbre la holgura y las delicadezas, porque resalte que hay hombres destinados á vivir muriendo, como otros á morir comiendo (4). «Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin

(1) P. II, c. 53.
(2) P. II, c. 55.
(3) P. II, c. 55.
(4) P. II, c. 59.

que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Digo esto, Sancho, porque en mitad de aquellos banquetes sazonados me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozára si fueran mios; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre» (1).

Más vale con libertad
Pan y agua con cebolla,
Que cabecera de olla
Por ajena voluntad (2).

Pero si el espíritu resiste, no vence á la ineludible llamada del estómago, que, desatendido, acabará por enterrar los mejores propósitos. — «De ese modo, no tenemos que comer hoy, exclama Don Quijote. Eso fuera, responde Sancho, cuando faltáran por estos prados las hierbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen sufrir semejantes faltas los caballeros andantes. Con todo eso, dice el de la Triste Figura, tomára yo ahora más ahina un cuartal de pan, ó *una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques*, que cuantas hierbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna» (3).

A pesar de todo, el hambre es un beneficio, en cierto modo. «La mejor salsa del mundo es la hambre, y como

(1) P. II, c. 58.
(2) Cristóbal de Castillejo, *Sermon de amores.*
(3) P. I, c. 18.

ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto» (1). Ademas tienen estos á su disposicion con una sola pieza, «capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor; y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran; balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto» (2).

La hambre, por apéndice, constituye una de las bienaventuranzas.

IV.

Con todo eso, *á las ollas me atengo*, y juzgo que en el parecer no he de andar solo. Por de pronto recuerdo la sentencia *crotalógica* del Licenciado Francisco Agustin Florencio: «Será un necio el que pudiendo comer bien coma mal» (3), muy conforme con el aforismo de B. Savarin: «Los animales pacen, el hombre come; pero únicamente sabe hacerlo quien tiene talento.» Al diablo la rusticidad de Sancho, que así se satisface con cebollas como con capones (4) y que teniendo que comer, «tan bien y mejor lo come en pié y á sus solas, como sentado

(1) P. II, c. 5.
(2) P. II, c. 68.
(3) *Crotalogía ó Ciencia de las castañuelas.*
(4) P. II, c. 43.

á par de un emperador: y áun si va á decir verdad, mucho mejor le sabe lo que come en su rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde le sea preciso mascar depacio, beber poco, limpiarse á menudo, no estornudar ni toser, si le viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y libertad traen consigo» (1); estoy con su amo que, si por regla general de diminutivos estima en más la ternera que la vaca y el cabrito que el cabron, por excepcion de la regla prefiere la trucha al truchuela (2). El poético recuerdo de la Edad de oro, en que todas las cosas eran comunes y el hombre se sustentaba con el sazonado fruto de los árboles y la clara corriente de los rios, le enamora en teoría, por aquello de que ni se habia inventado entónces la ley del encaje (léase embudo), ni las simples y hermosas zagalejas llevaban otros vestidos que aquellos de que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra (3); y, sin embargo, transige tanto con la civilizacion de *nuestros detestables siglos*, inventora y refinadora de los placeres de la mesa, que siempre para los postres guarda sus mejores disertaciones, la de la Edad dorada inclusive. *Alzados los manteles*, ó sobre comida, es cuando se siente inspirado el valeroso manchego y dispuesto á tratar lo mismo de la comparacion de los méritos de las letras y las armas (4), que de his-

(1) P. I, c. 11.
(2) P. I, c. 2.
(3) P. I, c. 11.
(4) P. I, c. 38.

toria sagrada y profana (1), que de aventuras y sucesos muy sabrosos, áun leidos (2), cosa que no á todos parece bien para la digestion.

No podia suceder otra cosa en persona de tan buen entendimiento: los placeres de la mesa tan á lo vivo pintados por Baltasar de Alcázar, han inspirado siempre á los poetas, como orígen de la hospitalidad y aliciente á la locuacidad y á la confianza. El placer de la mesa, distinto del placer de la comida, segun el gran maestro tantas veces citado (3), refresca el cerebro, dilata la fisonomía, aumenta los colores y el brillo de los ojos, sutiliza el espíritu, acalora la imaginacion y hace brotar los chistes, por consecuencia de lo cual toda la industria humana se ha concentrado para aumentar su duracion é intensidad.

El caballero del verde gaban, don Diego de Miranda, alguna vez comia con sus vecinos y amigos, y muchas veces los convidaba, siendo los convites limpios y aseados, y no nada escasos (4), regalándolos, alzados los manteles, dadas gracias á Dios y agua á las manos, con las glosas del poeta su hijo. Las *Fadas* (5), los reyes (6), los duques (7), el mismo caballero desfacedor de agravios (8), sabian que «no es digna de tener amigos la

(1) P. II, c. 58.
(2) P. I, c. 33.
(3) B. Savarin.
(4) P. II, c. 16.
(5) P. I, c. 50.
(6) P. I, 21.
(7) P. II, c. 52.
(8) P. II, 3.

persona que invita y no atiende personalmente á la comida que ofrece; que convidar á alguno equivale á encargarse de su felicidad miéntras permanece bajo nuestro techo» (1), siempre que el convidado no se parezca á don Pedro de Castilla (2).

Conviniendo en llamar Gastronomía, como nombre más culto á «la *ciencia* que nos sostiene desde la cuna hasta el sepulcro, que aumenta las delicias del amor y la confianza amistosa, que desarma la cólera, facilita los negocios y nos ofrece durante el corto espacio de nuestra vida el único placer que alivia cuantas fatigas experimentamos», hay que admitir con el sabio autor de la definicion el enlace y relacion de tal ciencia con todas las demas, y áun con el comercio y la economía

---

(1) B. Savarin.

(2) El ordenamiento de D. Pedro I en la peticion 29 de sus primeras Córtes en Valladolid, firmadas á 30 de Octubre de 1315, en cuanto á los convites del Rey, dice así:

«A esto vos respondo, que tengo por bien que las cibdades e villas e Maestres et Priores de las ordenes de caballería, que me convidaren, que me el *convite* den en la manera que aquí se dirá:

»Carneros 45 á razon de ocho mrs. uno.

»El dia de pescado que den pescado seco 22 docenas á doce maravedís por cada una.

»Pescado fresco, noventa mrs.»

Y así va siguiendo con expresion de las vacas, gallinas, puercos, vino, pan, etc., en lista muy respetable.

«E los Prelados e ricos omes e caballeros e otro cualesquier, que me den esto que se sigue e non mas:

»Carneros 38, á ocho mrs. uno.»

Y en la misma proporcion rebaja los demas artículos.

El cuaderno auténtico se guarda, ó se guardaba, en el archivo de Toledo.

política. El hombre despues que ha comido no es el mismo que cuando ayuna. Por ello las grandes comidas se han convertido en cierta especie de gobierno, y en banquetes se decide la suerte de los pueblos. Por ello se observa que jamas se ha verificado ningun gran acontecimiento que en su correspondiente festin no estuviese concebido, preparado y dispuesto (1). Por ello los padres graves escriben tratados de gastronomía (2). No en balde Don Quijote colocaba entre los más grandes trabajos de la caballería el andar por despoblado *sin cocinero* y pasar los más de los dias en flores por vengar desaguisados (3).

¿De qué procede la locura? De tener el estómago vacío; por lo cual, para curarla han de comerse *cosas confortativas* (4). ¿En qué se conocerá que una persona no está encantada? En que come, bebe y hace otros menesteres (5). Cierto: el estómago es el gran resorte de la humanidad, y no es cosa tan fácil *templarlo* con la razon ni los consejos (6). Sancho aprendió en la ínsula que comer uvas con tenedor lo destempla (7): la sobrina y

(1) B. Savarin.

(2) El Marqués de Cussy escribió un *Arte culinario;* M. de Montucla, reputado autor de la Historia de las Matemáticas, publicó tambien un *Diccionario de geografía gastronómica*, y el aleman C. Vogt, notable en la materia, reveló en una de sus obras, que varios diplomáticos franceses notables de estos tiempos fueron galopines de la cocina de Talleyrand.

(3) P. I, c. 10.

(4) P. II, capítulos 1 y 19 y 7.

(5) P. I, c. 49 y P. II, c. 23.

(6) P. II, c. 40.

(7) P. II, c. 62.

el ama experimentaron que la manda en un testamento lo conforta (1); la curiosidad lo altera, si hemos de creer al hidalgo, que en más de una ocasion decia: «no comeré bocado que bien me sepa», hasta averiguar lo que le interesaba (2), y á su vez suele alterar las bílis, como lo comprueban Cardenio al moler las costillas al caballero (3), y el cabrero que le compuso el rostro á *mojicones* (4).

Sentencia: «No hay estómago que sea un palmo mayor que otro» (5).

V.

La alimentacion es el dato más seguro y fácil para investigar el grado de adelantamiento de los pueblos, y no hay indicio más fijo de su atraso que la frugalidad, que como virtud suele elogiarse por algunos espíritus ligeros. «De la manera como las naciones se alimentan depende su destino», ha dicho el gastrónomo fisiologista. El viajero, el estadista, el diplomático, el marino, el militar, estudian ántes que otra cosa los recursos y comestibles que ofrece el terreno de sus operaciones, como base de ellas y fundamento de sus cálculos; el go-

(1) P. II, c. 74.
(2) P. II, c. 2.
(3) P. I, c. 24.
(4) P. I, c. 59.
(5) P. II, c. 32.

bernante duerme tranquilo miéntras no llega á desvelarle la cuestion de subsistencias. España no tiene la preponderancia de otros tiempos, por el abandono é indiferencia que se ha venido propagando en materia de alimentos (1); á fuerza de ocuparse de política y sólo de política

«Ha venido á quedar el pueblo Ibero
Anclado entre la jota y el puchero» (2).

El Quijote, pintura exacta de una época, debia ocuparse y se ocupa con gran interes en *su cocina* de lo que comian los españoles del siglo XVI, dejándonos un punto de comparacion nada halagüeño para los del siglo XIX. Los pastores, arrieros, peregrinos, tenian á su disposicion tasajos de cabra (3), queso ovejuno (4), sazonadas frutas (5), aceitunas secas, huesos menudos de jamon, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados (6) y la general é indispensable bota bien provista, elemento de contemplacion del firmamento. El labrador jornalero, por mucho que trabajára por el dia, á la noche cenaba olla (7), y no andaba tan mal su casa que no pudiera su mujer, miéntras rastrillaba una libra de lino, tener á su lado un jarro desbocado, de cabida

(1) El C. de Rodalquilar.
(2) Un cocinero. *Zarzuela.*
(3) P. I, c. 11.
(4) P. I, c. 31.
(5) P. I, c. 51.
(6) P. II, c. 54.
(7) P. II, c. 28.

de un buen porqué de vino, con que entretenerse en su trabajo (1), y en ocasiones empedrar un torrezno con huevos (2) para agasajar á un conocido. No hablemos de gazpachos y de migas, que áun hoy, con cierto acompañamiento, son comida de pastores; ni de leche, natas y requesones, que por estar la fuente á mano no escasean tampoco, mas en lo más sólido y sustancial, así ven carne y vino los braceros de ogaño, como los marineros cotufas en el golfo.

La aficion á los ajos permanece, aunque no sabré decir si es tanta como la que se advierte en aquellos tiempos, al punto de formar capítulo en las instrucciones que se dieron al gobernador de la Barataria. *Bellaco* y *Villano harto de ajos*, era frase insultante muy comun (3), y el tufo de ajos crudos, indicio de baja ralea (4). ¿Quién sabe si aquí sería donde aprendió Paul de Kock que todos los españoles son *comedores de ajo*, que así lo asegura en una de sus novelas?

Los hidalgos pobres, como nuestro héroe, tenian sota, caballo y rey los dias de fiesta (5); los clérigos no se dejaban pasar mal (6); pasábanlo bien los de la clase media (7), y mostraban su esplendidez los de la aristocracia, añadiendo á la abundancia de los manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabía el apetito á cual

(1) P. II, c. 25.
(2) P. II, c. 50.
(3) P. II, c. 31, 35 y 50.
(4) Introd. — P. II, c. 10 y 43.
(5) P. I, c. 1.
(6) P. I, c. 19.
(7) P. II, c. 18 y 62.

alargar la mano, la delicadeza de bebidas de nieve (1) y el sibaritismo de aguamaniles, perfumes, flores, canto y música (2).

Parca la cocina del Quijote en ciertos pormenores de las grandes comidas, por razones que cualquiera comprende, no lo es tanto que no dé curiosas noticias fundamentales. Explica, por ejemplo, las condiciones de los peces de los rios de España, tan bien como la égloga *Marcelo y Fenijardo* de Pedro Soto de Rojas, mencionando algunas especialidades como francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, gansos de Lavajos (3), queso de Tronchon y garbanzos de Martos (4).

El doctor Pedro Recio de Tirteafuera no es una creacion fantástica: gracias á la sociedad de bibliófilos españoles que ha exhumado del polvo de un archivo el *Libro de la cámara real del príncipe don Juan*, compuesto por Gonzalo Fernandez de Oviedo, es fácil dar con los originales de las deliciosas caricaturas de la Ínsula. «E son obligados, dice tratando de los médicos, á ir al vestir del Príncipe á la mañana e al tiempo de comer para entender e saber *viva voce* de S. A. si durmió bien, si dijistió el pasto de la cena, e para ser siempre informados de la salud e complexion del Príncipe e inquerir e ver la orina. Al tiempo de comer están presentes los médicos e miran lo que come e avísanle de que

(1) P. I, c. 50.
(2) P. II, c. 58.
(3) P. II, c. 49.
(4) P. II, c. 33.

manjares se debe abstener e no comer mucho dellos» (1). Del *Trinchante*, oficio que desempeñaba Mossen Ferrer, despues corregidor de Toledo, dice: «es oficio principal e que requiere habilidad e limpieza, y el que tal oficio procura ha de ser de buena gracia e liberal para cortar delante del Rey ó del Príncipe e lo ha de tener muy sabido, porque muchos ojos le miran.» Oficio principal y principal conocimiento debia ser en efecto el de Trinchante, cuando todo un sabio con puntas y collar de nigromante, como el Marqués de Villena, se entretuvo en escribir el *Arte cisoria.*

La cocina del Quijote reserva sus galas para los festines populares (2); en ellos es donde lucen la empa-

(1) El bachiller Fernan Gomez de Cibdarreal, físico del rey don Juan II, en carta al docto baron Pedro Lopez de Miranda, capellan mayor del Rey, dice: «Somos venidos de Cibdarrodrigo á tiempo que las cecinas estaban en buen punto, ca ni lo flemoso es peligroso para la garganta ni lo seco les lleva lo bueno del zumo. Si V. m. aca oviese venido, yo no le vedaria una buena tajada de solomo, ca siendo ahumado, á la gota no le puede ser dañoso.»

(2) El *Retrato de la Lozana andaluza*, libro que pertenece á los muy raros que van exhumando los bibliófilos, ofrece la siguiente muestra de la cocina popular del siglo XVI.

«En su poder deprendí hacer fideos, empanadillas, alcuscuzu con garbanzos, arroz entero, seco, graso, albondiguillas redondas y apretadas con culantro verde, pues ¿y adobado no hacía? sobre que cuantos traperos habia en la cal de la Heria querian proballo, y máxime cuando era un buen pecho de carnero, y ¡qué miel! sabia hacer ojuelas, pestiños, rosquillas de alfaxor, textones de cañamones y de ajonjolí, nuégados, xopaipas, hojaldres, hormigos torcidos con aceite, talvinas, zahinas y nabos sin tocino y con comino; col murciana con alcarabea, y olla reposada no la comia tal ninguna barba; pues boronía ¿no sabía hacer?

nada de conejo albar, la ternera en adobo, las albondiguillas, el manjar blanco, salpicon de vaca con cebolla, manos cocidas y la nacional olla podrida que embaula y encierra todo lo que se quiere, que miéntras más podrida mejor huele, y que honra la mesa del canónigo y del rector. Las bodas de Camacho que se anunciaban al hambriento escudero traspasando la enramada con *un tufo y olor, harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos,* dan por sí solas materia compendiosa para un tomo de poesía pastoril-gastronómica, preferible para mí á la bucólica poesía. Dígalo el original:

«Lo primero que se ofreció á la vista de Sancho, fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña (1); y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne; así em-

por maravilla, y cazuela de berengenas moxies en perficcion; cazuela con su ajico y cominico, y saborcico de vinagre. Rellenos, cuajarejos de cabritos, pepitorias y cabrito apedreado con limon centi, y cazuelas de pescado cecial con oruga, y cazuelas moriscas por maravilla. Letuarios de arrope para en casa, y con miel para presentar, como eran de membrillos, de cantueso, de uvas, de berengenas, de nueces, y de la flor del nogal, para tiempo de peste; de orégano y hierba buena, para quien pierde el apetito: pues ¿ollas en tiempo de ayuno? estas y las otras ponia yo tanta hemencia en ellas, que sobrepujaba á Platina *De voluptatibus* y Apicio romano *De re coquinaria*, y decia esta madre de mi madre: Hija Aldonza, la olla sin cebolla es boda sin tamborin.»

(1) Artista de mérito debia ser el encargado de la obra, pues segun B. Savarin, á cocinero se puede llegar, empero con el dón de asar bien, es preciso nacer.

bebian y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla; y dos calderas de aceite mayores que la de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas, y las zambullian en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta (1), todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor, y enternecerle: las especias de diversas suertes, no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca...»

Meditemos.

Considerando la enormidad de estos preparativos y que de ellos despabiló Sancho como espuma, en el intervalo del paseo, tres gallinas y dos gansos; leyendo en libros antiguos cuantos preparativos se hacian para recibir dos ó tres personas y las enormes cantidades ser-

(1) Se entiende que en esta falange habia un solo *jefe;* los demas individuos pertenecerian á las categorías de marmitones, pinches, sollastres, catasalsas y galopines, como es de rigor en toda república coquinaria bien ordenada.

vidas á un solo huésped (1), forzoso es creer que el

---

(1) Ya he dicho lo que Don Pedro (el justiciero) necesitaba para estar en caja. Véase ahora, segun noticia de Cabrera de Córdoba en su *Relacion de las cosas de la córte*, lo que cada dia se enviaba al embajador frances extraordinario, duque de Mayenne, en vida del autor del Quijote, como agasajo oficial.

«DIA DE CARNE.—8 pavos, 26 capones cebados de leche, 70 gallinas, 100 pares de pichones, 100 pares de tórtolas, 100 conejos y liebres, 24 carneros, 2 cuartos traseros de vaca, 40 libras de cañas de vaca, 2 terneras, 12 lenguas, 12 libras de chorizos, 12 perniles de garrovillas, 3 tocinos, 1 tinajuela de 4 arrobas de manteca de puerco, 4 fanegas de panecillos de boca, 8 arrobas de fruta; cuatro frutas á 2 arrobas de cada género, 6 cueros de vino de 5 arrobas cada cuero y cada cuero diferente.

»DIA DE PESCADO.—100 libras de truchas, 50 de anguilas, 50 de otro pescado fresco, 100 libras de barbos, 100 de peces, cuatro modos de escabeches de pescados, y de cada género 50 libras, 50 libras de atun, 100 de sardinillas en escabeche, 100 libras de pescado cecial muy bueno, 1.000 huevos, 24 empanadas de pescados diferentes, 100 libras de manteca fresca, 1 cuero de aceite, fruta, vino, pan y otros regalos extraordinarios, como en el dia de carne se dice.

»Esto es cada dia sin otras cosas extraordinarias de regalos más ó ménos.

»Para esto hay dedicadas cuatro acémilas con sus cajones que traen este recado, y lo ponen en el aposento sobre unas mesas y cierran, y no parece otro dia sino las cestas vacías y no quien las vacia.»

Todavía parecerá esto tortas y pan pintado al que examine la *Relacion de lo acaecido en Santander durante la estancia de S. A. el Príncipe de Gáles*, Madrid, 1623. Aquel arrogante Duque de Buckingham que cosia las perlas en su traje de modo que se perdieran, quiso llegára á la córte de España la fama de su arribo á nuestras costas, y empezó por dar en la capitana de la escuadra un banquete en que se sirvieron *mil seiscientos platos*. A los postres, en el momento de brindar por el Rey, dispararon los buques su artillería, á cuyo estruendo acompañó el de los aparadores, vajilla y cristalería que, preparados sin duda á este efecto, rodaron

hombre ha degenerado, y que nuestros abuelos poseian apetitos mucho mayores. De Lúculo acá la decadencia es progresivamente manifiesta, como lo viene siendo en liberalidad y en otras muchas cosas (1).

VI.

Hay autores que consideran la inquietud por lo veni-

haciéndose pedazos, con no poca algazara de los convidados, que no contaban con semejante fin de fiesta.

(1) Cuenta B. Savarin, que cierto dia en que el Príncipe de Soubise preparaba una cena, examinando el *ante-proyecto* del cocinero, fijó la vista en el primer artículo, que consignaba *cincuenta jamones.* — Mira, Bertrand, exclamó; creo que desatinas, ¿acaso piensas obsequiar á todo mi regimiento? — No, señor Príncipe; de esos jamones en la mesa sólo aparecerá uno; pero los restantes son tambien indispensables para varios destinos, como la salsa española, los guarnecidos, rellenos... — ¡Bertrand, esto es un robo, y tal artículo no pasará! — Ay, señor Príncipe, replicó el artista, que apénas podia reprimir su cólera. ¡S. A. no conoce cuáles son nuestros recursos! Dé S. A. la órden y haré entrar en un frasco de cristal del tamaño de mi dedo todos esos cincuenta jamones que tanto ofuscan á S. A. A tan positiva afirmacion el Príncipe bajó la cabeza y aprobó la partida. Decir despues de esto que el Gobierno revolucionario de España se escandalizó al recibir la cuenta de la primera comida ofrecida al rey Amadeo, que importaba miserables 10.000 duros, y que se formó expediente, se oyeron peritos, etc., etc., ¿no es probar la decadencia? A ménos que algunos de los comisionados recordase el epigrama de Miguel Moreno:

Juan á comer convidó
A Pedro, que fué en ayunas,
Y poniéndole aceitunas
Al principio, lo admiró.
Y dijo: «En mi tierra vi
Que estas siempre postres fueron.»
Juan respondió: «Y no mintieron,
Que tambien lo son aquí.»

dero y la apetencia de licores fermentados «como atributos distintivos de la obra maestra de la última revolucion sublunar.» La invencion de Noé, que lo mismo inspira á los vates del Norte que á los de Mediodía, que más que los manjares es indispensable elemento en toda fiesta y alegría, ¿qué digo? que es la alegría personificada, como aparece chispeante en los escritos de Baltasar de Alcázar y de Castillejo, de Shakespeare y de Sheridan, de la Fontaine y de Racine, asi salta el tapon en nuestra cocina del Quijote. No son más expresivas ni significan más todas las frases que clásicos y no clásicos han dedicado al zumo de la uva, que la que á Sancho el bueno ocurre, con acompañamiento de suspiros despues de mirar un cuarto de hora las estrellas empinando la bota de su colega y compadre Tomé Cecial (1). Es corta la variedad de los vinos citados, entre los que sobresale el de Ciudad-Real, pero en todas ocasiones hacen su papel, en no escasa cantidad por cierto y con no poco contento de los catadores, amantes unánimes *de lo caro* y de lo añejo, como confortativo del estómago. Rara es la aventura, pequeña ó grande, que no viene á parar en remojo de lo tinto, inclusa aquella, la más descomunal de las batallas, que costó unas cuantas botanas. Las «cosas incitativas que llaman la sed á dos leguas» (2) son acomodadas en las alforjas como pretexto para sacar de ellas «el despegador del paladar» (3),

(1) P. II, c. 13.
(2) P. II, c. 54.
(3) P. II, c. 13.

áun á riesgo de consumir el *húmedo radical, donde consiste la vida* (1). «Bebo cuando tengo gana, cuando no la tengo y cuando me lo dan, dice Sancho, por no parecer melindroso ó mal criado.»

Únicamente en las bodas de Camacho se distingue de vinos al poner en relacion *más de sesenta zaques de más de dos arrobas cada uno, y todos llenos de generosos vinos;* en cuanto á licores, ni siquiera se mencionan á no ser de manera indirecta, cuando Sancho dice: «habian de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice *beber con guindas* (2). Eso sí, en cuanto á excelencia de mojones, daba Sancho cinco y raya á los catadores de las bodegas de Jerez, y no se diga nada de los del linaje de Tomé Cecial, que discernieron la caida en la cuba de una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban (3).

Pan y palos adunia vienen en pos del vino, en estilo real ó figurado, á cada paso, mal que pese á los filosofistas que se desvelan por probar que no son palo y pan los dos argumentos que gobiernan al género humano. A

(1) P. II, c. 47.
(2) P. II, c. 35.
(3) P. II, c. 13. — El C. de Rodalquilar, como ejemplo de paladares delicados, cuenta que en cierto banquete dijo el Príncipe de Talleyrand á Cambaceres: «Lástima grande! ¡Estaria riquísimo este pavo, si no le hubiesen asado en mala compañía!» A consecuencia de esta censura, se practicó una investigacion en la cocina, donde se averiguó que en el mismo asador habian preparado una pierna de carnero para los criados.

la Duquesa no se le cocia el pan (1) hasta leer la carta de Teresa Panza: Sancho, agradecido al que le daba el pan, conocia que los escuderos no comen el pan de balde: ¡Oh pan mal empleado! le increpaba, por el amor que tenía á las posaderas, el generoso caballero que habia recomendado al ventero tuviera mucho cuidado de Rocinante, *porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo*, y que juraba *no comer pan á manteles* hasta conquistar el yelmo de Mambrino. Que no estaban *hartos de pan ni de vino*, juraban Sancho en el gobierno y el ama en el lugar, para dar más peso á sus declaraciones. *Un pan por ciento*, dijo al primero su amo, en várias ocasiones, que le valdria la buena conducta, á lo cual contestaba para su capote que *tan buen pan hacen aquí como en Francia:* con un pan *remachó* Don Quijote las narices al Cabrero Eugenio, y un cuartal ó siquiera una hogaza, aunque no de trastrigo, declaró preferible á todas las tagarninas y piruétanos del globo: Teresa Panza dió *un bollo* y dos huevos al monaguillo por escribirle las cartas, y para no hacer la relacion interminable, Dulcinea aechaba trigo, que, en si era candeal, trechel ó rubion es en lo que no andan conformes los autores, y en dos fanegas de trigo y dos arrobas de pasas se pagó la version al castellano de la historia en arábigo escrita por Hamete Benengeli.

¿En qué consiste que el soldado de las galeras de Nápoles, entre tantas clases y citas de pan se olvidó del *bizcocho* que habia roido largos años? ¿Acaso fué porque

(1) Urganda la desconocida. P. II, c. 25, 52 y 65.

el proto-culto reformador de nuestra lengua lo sacó á colacion en un soneto? (1).

Cervántes debia saber que «postres sin queso son como una hermosa tuerta» (2), pues que no falta este bocado en todas las comidas del Quijote en variedad de formas y calidades. No me ocuparé de éstas, porque es tiempo de considerar los platos curiosos, que no faltan, aunque por entónces no se hubiera descubierto el de *Pommes de terre à la maître d'hôtel.*

El de *duelos y quebrantos* ha dado mucho que pensar, ocupando sériamente las columnas de *El Averiguador* la discusion histórico-filológica: el de *Cañutillos de suplicaciones*, que, con tajadicas de carne de membrillo recomendaba el doctor Recio de mal agüero, tambien se ha definido por hombres doctos, no ménos que la confirmacion del aforismo *Omnes saturatio mala, perdix autem pessima.* El *cavial*, gran despertador de la colambre, es harto conocido; no así las *badeas*, que á ser lo mismo que sandía, melon aguanoso y desabrido, ó pepino insípido y amarillento, como dice el Diccionario de la Aca-

(1) Érase en Cuenca lo que nunca fuera,
Érase un caminante muy ayuno;
Pidió un mollete, si habia tierno alguno
Y diéronle un bizcocho de galera.
Desta impiedad fué un ángel la arrobera;
Y si pidiera más el importuno,
Le dieran los peñascos uno á uno
Que Júcar baña en su áspera ribera.
De bizcochos apela el caminante
Para piedras: que en Cuenca eso se usa,
Y deso están las piedras tan comidas.
Quizá vieron el rostro de Medusa
Estos peñascos, como los vió Atlante,
O damas son de pedernal vestidas.

(2) B. Savarin.

demia (1), no la pusiera Sancho por comparacion de golosina de muchacho, aunque no fuera más que por la razon de que tienen mucho que comer seis sandías para uno solo (2).

Platos raros son el de los guisados que con las ligas y las medias hacía el soldado Vicente de la Rosa (3), mucho más si se tienen en cuenta los efectos, y el de las manos propias, que muy repetidas veces pensó comerse Sancho tras el gobierno, á uso sin duda de aquellos tiempos, toda vez que Urganda canta:

Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curió-

A Sancho es igualmente deudora la ciencia de noticias gastronómicas de inmenso interes, como la de que *La muerte come carnero como cordero* (4), y la de que *los moros son amigos de berengenas.* De cristianos ya sabiamos algo de esto (5). Aquella *más cruda* y *más asa-*

(1) Segun afirma Covarrubias, *badea* es voz arábiga y viene del nombre *batheca*, que significa cierto género de sandía ó melon bastardo. Metafóricamente se daba este nombre á la persona inútil y que se cansa luego, ó á la cosa sin provecho ni sustancia.

« Puesto que muchos romances,
Duque mi señor de Lerma,
Aunque parecen escritos,
Suelen salirme *badeas.* »

Véase la primera edicion del Diccionario de la Academia.

(2) P. II, c. 4.

(3) P. I, c. 51.

(4) P. II, c. 20.

(5) Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon:
La bella Ines, el jamon
Y berengenas con queso.

BALTASAR DE ALCÁZAR.

da señora (1) ya es difícil de tragar para estómagos no aleccionados, como los de los compañeros de Nicuesa (2).

Para acabar con la mesa, observaré que la nata de los andantes caballeros condenó la preocupacion supersticiosa de aquellos á quienes, por ver volcar el salero se les derrama la melancolía por el corazon, «como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas de tan poco momento.» Es tambien de notar que jamas nombró *comedor* á la sala ó pieza en que se come, si bien llamó comida á lo que estaba por comer, á diferencia de un Marcial, casi su coetáneo, que satirizó la irregularidad del vocablo (3).

---

(1) P. II, c. 13.

(2) Lopez de Gomara, historiador de Indias, y con él está conforme Fernandez de Oviedo, dice que «los españoles en Veraguas comieron cuantos perros tenian, y áun cocieron el cuero y la cabeza sin mirar que tenian sarna y gusanos, y vendieron la escudilla de caldo á castellano. Otros españoles se comieron un indio que hallaron muerto en el camino. Otros mataron á Hernan Darias, que estaba doliente, para comer, y otro dia comieron á un Alonso Gonzalez»; á su jefe, Diego de Nicuesa, comiéronlo los indios, segun unos, y los peces, segun otros autores. Para el caso me parece lo mismo.

(3)

Que la comida esperaba
Al Cardenal dijo Anton,
Y él, con discreta sazon,
Respondió, mal se explicaba:
«La hambre no socorrida
Fuera si comida fuera;
Decid: La vianda espera,
Y advertid lo que es comida.»

MIGUEL MORENO.

VII.

Fortuna es grande que el moro historiador describiera con delicia las ventas que la España del siglo XVI deparaba á los molidos viajeros, así vistieran toga como armiños (1), deteniéndose en la venteril y limitada cena del mal remojado y peor cocido bacallao, con pan negro y mugriento (2), en las uñas de vaca cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, sobre las que Sancho tuvo mero mixto imperio (3), sin olvidar ninguna otra particularidad notable de la venta encantada, del meson en que inspirado Sancho con la vista de las malas pinturas de Dido y de Elena profetizó que ántes de mucho tiempo no habria bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero, donde no anduviera pintada la historia de sus propias hazañas, como así sucede; de las comodidades todas, en fin, que disfrutaban tantos caminantes como en la narracion aparecen. Verdad es que Cide Hamete «fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas.»

A su escrupulosidad, digo, debemos la dicha de penetrar cuán adelantados iban nuestros abuelos, pues que, tres siglos pasados, sin que sean óbice las vías fér-

(1) P. II, c. 58.
(2) P. I, c. 2.
(3) P. II, c. 59.

reas con sus correspondientes *restaurants*, se respeta la excelente costumbre y precaucion de caminar con alforjas y fiambrera, cuando no se puede llevar *acémila de repuesto*, á prevencion de las ventas que bajo los mismos planos construidas, se topan en las carreteras.

Las *excentricidades* del Vesubio proporcionan al estudioso viajero la rara ocasion de contemplar dos ciudades romanas tal cual existian en los dias de Plinio; no hay secreto de los más ocultos que no haya venido á revelar al fin esa lava encubridora de los siglos, y tiénese por maravilla la conservacion de trajes y alimentos, joyas, pinturas, instrumentos y otras cosas de catálogo reservado; pues bien, de esa maravilla disfrutamos en España, y á nadie asombra, ni áun sorprende. Léanse algunos capítulos del *Quijote*, tómese despues al azar el primer camino, y no se terminará la jornada sin hallar el original de la fotografía. El portalon empedrado, cuyo mejor adorno es el arca de la cebada y cama del amo, el corral con pozo y cuadras, la cocina-sala perfumada de estiércol, sobre el que las trébedes sostienen alguna sarten, el camaranchon con fementida cama á prueba de aprensiones y de dureza de huesos, y lo que es más admirable todavía, lo que no se ve en Pompeya y Herculano, el mismísimo ventero socarron, la interesada ventera y la Maritornes compasiva.

Hoy, como en los tiempos de la católica majestad de Felipe II, dice con risueño aspecto el propietario de la finca al recien llegado viandante, que su boca será medida de su deseo, *que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar está proveida*

la venta (1), provocando un interrogatorio de media hora que llega á determinar la reduccion de las provisiones á paja y cebada, pan correoso y negro, y sopas de ajo con huevos, á ménos que la feliz estrella haga llegar al desmayado en dias de arroz con bacalao, que son de los que se señalan con piedra blanca.

No hablo de oidas; en el año de gracia de 1872 he tenido la suerte de albergarme en un ejemplar de la especie que en la provincia de Madrid, y no muy léjos de la capital existe, carretera de Francia, y ahí está el tio *Capa-Legartos*, alcalde popular de Gandulla (2), que no me dejará mentir, ya que allí hice su conocimiento al amor de la lumbre, que buena falta hacía. Maritornes guisaba *coram populo* la cena de tres ó cuatro grupos de arrieros, que en tanto la requebraban, recibiendo de buen humor el soplamocos con que la robusta moza ponia coto á las demasías de las manos largas. La escena estaba alumbrada por el histórico candil de hierro del cuadrillero y amenizada con el gruñir de la ventera, los tacos de su marido y las risotadas de los mozos de mulas, que pedian guindilla *para despertador de la colambre.*

Los españoles no nos admiramos de poseer estos recuerdos vivos, ni vienen extranjeros á admirarlos cual van á Partenope; por esto dije que grande fortuna es la formalidad de Cide Hamete, sin la cual se tendria por moderna invencion la de las ventas y mesones, como la de las alforjas y las botas.

(1) P. II, c. 59.
(2) Histórico.

VIII.

Del saco de refranes de Sancho podrian sacarse adecuados á todas las situaciones de la vida y á cuantas empresas acomete el hombre. La mia, como una de tantas, encuentra en aquel arsenal apoyo de gran autoridad para las filosóficas consideraciones que voy desarrollando, pues que los refranes son sentencias breves extraidas como quinta esencia de la sabiduría y experiencia de los hombres. Allá va la relacion de proverbios relacionados con la cocina y el gaznate, todos del malicioso escudero, que abrevian un volúmen de comentarios.

No se toman truchas á bragas enjutas.

El abad, de donde canta yanta.

A cada puerco le llega su San Martin.

Viva la gallina, aunque con su pepita. (*Repetido.*)

Muera Marta, y muera harta.

Entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares.

Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla. (*Repetido.*)

No siempre hay tocinos donde hay estacas. (*Repetido.*)

Lo que has de dar al mur, dalo al gato y sacarte ha de cuidado.

Debajo de una mala capa hay un buen bebedor.

A quien cuece y amasa no le hurtes la hogaza.

Más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion.

No hay estómago que sea un palmo mayor que otro.

Los duelos con pan son ménos. (*Repetido.*)

Los duelos con pan son buenos.

En otras casas comen habas y en la mia á calderadas.

La mejor salsa es la hambre.

No se hizo la miel para la boca del asno. (*Repetido.*)

En casa llena presto se guisa la cena. (*Repetido.*)

Tan buen pan hacen aquí como en Francia. (*Repetido.*)

Tripas llevan piés, que no piés á tripas. (*Repetido.*)

A quien Dios quiere bien, la casa le sabe. (*Repetido.*)

Haceos de miel y paparos han moscas. (*Repetido.*)

Quien te da el hueso no te quiere ver muerto.

Nadie diga de esta agua no beberé.

No con quien naces, sino con quien paces.

Buscar pan de trastrigo. (*Repetido.*)

Pedir cotufas en el golfo.

La discrecion del amo da para este capítulo tanta sal como la chispa del criado, *nata de los donaires*, soltando á chorrillo metáforas ó imágenes *comibles*, que vienen como de molde á comprobar la afinidad de la literatura y la cocina ya demostrada. Como *moscas á la miel* acudian pensamientos al desventurado caballero, cuando *no estaba para dar migas á un gato* de resultas de su vencimiento. *Tortas y pan pintado* y *Miel sobre hojuelas*, le parecieron algunas aventuras; *pintiparadas como peras en tabaque* vinieron otras, afirmando en una de las

más desdichadas que *boca sin muelas* es como molino sin piedra. *Señor don Bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil*, llamó á Sancho Altisidora enojada. El gran gobernador de Barataria se halló entre los paveses *como galápago encerrado, ó como medio tocino metido entre dos artesas*. Dulcinea tenía la mejor mano *para salar puercos*...

No quita lo cortés á lo valiente: sin rebajar un ápice la su fermosura, bien podia contar entre sus habilidades una que, á fe á fe no es ménos útil que la de tañer el arpa. Cuando un moro venció la natural aversion al tocino, por realzar con él las condiciones de una dama sin par, señal es de que el puerco debia estar por entónces de moda para semejantes usos, y no poco se da lugar esta hipótesis, hallando la mismísima frase repetida en las poesías de Jacinto Polo y en otras (1). Góngora en un soneto al conde de Lémos dijo:

«Y en vuestra ausencia, en el provecho mio
Será un torrezno *el alba* entre las coles»,

y Sor Juana Inés de la Cruz, delicadísima poetisa, describiendo una mujer hermosa, dibujaba la boca escribiendo:

«Es en efecto de color tan fina,
Que parece bocado de cecina,
Y no he dicho muy mal, pues de salada,
Dicen que se le ha puesto colorada.»

(1) Como comprobante véase *La Gastronomía ó los placeres de la mesa*. Poema por J. Berchoux, traducido libremente del frances al verso español, por D. José de Urcullu, capitan graduado teniente del regimiento infantería de Leon.— Valencia, en la imprenta de Estevan: 1820.

IX.

Confío, ¡oh amado, piadoso é inteligente lector! en que al llegar á este punto has de reconciliarte conmigo, y en que áun hemos de hacer migas juntos. Podia presentarse una obra en nueve tomos con la sustancia de la Cocina del Quijote, y no te sirvo más que un entremés en nueve tomas. Quedo rogando á Dios que no te se indigeste y

«Que en tu vivo apetito
No prive más lo asado que lo frito;
Que no te tenga en vela
Tu voraz condicion; no haya cazuela,
Relleno ni jigote,
Inglesas tortas ni pastel en bote,
Mondongo, manjar blanco, almondiguillas,
Chorizos, salchichones y morcillas,
Y otros compuestos de invenciones várias,
Que no te ofrezcan y te rindan párias.»

FIN DE LA COCINA DEL QUIJOTE Y DEL TOMO.

ÍNDICE.

	Páginas
El Número 224.	5
El Brazo de Viriato.	25
Nuestramo Tristan.	61
¡Que suerte!.	93
Aventuras de un Cantonal.	115
Para verdades el tiempo...	152
Virey y Zapatero.	179
Los Pelos.	195
Beso á usted la mano.	223
La Guerra de Cuba.	243
La Cocina del Quijote.	303

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS PUBLICADAS

EN LA

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ALBUM POÉTICO ESPAÑOL, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.° mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

VÁRIAS OBRAS INÉDITAS DE CERVÁNTES, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO, por don José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

COSAS DEL DIA, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

MARI-SANTA, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

AMORES Y AMORÍOS (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

EL MATRIMONIO. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; dos tomos, 8.° mayor, 8 pesetas.

CUARENTA SIGLOS, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA, por D. Emilio Castelar; 3.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 6 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA, por D. Emilio Castelar; segunda parte; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION. Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por don Joaquin Maldonado Macanaz; un tomo en 4.°, 6 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

DISQUISICIONES NÁUTICAS, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor, 6 pesetas.

LA MAR DESCRITA POR LOS MAREADOS; MÁS DISQUISICIONES, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor frances, 6 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDOBESA.—UN POCO DE CREMATÍSTICA, por D. Juan Valera; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

LETRA MENUDA, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués (3.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES, por Doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO, por D.ª María del Pilar Sinués (2.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por doña María del Pilar Sinués; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

LA ABUELA, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

SUEÑOS Y REALIDADES, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

GUIA ILUSTRADA DE MADRID, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planos sueltos muy importantes, por el Excmo. Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.° prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

EL BAZAR, revista ilustrada, con novelas tan interesantes como *Noventa y tres*, de Victor Hugo; *La Fé del amor*, de Fernandez y Gonzalez, etc., etc. Cuatro tomos, 25 pesetas.

VENTURAS Y DESVENTURAS, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

NUEVOS POEMAS Y DOLORAS, por D. Ramon de Campoamor; 4 pesetas.

EL MUNDO INVISIBLE, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

EN PRENSA.

ADRIANA DE WOLSEY, original de Ventura Hidalgo.